HQÑ™

La lista de Elena

MARÍA CAÑAL



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2024 María Cañal Barrera
© 2024 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
La lista de Elena, n.º 382 - marzo 2024

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 9788411806046

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
- Dedicatoria
- Prólogo

EL *AFFAIRE*
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31

LA LISTA
- La Lista

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
BRUCE
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
¿YO?
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

A mis hijos, Guillermo y Javier,
que no dejen de sorprenderme.

Prólogo

Tumor en Grado II en la zona posterior del cerebro: cáncer, la palabra maldita.

EL *AFFAIRE*

1

LA OPORTUNIDAD

Salí de la ducha y, vestida con la ropa del día anterior, me dirigí al salón. A través de la cristalera de la terraza observé las nubes negras que se cernían poderosas sobre los edificios. Desde ese ático era capaz incluso de distinguir su textura. Una fina capa de lluvia caía continua, como una cortina de agua indolente. Miré a mi alrededor y no lo vi, suspiré de alivio, no sabía cuánto tiempo más podría seguir fingiendo indiferencia. Había sido un error de los gordos, de los más gordos que podía cometer en toda mi vida, quedarme a pasar la noche en su piso. Pero las circunstancias me empujaron a ello y reaccionar huyendo como una colegiala me habría dejado en una situación aún más comprometedora.

La noche anterior, el grupo de trabajo acabó la jornada en ese salón entre latas de refresco y cerveza, envases de comida preparada y bolsas de papel. Estábamos todos cansados, pero yo me encontraba exhausta: a pesar de llevar una semana allí, seguía consumiendo mucha energía en intentar comunicarme en inglés, entender el inglés de mis compañeros, pensar en inglés. Odiaba tanto el inglés en esos momentos que ya tenía decidido no utilizarlo más en toda mi vida. Así que cuando unas horas antes abrí los ojos en mitad de la noche, me costó un mundo ubicarme, ¿estaba en casa? ¿Estaba en el hotel? ¿Dónde demonios estaba? Me encontraba en su casa, a oscuras, tumbada en el sofá, tapada con una manta de pelo que no sabía de dónde había salido y sin rastro de compañía. Me levanté lentamente, meneando mi cabeza abotargada que protestaba por haber abandonado la posición horizontal. Fui de puntillas recogiendo mis zapatos, mi bolso y mi abrigo. No sabía qué hora era, pero debía de ser de madrugada, de eso no cabía duda; el último recuerdo que guardaba en mi memoria era de las once de la noche. Intentando hacer el menor ruido posible, fui esquivando los muebles con los que me iba cruzando, solo los intuía porque eran sombras más oscuras en mi camino. Hasta que una mesa baja me traicionó. Le di un puntapié que la arrastró unos centímetros, rayando el suelo de parqué y haciendo un feo ruido que reverberó en el silencio. Me quedé petrificada, estaba tan cerca de la puerta… Esperé unos segundos y, cuando parecía que había salido ilesa de aquel contratiempo, justo cuando iba a reiniciar mi camino, su voz me terminó de despertar.

—Vaya, ¿huyes como una cobarde?

Era muy considerado por su parte usar el castellano cuando hablaba solo conmigo, otro de los numerosos detalles de su personalidad que sumaban en mi desasosiego. Aunque no era su idioma nativo, supo darle un tono de humor acompañado de una de sus sonrisas de medio lado que en los días que llevaba allí se habían vuelto famosas en mi mente débil. No la vi al principio, claro, porque estaba de espaldas, pero la imaginé y lo supe. Me volví culpable, poniéndome la máscara

que había llevado desde que lo había conocido. Él encendió la luz.

—¿Por qué no me habéis avisado? Mira que dejarme ahí tirada en el sofá… —Y sonreí divertida, una diversión que desde luego no sentía ninguna de las células de mi cuerpo. No la sentía mi estado de ánimo, no la sentían mis labios, acostumbrados ya a someterse a mi dictadura.

—Todos estuvieron de acuerdo conmigo en que era mejor dejarte descansar.

Para entonces yo ya era totalmente consciente de su presencia, de su cuerpo, que, ocupando solo una parte de la estancia, parecía que la llenaba por completo, descalzo y enfundado en un pantalón de pijama ancho que colgaba de sus caderas y una camiseta de manga corta que dejaba al descubierto unos brazos fuertes y algo pálidos. Unos brazos en los que me había imaginado yo en alguna ocasión, aunque nunca llegaría tan lejos, claro. Claro.

—Pues muchas gracias, pero… —Señalé con el pulgar a mi espalda, hacia la puerta, y titubeé porque él estaba acortando distancias. Caminaba como un felino, sin hacer un solo ruido.

—Pero ¿qué? ¿Te ibas a ir sin decirme nada?

—Pensé que estarías durmiendo, no te iba a despertar.

Allí hacía ya demasiado calor, seguramente la calefacción estaría a tope o quizá era mi cuerpo el que estaba a punto de estallar.

—No seas infantil, Elena, son las tres de la mañana, ¿dónde vas a ir a esta hora?

—A mi hotel, mi avión sale por la tarde y…

—Y ahora cuando salgas a la calle, te vas a helar de frío intentando localizar algún taxi que te lleve.

—Tenía pensado llamar a uno y lo iba a esperar en el *hall* de este edificio tan moderno y lujoso, supongo que el portero que lo guarda no iba a poner inconveniente en que me quedara mientras tanto en los sofás de la entrada. —Para entonces ya estaba quitándome el bolso y el abrigo y dejándolos en la mesita traicionera que lo desencadenó todo. Se volvía hacia el interior del piso y me instaba a seguirlo.

—No seas tonta, ven. Yo dormiré en el sofá, puedes acostarte en mi cama. Te daré algo para que te cambies.

No me dejó replicar. En realidad, nunca dejaba lugar a la réplica, él decía y hacía con una autoridad suave y convencido de que lo que decía o hacía era lo mejor que podía decirse o hacerse. De hecho, visto desde un punto de vista objetivo, llego a la conclusión de que quedarme a pasar la noche era mejor opción que salir a las frías calles de Boston una madrugada lluviosa de noviembre.

Me condujo por un pasillo hasta su habitación. La cama estaba deshecha y algo revuelta; solté los zapatos junto a la puerta, intentando hacer de nuevo el menor ruido posible, porque eso era lo único que podía controlar en ese momento, el ruido que podía producir con mis movimientos. Rebuscó en su armario y me pasó una camiseta enorme de manga corta.

—Si necesitas cualquier cosa, estaré en el salón.

Y me dejó allí sola, perdida en mis pensamientos, con una camiseta que olía a suavizante entre mis manos, fingiendo que mi respiración era normal cuando lo que pretendía por todos los medios era camuflar la velocidad con la que inspiraba y espiraba el aire.

¿Él era consciente de lo que provocaba en los demás? No solo a mí, Bruce era un hombre que deslumbraba allá por donde pasara. En los días que había trabajado junto a él, había atraído las miradas femeninas, y masculinas, de todas las personas que nos habíamos cruzado. Vivir así tenía que ser agotador, un desgaste continuo. Igual que el desgaste que me suponía a mí portarme

como si no me hubiera afectado en absoluto ni su cuerpo ni su carácter.

Tardé en dormirme. Su olor se me metía en las fosas nasales y viajaba por una autopista rápida directamente al cerebro. Así era imposible conciliar el sueño. No soy una mojigata que crea que estar casada te invalida como mujer y que nunca más te pueden atraer otros hombres que no sean tu marido, pero la lucha que yo había vivido en mi interior en los últimos siete días me hacía cuestionarme sinceramente si no estaba siendo adúltera de pensamiento.

Por otro lado, llevaba tanto tiempo encerrada en mí misma, dejándome llevar por los acontecimientos, por una vida que no era para nada amable y que parecía poner solo obstáculos en mi camino, que conocer un hombre que no solo me atraía, sino por el que me había planteado flaquear, me conmocionó. Fue como si me expulsaran en otro mundo, mucho mejor que en el que yo estaba viviendo, donde el dolor y la desesperanza eran moneda de cambio constante. Apreté las sábanas con un puño y ahogué un gemido en la almohada. Me perdoné la culpa antes incluso de saber que iba a masturbarme pensando en Bruce. Porque podría haberlo hecho cualquiera de las noches anteriores, pero solo en esa su aroma me envolvía y parecía tener conexión directa con mi deseo. Sí, merecía un respiro, merecía volver a tener un orgasmo, a sentirme mujer; hacía ya tanto tiempo de todo que no recordaba la última vez que me había tocado, hasta de eso se habían desvanecido las ganas.

Desmadejada y medio feliz, medio satisfecha y medio atontada, pude caer por fin en un duermevela bastante reparador para lo que eran mis noches en el último año y medio.

2

BRUCE

No le sorprendió que quisiera salir a hurtadillas de su ático, qué va, precisamente era lo que esperaba que hiciera desde el mismo momento en que se quedó a solas con ella en el salón, cuando todos se fueron y coincidieron en que era mejor dejarla descansar en el sofá. Quizá era lo mejor para ella, pero para él… Estaba muy lejos de sentir que era lo mejor para él. Así que estuvo alerta, casi sin dormir y echando pequeñas cabezadas en su cama, hasta que escuchara algún ruido.

Ella creería que había sido la mesa contra el parqué lo que lo despertó, él supo que quería irse desde el momento en que apartó la manta hacia un lado para levantarse, pero la dejó que hiciera y deshiciera, no quería que pensara de él que era un acosador pendiente de todo lo que ella hacía. Que estaba pendiente, sí, que era un acosador, no. Así que ahí estaba, de pie, quieta, esperando que el rechinar de las patas de la mesa contra la madera del suelo no hubiera despertado a nadie; sonrió, ella siempre lo hacía sonreír.

¿Qué mujer lo había hecho sonreír siempre? No podía recordar a ninguna, ni siquiera aquella novia formal con la que estuvo a punto de casarse. A lo mejor era la edad, la madurez, la que hacía que todo te hiciera más gracia. En el fondo sabía que no, en el fondo sabía que era ella la que le hacía gracia. Y quería sentir su sonrisa en la boca, lo quería tanto que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por que no se notara ante su presencia.

—Vaya, ¿huyes como una cobarde? —No se le ocurrió decir otra cosa cuando Elena comenzó otra vez a moverse.

Notó el preciso instante en que ella se dio cuenta de que la habían pillado. Esperó divertido a ver qué excusa le ponía para salir a escondidas de su apartamento y no le defraudó.

—No seas tonta, ven. Yo dormiré en el sofá, puedes acostarte en mi cama. Te daré algo para que te cambies.

Elena se dejó llevar y él estuvo tentado de tocarla, de responder al hormigueo que desde hacía ya muchos días recorría su cuerpo cada vez que ella estaba cerca, que era casi siempre porque había sorprendido a todo el equipo asistiendo a un proceso de producción al que nunca acudía. Y era sencillamente por estar junto a ella.

Más tarde, cuando intentaba dormir en el sofá bajo la misma manta que la había cubierto a ella, aguzó el oído y la escuchó, el jadeo continuo, el gemido final. Supo lo que había hecho en su cama, entre sus sábanas, y ya sí que le fue imposible conciliar el sueño en lo que restó de noche.

3

LA DUDA

Me sorprendí al despertar destapada y despatarrada. En esta ocasión, sabía perfectamente dónde me encontraba: en la cama de Bruce, por supuesto, aunque no reaccioné tan rápido como me hubiera gustado. Bruce podría haber pasado por delante de la puerta abierta y pillarme en bragas y en una postura muy embarazosa, con demasiada carne al aire y la baba mojando la almohada. Mientras me recomponía, Bruce salió del baño del dormitorio hecho un pincel, con su pelo corto mojado y oliendo a gel de ducha. Ya no servía de nada recomponerme, me había visto en uno de mis peores momentos, dormida y abandonada al sueño.

—Tranquila, no he mirado. Pero es que tengo todas mis cosas en este cuarto de baño.

Yo me había sentado con las piernas cruzadas y me restregaba los ojos. A pesar de haber sentido alivio por mi concesión de la noche anterior, no podía parar de imaginármelo sobre mí en aquel mismo colchón. Menos mal que en menos de doce horas estaría poniendo tantos kilómetros de por medio que cualquier pensamiento fuera de lugar se quedaría en eso, en fuera de lugar.

—No te preocupes, para una mujer de cuarenta y dos como yo, casada y madre en la vida, ya no hay secretos que esconder. —Esa había sido mi táctica en el tiempo que llevaba en Boston, me escondía tras esa fachada de mujer fuera del mercado (todo en mí parecía estar fuera), con una vida hecha y construida sobre sólidas convicciones, como así era realmente. Bromeaba con él y evitaba acercamientos peligrosos. Ya habíamos mostrado nuestras cartas y sabíamos lo que éramos y lo que había. Y lo que no podía haber.

—Pues para ser una mujer de cuarenta y dos, casada y madre en la vida, estás bastante bien.

—Sí, incluso con esta barriguita respingona —respondí con ironía.

—Sí, incluso con esa barriguita respingona. —Pero él no revistió su tono de ironía y nos quedamos mirándonos a los ojos unos segundos eternos. ¿Ves? A pesar de todo, continuaba con ese tipo de comentarios y actitudes que me dejaban descolocada. Era un hombre acostumbrado a halagar a las mujeres, no sabía vivir sin hacerlo. Por eso, yo resolvía la situación pasándolo por alto, aunque esta vez fue él quien rompió la incomodidad porque yo seguía demasiado lenta—. Ven a desayunar, el café está recién hecho. Después puedes ducharte.

—Sí, sí, ahora…, ahora voy.

Salió de la habitación cabizbajo, nunca lo había visto así, parecía derrotado. Entré en el baño confundida, me miré en el espejo y suspiré. «Dentro de poco estaré en casa, a miles de kilómetros de aquí, volviendo a mi verdadera vida», me insistí. Aquello solo había sido un espejismo, un oasis en medio de mi desierto particular, pero sin duda me había dado energías

para afrontar lo que tenía por delante: las visitas a los médicos no serían tan deprimentes, al menos las primeras, justo después de que llegara con las pilas cargadas. Me lavé la cara y me enjuagué la boca, me cogí una coleta alta y salí decidida a comportarme como siempre, como esa mujer de cuarenta y dos, casada y madre en la vida. Qué ganas tenía de ver a Nuria. Y a Arturo, a Arturo también. Él me había empujado a hacer este viaje, no podía quedarme y permitir que la enfermedad siguiera colonizando cada faceta de mi vida, de nuestra vida. Sí, a Arturo también tenía muchas ganas de verlo; sin su carácter, las cosas habrían salido muchísimo peor.

Cuando llegué al salón, olía toda la estancia a café y tostadas. La cocina se abría al fondo y Bruce había colocado el desayuno sobre la isla. Me encaramé en una de las butacas y lo vi hacer.

—Muchas gracias, este desayuno seguro que es mejor que el del bufé del hotel.

—No lo dudes.

Lo miré con un poco de adoración, para qué voy a negarlo. Al menos, era lo suficientemente consciente para saber que estaba fascinada por un hombre tremendamente atractivo y cuya personalidad era tan arrolladora que era capaz de pasar por encima de cualquier tipo de reticencia. Me dejé mimar.

—Y gracias por lo de esta noche, la verdad que, ahora que lo pienso, salir de madrugada era una locura.

—¡Vaya! ¿Eso que escucho es a Elena dándome la razón en algo?

—No seas así, te he dado la razón más veces en estos últimos días.

—Sí, pero solo en cosas del guion.

Estaba de acuerdo, otra de mis armas era no mostrarme complaciente en absoluto.

—Mmm, riquísimo. —Obvié su pulla y saboreé mi café—. ¿Cómo sabías que lo tomaba con leche templada y sin azúcar?

—Te he visto tomar café varias veces al día durante, ¿cuánto?, ¿una semana? —Sí, siete días, yo los tenía contados, incluso podría hacer la cuenta rápidamente de las horas y minutos que habíamos compartido—. A fuerza de verlo, se me queda.

—Pues eso me deja en muy mal lugar porque yo no sé cómo lo tomas tú. —Untaba una tostada en mermelada y le sonreía de medio lado.

—Tú no serías capaz de recordar cómo toma café ni tu padre.

Solté una carcajada y él detuvo su taza a mitad de camino. Fue un instante, casi imperceptible, pero yo lo noté.

—En eso tienes también razón, voy a tener que empezar a desarrollar algún tipo de táctica del misterio, soy como un libro abierto.

—No, no lo hagas, así es perfecto.

Otro comentario críptico que mi cabeza obvió. Miré hacia el gran ventanal que había a mi espalda.

—Este ático es una pasada, solo había visto lugares así en las películas. Y, fíjate, ahora estoy en uno y en Boston, ¡como en las películas!

—¿Cómo es tu casa?

—¿Mi casa? —Casi me atraganté con la tostada—. Yo vivo en un piso que podría caber casi en tu salón. Solo tenemos un baño, aunque es grande, sobre todo después de quitar la bañera. Pusimos una placa de ducha. Eso fue justo antes de la enfermedad, parece que nos estábamos preparando sin saberlo. —Bruce me miró con anhelo, casi con exigencia. Aparté la mirada y continué haciendo caso omiso a mi ansiedad—. Y la cocina es una habitación pequeña, pero como nunca nos ha gustado mucho cocinar, cumple su función perfectamente. Nuria puede tener

su propia habitación, no se queja.

—Tu hija —dijo, yo asentí y seguí masticando la tostada—. *Change your blue eyes* (No tengas los ojos tristes).

—¿Perdona? —Lo había escuchado perfectamente y lo había entendido también perfectamente, pero no quise demostrárselo.

—Nada, nada… —Él volvió a su taza y se escondió tras ella.

—¿Puedo darme una ducha? —Me tomé el resto del café de un solo trago y bajé de un salto de la butaca. Tenía que desaparecer de allí como fuera porque me costaba seguir fingiendo y me costaba seguir gestionando las indirectas de Bruce.

4

LA PIEL

Recogí mi pelo húmedo observando a través de la cristalera. Volví a echar un vistazo alrededor y, aunque no lo vi, no fui capaz de serenar la mezcla de nervios y deseo que había provocado el descontrol de mi respiración desde el último trago de café. Reparé en una rebeca gruesa sobre un sillón, la cogí y salí a la terraza. Desde luego, si quería huir de él, ponerme aquella prenda no había sido la mejor de las ideas; pero si quería regodearme en mi miseria, no había mejor momento ni lugar que aquel, envuelta en una rebeca que olía como si el propio Bruce me estuviera abrazando bajo la lluvia impenitente de Boston.

—Vas a coger una pulmonía.

¿Es que este hombre solo sabía aparecer de improviso? Me sobresaltó y lo miré cansada.

—Ya sería mala suerte en mi último día aquí. —Volví a desviar los ojos y noté que se colocaba junto a mí.

—Te echaré de menos, ¿sabes? —Se apoyó con el hombro en la cristalera, su peso sobre ella me traspasó.

—Bueno, eso te durará mañana y quizá pasado, pero seguro que encuentras rápidamente a otra mujer que te lleve la contraria tanto como yo. —Y sonreí irónica.

—*No one will contradict me like you do* (Ninguna me llevará la contraria como lo haces tú). —Susurró esas palabras tan cerca de mi oído que noté su aliento en el cuello. Cerré los ojos un poco antes de que me tocara los dedos, enlazando su mano a la mía. Ya no había nada que hacer con mi respiración, no había forma de serenarla ni de disimularla.

Noté su temperatura templada, en contraste con mis dedos fríos. De repente era como si todo mi cuerpo se viese atraído hacia el de él, y en mi mente se rompió la piñata de momentos de la última semana. Uno a uno fueron desvelándose, yo los había querido disfrazar, pero ahí estaban: coqueteos, sonrisas cómplices solo entre Bruce y yo, momentos cómplices solo entre Bruce y yo; una mano que casualmente caía sobre la mía, quitarle una mancha cerca de los labios, una mirada más larga de lo normal, una inspiración súbita. Le apreté los dedos en los míos y, sin abrir los ojos, me tiré a la piscina.

—Solo hoy. —Lo dije bajo, muy bajo, tan bajo que tuve la esperanza de que él no me hubiera escuchado.

Pero en un solo movimiento, uno de sus brazos me rodeó la cintura y la otra mano me tomó un lateral de la cabeza para levantarme el mentón y besarme con un ansia que yo no había esperado. Sí que me había escuchado, sí, y yo le respondí como si fuera un náufrago aferrándome a una tabla en el mar, con desesperación. Subí las manos hacia su pelo y le apreté los mechones

castaños mientras las de él ya corrían bajo mi camiseta por todo mi cuerpo. En décimas de segundos, asimilé la sorpresa de mi piel al entrar en contacto con las yemas de sus dedos. Una piel sorprendida porque hacía mucho que no experimentaba esa urgencia y, además, una urgencia en manos de un hombre que no era Arturo. Deseché la culpabilidad. Para no haberlo pensado, para haberme reprimido del modo en que lo había hecho, dar el paso y perdonarme por ello fue todo uno.

Paramos un instante, respirando nuestros alientos. Creo que él me preguntó si estaba segura, pero yo ya había llegado a un consenso conmigo misma, estaba tan segura como que me llevaría aquella rebeca en mi maleta, aunque perdiera el aroma de Bruce con el paso del tiempo. Entramos en el piso a trompicones y, algo húmedos, nos quedamos mirándonos fijamente junto al ventanal. Despacio me di la vuelta y mientras iba hacia la habitación fui desnudándome en silencio, no había invitación más evidente. Dejando un reguero de ropa por el pasillo, llegué delante de la cama; cuando lo busqué, encontré que él había hecho lo mismo que yo y se erguía detrás de mí en toda su formidable anatomía. Me miraba desde arriba, tan cerca que mis pechos rozaban el suyo. Fui yo quien rompió el hielo. Casi desde el momento en que lo vi por primera vez, tuve verdadera tentación por acariciar sus brazos y su abdomen y su culo y sus muslos. Pude comprobar que, como yo pensaba, estaba duro en todos esos lugares. Lo tocaba con devoción y él aguantaba estoico mi reconocimiento; pero cuando llegué a sus glúteos y lo atraje hacia mí, hundiendo su erección en mi vientre, ya no pudo más.

No recuerdo bien el momento exacto en que nos tumbamos en la cama ni pongo en pie el interludio necesario para que se pusiera el preservativo; tampoco soy consciente de los pasos que seguí hasta que lo tuve entre mis piernas, solo sé que dejé de ser dueña de mí misma cuando el morbo y las ganas se hicieron infinitos al verme apresada bajo él, que con una mano sostenía las mías por encima de mi cabeza y con la otra viajaba por todo mi cuerpo, amasando mis pechos y apretándome el culo mientras me penetraba con rabia.

El orgasmo me llegó salvaje, como salvaje había sido aquel acto. Todas nuestras represiones se liberaron y me seguía manteniendo los brazos arriba, pero ahora con sus dos manos. Yo seguía enlazada a su cintura, y él, todavía en mí, pegaba su frente a la mía.

—¿Cuándo es tu vuelo? —me preguntó entre jadeos.

—A las ocho de la tarde —respondí como pude, recolocándome sin liberarlo de mis piernas. Él me tomó la boca y en un susurró me tragué sus palabras.

—Esto no ha acabado… Solo hoy.

Por fin se levantó y me dejó allí tumbada, temblando y con la piel ardiendo. Habíamos olvidado todas las citas que teníamos esa mañana. Todas.

5

BRUCE

«Solo hoy».

Su mente no tardó ni diez milésimas de segundo en descodificar esas dos palabras. «Solo hoy». Y toda una semana de deseo reprimido por fin se rompió, haciendo trizas el sentido común. El deseo, ese deseo que suele romper todo lo que toca, que valida hasta lo más incoherente en el momento para dejarte arrasado después, se liberó. Y por Dios, que fue más de lo que él había imaginado, mucho más.

6

UN DÍA

Un día para conocernos físicamente tanto que le conté los lunares que tenía en la espalda. Se los conté al mismo tiempo que se los lamía, probando su sudor y sus ganas. Porque Bruce exudaba sexo por los cuatro costados. Lo había intuido en los siete días que llevaba en Boston; en ese momento, lo estaba comprobando porque no salimos de la cama en toda la mañana.

—¿Con cuántas mujeres te has acostado? —Lo miraba desde arriba, apoyada en un codo. Mi pierna se enroscaba en la suya y le acariciaba la cara, recorriéndole todas las facciones; ya que me estaba convirtiendo en una mujer adúltera, no iba a serlo superficialmente.

—*What kind of question is that?* (¿Qué clase de pregunta es esa?) —Me miró sorprendido.

—Sí, quiero decir, debes estar acostumbrado a estar con mujeres mucho más jóvenes que yo, con todo en su sitio. —Y me toqué las tetas y el culo—. Con el pelo más cuidado y con la manicura recién hecha.

—*You have everything in its place* (Tú tienes todo en su sitio) —me dijo divertido, tocando con sensualidad lo que yo antes había tentado sin pasión alguna.

—Ya sabes lo que quiero decir… —Seguía tocándome y había entrecerrado ya los ojos—. ¡Bruce!

Entonces de un movimiento brusco me colocó bajo él y me miró con una intensidad que para sí hubieran querido las series eróticas que minaban las plataformas audiovisuales en aquellos momentos.

—*You don’t know how sexy you are* (Tú no sabes lo sexi que eres) —dijo con una voz ronca que me humedeció de inmediato. Se hizo hueco entre mis piernas y empezó señalándome la frente—. *Here*. —Y me dio un beso que me dejó loca, si no me habían dejado loca los cientos de besos anteriores—. *Here.* —Me pasó un dedo por la oreja y el cuello, al que siguió su lengua. Los vellos se me erizaron y él controló mi espasmo con su cuerpo—. *Here*. —Siguió bajando por mi pecho con sus manos y su lengua—. *Here.* —Hundió un dedo en mi barriga. Estaba algo flácida, aunque no tanto como en otras épocas de mi vida. Desde la enfermedad, me había dado por el yoga para calmar la mente y había repercutido muy bien en mi cuerpo—. *Here.* —Recorrió la cicatriz de la cesárea con pequeños besos—. *Here.* —Continuó por la ingle y la parte interior de los muslos, hasta que dejé de escucharlo porque me abrió las piernas y tuve el mejor sexo oral que me han hecho en mi vida.

Eran las cuatro de la tarde, definitivamente se me había echado el tiempo encima, tanto que pensé en dejar mi equipaje en el hotel y pagar por que me lo enviaran más adelante, aunque si me daba prisa, igual no haría falta. Me secaba con ímpetu, después de una ducha que me supo a

gloria. Así que ahí me encontraba yo, de nuevo con el pelo mojado, pero sin el sinvivir de hacía unas horas, porque ya estaba hecho, el *affaire* estaba consumado, y yo buscaba la culpabilidad dentro de mí y no la encontraba. No daba con ella. También intentaba sentirme mal, y tampoco lo conseguía. ¿Qué quería decir aquello? ¿Que era una mujer sin corazón? ¿Una adúltera de pura cepa a la que no le importaba su familia, que había aprovechado su viaje de trabajo al otro lado del océano para hacer algo que no podía en su país? No hacía más que ponerme a prueba, me colocaba ante comentarios de ese tipo, como si fuera una *hater* de mi propia vida, pero no lo lograba. En el fondo de mí, sentía que todo lo que había pasado esa mañana había estado bien, había sido lo correcto para mí en aquellos momentos. Desde que me masturbé la noche anterior pensando en Bruce, derribando una de las barreras que mentalmente me oprimían, todo fue rodado. Si no me hubiese masturbado pensando en él, ¿hubiera llegado tan lejos? ¿Tan tan lejos? Bueno, creo que sí, pero ayudó a que la presión se me pasara con más facilidad. Mi vida había sido un páramo sin emociones, me había olvidado de la mujer que había en mí y Bruce la había despertado, y yo lo había disfrutado tanto, pero tanto…

Salí acelerada del baño y me lo encontré sentado en una butaca, junto a la ventana de su habitación. Había terminado unos minutos antes que yo y ya se había vestido. Me miraba con una mezcla de nostalgia y deseo que me dejó aturdida durante unos instantes. Me tendió la mano. Yo acudí sin discusión; si al final tenía que mandar a por el equipaje, lo haría, todo fuera eso. Y si perdía mis mejores prendas —porque para un viaje como aquel, había seleccionado lo más granado de mi pobre guardarropa—, pues no pasaría nada. Si el proyecto en el que habíamos estado trabajando los últimos días tenía éxito, podría reemplazarlo con facilidad.

Llegué hasta él despacio, empapándome de la sensación de última vez que lo invadió todo. Colocada entre sus piernas, me quitó la toalla y hundió su rostro en mi vientre, y así estuvo durante más tiempo del que yo hubiera imaginado. Abrazado a mi cintura y respirando trabajosamente contra mi piel.

—Eh, Bruce. —Le acaricié el pelo. Para mi sorpresa, no me sentía para nada incómoda allí de pie, desnuda ante él. Después de todo lo que habíamos hecho con nuestros cuerpos, puede que resultara absurdo tener esa sensación, pero conociéndome a mí misma, sabía que podía surgir. Y no surgió.

—Ya te echo de menos. —Le habló a mi estómago y me hizo cosquillas.

—Querrás decir que me vas a echar de menos. —Y sonreí indulgente.

—No, quiero decir que ya te echo de menos. —Miró hacia arriba y me apretó los glúteos, entonces me separó unos centímetros y se bajó los vaqueros hasta las rodillas—. Ven. —Me invitó a subirme a horcajadas sobre él. Creo que es de las pocas posturas que nos quedaban por probar en aquel día.

Hicimos el amor mirándonos a los ojos, él me decía mucho más de lo que yo podía descifrar porque nunca he sido mucho de leer entre líneas, la verdad. Y estaba desasosegada por que aquello pudiera significar algo más en su vida. Básicamente porque en la mía no podía significar más que lo que habíamos dicho: solo un día.

—Y tus normas son absurdas.

7

BRUCE

Bruce hundió la frente en el vientre de Elena y aspiró fuerte. Por sus fosas nasales se colaba algo más que el aroma del gel de baño, y ayudaba a su cuerpo a retener más recuerdos llenando las manos de su piel. No le había costado mucho imaginársela despertando junto a él al día siguiente, volviendo a desayunar en la isla de la cocina y, luego, salir juntos a trabajar. Ella le espoleaba su imaginación como nunca nadie lo había hecho, lo colocaba ante situaciones diferentes a las que él había planeado con una naturalidad que lo sobrecogía.

Allí, hundido en su carne, la recordó hacía unas horas, dormida todavía en su cama, antes de que nada de aquello hubiera pasado. ¿Era mejor que no hubiera ocurrido? Así todo serían esperanzas, pero ninguna certeza. En cualquier caso, ya no había remedio y ahora sí tenía esa certeza: encajaba con ella de todas las formas posibles, y esa mañana no le había dejado más que ganas, ganas de volver, ganas de seguir, ganas de Elena.

—Ven. —Y la montó a horcajadas sobre él, su boca a la altura del pecho, el pelo mojado de Elena rozándole las mejillas. No hicieron falta más palabras.

Mientras se movían acompasados, él provocaba que lo hicieran tan juntos que sus pieles casi se confundían, frotándose y volviendo a sudar. Escucharla gemir de esa forma tan liberada lo soliviantó más aún, y no tardaron más de tres minutos en llegar al orgasmo juntos. No se podía creer que sería la última vez que se acostaría con ella; la retuvo unos segundos antes de dejarla ir.

UNA SEMANA ANTES

8

BOSTON

Me bajé del avión aún con los pulmones algo torpes, parecía como si estuviera aprendiendo a respirar y tuviera que ir premeditando los movimientos necesarios para ello: inspirar, espirar, inspirar, espirar. Llevaba así desde que la productora me llamó y me dio la noticia bomba: una audiovisual norteamericana se había interesado por una serie que creé hace unos años. La serie tuvo algo de éxito nacional y se exportó a varios países europeos. Tengo que reconocer que era mi particular joya de la corona, me había costado mucho venderla y el hecho de poder hacer hasta tres temporadas me reportó una satisfacción personal y económica crucial en mi carrera. Y ahora esto.

De todas formas, nunca hubiera firmado por encontrarme en aquel aeropuerto. De hecho, hubo unos días en que deseché totalmente la idea de cruzar el océano. ¿Cómo iba a irme y dejar durante una semana a mi familia? En cualquier otro momento de mi vida, hubiera dicho que sí sin pensármelo dos veces. En este, no, nunca. Me encontraba en el dique seco desde hacía varios meses, no escribía nada desde que la enfermedad se hizo un hueco en casa hasta convertirse en uno más de la familia, y pensaba seguir así de manera indefinida, hasta que los ahorros y las ayudas familiares se terminaran. Y aun cuando tuviera que volver a trabajar, no sería a miles de kilómetros de casa. ¿Estábamos locos?

—Si no lo haces por ti, hazlo por la salud familiar, Elena.

Arturo me llevó a la cocina dos días después de la llamada. La cocina se había convertido en esa estancia de casa donde se dirimían los asuntos importantes de la familia. Allí habíamos analizado el tratamiento que nos había recomendado el oncólogo; en la cocina, habíamos organizado nuestra nueva vida alrededor de las sesiones de quimioterapia. En la cocina, también lloré de impotencia el día siguiente de la «Gran Operación», muerta de miedo y temblando como una hoja, como nunca antes había temblado de eso, de puro miedo.

—¿Qué salud familiar ni qué mierdas, Arturo? ¿Cómo te voy a dejar aquí solo? —Lo miraba como si hubiera dicho una barbaridad, una barbaridad absurda.

—Primero, no voy a estar solo…

—Nuria no es compañía.

—Nuria es una compañía muy apta porque, queramos o no, a pesar de sus trece años, le ha tocado vivir esta putada. Y eso es así, por mucho que nos duela —respondió. Me tragué un nudo gordo, tanto que me dolió el esófago—. Pero no me refiero solo a ella.

—No puedo pedirle a mi hermana que se quede aquí.

—A tu hermana no, pero a mi madre sí. Está deseando poder ayudar un poco más.

—Tu madre ya tiene una edad, no está para estos trotes. —Tenía tan interiorizada esa discusión, que las respuestas me salían solas. ¿Su madre? Era demasiado mayor. ¿Mi hermana? Tenía su propia vida, ya había hecho suficiente por nosotros. Que no tuviera pareja ni hijos no significaba que se tuviera que estar sacrificando continuamente por la familia de su hermana, demasiado estaba haciendo.

—Tiene setenta años y se encuentra perfectamente para llevar la cocina y la limpieza de la casa, con la ayuda de Nuria, claro.

—¿Y tus sesiones?

—¿Mis sesiones? Cogeré un taxi un día; otro, le diré a Pablo que me acompañe. Por Dios, Elena, que vas a estar fuera una semana, no tres meses. Además, solo me quedan dos sesiones.

Me enervaba la tranquilidad con la que me exponía los hechos, lo de ser profesor le venía como anillo al dedo.

—Las más importantes.

—Necesitamos el dinero, ¿vale? Ya lo dije. —Aquí sí levantó la voz y me miró a los ojos—. Lo necesitamos, cariño, no me digas que no lo sabes. Tarde o temprano, tendrías que empezar a trabajar de nuevo.

—Pero no tan lejos. —Lo dije bajito, con el llanto pugnando por cubrir todos los espacios de aquella cocina. Arturo se levantó y me abrazó. Yo me aferré a su chaleco de lana, que se le había quedado tan grande que hubiera podido albergarnos a los dos. Y entonces lloré en su hombro, lloré mucho, creo que como nunca me había permitido a mí misma llorar, de esa forma tan desesperada que parece que te ha dado un ataque de ansiedad, pero no.

—Elena, mírame —me pidió. Yo negué con la cabeza y sorbí por la nariz tan fuerte que me mareé—. Mírame, por favor. —Levanté la vista y vi sus ojos así, tan saltones después de haber adelgazado tanto, su pelo ralo y su media sonrisa—. También lo necesitas, alejarte un poco de todo esto. Te vendrá bien.

—No te atrevas a decirme que me vendrá bien alejarme de ti, Arturo, no te atrevas.

—No estoy diciendo exactamente eso. Y no me quieras entender mal. —En su tono de reproche también había un deje de diversión.

Me cogió la cara con ambas manos y me dio un beso, más corto de lo que a mí me hubiera gustado. Me calentó el alma aquel beso, anhelé a Arturo aun teniéndolo entre mis brazos. Cuando acabó y me apretó con fuerza, supe que el siguiente paso sería tumbarnos en el sofá a ver Netflix mientras esperábamos a Nuria para contarle el cambio de rutina de la próxima semana. Después, entre los tres, planearíamos cómo avisar a mi suegra, Carmen, para que hiciera una bolsa y se viniera a vivir a casa, y llamar también a mi hermana, que al final nos tendría que echar otra mano más para que yo pudiera irme sin dejar nada al azar.

Y gracias a aquel cúmulo de preparativos y a aquel beso, me vi en un aeropuerto inmenso, esperando mi maleta en la cinta de equipajes después de haberme pasado casi nueve horas a bordo del avión más grande en el que jamás había viajado. Aturdida, asustada y confundida, tanto por el protocolo de inmigración como por encontrarme en una situación totalmente ajena a mí. En Inmigración, me veía sospechosa hasta por mi aspecto, intentaba poner gestos inocentes y acto seguido pensaba que eso no hacía más que hacerme parecer más delincuente. Creía incluso que encontrarían algo susceptible de demanda en mi pelo: había visto hacía poco cómo algunas mujeres metían droga entre sus extensiones, e imaginaba que iban a revisarme el cuero cabelludo como si tuviese piojos. Una niña de cinco años sola en mitad de un centro comercial no hubiera pasado tanto miedo como estaba pasando yo.

9

JET LAG

Llegar al hotel fue toda una odisea que comenzó por tomar un taxi a las puertas del aeropuerto y terminó haciéndome entender en la recepción. Yo hablaba inglés, pero hacía tanto tiempo que no lo practicaba que el curso exprés que había hecho antes del viaje me sirvió de bien poco en mi estado de angustia. Me planté a trompicones delante de la puerta de la habitación y metí y saqué varias veces la tarjeta del lector de llaves; ni muerta iba a volver allí abajo a pedir ayuda en inglés, así que lo seguí intentando hasta que por fin se encendió la luz verde. Quizá fuera al decimoquinto intento, cuando hice el movimiento con un poco más de sutileza.

El paraíso de cada persona depende del momento que esté viviendo, y para mí, esa mañana, el paraíso tenía todo el aspecto de aquella habitación, con esa cama enorme presidiéndola. Solo cuando me tumbé boca abajo en ella, reparé en la carpeta. Me la saqué de debajo del pecho y la miré sin verla. También me quité un bombón de la frente. Ni tirarse en la cama con seguridad la dejaban a una ya. Me senté como pude, abrí el bombón y me lo zampé de un bocado y abrí la carpeta y casi me la zampo también. Me dejé caer de espaldas. ¿Sería cierto que estaba ya tumbada en la que sería mi cama durante los próximos siete días? No podía serlo, me dio un ataque de risa. Cuando lo atajé, enfoqué la vista en los papeles que tenía delante. ¿Aquello era una carta de bienvenida? Vale, perfecto, mucha carta de bienvenida, pero nadie que viniera a buscarme al aeropuerto, cero puntos para la productora americana. Tragué el chocolate con parsimonia y pasé la página. Eso que veían mis ojos debía de ser una agenda, sí, sí, no había duda, una agenda que empezaba aquella misma tarde, ¡¿aquella misma tarde?! ¿Se habían olvidado de lo que era el *jet lag*? Yo ya había asumido que mi estado de enajenación e irascibilidad estaba provocado precisamente por eso. Reí otro rato, y antes de volverme y cerrar los ojos escribí en el grupo familiar creado exprofeso para el viaje: «En el hotel. Hecha mierda. Voy a dormir».

Me despertó el repiqueteo insistente del teléfono de la habitación. Como suele ocurrir, primero se integró en mi sueño a la perfección. Pude convivir con él durante unos instantes, antes de que mi consciencia reaccionara y cayera en la cuenta de que ese ruido no venía de mi interior. Pestañeé varias veces, me escocían los ojos, tenía el cuerpo acartonado y la boca pastosa. Alargué la mano y le di la vuelta al móvil, las siete de la tarde, hora de Boston; de las pocas cosas que me dio lugar a hacer antes de caer grogui fue asegurarme de que mi teléfono funcionaba con el horario en el que iba a vivir. Miré alrededor, si no era mi móvil el que estaba

sonando, ¿dónde demonios estaba el artefacto del diablo que rompía mi cerebro en dos? Giré la cabeza como pude y ahí lo encontré, chillando en la mesita de noche. Repté por el colchón y lo cogí.

—*Hello*, Elena Gavira?

Tengo que reconocer que lo primero que pensé fue que a los de la empresa de telefonía que me llamaban para que cambiara de compañía les iba a salir la llamada por un pico. Luego me ubiqué, me estaban hablando en inglés y había contestado el teléfono fijo de la habitación.

—¡Sí, sí! O sea… *Yes, it's me*. —Me incorporé y me preparé para escuchar como si estuviera en clase y la profesora fuera a poner un *Listening* en el casete.

—Bienvenida a Boston, señorita Gavira, ¿está todo bien?

O mi cabeza había hecho un clic durante mis horas de sueño y ahora comprendía el inglés como si fuera mi lengua materna, o aquello era… Vale, estaban hablando castellano.

—Sí, claro, todo bien, ¿por qué iba a ir mal?

—Hace una hora que la esperamos en las oficinas de StoryVision.

—¡La agenda! Claro, claro, perdóneme, ha debido de ser el *jet lag*. Me puse una alarma, pero…, no sé, no debió de sonar. —No me había puesto alarma y era difícil justificar que un móvil pasase por alto una, pero yo mantendría esa versión contra viento y marea—. Me he quedado dormida.

—¿La seguimos esperando? —Esa voz de mujer sonaba algo ofendida y yo no quise contrariarla más.

—Por supuesto, en… ¿A cuánto está el hotel de StoryVision?

Ya me había levantado e iba desabrochándome los pantalones para hacer un pis rápido.

—Si toma un taxi, a unos diez minutos.

—Bien, en quince minutos estoy allí.

—Estupendo, *thanks*.

—A ti.

Pulsé la cisterna en cuanto colgó, no quería que además supiera que había estado orinando mientras hablaba con ella. Luego, me lavé las manos y me eché agua fría varias veces en la cara, a ver si lograba despejarme un poco.

Me bajé del carro de las buenas impresiones y atiné a ponerme solo algo de antiojeras. Podría contar con los dedos de una mano, y me sobrarían, las veces que había salido de casa de esa guisa; ni en mis peores momentos había llevado a Nuria al cole así, tampoco había acompañado a Arturo a las sesiones de quimio con ese aspecto, poco me faltaba para parecer una vagabunda. Pero me guiñé un ojo en el espejo y me dije que tendría que valer si quería llegar a mi destino en diez minutos. Ahuequé el escote de mi camisa y aspiré con fuerza, nada que un poco de colonia no pudiera disfrazar, gracias a la genética yo no era de las que sudaba en exceso. Me pellizqué las mejillas y se me colorearon. Salí al pasillo de entrada de la habitación, y lo que me había parecido una alucinación propia del cansancio y del desfase horario se mostró como algo real y tangible: en la butaca de la esquina, junto a la ventana, un abrigo grueso, con borrego por dentro y una capucha inmensa, le hacía un flaco favor al abrigo que yo misma me había comprado para el viaje. Parecía que en esa productora pensaban en todo. Menos en el *jet lag*. Lista.

En el taxi rumbo a las oficinas de la productora, eché un vistazo al hotel en el que me alojaba; cuando llegué no me dio lugar a admirar su estupenda fachada y pensé que ese hotel debería

aparecer en las mejores guías de la ciudad. Pero no lo hacía. Lo habían elegido y reservado los de StoryVision, y aunque la cercanía con sus instalaciones parecía ser el motivo, no dejaba nada que desear. Estaba ansiosa por probar su bufé libre de desayunos. Luego, me quedé fascinada con las calles, estaba pegada a las lunas del coche como si fuera una niña pequeña. Yo había viajado en mi vida, pero nunca había ido a Estados Unidos y, sinceramente, lo que había leído era cierto: Boston era una ciudad bastante europea, aunque no dejaba de tener detalles que te recordaban que estabas en Estados Unidos. Cuando me di cuenta, ya llevábamos unos minutos en las puertas de un edificio alto y recubierto por cristaleras.

Las luces del interior mostraban oficinas vacías, espacios diáfanos llenos de mesas y ordenadores apagados. Pero qué derroche, a pesar de que todo el mundo se había ido, las luces seguían encendidas. Cuando entré y el guardia de seguridad me dio acceso a los ascensores, el silencio reinante me confirmó que la única planta donde quedaba gente era en la que se encontraba la sala de reuniones donde yo tenía que haber estado hacía más de una hora. En lo que tardé en subir, compuse mi mejor gesto de culpabilidad y apuro. Solo me faltó llorar cuando entré en el vestíbulo.

—¿Elena Gavira? —me llamaron, y asentí sonriendo—. *Follow me* (Sígame).

Una chica alta, con un aspecto apoteósico, nadie diría que seguramente llevara allí sentada recibiendo gente y atendiendo llamadas desde la mañana temprano, se levantó tras el mostrador y, dando unas gráciles y amplias zancadas, se adelantó a mí y me invitó a que fuera tras ella. Yo ya hacía una lista mental de la de cosas que podría contarle a Arturo: el hotel, la habitación, la cama, las calles de Boston y aquella mujer que era toda una diosa del saber estar y la apariencia. Él me animaría a preguntarle por las cremas faciales que usaba y yo le diría que no, que qué vergüenza abordar a una desconocida con semejante pregunta, aunque me muriera por saberlo. Sin darme cuenta, y mientras me deshacía del abrigo que ahora era como una fuente de calor insoportable, llegamos al fondo de un largo pasillo; antes de que pudiera darle las gracias, se marchó dejándome a la entrada de una enorme sala.

Sobre una mesa de madera clara, moderna y enorme, se extendían decenas de documentos, fotografías, dibujos, bolígrafos y otro material de oficina, los pósits eran los más numerosos; cualquier color que se te ocurriera, había sido hecho pósit en aquella mesa. Alrededor, todos se habían quedado mudos y me miraban sorprendidos, como si ya no me esperasen, como si que yo estuviese allí fuera un acontecimiento. ¿Nadie había tenido *jet lag* en su vida?

10

Y ÉL, BRUCE

Y presidiendo la gran mesa, estaba él. El cuerpo me vibró. Aunque yo fui la única que lo notó, afortunadamente. El hombre más guapo que había visto en mi vida me miró desde el otro lado de la habitación y me obsequió con una sonrisa que me dejó sin respiración, una contrariedad, ahora que había vuelto a respirar de forma espontánea después de tanto tiempo.

—Elena Gavira, ¿verdad?

Como si hubiese dicho Cher, yo le habría contestado un sí rotundo.

—Sí, sí, soy yo, siento muchísimo el retraso.

Di un paso al frente y busqué un lugar donde dejarme caer. A mí y a mi enorme abrigo.

—No, lo sentimos nosotros, tendríamos que haber previsto el *jet lag*.

Una chica se encogió a su lado y apuntó algo en un cuaderno, ella debía de ser la culpable. De todos modos, me solidaricé y decidí no hacerla responsable de mi aspecto.

—Bueno, nada que no se haya podido arreglar con un poco de antiojeras y prisa. —Se me trababa la lengua, estaba nerviosa, y no era precisamente solo por tener a semejante hombre frente a mí. Todos parecían analizar cada uno de mis movimientos.

—Bien, intentaremos hablar en castellano lo más que podamos, pero hay veces que nos será imposible. Nos han dicho que hablas inglés.

Era arrollador.

—*A little*. —Y me reí de mi gracia. Ellos lo tomaron al pie de la letra y quizá fuera mejor así.

—Bien, te hago una ronda de presentación rápida. Devon, Kara y Emily son los guionistas. —Empezó a señalar a los allí presentes y me sonreían según decía sus nombres, me sentí como el primer día en un colegio nuevo. Yo les devolvía la sonrisa con entusiasmo—. Emily tiene familia en España, habla bastante bien tu idioma, con ella podrás intercambiar más información. Shonda es la encargada de *casting*, mañana empieza su trabajo y será lo primero en lo que puedas estar presente plenamente. —¿Había sido eso una pulla? Esperaba que no, se había mostrado muy agradable hasta ese momento—. Richard y Erika son de producción. Y Megan es mi asistente. —Se dirigió por último a la chica que había escondido su gesto en los apuntes cuando aludió al *jet lag*—. Podrás contar con ella para cualquier cosa que necesites. Por supuesto, qué poca consideración, yo soy Bruce, Bruce Campbell.

Se plantó frente a mí en dos pasos, con una impresionante elegancia natural, y me tendió la mano. Yo se la estreché con fuerza, como me había enseñado a hacer mi padre, y le pillé un gesto de sorpresa que supuse fue porque casi le rompo los dedos de la mano derecha. O también podría ser porque tenía la palma algo sudada. Quise creer que fue por lo primero.

Hacía mucho que un hombre no me impactaba. Había conocido muchos a lo largo de mi vida, en la facultad, en el trabajo, amigos de mi marido, amigos de mis amigas, maridos de mis amigas, gracias a Dios que no me ha impactado nunca el marido de una amiga. Lo que quiero decir es que Bruce me dejó noqueada. Claro que le hablaría de él a Arturo, el anillo en el dedo no me ponía una venda en los ojos, y ese había sido un asunto de profundas reflexiones en noches de borrachera con él. La atracción no se controlaba, lo que viniera después sí, cómo no. Arturo seguramente bromearía con que no lo fuera a engañar con semejante adversario, que entonces él poco podría hacer. Yo le quitaría hierro al asunto y nos reiríamos los dos de su ocurrencia. Lo cierto es que Bruce era devastador, física y psicológicamente. Llenaba él solo la gran sala, con su metro noventa de estatura, mínimo, su pelo castaño alborotado y sus músculos dejándose intuir aquí y allá a través de su jersey de lana. Se giró y su trasero también se presentó en unos vaqueros oscuros; nunca había visto yo unos vaqueros que sentaran tan bien a un cuerpo. Todos lo observaron en el paseo de vuelta a su lugar.

—Bien, de todas formas, estábamos acabando ya. —Empezó a recoger papeles de la mesa, y a su alrededor también se pusieron en marcha, metiendo documentos en carpetas y despejando la mesa. Yo me quedé perpleja, no me había dado tiempo a sentarme y me moría por hacerlo. La pequeña siesta que me había regalado no había sido suficiente. ¿Qué debía hacer? ¿Decir adiós y hasta mañana?—. Vamos, Elena, te invito a cenar y te cuento todo. Señores, mañana seguimos.

Bruce salió de la sala y yo lo seguí desconcertada mirando a los demás. Nadie me ayudó a dilucidar mi próximo paso, así que inevitablemente iría a cenar a solas con el jefe del proyecto.

El restaurante estaba doblando una esquina, a unos diez minutos andando. A los cinco minutos, se me olvidó la aprensión con la que enfrenté el tener que irme yo sola a cenar con un hombre que, a todas luces, estaba habituado a ser la voz cantante de cualquier reunión. Con toda naturalidad, me encontré hablando de mi trabajo en España, de lo difícil que era sacar un proyecto adelante, empezando por que confiaran en él. Me escuchaba con atención, con verdadero interés, y, una vez sentados a la mesa y al abrigo de una calefacción más que necesaria, acabamos hablando de la historia que ellos estaban a punto de desarrollar.

—Mandamos a gente a ferias audiovisuales de todo el mundo, nunca se sabe dónde puede saltar el último éxito. —Un camarero se acercó y le mostró una botella de vino sin que él lo hubiera pedido. Bruce asintió imperceptiblemente. Debía de ir mucho por allí, sin duda, así que eché un vistazo a mi alrededor, disimulando quitarme alguna pelusa inexistente de los pantalones. Aquel restaurante era extraordinario, donde yo iría a celebrar un aniversario, por ejemplo—. ¿Querrás vino?

—No, no, yo, un agua, por favor. —Me parecía infantil pedir una Coca-Cola, que era lo que me apetecía realmente, un poco de cafeína y de azúcar seguro que no me venían nada mal.

—*Only water, thanks* (Solo agua, gracias). —El camarero se marchó por donde había venido y yo me quedé esperando a que nos preguntara qué tomaríamos para cenar. Bruce continuó entusiasmado, decir que le gustaba su trabajo era quedarse corta—. Pero esto fue diferente. Hace un par de años, Michael, mi adjunto, estaba de vacaciones en Europa y coincidió en un pequeño… ¿encuentro? —Yo me reí y lo invité a que siguiera, entendía perfectamente a lo que se refería. A decir verdad, tenías que estar muy atenta para reconocer un mal uso del castellano —. En París. Yo le dije que estaba de vacaciones, que no hacía falta, pero ya sabes cómo son estas cosas. —No, no lo sabía: si yo estaba de vacaciones, no le insistía a mi jefe para ir a un

evento de trabajo, pero, claro, no todo el mundo es como yo—. Se pasó por ella, como quien va de turismo a la Torre Eiffel, y se vino con esto.

—Mi serie.

Estaba llena de orgullo, no todos los días te decían que habían comprado los derechos de tu serie porque se la habían encontrado por casualidad y no podían dejar de hacerlo.

—Tu serie.

—*La suerte de Carmen*. —Qué alegrías me había dado, sobre todo a nivel personal.

—Bueno, aquí se llamará *La suerte de Kate*, *Kate's Luck* —aclaró, y me callé que el nombre de Kate me parecía insulso al lado de un nombre tan poderoso como Carmen. ¿No existía en inglés un nombre con la misma fuerza? ¿Y si dejaban Carmen y la protagonista era latina? Debió de notar algo en mi expresión porque se reclinó en la silla y me miró entrecerrando los ojos—. ¿No te gusta?

—A ver, no está mal, quiero decir… ¿No es Kate un nombre como muy común?

—En España, Carmen también lo es. —Este hombre estudiaba hasta el más mínimo detalle.

—Sí, sí que lo es, pero es potente, tiene fuerza. Igual es que te hablo desde la subjetividad.

—Sigue, por favor. —Y volvió a acercarse a la mesa y apoyó los codos sobre el mantel.

—No sé, ¿no hay un nombre en inglés que pueda expresar más fuerza?

—El grupo de trabajo decidió que Kate era el nombre que más se asimilaba a lo que Carmen podía significar en España.

Yo me reí sorprendida.

—Ya te digo yo que no. No sé, yo cogería… Déjalo, tampoco me quiero inmiscuir en eso, si ya lo tenéis decidido.

—No, por favor, te hemos llamado precisamente para que te inmiscuyas en esto.

—¿Habéis pensado en que siguiera llamándose Carmen y que la protagonista fuera latina? —Cogí un trozo de pan y lo saboreé, no me había dado cuenta de que tenía tanta hambre.

Lo vi pensar, con la cabeza apoyada en sus puños entrelazados. Podía escuchar sus engranajes internos, valoraba mi idea y veía si era factible encajarla con todo el trabajo que tenían hecho hasta el momento. También, si podían desechar parte de lo desarrollado. Símbolos de dólar volaban alrededor de su cabeza, eran de colores. Cuando creía que no iba a responder y que iba a cambiar de tema porque quién era yo para poner patas arriba su proyecto, me señaló con el dedo índice aún enlazado en su puño y me dijo:

—Me gusta —afirmó. Di un respingo en mi asiento y dejé caer otro trozo de pan que estaba a punto de meterme en la boca—. Deja que llame a Shonda, le diré que se ponga en contacto con las agencias y manden a algunas chicas latinas. Veremos si es factible.

—¿Chicas? —Masticaba con fruición el último pedazo de pan que me quedaba, como no viniera ya el camarero a pedir la nota, me iba a presentar en la cocina a arrasar con todo lo que me encontrara por delante.

—Sí, chicas… —Por fin, le hizo un gesto al camarero. Cuando llegó, le llenó la copa con la botella de vino que antes había aprobado Bruce y a mí me trajo una botella de agua; era preciosa, la botella—. ¿Has visto la carta? —No la había visto, con tanta charla, me parecía de mala educación desviar la mirada hacia ella; además, estaba todo en inglés y yo necesitaba un poco más de tiempo para descifrarlo, la verdad—. ¿Quieres que pida por ti? —Vio que tenía problemas, claro, y yo no quería dejar escapar al camarero, a saber cuándo volvería otra vez por la mesa—. Yo suelo comer aquí a menudo, ¿carne o pescado?

—Carne.

Se puso a hablar con el camarero, que pulsaba en su pantalla táctil con fuerza. Cuando acabó, me dedicó una sonrisa triunfal y se fue a encargar la comanda.

—Y bien, ¿por dónde íbamos?

—Por lo que me ibas a pedir para cenar.

—Ah, no te preocupes por eso, te he pedido filetes de cerdo a la brasa, la especialidad de la casa.

—Maravilloso. —Salivé solo de escucharlo.

—Me refería a por dónde íbamos con respecto a la protagonista.

—Ah, sí, decías que eran chicas —recordé, y él asintió algo descolocado—. A ver, mi Carmen es una mujer de cuarenta años. Su historia tiene sentido si ella tiene esa edad. Ya sé que aquí cogéis a chicas de veinte para hacer de mujeres de cuarenta, pero creo que hay actrices de cuarenta que pueden hacer ese papel mil veces más verosímil. —Se me quedó mirando muy serio y tuve la certeza de haber metido la pata—. Igual aquí llamáis chicas a todas las actrices, perdóname.

—No, no, si tienes razón, precisamente hemos visto esta tarde las fotos de las chicas que irán mañana al *casting*, no pasan de veintisiete años. Discúlpame un momento, voy a llamar a Shonda.

—Claro, claro.

Tenía la sensación de que, al día siguiente, Shonda no me iba a mirar muy bien.

11

BRUCE

Invitarla a cenar fue un impulso. Para ello, tuvo que mandarle un mensaje a Michael y anular la comida que tenía en su casa y que su mujer había preparado para presentarle a una amiga. Esa era una de las pocas cosas que no le gustaban de Rachel, que le organizaba citas a ciegas con amigas y conocidas. Esta era una compañera del gimnasio que veía a diario y que «era perfecta para él». No solía llevarle la contraria, más bien le divertían los tejemanejes que se traían su adjunto y mejor amigo y su esposa, porque Michael era tan culpable de ese tipo de situaciones como Rachel.

Sin embargo, y aunque quedara fatal, porque iba a quedar fatal con sus amigos y con esa mujer a la que todavía no conocía y que dudaba que pudiera conocer en un futuro después de aquel desplante; aunque quedara fatal, Elena le produjo tal curiosidad que en un arrebato la invitó a cenar para conocer mejor a la persona que había creado la historia que tenían entre manos. No sabía exactamente qué esperaba, no se había hecho una imagen mental de cómo podía ser esa guionista española que habían contratado para asesorarlos y darles detalles que a ellos podían escapárseles. Pero cuando la vio entrar en la sala fue como si un soplo de aire fresco le hubiera dado en la cara, a pesar de que se la veía exhausta, con las ojeras cayéndole ya a las mejillas, si es que eso era posible, y envuelta en un halo de estupefacción, tanto es así que se vio obligado a dar el primer paso.

—Elena Gavira, ¿verdad?

Le hizo gracia su forma de asentir, como si le fuera la vida en ello, como si hubiera acertado la pregunta más difícil de un examen.

Y minutos después, cuando se presentó a sí mismo, su apretón de manos. No supo qué pudo sorprenderlo más, si la fuerza con la que lo hizo ella o lo sudada que tenía la mano. Estaba nerviosa, Elena Gavira estaba nerviosa, y tuvo ganas de decirle que no tenía nada de qué preocuparse. Sí, miró alrededor y antes de que ocupara de nuevo su sitio en la cabecera de la mesa, lo tenía decidido:

—Vamos, Elena, te invito a cenar y te cuento todo. Señores, mañana seguimos.

Pudo ver el desconcierto en el gesto de Elena. ¿Y eso era deseo? ¿Deseo por una silla? Sonrió para sí, seguramente estaba tan cansada que lo daría todo por sentarse un rato en una de esas sillas de la sala de juntas que parecían tan apetecibles. Pero por propia experiencia, sabía que lo mejor era irse ya a comer. Lo siguió y continuaba desconcertada. A él le divirtió, Elena le divirtió desde el primer momento en que la vio.

Luego, en la cena, nunca había hablado de forma tan natural con nadie, nunca se había sentido

tan cómodo con una mujer a la que acabara de conocer. ¿Dónde se había metido Elena durante todos estos años? Seguramente, si se lo preguntaba, ella respondería de esa forma tan suya que ya estaba empezando a serle familiar con solo unas horas de charla: «Pues al otro lado del océano, a cientos de kilómetros, y si no hubiera sido por mi Carmen, ni nos hubiésemos visto en la vida». Qué tragedia hubiera sido eso, porque no podía imaginarse que, por azares del destino, Michael no hubiera descubierto esa serie y que nunca hubiera conocido a Elena. Incluso cuando le dijo así, como de pasada, que quizá sería una buena idea cambiar todo el planteamiento de la Carmen americana y, en lugar de llamarla Kate, que se siguiera llamando Carmen y que la protagonista fuera latina. Latina. Pensó que podría ser un buen giro, un buen filón que explotar, qué juego podía darles a la hora de plantear los secundarios. Es decir, replantearlos. Recordaba que Shonda había comentado algo parecido, pero el proyecto estaba tan avanzado que no la dejaron terminar de exponer sus ideas y lo descartaron por completo. No había sido muy profesional en ese aspecto, se había visto cegado por sus ideas.

Con Elena, quería seguir escuchando, quería seguir descubriendo qué cosas nuevas tenía que contar, porque la vio como una caja de sorpresas, una fuente inagotable de imaginación, de esa imaginación natural y fluida que tanto había buscado para su equipo. Con Elena, sin duda, la pasión por lo que hacía se había multiplicado casi por mil, y sentía la adrenalina del trabajo por su cuerpo. También otras cosas, pero no quería prestarles mucha atención porque no procedía. ¿O sí?

12

MUJERES

Al día siguiente, Shonda me recibió en la puerta de StoryVision. Fue muy considerado por su parte, porque hubiera podido estar dando vueltas como una peonza en busca de las salas de *casting*, que, no sé muy bien por qué, estaban en el sótano del edificio.

Yo ya me encontraba mejor, más dueña de mí misma, despierta y atenta a todo lo que pasara a mi alrededor. Mi papel de asesora no era espectacular, pero estos americanos a veces pagaban por asesores lo que yo podía cobrar por ser guionista durante seis meses. Por eso dije sí al viaje, si no de qué iba a estar allí una semana. De momento, mi trabajo ya había comenzado la noche anterior, aunque yo no me hubiese dado ni cuenta, con los comentarios inocentes que le había deslizado a Bruce durante la cena. Ahora continuaría viendo a todas esas chicas que se acumulaban en una sala de espera con muy pocos asientos e iluminada con una pobre lámpara de techo. Se respiraba tensión.

—¿Esto es otra prueba?

Shonda y yo cruzamos como una exhalación la sala de espera, no fuera a ser que una de las aspirantes nos detuviera para hacer la prueba antes de tiempo. Así que señalé a mi espalda con el dedo pulgar.

—¿Cómo? —Shonda o no me entendió o no me quiso entender. Abrió una puerta que daba a una gran sala, más parecida a un estudio de danza, incluso una de sus paredes estaba revestida por espejos. En un extremo, dos mujeres se afanaban por disponer varias carpetas y montones de documentos y fotos en orden sobre una mesa alargada. Una de ellas se volvió cuando Shonda y yo entramos.

—Las chicas, ahí fuera, no tienen sillas suficientes —insistí, sin saber si habría sido mejor dejar el tema.

—¡Ah, eso! Estamos de reformas, vamos a llevar las salas de *casting* a la planta baja, para que entre luz natural, pero de momento nos tenemos que conformar con esto. —Hizo un gesto despreocupado y avanzó rauda hacia la mesa. Comenzó a hablar en un inglés vertiginoso, del que desistí de entender a los tres segundos.

Una vez sentadas, Shonda se volvió hacia mí y me sonrió.

—Me encanta el nuevo enfoque del *casting*, sinceramente, era el que yo había propuesto a producción, pero lo declinaron antes de que llegara incluso a Bruce. —¿Me había ganado a Shonda cuando en realidad creía que me iba a crucificar por haberle dado más trabajo la noche anterior? Me había ganado a Shonda cuando en realidad creía que me iba a crucificar por haberle dado más trabajo la noche anterior. Quizá por eso había salido a recibirme a la entrada. Me sentí

un poquito pletórica—. A decir verdad, tenía ya algunos contactos. Vamos a ver a las chicas de Richard y Erika en primer lugar. Luego, cuatro chicas latinas, una de ellas por videoconferencia. —Colocaba un portátil a su izquierda que mostraba un salvapantallas de StoryVision y yo asentía algo abrumada—. Y al final, dos mujeres latinas. —Y sonrió triunfante. No hacía falta ver cuáles eran sus preferencias—. De treinta y ocho y cuarenta años. —Se inclinó y me lo dijo en tono confidencial—. Pero no parece que tengan esa edad, ya las verás.

Me invitó a sentarme y empujó hacia mí una montaña de documentos. Con un clip, estaban agrupados los pertenecientes a cada una de las aspirantes.

—Este es tu montón, haz las anotaciones que estimes oportunas. Vamos con tres escenas de las diferentes partes de la historia. ¿De acuerdo?

Asentir se convirtió en el gesto que más repetiría a lo largo de mi estancia en Boston.

Una tras otra, las chicas se sucedieron, y ninguna me conmovió. Yo hacía anotaciones, pero no veía la chispa que esperaba surgiera siempre que asistía a una sesión de *casting*. Cuando se hizo el *casting* en España para el papel de Carmen, yo tenía algunas actrices en mente. De hecho, escribí diálogos imaginándolas diciendo esas palabras. Luego, no fue fácil que alguna de ellas aceptara hacer la prueba siquiera. Fue increíble que una sola se embarcara de buena gana y con gran confianza en el proyecto. Un proyecto que luego fue un éxito.

No, ninguna de las chicas que hacían de Carmen en el tanatorio, enfrentándose titubeantes a la madre dragón de Ramón; o coqueteando inocente con Pepe, a pesar de la edad que tenía; o diciéndole a Alberto que la hija que esperaba podía ser suya; ninguna me parecía la adecuada. Hasta que llegó la penúltima aspirante. Una de las mujeres latinas. Una de las apuestas de Shonda.

Yo estaba exhausta, agotada, me sabía los diálogos en inglés de memoria. Incluso había intervenido en varias ocasiones, ante un atisbo de brillo, para que repitieran una frase con tal o cual intención. Nada. Además, la comida fue frugal, apenas unos sándwiches en la cafetería del edificio, donde Shonda y yo congeniamos. He de reconocer que había estado expectante, a la que salta, por si Bruce hacía acto de presencia. Incluso me atreví a preguntarle a mi nueva amiga por él.

—¿Bruce? —Shonda se limpió un poco de mayonesa de la comisura de los labios. Me sonrió y negó con la cabeza—. Dudo mucho que aparezca por aquí. La de anoche supongo que será la última reunión a la que asista, él ya ha hecho su trabajo.

—¿Su trabajo? Pero ¿no es su proyecto? —Yo también mordía mi sándwich con fruición y con un poco de vacío, por qué no decirlo.

—¿Su proyecto? En StoryVision, todo es su proyecto. —Ante mi gesto de confusión, Shonda continuó riendo a carcajadas—. Bruce es el amo de StoryVision.

—Dueño.

—¿Cómo?

—Dueño, se dice dueño, no amo.

Shonda había estudiado español en la universidad, «unas clases estupendísimas, creía que no iba a sacarles provecho nunca», y me obligaba a corregirla y se reía por sus errores y volvía a decir una y otra vez en lo que había fallado.

—Dueño, vale… Pues Bruce es el dueño de StoryVision, el director general, o como quieras llamarlo.

—Vaya, no lo habría imaginado.

—¿Nos vamos? Nos espera una tarde larga. —Shonda ya se estaba levantando y cogía su

bolso.

—Sí, claro, vamos.

Ambas estábamos cansadas y hasta arriba de café de máquina cuando Lola entró en la sala. Lo supe al instante. Y por el gesto que hizo Shonda, ella también. «Es ella», le susurré. «No nos precipitemos», me respondió con cautela. La mujer de espeso cabello negro rizado, recogido en un difícil moño bajo que reposaba sobre un hombro, entró pisando fuerte con unos altos zapatos de tacón, moviendo las caderas como si el mundo le perteneciera, y su sonrisa irónica y a la vez comedida decía a las claras que aquel papel tenía que ser suyo.

Y lo fue. Porque yo no me equivoqué y esa era Carmen, la Carmen estadounidense, esa mujer latina que con cuarenta años se le moría su novio haciendo el amor y que luego regresaba al pueblo donde había crecido para curar las heridas y el corazón.

Cuando la despedimos, chocamos los cinco espontáneamente. Lo habíamos conseguido.

—Solo hay que convencer a Richard y a Erika de este giro, se tendrán que introducir cambios en los guiones. Pero Bruce estaba anoche demasiado entusiasmado cuando me llamó como para que no sea posible.

—¿Y Gloria?

—¿Qué pasa con Gloria? —Me miró interrogante, creo que no sabía a quién me refería.

—Gloria, la amiga de Carmen.

—Ah, vale, no, no. Creo que el único cambio en nuestra versión será la protagonista, que no es moco de pavo, ¿se dice así? —me preguntó, y yo asentí—. Eso le gustaba mucho decirlo a mi profesora. —Shonda ya escribía un *email* a la velocidad del rayo y adjuntaba un documento. Luego continuó explicándose—: No, la amiga de Carmen será Ronda y ella debe ser cien por cien de Boston. ¿Te has leído el dosier que te dejaron en la habitación? —¿Dosier? ¿Qué dosier? ¿Serían los papeles que estaban tras la carta de bienvenida y la agenda?—. Será mejor que los leas, mañana tienes un día largo con los guionistas.

—Gracias, lo haré, anoche volví a caer KO en la cama. —Era una excusa muy pobre, yo había ido allí a trabajar y no me había puesto al día ni con el fichero que me enviaron antes de viajar ni con el documento de una docena de páginas que me habían dejado amablemente en la habitación, sobre la cama, junto a una carta de presentación y una agenda detallada de mis movimientos para los días siguientes. ¿Podrían dejar de pagarme parte del salario? Me sentí como si el profesor me hubiera pillado en un renuncio, con los deberes sin hacer y sin estudiar.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie. —Y Shonda se rio quitándole hierro al asunto, todo el que yo me negaba a quitarle. Qué ganas me habían entrado de repente de hablar con Arturo.

13

ARTURO

—Hola, cariño. —Arturo me contestó cansado, su voz lo delataba, pero jamás lo confesaría.

—Te noto cansado. —Fui directa al grano, porque para qué dar rodeos.

—No sé por qué dices eso.

—Serán imaginaciones mías —mascullé cabizbaja.

—Y yo a ti te noto triste.

—Os echo de menos. —Me tumbé agotada en la cama y dejé escapar un suspiro. Creo que el *jet lag* no me había abandonado del todo, sentía como si el cuerpo fuera el de otra persona.

—Y nosotros a ti. —Hubo una interrupción, voces de fondo, una conversación que se mantenía en paralelo. Agudicé el oído, a ver si podía intuir algo de lo que hablaban, pero no lo logré—. Nuria dice que si puede ir a una fiesta de pijamas en casa de Sonia.

—Dile que sí, claro, pero estarán sus padres, ¿verdad? —Era una pregunta retórica, cómo no iban a estar sus padres, pero una madre tenía que parecer estar siempre en todo, aunque en realidad no tuviera ni pajolera idea de lo que estaba haciendo. La conversación paralela continuó desarrollándose y yo esperé con toda la paciencia que pude reunir.

—Que sí, que cómo no van a estar sus padres… No, mamá no está tonta, mamá nos echa de menos. —Esto sí que lo escuché aunque no fuera dirigido a mí. Es curioso lo que el oído escoge captar y lo que no. Suspiré—. Nuria se ha ido a su habitación.

—Supongo que nada de hablar con su madre.

—Tal vez mañana. —Tampoco tenía yo muchos ánimos de hablar con ella y que notara mi desánimo, así que, después de sopesarlo, no me enfadé—. Dime, ¿qué tal te ha ido? Me parece que tu humor tiene más que ver con eso que con nosotros.

—Arturo, la he cagado. —Y escupí mis preocupaciones como si me hubieran puesto pilas—: Tenía que haberme leído primero un documento que me enviaron por *email* antes de salir de viaje y luego uno que me dejaron en papel encima de la cama, ¡encima de la cama!, para que lo viera cuando llegara. Y no lo he hecho y no sé nada de las adaptaciones de mi historia, y estoy tan cansada y os echo tanto de menos… —No quería hacer ruido al llorar y me mordí un puño para evitarlo.

—Pues no es para tanto.

Me exasperaba su indolencia y en momentos como ese, más todavía.

—¿Cómo que no es para tanto? Mañana tengo sesión de trabajo con los guionistas, quieren que les dé mi opinión y aporte detalles a la historia que han montado y no tengo ni idea de nada.

—Elena, tú creaste a Carmen y, además, tienes toda la noche para prepararte, ¿qué hora es

allí?

—Las siete y media.

—Bájate al restaurante del hotel, pagan ellos, ¿no?

—Ajá. —Eso era maravilloso, por otro lado.

—Pues te bajas y te pides una buena cena, te vas con tus papeles y, en vez de ver el móvil, te pones a leer.

—Pero está en inglés, me explota la cabeza.

Lo veía todo negro, imposible, inasequible.

—Pues tendrás que coger el móvil, para usar el traductor. —Se rio. Yo me reí con él.

—¿Cómo es posible que lo veas siempre todo tan fácil?

—Porque las cosas siempre son más fáciles, menos para ti, que te ahogas en un vaso de agua.

—Ya. ¿Cómo ha ido la sesión? —Quería cambiar de tema e ir a lo importante.

—Ha ido bien.

—Estás cansado.

—Estoy agotado, Elena, pero esto no es nuevo, ¿no? —Ahí estaba, una chispa de enfado, bien.

—¿Ves? Si me dices que estás cansado, no me preocupo tanto porque es lo normal.

—No hay quien te entienda… Espera. —Volví a oír voces, esta vez era mi suegra—. Te tengo que dejar, mi madre no encuentra no sé el qué en la cocina y Nuria está desaparecida en combate.

Me mordí de nuevo el puño y me dejé los dientes marcados en los nudillos.

—Disfruta.

—No seas mala. Te quiero mucho.

—Y yo.

Colgué y di un salto de la cama, a ver si la cafeína que tenía recorriendo mis venas de verdad hacía algo por mí.

14

HISTORIAS

La ensalada César es igual en todos los sitios. Quizá la salsa varíe un poco su sabor según el establecimiento, pero, realmente, se parecen todas mucho. Eso y que algunas veces el pollo te lo ponen empanado y otras, a la plancha. A mí me gusta más empanado. El restaurante del hotel lo servía empanado.

Me coloqué en una mesa del fondo, hacía esquina y era amplia, necesitaría el espacio. Bajé con un cuaderno, bolígrafos y el cargador del móvil. Elegir aquella mesa también había tenido que ver con que localicé un enchufe junto a ella, claro. La carta tenía algunas fotos de los platos y me decidí por elegir entre ellas, aunque mis opciones se vieran limitadas a un treinta por ciento. Afortunadamente, había una foto magnífica de un bol de ensalada César con trozos de pollo empanado, maravilloso. Le hice una señal al camarero y le indiqué con gestos lo que quería. Mi cabeza ya había llegado a su límite de un idioma que no era el suyo y en breve me sumergiría en un documento en inglés. Con ánimos renovados, abrí la carpeta alimentando la esperanza de que el cansancio no hiciera mella en mí demasiado pronto.

No había avanzado mucho, en realidad, no había pasado del segundo párrafo, cuando sentí una presencia a mi derecha. Sí que habían tardado poco en hacer la ensalada, empecé a despejar la mesa mientras intentaba leer hasta el punto. Pero la ensalada no apareció en mi campo visual. Vale, qué maleducada estaba siendo por no levantar la vista hacia el camarero, pero de verdad sentía que, si me desmarcaba un solo segundo de la historia que estaba leyendo, me podría el sueño y mi cerebro entraría en *shock*. Así que levanté la mirada con un suspiro.

No me esperaba la sonrisa que me devolvió Bruce desde allí arriba y me quedé unos segundos conmocionada.

—¿Trabajando? —Tenía las manos en los bolsillos y observaba mis papeles.

—Sí, si quiero ser de ayuda, tengo que empollarme esto. —Terminé de retirar los documentos de la mesa y lo invité con la cabeza a que tomara asiento.

—¿Empollarme? —Se sentó frente a mí sin dejar de mirarme y yo noté como mis mejillas se ponían tan coloradas y calientes que seguramente mi cara estaba iluminada como una luciérnaga. No se daba cuenta de lo que me avergonzaba tanta atención.

—Ya sabes, estudiar a fondo. —Un terrible velo de inconsistencia estaba inundando mi cerebro y me temía que poco iba a hacer ya con el estudio de la historia.

—Ah, bueno, *empollar*. También es lo que hacen las aves con los huevos, ¿no?

—Ajá. Qué bien se te da mi idioma, ¿no?

—Bueno, se me dan bien varios idiomas, tengo facilidad y siempre hace falta.

Claro, lo olvidaba, el dueño de una productora audiovisual internacional es lo que tiene.

—Pues yo me estoy dando cuenta de que sé menos inglés del que creía.

Se rio ante mi ocurrencia, pero yo no, porque era totalmente cierto. Cuando ese viaje llegara a su fin y pusiera un pie en el suelo de Madrid, igual me apuntaba a una academia.

—No te preocupes. —Qué fácil era decirlo para un hombre al que se le daban bien varios idiomas. Nos quedamos en silencio, pero no fue incómodo. O no me incomodaban los silencios con él o estaba tan cansada que me daba igual todo—. Pregunté por ti en recepción, te llamaron a la habitación y no contestabas, imaginé que estarías aquí.

—Sí, bueno, tenía que cenar y si lo hacía en la habitación, no iba a poder resistirme a la cama.

Yo nunca había visto brillos en los ojos de nadie, era algo habitual que lo pusiera en algunas de mis escenas, para indicar que el actor o actriz en cuestión pusiera un gesto de deseo, pero ¿eso que vi en los ojos de Bruce fue un brillo? Maldito *jet lag*.

—Buena idea, sí. —En realidad, la idea había sido de Arturo, no sé por qué no lo dije. Quizá porque nunca me había gustado hablar de mi familia con gente que no me conocía y no tenía por qué saber nada de mi vida privada. Quizá porque no quería que Arturo estuviese en aquella conversación. Esta última probabilidad me dolió en el corazón y retuve un poco la respiración—. ¿Qué has pedido?

—Ah, ensalada César.

—Aquí hacen los mejores *tortellini* de todo Boston, es un secreto a voces. El chef es italiano.

—Ya, pero de eso no había foto en la carta.

Él se rio con una carcajada queda, sostenida y melodiosa. ¿Este hombre era consciente de que era atractivo hasta soltando una carcajada? Lo miré bien y a lo mejor si hacía el *casting* para John, el protagonista masculino de la serie, equivalente a Pepe en mi historia, se podría llevar el papel sin problemas. Entonces llegó mi cena y él cambió de idioma como quien se cambia de camisa, pidió *tortellini* en un perfecto inglés.

—Ya he hablado con Shonda, me gusta el nuevo giro para la protagonista, es perfecta.

—Sí, pero para Gloria, perdón, para Ronda, no he tenido suficiente poder de persuasión.

—No, ella será bostoniana cien por cien. Igual en un futuro… —Y se mordió la lengua—. ¿Por qué será que contigo hablo más de la cuenta?

—Ronda tendrá su propia serie, ¿verdad? —Sonreí desviando la mirada hacia mi cuenco y mezclando la ensalada con la salsa.

—Si esta va bien, sí, es probable que Ronda tenga su espacio.

—La historia de Gloria da para una serie propia, sin duda. —Me recosté en la silla.

—¿Quieres que te cuente yo las adaptaciones más *gruesas* que hemos hecho?

—¿Harías eso por mí?

Me miró tan intensamente que estuve a punto de dejar caer un trozo de pollo que había ensartado en el tenedor.

—Claro. —Y ese «claro» sonó tan pero que tan seductor que sentí una punzada allá abajo que se convirtió en culpabilidad al instante siguiente.

Cuando caí en la cama esa noche, un poco más tarde de lo esperado, tenía una sensación extraña que me recorría el cuerpo. Hacía mucho que había dejado a un lado mi sensibilidad como mujer, por llamarlo de alguna manera. Mi vida se había adentrado en un túnel, el largo y terrorífico túnel del cáncer, y, desde entonces, había desechado cualquier otra cosa que no fuera normalizar algo que era imposible de normalizar por mucho que nos concentráramos. Sesiones extenuantes de quimioterapia, desenvolverme sola en las tareas que una vez fueron compartidas,

fingir buen humor, esconder el miedo y la angustia. Y el dolor. Un dolor profundo y lacerante que me partía en dos y me dejaba postrada en la cama. Un dolor que solo permitía que se materializara durante la noche, cuando no era especialmente necesario salir de entre las sábanas. Debía ser práctica hasta para eso. ¿Dónde quedó mi deseo? Se esfumó, no había tiempo ni ganas.

Pero esa noche las ganas volvieron. ¿Tan desesperada estaba como para lanzar mis ganas sobre el primero que se me cruzara por delante en cuanto pude tomar un pequeño desvío de mi camino? Bruce era muy atractivo, pero atractivos eran también muchos de los hombres con los que me cruzaba a diario por casa; el cajero del supermercado al que solía ir, sin ir más lejos, era guapísimo y fuerte, y nunca nunca se me había pasado por la cabeza tener ganas con él. Pero Bruce, ¿sería por la atención que me brindaba? Al fin y al cabo, el cajero del supermercado le prestaba la misma atención al señor de delante que a mí. Bruce me hablaba como si yo fuese la persona más importante que pudiera haberse echado a la cara en años.

15

BRUCE

Bruce la observó durante unos minutos antes de entrar en el salón. Inclinada sobre unos papeles, parecía estar muy concentrada, seguramente eso que leía con tanta avidez estaba en inglés. Se había dado cuenta de los problemas que el idioma le estaba dando, por eso él había hablado con su equipo para que intentaran, en la medida de lo posible, utilizar el castellano; todos tenían nociones de él. «Será una experiencia satisfactoria para cada uno de vosotros y os dará puntos en el currículum», dijo zanjando la orden cuando Devon lo miró con cara de pocos amigos. Le quería facilitar la vida todo lo posible y todavía no podía identificar bien la causa de esa tendencia. Lo dejó estar y avanzó hacia ella. Se sujetaba la mandíbula con una mano; con la otra, subrayaba varias líneas del documento; cuando pudo verlo, estaba prácticamente todo el párrafo amarillo. Bruce sonrió. El pelo le caía sobre los ojos y tuvo que reprimir el deseo de apartárselo y engancharlo tras sus orejas. No, claro que no podía hacer eso. Se había dicho que no había cabida para algo que no fuera trabajo en su relación con aquella mujer que había venido solo durante una semana a colaborar con ellos. Por lo que sabía, ella estaba casada, y su marido, creía haber escuchado o leído o algo, pero Bruce tenía la certeza de que estaba enfermo.

Aun así, nadie podría negarle una cena, aunque ya fuesen dos seguidas. Había ido allí a buscarla, a seguir charlando con ella porque el cuerpo se lo pedía. Y su mente también.

—¿Qué has pedido?

Bruce ya la había visto sonrojarse y retomar la conversación como si tal cosa. Sabía que él tenía ese poder sobre las personas, intimidaba un poco a todos, ya fuera por su puesto de trabajo, sus influencias o su aspecto.

—Ah, ensalada César.

—Aquí hacen los mejores *tortellini* de todo Boston, es un secreto a voces. El chef es italiano.

—Ya, pero de eso no había foto en la carta.

Bruce se rio, claro, no podía haber sido de otra forma. Ni la forma en que ella eligió su cena ni que él se riera por esa ocurrencia.

16

EL GUION

Cuando entré en la sala a toda prisa, de nuevo llegaba tarde, Bruce me miró y me saludó con una sonrisa. Estaba sirviendo café en la mesa del fondo, una mesa con todo tipo de bollería y zumos variados. En lugar de estudiar el guion de una serie parecía que fuera a una degustación de carbohidratos. Levantó la cafetera y le asentí, a pesar de haberme tomado un café doble en el bufé libre del hotel.

No esperaba verlo allí, la verdad, pero, de todas formas, ¿cómo era posible que Bruce luciera ese aspecto tan arrebatador? Siendo las ocho de la mañana, era materialmente imposible que hubiera dormido más de seis horas y allí estaba, como si hubiera dormido doce. Yo había tenido que emplearme a fondo con el antiojeras, y mi pelo, todavía húmedo, era toda una temeridad por el frío que hacía en Boston en ese otoño del demonio. Cada minuto que pasaba en las calles, que eran pocos y se limitaban a los breves lapsos de tiempo que tardaba en coger un taxi, los contaba por puñaladas de frío hielo en las partes descubiertas de mi cuerpo.

Devon, Kara y Emily estaban sentados en una esquina de la gran mesa de trabajo con gestos concentrados, apenas se percataron de mi presencia hasta que no ocupé una silla frente a ellos.

—¡Hola, Elena! —Fue Emily la que rompió el hielo. Si lo recordaba bien, ella era la que tenía familia en España y se suponía que era la persona con la que mejor me iba a comunicar.

—Buenos días a todos y perdonad de nuevo mi retraso, estoy empezando a quedarme sin excusas. —Hice una mueca de humor que no me devolvieron, sobre todo Devon, que me miró con algo de reprobación. Intenté obviarlo. Bruce llegó enseguida y se sentó a mi lado, repartió las tres tazas de café que traía consigo, una de ellas para mí, y abrió un cuaderno.

—¿Has dormido bien? Creo que anoche nos *alargamos* demasiado.

—¡Cuando me di cuenta, era la una de la madrugada! —dije en alto, Devon debía saber que me había acostado tarde trabajando—. Pero a ti no se te nota nada el cansancio.

—No necesito más de cuatro horas de descanso para funcionar.

Claro, ¿qué me había pensado yo, que era una persona normal?

—Qué suerte, yo necesito al menos diez —murmuré para mí. Él me dirigió una mirada divertida y continuó.

—Bien, ¿empezamos? —Bruce dio una palmada y todo comenzó a rodar como una máquina bien engrasada.

Casi todo lo que tenía que aportar en la reunión de guion ya lo había comentado con Bruce la noche anterior, aunque él me dejó exponer mis ideas con libertad, haciendo hincapié en los mismos detalles que no le llegaron a convencer durante la cena. Bien es verdad que la cultura de

Boston y la de un pueblo de la meseta castellana española poco tenían que ver, y que ciertos detalles era mejor eludirlos o incorporar otros nuevos para que la historia se entendiese y pudiera calar en la mentalidad estadounidense, pero con el giro que había dado todo gracias al nuevo *casting* y la nueva nacionalidad hispana de la protagonista, quizá habría algunas cosas que sí que se podrían salvar de la historia original. Por ejemplo, el carácter intrusivo de la madre y la abuela de nuestra Carmen, que volvía a llamarse Carmen, por cierto. Algo que no me gustaba era que sus padres hubieran trabajado como encargados de la casa de los padres de John cuando Carmen era pequeña y que ella se criara en la casa de invitados de la mansión. Era todo tan americano…, pero, por otra parte, ¿no era la versión americana de Carmen? Tendría que confiar en ello.

Solo cuando Megan, la asistente, entró en la sala, me di cuenta de la hora que era. Llevaba cinco bolsas de papel con el logo de la cafetería del edificio impreso en negro. Devon se levantó solícito y le cogió las bolsas mientras ella le dejaba hacer y se dirigía a Bruce. Mantuvieron una tensa conversación en inglés, yo era la única que no pilló nada de lo que se decían; los guionistas, a los que había comenzado a considerar como un solo ente indisoluble, se miraban extrañados y me echaban rápidas ojeadas. Mi cara de póker debía de mostrar que no estaba al tanto de lo que se estaba cociendo en aquella habitación, solo el tono y los gestos me hacían suponer que había algo que a Megan la enfadaba y que Bruce dejaba clara su posición de jefe.

Bruce salió disculpándose entre dientes siguiendo a su asistente, cuyos tacones escuché por el largo pasillo hasta que el sonido se perdió en el ajetreo de la oficina.

—No has entendido nada. —Emily me miró divertida.

—¿Tanto se me ha notado?

Devon sonrió, fue la primera sonrisa que me dedicaba y me sentí como un niño pequeño al que le prestan atención por primera vez en mucho tiempo.

—La verdad que he disfrutado con cómo Bruce ha puesto en su sitio a Megan, a veces esa mujer se comporta como si fuera su esposa —dijo Devon. Adiviné que el mordisco de este a su sándwich de atún tenía la misma intención que un mordisco al cuello de Megan. Aunque la hubiera criticado tan abiertamente delante de mí, Megan le gustaba, claro que le gustaba, siempre se me habían dado bien estas cosas y adiviné un interés más allá del laboral.

—A la esposa de Bruce no debe de hacerle ninguna gracia —conjeturé. ¿Por qué no había pensado que Bruce podía estar casado? Igual mi subconsciente no había querido insinuarme tal cosa para que siguiera investigando mi recién hallado deseo sexual, y me encontré lanzando ese comentario para saber algo al respecto.

—Bruce no está casado. —Emily abrió su lata de Coca-Cola Zero y le dio un trago largo.

—Ah. —No tenía más que decir. Vale. No estaba casado.

—Ni tiene novia. Megan a veces se cree que es un niño pequeño al que hay que guiar, Dios santo, que ese hombre ha levantado esta productora prácticamente él solo. —Emily estiraba ahora el papel que envolvía su sándwich integral vegetal. Emily era una de esas, claro.

—Pero es normal que esté enfadada, la ha dejado inventando excusas para Bruce delante del consejo esta mañana, cuando él nunca viene a las reuniones de guion una vez que el proyecto está en marcha. —Kara no había hablado mucho, pero lo dijo todo en un perfecto castellano y en un más que perfecto tono neutro-tendencioso que hizo que se me erizaran los pelos del cuerpo. De ahí las rápidas ojeadas que me dedicaron.

A partir de ese momento, todos comimos en silencio nuestros respectivos sándwiches en una especie de calma tensa de la que no sabía bien el motivo ni la solución, masticando qué podía significar lo que había dicho Kara hacía un segundo. Bruce entró algo ceñudo a los veinte

minutos de haberse ido y se disculpó de nuevo, esta vez por haber desaparecido sin dar explicaciones, como si él tuviera que dar explicaciones a alguien. Al instante, en cuanto se encontró sentado junto a mí desenvolviendo su bocadillo, relajó el gesto y preguntó: «¿Seguimos?».

17

BRUCE

Bruce sabía perfectamente que se estaba comportando como un escolar, un niño que está deseando que llegue el día siguiente para volver a ver a la chica que le gusta en clase. Estaba despierto, alerta, animado, le ardía la sangre al notar la presencia de Elena junto a él, gesticulando, sonriendo, pensando y diciendo.

Esa misma mañana, su cuerpo se estremeció de anticipación al saber que ella estaría en la reunión de guion, esa reunión a la que él no tenía previsto asistir, pero a la que iba a ir de todas formas. Porque tenía ganas de hacerlo, quería hacerlo y podía hacerlo. Maldita sea, para eso era el director general de StoryVision. Y si para ello tenía que dejar plantados a los del consejo, lo haría; de todos modos, era gracias a los proyectos que él ponía en marcha y se encargaba de que tuvieran éxito que la productora era una de las más importantes de su sector. Y todos, absolutamente todos los miembros de ese consejo, tenían buenos dividendos a final de año, ¿verdad?

Esa mañana, para ser sinceros, no solo fue anticipación lo que sintió. Se levantó pensando en ella y aplacó su deseo haciendo ejercicios de relajación y respiración. No debía caer en lo carnal, al menos todavía no, no era un adolescente cachondo ni un adulto salido que se masturba pensando en todas las mujeres que conoce y le atraen.

18

VIERNES

Eran las ocho de la tarde cuando todos coincidieron en que la jornada laboral bien podría darse por terminada. Cada uno tenía tareas que hacer solos, pero eso, seguramente, lo dejarían para el lunes. Yo estaba rondando el límite entre el cansancio y el desfallecimiento, por eso cuando Devon propuso ir a tomar una copa dejé escapar un «¡Uf!» que tenía más de perezoso que de cómico.

—¿Por qué no? —Bruce me miró divertido—. ¿Tienes algo mejor que hacer?

Pensé que tumbarme en mi gran cama de hotel, que seguía siendo mi paraíso personal en Boston, era un plan más que perfecto, un plan que superaba a todos los planes que pudieran proponerme.

—Dormir. —Y esbocé una sonrisa resignada. No iba a dormir, lo sabía, sobre todo porque no quería terminar de convertirme en ese ser huraño y aislado en el que me estaba transformando últimamente.

—Venga, dormir es de cobardes.

Arqueé las cejas, ¿de dónde demonios sacaba Bruce esas expresiones? Debía de haber tenido un profesor nativo bastante bueno.

—Venga, que dormir es de cobardes. —Claudiqué demasiado pronto, lo sé—. Pero antes, si no os importa, un café.

Incluso Devon pareció estar de acuerdo con mi condición, iba ganando puntos con el cerebro más esquivo del monstruo de tres cabezas que eran «los guionistas».

Nos embutimos en nuestros abrigos y nos dirigimos a la salida, aproveché para agradecerle a Bruce que me dejaran ese magnífico ejemplar de plumas e impermeable que casi hacía que sudara mientras la piel de mi rostro se estiraba como si le hubieran inyectado bótox.

—Le tendrás que dar las gracias a Megan, la verdad es que está en todo —me dijo mirándome de reojo mientras paraba un par de taxis.

—Cuando la vea, se lo diré sin falta, dudo mucho que el abrigo que me traje de España fuera suficiente para este frío.

Vaya, hombre, ahora tendría que provocar una conversación con esa mujer. Me lo había buscado yo solita, nunca supe estar con la boca cerrada.

Nos metimos en los coches. La noche había caído hacía ya bastante sobre la ciudad y un millón de luces me deslumbraban a través de la luna del taxi. Aun así, pude contemplar de nuevo y a placer las calles de aquella ciudad fascinante. ¿O era fascinante la compañía?

—¿Te gusta? —La voz ronca de Bruce me sobresaltó.

—Me encanta. —Me volví y lo miré entusiasmada. En verdad, aquel estaba siendo más que un viaje de trabajo, un viaje personal. Estaba aprendiendo a vivir un poco sola, un poco sin Arturo; en el fondo de mi corazón sabía que ese momento llegaría y, aunque pensaba que tardaría en hacerlo, me angustiaba de tanto en tanto.

—Yo conozco Madrid.

—¿Sí? —Tomé asiento más cómodamente en el taxi, como si fuéramos a estar allí mucho tiempo.

—Ajá, he estado dos veces. La primera de vacaciones con mis padres, hicimos un *tour* por Europa.

Que hubiera gente que se llevara a sus hijos de *tour* por Europa y que me lo dijera de forma tan natural me hizo ver, de nuevo, como si lo descubriera por primera vez, que había muchos tipos de personas por el mundo.

—¿Y la segunda?

—Hace cinco años, por trabajo y… —Se quedó callado abruptamente.

—Y por amor, ¿no? —Me carcajeé un poco, irónica, burlona—. ¿Ahora vas a tener vergüenza de decirme que tenías una novia en Madrid?

—No era una novia, era… una aventura.

No, no parecía para nada ruborizado.

—Bueno, una aventura.

El taxi se paró en el momento justo y yo me quedé sin saber más de esa mujer que hizo que Bruce viajara hasta Madrid por trabajo y por amor. Él pagó con tarjeta y yo le dejé hacer, no iba a ponerme a discutir sobre los gastos compartidos, por Dios, él podría pagar el viaje en taxi de toda su empresa si quisiera. Y, de todas formas, yo hubiera pagado con las dietas que me habían asignado desde su oficina, saldría todo del mismo bolsillo.

—¿Dónde estamos? —Miré hacia arriba y un cartel de neón azul y verde parpadeaba, dejándose leer a ratos «Glitter».

—Este es el mejor sitio que conozco para tomarse una copa. —Devon estaba feliz, como si llegar al viernes por la noche fuera toda una carrera de resistencia y la recompensa se presentase justo delante de sus narices, en Glitter.

—Megan debe de estar ya dentro —dijo Bruce, y a Devon se le inflaron los carrillos, no sé si yo fui la única que se dio cuenta—. Podrás darle las gracias por tu abrigo, Elena. —¿Era diversión lo que detecté en el tono de Bruce?

—Pero hay café, ¿verdad?

—Tendrás todo el café que quieras. —Fue como una promesa.

Entré a un vestíbulo donde el abrigo ya sobraba. Pasamos por el guardarropa antes de meternos en un espacio amplio y con una iluminación tenue que invitaba al *gin-tonic*. La música estaba al volumen perfecto y había gente, risas y sombras por todas partes. Me dejé llevar por la mano en la cintura de Bruce, su voz en mi oído retumbó en mi cerebro: «Vamos al fondo, están allí». Y los pelos de la nuca se me erizaron; a este paso, lo raro iba a ser que mis pelos permaneciesen en posición vertical.

En una mesa redonda pegada a la pared, donde parte de los asientos eran un cómodo sofá, ya esperaban Megan, Shonda, Richard y Erika.

—Bruce, no te esperábamos a ti. —Megan lo dijo en inglés, pero hasta yo lo entendí, sobre todo el tono burlón y la sonrisa enigmática que acompañó a su gesto.

—Ya ves, tenía ganas de una copa. —Me ofreció un asiento y fue directamente a la barra. Yo

simpaticé con Shonda de inmediato, que se cambió de lugar para estar a mi lado.

—Estoy tan contenta por el movimiento de *casting*… Hoy he hablado con nuestra Carmen. Le he contado la historia completa, le gustaría conocerte. —Shonda bebía un *whisky* solo; no sé por qué, pero le pegaba mucho tener esa copa en la mano, igual que a Megan, que me echaba miradas indecisas, le pegaba tener un cóctel con sombrillita. Bruce llegó enseguida.

—Aquí tienes tu café.

Yo esperaba una taza con un buen café con leche, calentito, que terminara de hacer magia para que entrase en calor. Era lo que me pedía el cuerpo, obviamente. Sin embargo, me dio un vaso de cristal con un café muy oscuro donde flotaban unos cuantos cubitos de hielo. Me horroricé.

—¿Qué es esto? —No cogí el vaso, fuera a ser que me lo tuviera que tomar.

—Café.

—¿Con hielo? ¿En estas fechas? ¿Con este frío?

Bruce se rio; con una carcajada se sentó a mi lado y me tendió de nuevo el vaso.

—Prueba, es lo que tomamos aquí siempre, sea la época del año que sea.

—Debo decirte que no concuerda nada en absoluto con esta temperatura. —Tomé el vaso recelosa.

—Tiene azúcar.

—Espero que no mucha.

—No, solo el sobrecito que suelen poner con todos los cafés. —Hablaba como si intentara calmarme, me puso más nerviosa aún—. Confía en mí y deja de llevar tanto la contraria, ya verás. —Eso que dijo pudo sonarme de algo, pudo sonarme a Arturo. Me tragué la respuesta.

—Gracias. —Y lo probé. Estaba riquísimo, ¿qué café utilizarían allí?

—Piensa que luego la copa con hielo no te va a resultar tan incómoda de tomar.

—Pensaré en eso, sí. Pero para el próximo café…

—El próximo café será caliente.

Mientras me bebía ese café helado, pensé también en lo bien que me sentaba estar allí, con él, hablando de cosas superficiales, riéndome de verdad, no fingiendo hilaridad, como me había acostumbrado a hacer en los últimos tiempos. Les di a todos una breve lección de castellano de la calle, pero no terminaban de entender negaciones que son afirmaciones y cosas por el estilo, lo dejé por imposible y ellos también. Poco a poco, Bruce y yo fuimos limitando la conversación a nosotros dos; escucharlo hablar era como si una música se colara por mis oídos y llegara directamente a mi cerebro, me hacía sentir bien: cómo modulaba el tono, cómo gesticulaba, cómo le cambiaba el rostro cada vez que sonreía, se le llenaba la cara de alegría en una milésima de segundo. Quizá, ahora que lo pienso, escucharlo y verlo hablar era encontrarme en otro lugar muy lejos de unas responsabilidades que me estaban asfixiando y que me estaban robando mi esencia. Pero también eso es parte de la vida, ni Arturo tenía la culpa de tener cáncer ni yo de quererlo como lo quería. Aun así, me dejé llevar, algo en lo que estoy segura influyó el par de *gin-tonics* que me tomé más tarde, y tanto que a las diez de la noche Bruce sabía de mí casi hasta el número de zapato que calzaba. A cambio, yo supe que él provenía de una familia de emigrantes irlandeses que había trabajado en los medios toda su vida, pero que un golpe de suerte los lanzó al éxito, haciendo posible que tanto él como su hermano fueran los dueños de un pequeño emporio audiovisual. Él se encargaba de la productora, entre otras cosas; su hermano, de varias cadenas de radio y televisión locales. Por lo visto, su hermano era una de las personas que había dejado plantadas esa misma mañana.

Cuando me di cuenta, solo quedábamos en la mesa Megan, Devon, Bruce y yo. Megan y

Devon estaban tan acaramelados que resultaba violento tenerlos delante. Bruce propuso una cena, pero la mirada entre ellos fue tan elocuente que me encontré cenando de nuevo a solas con él, en esta ocasión en un McDonald’s cercano al hotel. También me encontré con un plan inesperado para el fin de semana: Bruce me llevaría con él a casa de sus padres, en un pueblo de la periferia, porque no podía permitir que me quedara sola en la ciudad y él ya se había comprometido con su familia para visitarlos. Quizá el domingo podríamos llegar a tiempo para enseñarme lo más representativo de Boston. Negarme hubiera sido inútil.

19

EL NÚMERO DE ZAPATO

No era una broma. Se sabía mi número de zapato.

Hasta que no recorres una carretera comarcal en un lugar que no es tu casa, quiero decir, tu ciudad, tu país incluso, no ves el miedo. El coche siempre me ha dado pavor, pero recorrer una carretera de doble sentido, con la nieve recién retirada por la quitanieves y acumulada a los lados y el riesgo de que ciervos salten delante de ti como por ensalmo te lleva al siguiente nivel. Creo que recorrí la distancia que había entre Boston y aquel pueblo aferrada al asiento del todoterreno de Bruce, esperando que cualquier animal con cuernos se plantase sobre el capó con un aparatoso estruendo. Incluso cuando me dormí, creo que lo hice con las manos agarrando mi asiento con fuerza. Pero no sucedió y llegamos a casa de sus padres justo después de que empezara a nevar de nuevo.

Ya me había sorprendido que el frío que nos sobrecogió al salir del McDonald's la noche anterior era especialmente helador, casi lo sentía en mi torso, algo muy raro y difícil, habida cuenta de las capas de plumas de las que estaba hecho mi abrigo. Bruce comentó algo sobre la posibilidad real de nevar, yo imaginé que quizá eso me salvara de viajar con él a casa de sus padres, más tarde Arturo me avisaría de que aquella no era la actitud. Pero Bruce lo dijo con tanta naturalidad, que cuando por la mañana me asomé a la ventana y vi un manto blanco cubriéndolo todo, absolutamente todo, y luego un mensaje en el móvil en el que me anunciaba que en media hora se pasaba a buscarme, me convencí de que para él vivir en mitad de la nieve era algo normal. De hecho, cuando apareció en la puerta del hotel, la vida no había parado ni un solo minuto a pesar de los centímetros de nieve que se acumulaban en las aceras. Todo funcionaba como el mecanismo de un reloj recién revisado, y yo me subí al vehículo intentando dejar mis dudas en la habitación de hotel, tapadas con ese estupendo edredón nórdico que llevaba de serie la cama de mis sueños.

Dentro del coche no se estaba nada mal, el calor llegaba incluso a través de los asientos. No sé qué había pensado yo, que quizá el coche en el que iba a viajar era como el mío, en el que tenía que abrir las ventanas en pleno enero para que no se me empañasen los cristales. Pues no, aquel vehículo era tan cómodo que podría convertirse también en la cama de mis sueños. Bruce conectó la radio, todo en inglés, no entendía nada, pero el ronroneo de la locutora era como un bálsamo para mis oídos. Caí rendida al poco de ponernos en marcha.

—Duermes con la boca abierta.

Yo me desperecé como pude y lo miré algo avergonzada, no del todo porque me dio un poco lo mismo. En esos momentos, acceder al descanso era más importante que mi imagen, dónde iba

a parar.

—¿Con la boca abierta? —Lo pregunté de forma retórica, tenía suficiente experiencia conmigo misma y mi forma de dormir como para saber que se me abría la boca y que se me caía la baba por las comisuras.

—Y se te cae la baba.

Me limpié discretamente con la manga de la camisa y sonreí. Eso sí me dio más apuro.

—Bueno, ahora que me has visto en mis peores momentos y te he desvelado mi imagen más vergonzante, ya no querrás tener una aventura conmigo. Pasemos a la siguiente fase.

Me miró durante unos segundos de una forma tan profunda y tan seguida que temí que no fuera un ciervo la razón de nuestro más que seguro accidente en aquella carretera de doble sentido. Carraspeó incómodo y se removió en el asiento.

—¿La siguiente fase?

Ahora la que carraspeé fui yo.

—Claro, la siguiente fase: amigos totales.

—¿Amigos totales? No sé yo si quiero pasar a esa fase.

Hacía un par de días que, aunque me fijaba y me quedaba pillada con esas contestaciones de Bruce, no quería prestarles mucha atención: yo era una mujer casada, con una familia, y Bruce era un hombre de negocios, dueño de una productora audiovisual que podría tener a cualquier mujer que quisiera a su lado. Solo con chasquear los dedos, seguro que se caían ante él modelos y presentadoras de televisión. Ese pensamiento que construí con bases sólidas era bastante retrógrado, pero hay veces que el trabajo que hacemos en el día a día para cambiar las cosas en nuestro mundo colmado de micromachismos tarda un poco más en instalarse en nuestro cerebro y no podemos evitarlo. Y esos comentarios me ponían los vellos de punta, se me erizaba —otra vez— el pelo de la nuca y me daba un latigazo en la entrepierna, todo a la vez. Y no podía ser.

—No, claro, prefieres mantener una relación estrictamente profesional. —Me reí de mi ocurrencia. Desde que estaba allí, solía reírme de todas mis ocurrencias, detecté esto como un método de defensa cuando estaba nerviosa, soltar ocurrencias a cual menos graciosa y reírlas con ilusión. Por dentro, estuve escondiéndome detrás del perchero de los abrigos para que nadie me viera, sobre todo cuando escuché en un murmullo «Never». *Joder*, que mi nivel de inglés era malo, pero tampoco tanto.

Una mujer bajita y de sonrisa amplia y amable esperaba en la puerta de la casa. Aquel pueblo era como en las películas, todo nevado, con muñecos de nieve en cada jardín, niños deslizándose en trineos comprados en Decathlon o en tiendas similares, gorros de pelo y botas especiales para la nieve y el frío. Y si no fuera porque madre de Bruce no hay más que una, habría una mujer de características semejantes en la puerta de cada una de aquellas casas que por fuera eran exactamente iguales. Bruce aparcó en el camino de entrada al garaje y nos bajamos después de dos horas de viaje que me cundieron como cinco. Yo rodeé el coche por delante y me coloqué junto a él, que me esperó en un detalle de consideración, porque lo lógico quizá hubiera sido que se hubiera apresurado a abrazar a su madre como yo hubiera hecho sin duda alguna con la mía; pero no, me esperó y me puso la mano en la cintura para ayudarme a avanzar. Sentí cada uno de sus dedos a través de las capas de ropa que separaban nuestra piel, sus yemas era como botones de calor que se incrustaban en mi epidermis, casi podía delinear sus huellas dactilares. Tendría que tener una dura conversación con Arturo, que una cosa es que fuera normal sentirse atraídos

por otras personas y otra muy distinta verse obligada a lidiar con ella día tras día, con acercamientos que te dejaban el aliento suspendido en la tráquea, saltándose un par de inspiraciones y dejando al corazón trabajando de más durante demasiado tiempo.

Su madre me abrazó como si me conociera de toda la vida, o más bien como si hubiera estado esperando conocerme toda la vida. Me dijo que era muy guapa en un español muy precario pero suficiente y me invitó a pasar extendiendo el brazo hacia dentro. Luego madre e hijo ya sí que se fundieron en otro abrazo profundo, zambulléndose ambos en una intensa conversación. Incluso el tono de voz de Bruce cambió al entrar en aquella casa, como si se tratara de otro país. A lo mejor aquello lo era, una pequeña Irlanda en el corazón de Estados Unidos. Me sentí halagada por la invitación y me dejé envolver por el calor que reinaba en el salón, donde un fuego hacía crepitar los trozos de madera que se amontonaban en la chimenea. «Estoy en una casa con chimenea y es como vivir en una pantalla de cine», escribí en el grupo de la familia. «Qué guay, mamá, quiero fotos», mi hija no se hizo esperar, e intenté no pensar qué hora era en España en esos momentos y qué demonios hacía ella con el móvil cuando solo lo podía tener en determinados momentos del día. «He hecho puchero para comer, pero Nuria ha comido poquísimo», mi suegra era más práctica y aprovechaba cualquier mensaje que yo enviara al grupo para informarme sobre algún comportamiento inoportuno de mi hija. Arturo no contestó. «Papá se ha echado un rato, ya te habla luego». Otra vez Nuria, que me conocía tan bien que sabía que tenía que aclarar la situación de Arturo antes de que yo me imaginara lo peor. Sin embargo, su información no me tranquilizó del todo.

—¿Algún problema? —Bruce se acercó a mí por detrás y señaló el móvil.

—¿Cómo? No, no, solo hablaba con la familia. —Bloqueé el teléfono y lo metí en el bolsillo trasero del pantalón.

—Ven a la cocina.

Yo tenía ganas de sentarme delante de la chimenea y no volver a levantarme en todo el fin de semana. ¿Es que allí no era normal hacer eso cuando había mal tiempo? Seguramente podría poner el audio en castellano en las películas de Netflix.

—¿Y eso? ¿Vamos a almorzar? —Comencé a dirigirme hacia la gran isla que protagonizaba una cocina del tipo de los programas de reformas, tan grande que la mesa de comedor que había un poco más lejos se me antojaba inútil.

—No, mis padres han comido ya, nos han dejado algo de pastel de carne. Si tienes hambre, nos lo podemos acabar antes del paseo.

—¿Paseo? ¿Qué paseo? No vengo preparada para pasear. —Y me miré los pies con intención.

—Tendrías que empezar a confiar más en mí. Llamé esta mañana a mi madre para que se hiciera con unas botas para ti.

—¿Para mí?

—Sí, el número 38, ¿verdad?

—Sí, el número 38.

Sí, el número 38.

20

BRUCE

«Amigos totales». Y Bruce no se echó a reír de puro milagro.

Tenerla tan cerca durante las casi dos horas de viaje le había supuesto un titánico ejercicio de contención; sentir su calor corporal y verla dormir le provocó una erección que le sorprendió por lo inesperada y lo potente que fue. Menos mal que ella no se daría cuenta, primero porque estaba dormida, y segundo porque, aunque se despertara, no pensaba que fuera a dirigir su mirada hacia aquella parte de su anatomía.

Además, olía bien, olía dulce. «Será el gel de baño de ese hotel tan lujoso que me habéis contratado», se imaginaba que respondería. Era algo que se había acostumbrado a hacer en los últimos días: recreaba las contestaciones que le daría Elena a sus preguntas más inverosímiles porque nunca nunca le preguntaría por qué olía así de dulce. En realidad, no se lo preguntaría a ninguna mujer que acabara de conocer.

Por eso tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no reírse ante aquel «Amigos totales». ¿Amigos totales? ¿Después de la erección que había tenido que someter, creía que le gustaría pasar a esa siguiente fase? No se sorprendió solo por la erección, ni siquiera por querer preguntarle de verdad a una mujer que acababa de conocer por qué olía tan dulce, se sorprendió porque llevar a Elena en su coche, a su hogar, a casa de sus padres, le resultó lo más natural del mundo. Porque tenía interés en que su madre la conociera, porque quería que ella viese dónde se había criado. Porque quería ver a Elena en esa otra parte de su vida.

Por eso, llamó a su madre esa misma mañana y le pidió que buscara unas botas del número 38 para una visita importante que llevaría con él. Qué raro era todo lo que le estaba ocurriendo. Aunque, en realidad, no lo era.

21

CONFESIONES

El paseo fue agotador. Nunca había caminado por la nieve y, a pesar de que mis botas eran especiales, del número 38, tenían borreguito y eran impermeables, me embargaba la sensación de que los dedos de mis pies caerían uno tras otro en el mismo instante en que me las quitara. Pero disfruté.

Disfruté por lo diferente del paisaje, porque aquello verdaderamente era como estar en una película norteamericana. Supongo que eso solo nos puede pasar a los que somos de fuera, que hemos crecido con toda esa parafernalia de institutos con equipos de rugby y animadoras, lavanderías en las esquinas y restaurantes abiertos las veinticuatro horas donde siempre hay café. Aquel lugar lo tenía todo, no le faltaba detalle, y parecía que la vida de Bruce había sido también de manual: fue el capitán del equipo, en su caso, de natación; creó el periódico de su instituto y lideró las competiciones de ajedrez a nivel estatal durante un tiempo; estuvo a punto de casarse con su novia de toda la vida, a la que conoció en la escuela infantil, pero se torció cuando se fueron a universidades a miles de kilómetros de distancia.

—Pues si el sistema es el que veo en las películas, poco queríais estar juntos, porque eso lo solicitáis, ¿no? Podíais haber pedido el mismo centro. —Yo daba palmas esperando que se me calentaran las manos, porque los guantes que me habían dado parecían mantener el frío en lugar de quitarlo.

—Eso mismo pensé yo. —Y se quedó callado, pensando—. Fui yo el que la sorprendió cuando le dije que me iba a Nueva York.

—Vaya, fuiste tú el que no quería ir con ella.

Inspiró con fuerza y asintió.

—Sentía que nuestro tiempo había acabado.

—Qué sangre fría. ¿Cómo se lo tomó? —Tenía verdadera curiosidad, igual podría utilizar un poco su historia para mi próximo guion.

—No muy bien. Sus padres dejaron de hablarse con los míos. Y hasta hoy.

—El rencor nunca ha sido bueno, deberías llamarla.

—Pero si nos hablamos, está casada y tiene tres hijos. Son sus padres los que nunca me han perdonado.

—Me tienes que contar más, ahí hay una historia —le dije en tono confidente, y se rio sin ganas, entonces se paró en seco. Yo continué un par de pasos hasta que me di cuenta de que ya no estaba a mi lado. Me giré y lo miré curiosa.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia? —Avanzó y se puso a mi altura. Reanudamos el camino a la

vez.

—¿Mi historia? Uf, mi historia es de lo más aburrida, creo que es la historia del noventa por ciento de la gente del mundo… Bueno, dejémoslo en que es la del noventa por ciento de la gente de España. —Otra vez una ocurrencia a la que solo yo le veía la gracia.

—Cuéntamela. ¿Cómo conociste a tu marido?

—Mmm, pues nos conocimos en la universidad. —Y entonces me sentí en casa. Hablar de Arturo era hablar de mi hogar, recordar nuestra historia y descubrírsela a alguien, aunque ese alguien fuera Bruce, me llenó de tranquilidad. Esperé también que, al hablar de él, de Arturo, de mi marido, de alguna forma dejara de lanzar comentarios que merodeasen por la línea roja de lo inapropiado—. Los dos estudiamos Filología Hispánica. Tuve a mis padres encima durante mucho tiempo: que eso no tiene futuro, que tú no sirves para profesora porque es la única salida, estudia otra cosa y lee manuales de filología que es lo mismo.

—¿En serio?

Asentí, perdida un poquito en mis recuerdos.

—Arturo sí es profesor. De Lengua, en un instituto. Le apasiona. Yo no, si volviera atrás en el tiempo, seguramente no elegiría Filología. Aunque si hiciera eso, igual no conocería a Arturo. O igual sí, que yo creo en el destino. Arturo y yo nos hubiésemos conocido tarde o temprano. —Lo decía y lo volvería a decir mil veces, porque así lo creo—. Quizá no el primer año de facultad, pero sí más tarde. —Por más palmas que daba, las manos no me entraban en calor y empecé a tener mal cuerpo, me detuve y miré a Bruce en un ruego mudo. Él se rio y me dio la vuelta por los hombros—. Gracias, vosotros estáis acostumbrados a este frío, yo más bien estoy acostumbrada al calor. No habrá que salir más de casa, ¿no?

—No, no te preocupes, nos quedaremos delante de la chimenea lo que queda de día.

—Qué feliz me haces.

—Qué poco necesito para hacerte feliz.

«Again».

—No subestimes el poder del calor de la chimenea en un momento como este.

Anduvimos unos metros. Su última frase aún retumbaba en las paredes de mi cerebro, cuando volvió a preguntarme.

—¿Cómo se llamaba tu hija?

—Nuria. —Muy bien, otro tema seguro que mostraba que yo tenía una familia, que no soy de juegos, que no soy de coqueteos. Que no—. Tiene trece años, así que la adolescencia ya llegó a casa. ¿Tú no tienes hijos? —Se me ocurrió de repente que Bruce tuviera una pequeña familia, niños que lo esperaran en alguna parte de ese inmenso país que es Estados Unidos. Podría estar separado y no tocarle sus hijos ese fin de semana. Si me ponía a pensar, yo no conocía absolutamente nada de la vida privada de Bruce.

—¿Yo? —preguntó sorprendido.

—Claro, tú, no aquel hombre que está quitando la nieve de la entrada de su casa.

Y miró en la dirección que señalaba mi dedo, creo que no entendió mi ironía, pero la dejó pasar.

—No tengo.

—¿Y no te gustaría? —Vale, esta vez quien sobrepasó la línea roja fui yo, cuántas veces una pregunta así, tan indiscreta, me había traído malas contestaciones: a ti qué te importa, no es un tema del que quiera hablar, pasa palabra.

—Sí, pero no he encontrado a la personan adecuada.

Menos mal que no tardó mucho en decirlo, si no, me hubiera sentido violenta. Así que, ya que no lo había molestado, continué, porque es un defecto que tengo, no saber callar a tiempo.

—Muchas veces no hay que encontrar a la persona cien por cien adecuada, no sé, fíjate la de hijos que hay por ahí sin que sus padres sean las personas adecuadas el uno para el otro.

—Bueno, yo no soy de los que va teniendo hijos con las personas no adecuadas que se va encontrando por el camino. —Sonó cómico y solté una carcajada. Me lo imaginé teniendo hijos con todas las mujeres con las que se iba cruzando, incluso en la lavandería que acabábamos de pasar, con la mujer que estaba lavando sus bragas y tangas en la máquina junto a la suya.

—Creo que no me he explicado bien, pero *touch*é, hay asuntos que no son de mi incumbencia.

Qué fácil había sido. Una situación que podría habernos llevado a la incomodidad mutua se había resuelto con naturalidad, hasta con risas, no dejaba de sorprenderme.

Llegamos a su casa cuando ya caía la tarde, el sol se escondía bastante pronto y el frío había empezado a atravesar con demasiada facilidad todas las capas de ropa que llevábamos encima. Por fin conocí a su padre, que estaba haciendo chocolate en la cocina. Me ofreció una taza antes de deshacerme del abrigo y de las botas, y Bruce me acomodó en el que para todos era el mejor sitio del salón, una de las esquinas del sofá donde el calor de la chimenea llegaba sin obstáculos. Empezó a sobrarme la ropa y me quedé en camiseta.

—Qué raro verte con tan poca ropa. —Bruce me tendió la taza de chocolate y se sentó en la otra esquina del sofá, tomando un trago de su propia taza.

—No digas eso, va a parecer que estoy en ropa interior. —Bien es verdad que la camiseta de manga corta era de interior. Incluso en las axilas mostraba un tono más oscuro fruto del desodorante y de los lavados sin eficacia que la habían dejado así. Pero como se suponía que nunca la iba a enseñar al mundo, siempre me había dado igual. Allí, en el salón de los padres de Bruce, era la vergüenza o morir de calor; preferí la vergüenza, y decidí arriesgar.

—Ya, creo que eso es lo más cerca que estaré de tu ropa interior.

Entonces, antes de que pudiese ver que mis cejas se levantaban con absoluta y genuina sorpresa, llegaron Patricia y Colin, los padres de Bruce, para compartir con nosotros el chocolate y mi estupor. Y Bruce siguió comportándose como si no hubiese dicho nada, como si formara parte de una broma, como si aquello fuese normal. Así que yo me lo creí también, respiré hondo y me dije: «No seas antigua, ¿quién se escandaliza por un comentario así? Solo tú, desde luego, que no has salido de tu ciudad más que para ir de viaje con tu marido».

El chocolate estaba buenísimo.

22

BRUCE

No podía evitarlo, flirteaba con ella y le encantaba observar su reacción. Seguro que pensaba que era así con todo el mundo. No, con todo el mundo no, con todas las mujeres. Pero nada más lejos de la realidad, era así solo con ella porque disfrutaba al verla ruborizarse e intentar cambiar de tema. Era consciente de que, si supiera ese punto de su relación con ella, la actitud de Elena cambiaría drásticamente; pero no podía evitarlo, sucumbía a esa tentación ya que se había dado cuenta de que no podría sucumbir a la otra. Flirteaba y le hacía bromas que, sacadas de contexto, podían costarle un problema. Pero cómo disfrutaba con esos gestos de estupefacción, por su cabeza debía de rondar la duda de si al final todo aquello era fruto del idioma.

El paseo por su pueblo le había producido exactamente las sensaciones que había imaginado, si no más. Y ahora la tenía allí, en el asiento del sofá por el que se peleaban todos en su familia, mostrando la piel clara de sus brazos llena de pecas, y él se vio sumido en otro ejercicio de autocontrol. Lo tenía fascinado su forma de ser, su risa, sus ocurrencias, su creatividad, esas preguntas personales que sabía que la llevaban a guardar notas mentales para próximos trabajos. Y lo fascinaban esas pecas que se le escondían bajo las mangas de la camiseta y que adivinaba que llegarían a sus hombros.

«—¿Cómo tienes tantas pecas?

—La culpa es de mis padres, demasiado sol de pequeña sin protección del 50».

Sonrió para sí mismo, sí, ella diría eso sin duda alguna.

23

TUS OJOS

Los ojos de Bruce son marrones, pero de un marrón diferente a cualquier otro marrón que haya visto jamás. Por ejemplo, los ojos de Arturo también lo son, los de Nuria, los míos, todos son marrones, sin embargo, no tienen el tono de los de Bruce. O quizá fuera que estudié el marrón de esos ojos a la luz de la chimenea, cuando las llamas bailaban en su iris, cuando yo me imaginé que no tenía familia, que era una mujer libre, sin compromisos, que se permitía perderse en ese tono de marrón tan particular.

Esa noche me quedé hasta tarde hablando con Bruce, la conversación fluía tan natural, tan rápida, tan espontánea, que íbamos saltando de un tema a otro sin ton ni son, sin control, sin orden. Sus padres se acostaron después de la cena, o más bien se retiraron a su habitación, en la que creo que tenían televisión y sofá. Su habitación sería uno de esos dormitorios gigantescos, con vestidor y espacio para estar, con sofá y mesa baja, con terraza y ventanales de suelo a techo, con baño privado provisto de bañera y plato, incluso si me apurabas, podía tener incluso un pequeño *jacuzzi*. Pero eso no me importó, me alivió porque así Bruce y yo nos quedamos a solas en el salón, a la luz de esa chimenea cuyas llamas hacían brillar sus ojos de una manera tan especial.

No recuerdo cuándo nos quedamos callados, el silencio se instaló entre nosotros con suavidad, como si fuera lo perfectamente necesario en ese momento. Y entonces inspiré con cuidado decidida a perderme en aquel marrón. Mi respiración se aceleró lo justo para darme las fuerzas necesarias para rozarle una mano, esa mano que descansaba despreocupada en el sofá, tan cerca de la mía, de la que notaba cómo emanaba el calor de un cuerpo que asumí que deseaba desde casi el primer momento que lo vi. No podía ser que yo hubiera malinterpretado sus palabras, sus comentarios, sus miradas: Bruce me deseaba a mí también, no sabía si tanto como yo lo deseaba a él, porque ni yo misma lo sabía. En cualquier caso, no me cabía duda alguna de ello. Dejé a un lado mis prejuicios, ¿y por qué no? ¿Por qué un hombre como Bruce no iba a fijarse en una mujer como yo? A la mierda los complejos, sus respiraciones me lo confirmaban en cada milésima de segundo. Su aliento me llegaba en oleadas tan aceleradas como las mías, me barría los labios y, de ahí, la sensación se extendía al resto del cuerpo. Nunca había sentido tantas ganas de besar a un hombre, de encaramarme a él, de rodearlo con mis piernas y buscarlo. Y de que me mirara así, más así, más con ese marrón que rompía todas las reglas de los marrones. Sí, el marrón era mejor que el azul o el verde, ese marrón los hacía vulgares. El marrón de sus ojos era excepcional.

Como si se tratara del movimiento más natural del mundo, como el encoger los hombros al

correr apresurada bajo la lluvia, como la carcajada tras las cosquillas, materialicé lo que mi mente había previsto mucho antes de que yo misma fuera consciente. Me deslicé por el sofá, salvé el pequeño espacio que nos separaba y, ayudada por sus manos, me senté a horcajadas sobre él. Noté su erección de inmediato y eso me espoleó, acerqué mi boca a su boca, nos besamos salvajes; yo le tiraba del pelo, él me presionaba las nalgas. *Joder*, solo necesitaba tenerlo dentro, sentir ese orgasmo que hacía tanto que no sentía. Un orgasmo que el marrón de sus ojos casi provoca de inmediato sin tocarme siquiera.

Abrí los ojos de sopetón. Pillé mi mano a medio camino entre el vientre y el pubis y la cerré en un puño, culpable. Aspiré fuerte el olor a suavizante de las sábanas recién puestas en aquella cama ajena de una habitación de invitados donde abundaba el estampado de flores. Dejé mi ironía a las puertas de mi existencia, por esta vez no podía disfrazar mis sentimientos ni mis impotencias con humor. A la mierda el humor. Sollocé tapándome la cara con la almohada, ahogando el gemido. Mierda de cáncer, mierda de ganas, mierda de carne.

Lloré muda por ese sueño que me había mojado las bragas como hacía tiempo que no las mojaba, tanto que no lo recordaba.

Eso soñé.

24

SILBAS

No pude evitar mirar a Bruce con otros ojos. Estaba en la cocina de casa de sus padres haciendo tostadas para un regimiento y una cafetera enorme, de por lo menos diez tazas, para desayunar. Tenía preparado un bol con hielo, me apresuré a decirle que yo tomaba el café caliente por la mañana, y sin que sirviera de precedente, sustituyera la leche templada por otra también caliente, que si podía, me lo pusiera tan caliente que me quemara el esófago. Quizá, si me ardía esa parte de mi anatomía, no arderían otras y mis pensamientos dejarían de vagar por el sueño húmedo que había tenido la noche anterior bajo el mismo techo donde estaba el protagonista. Porque ahora cualquier contacto con Bruce podría desencadenar un tsunami en mi interior. Y todavía me quedaba todo el viaje de vuelta, y mi cuerpo no necesitaba dormir, ya se había recuperado del *jet lag* completamente y en el momento menos conveniente.

Salimos temprano. La nieve volvía a estar recién retirada de las calles, aunque incluso yo fui capaz de adivinar que no iba a nevar más, al menos ese día.

—Que tengáis un bonito viaje. —Patricia lo dijo sonriendo, y yo me callé el corregir ese «bonito» por un «buen». La mujer lo estaba intentando, pero ya no tendría que hacerlo más, a no ser que Bruce le llevara más mujeres cuyo idioma materno fuera el español. Lo dudaba.

—*Thank you very much, Patricia, it has been a pleasure* (Muchas gracias, Patricia, ha sido un placer).

No nos dimos dos besos, solo me miró de un modo inquietante, como anhelante, y no quise mostrar mucho entusiasmo. Es curioso que el hecho de saber a ciencia cierta que no vas a volver a ver a alguien diluye la importancia que le das a quedar como una persona menos efusiva; en otras circunstancias, le habría dado incluso un abrazo. El padre de Bruce había desaparecido por la mañana temprano, así que me ahorré el mismo número. Nos metimos en el coche y solté un suspiro.

—No ha sido tan malo. —Bruce salió marcha atrás y me miró de reojo, con algo de diversión en su gesto.

—Yo no he dicho que lo fuera. —Pero mi suspiro sí que había podido indicar lo contrario—. Mi suspiro no iba por ahí.

—¿Entonces?

Recorríamos ya las calles vacías, solo algunos niños se habían animado a salir a sus jardines cubiertos de una nieve que ya empezaba a derretirse para hacer las últimas guerras de copos hasta que llegara la próxima nevada.

—Bah, cosas mías.

—¿Piensas en tu marido?

¿En mi marido? En la última persona en quien pensaba era precisamente en mi marido. Pensaba en él, sentado tan cerca de mí y tan lejos a la vez; pensaba que con solo estirar un brazo, podría comprobar que sus muslos eran tan duros y fuertes como yo fantaseaba, como yo los había sentido en mi sueño. Pensaba en mí a horcajadas sobre su regazo, pidiéndole que nos desnudásemos cuanto antes.

—No. Bueno, un poco. Es decir, un poco todo.

—Te dejo pensar, entonces.

¿Qué clase de hombre «te dejaba pensar, entonces»? Lo agradecí en silencio y me puse a observar por la ventanilla cómo el mismo paisaje que había visto al llegar desfilaba ante mí en sentido contrario.

Me gustaba pinchar a Arturo diciéndole que él me había sido infiel en una ocasión. Fue al principio de la relación, habíamos quedado solo una vez. Cenamos en una franquicia de pollo frito que habían abierto hacía poco e ir allí era todo un acontecimiento. Más tarde, nos metimos mano cerca de los baños de un bar de copas, que era a donde todo el mundo iba a meterse mano. Le había dejado que me tocara por debajo del top. Todavía recuerdo el contraste de sus dedos fríos y húmedos por el vaso de tubo que, decía, llevaba *whisky* con cola con la caliente piel de mi espalda. Creo que supe lo que era el placer carnal solo con ese contacto.

Nos despedimos con un profundo beso, su lengua casi me llega a la campanilla, y con la conjugación del verbo besar recitada en los pequeños intervalos entre un morreo y otro. Cosas frikis de dos estudiantes de Filología Hispánica que comprendían las mismas bromas. Tardé dos días en volver a verlo porque al siguiente era domingo y el lunes no apareció por clase. Ese martes, llegó en su moto con su chupa de cuero vieja, decía que era de un primo mucho más mayor al que ya no le quedaba bien, yo sospechaba que se la había comprado en alguna tienda de segunda mano porque le gustaba la imagen que daba con ella: «Eh, estudio Filología Hispánica, pero soy un malote». No sé a quién quería engañar, siempre ha sido más bueno que el pan. Me interceptó en el *hall* enorme de uno de los edificios de la universidad, parecía que había estado esperándome. Su cara de culpabilidad me hizo gracia, aunque sí que me sentía un poco tonta por pensar que lo del sábado había sido especial. ¿Qué había ocurrido desde el sábado hasta ese día?

—Me he acostado con mi ex, Elena, pero eso se acabó. —No dijo ni hola, lo soltó como una bofetada. Y yo no supe cómo reaccionar porque en verdad entre él y yo no había habido nada más allá que cuatro besos y un poco de magreo, vamos, que no nos habíamos comprometido. Por Dios, ni siquiera nos habíamos acostado. De todas formas, para mí dar cuatro besos y dejarse magrear y, a su vez, magrear, ya era algo importante. No quería parecer mojigata, la gran sensación de mi vida: temer siempre parecer mojigata.

—Arturo, que lo nuestro han sido cuatro besos, no pasa nada, no somos pareja.

—Sí pasa. El domingo quedé con ella porque nos traíamos un juego raro de idas y venidas. Si te digo la verdad, no sé ni en qué punto estábamos, pero me sentía en la obligación de decirle que ese juego se acabó, que había conocido a alguien.

—Por eso te acostaste con ella. —Me salió un poco más ofendido de lo que había pretendido, digamos que me salió tan ofendido como ofendida estaba yo.

—Lo propuso ella. —Y ante mi gesto de incredulidad—: Y yo estuve de acuerdo, un polvo de despedida.

—Ah, un polvo de despedida. —Esas cosas que solo pasan en las novelas románticas que le robas a tu madre y lees a escondidas. Un polvo de despedida que suele ser el mejor que has

echado en toda tu vida y que recuerdas durante años porque ningún encuentro más ha tenido la pasión de aquel. Un polvo que hace que cuando te encuentras con tu ex una década más tarde, os brillen los ojos, repitáis y os preguntéis por qué demonios rompisteis. Luego, cada uno dejaría a su pareja, continuaría con un embrollo de divorcios, custodias compartidas y fines de semana alternos, a cambio de volver a casa con el amor de tu vida, del que no tendrías que haberte separado nunca. Y esa sería recompensa suficiente.

Eso no nos pasó. De hecho, Arturo se la volvió a encontrar muchos años más tarde en el supermercado. Ella iba empujando un carrito de bebé y tiraba de otro niño de unos tres años.

—Casi no la reconozco. No sé, era como si no fuera ella, estaba… envejecida. Espero no quedar mal al decir esto.

—Es que la maternidad es muy puñetera, Arturo, igual hago una serie sobre eso, lo que pasa es que ninguna televisión me la querría comprar. Si muestro abiertamente la vida real de una madre, bajaría el índice de natalidad al instante. —Yo colocaba la compra en la despensa con despreocupación, intentando no implosionar por el cambio de marca de las magdalenas. De mis magdalenas.

—Ya, pues a ti te ha venido maravillosamente bien. Estás mejor que con veinte años. —Me tomó por la cintura y me besó en el cuello.

Nuestros ojos sí echaron chispas y repetimos.

Pero esto no era lo mismo.

No escuché el silbido de Bruce hasta que no aparté la mirada de la ventanilla. Para entonces, ya discurríamos por un tramo de carretera que yo no había visto en el viaje de ida porque ahí había estado dormida. Daba lo mismo, perdida en mis pensamientos, no prestaba demasiada atención.

—¿Qué canción es?

El silbido se desvaneció en seco y me echó una ojeada pícara.

—Bienvenida al mundo de los vivos.

—Perdona que no haya estado muy habladora. —Carraspeé y me recoloqué en el asiento. Aproveché que él debía mantener los ojos en la carretera para mirarlo a placer.

—No te preocupes. Me ha resultado extraño, no te voy a engañar, no sueles estar tanto tiempo callada.

—¿Llevo tan poco tiempo aquí y ya me conoces tan bien?

—Un poquito, me fijo mucho cuando alguien me gusta. —Y ahí estaba, otro comentario al que mi mente le sacaba las banderas rojas, como si se tratara de la salida de una carrera de Fórmula Uno.

—Bruce… —Dudaba si preguntárselo o no. Al final, no pude aguantarme—. ¿Por qué me haces esos comentarios? Quiero decir… Seguramente estás acostumbrado a coquetear con todas las mujeres que conoces, pero a mí me confundes y no sé si actúo como una puritana si te digo que me hacen pensar cosas que igual no son, y no quiero hacer el ridículo ni siquiera de pensamiento. Uf, igual ya lo estoy haciendo, madre mía. —Me tapé la cara con las manos y me la restregué con un poco de saña. Él se mantuvo en silencio, con la vista al frente, pétreo, de repente parecía que el coche lo condujera un robot—. Perdóname, perdona. No tenía…

—No coqueteo con todas las mujeres que conozco, solo con las que me gustan. —Su voz salió cavernosa, como si le hubiera costado trabajo decir aquellas palabras. Trabajo. A Bruce.

—¿Eso qué quiere decir?

Entonces sí desvió la mirada. Era una recta y tenía perfecta visibilidad, no venía nadie de frente, tampoco detrás de nosotros. Clavó en mí esa mirada marrón e intensa.

—Eso quiere decir que me gustas y que sé que no puede haber nada entre nosotros, pero que no puedo negarme el gusto de coquetear contigo.

—¿Quieres decir que hubieras tenido algo conmigo?

—Te hubiera llevado a la cama la primera noche, después de la cena en el restaurante. —Ante mi sorpresa, continuó—: Si tú hubieras estado de acuerdo, claro.

—Claro. —Exhalé con fuerza. Había estado conteniendo la respiración y ni siquiera me había dado cuenta de ello. Sí que mis pulmones iban a aprender una nueva rutina: la apnea por emociones. Me reí, no pude evitarlo—. ¿Hablas en serio?

—Hablo en serio. Anoche hubiera recorrido el trozo de pasillo que separaba nuestras habitaciones para meterme en tu cama. Mi madre me preguntó esta mañana que cómo no habíamos dormido juntos.

—Me moriría de vergüenza si la viera de nuevo. —Carcajeé divertida e imaginé a esa mujer pegando la oreja a la puerta de su habitación, asombrada de no escuchar susurros, pasos amortiguados y puertas abiertas y cerradas con pretendida discreción.

—Por eso me gustas. Te ríes de todo. Yo necesito la risa y necesito que alguien me lleve la contraria de vez en cuando.

—Si me necesitas, estoy a una videollamada de distancia, te llevaré tanto la contraria como desees.

La tensión sexual se atenuó y, de un plumazo, me sentí más cómoda. Éramos dos adultos comportándonos como adultos. Aquel día, me quedé sin saber qué canción silbaba en el momento en que reparé en su melodía, pero ese silbido se quedó grabado para siempre en mi subconsciente, tanto que cada vez que escuchaba a alguien silbar, incluso en un lugar tan diferente y lejano a Boston como podía ser el metro de Madrid, me giraba como un resorte esperando encontrar a Bruce tras ese silbido.

25

BRUCE

Fue liberador ser sincero con Elena después de dejarla vagar por Dios sabe qué recuerdos, qué reflexiones, ¿estaría pensando en él?

«¿Que si hubiera tenido algo contigo? Me hubiera acostado contigo tras aquella primera cena, donde incluso con *jet lag* me pareciste la mujer más interesante y atractiva que había conocido. Y cada día que pasaba, más interesante y más atractiva me parecías».

«—¿Dónde te has metido todo este tiempo?

—Al otro lado del océano».

26

¿CUÁNDO VUELVES A CASA, MAMÁ?

Nuria me escribió por privado. La notificación resonó en mitad de una lluvia de ideas con los encargados de producción, Richard y Erika. Yo no sabía qué querían que yo aportase, comprendía la diferente idiosincrasia de una cultura y otra. Que la Carmen americana no podía irse a un pueblo de calles con casas encaladas y suelos de adoquín lo entendía perfectamente. Esa Carmen se iría a un pueblo más parecido al de los padres de Bruce. Quise creer que parte de las razones para que me invitara allí fuera ver ese escenario y facilitar la chispa creativa, como la llamaba él.

—La lavandería es un escenario que tendríais que meter. Lo veo algo tan de aquí… —Miré el móvil con discreción: «¿Cuándo vuelves a casa, mamá?»—. Lo siento, tengo que responder a esto.

Me sentí algo aliviada, para qué voy a mentir, aunque también preocupada. Bruce me observó ceñudo y yo le hice un gesto para quitarle hierro al asunto. Seguía apareciendo por todas las reuniones con el equipo de la serie, sus compañeros habían pasado de la sorpresa a la aceptación, cruzando por una pequeña incomodidad al principio: trabajar con el jefe mano a mano no es la mejor de las situaciones.

Me fui a un despacho vacío que estaba junto a la sala de juntas y cerré la puerta. Llamé, sin calcular qué hora podía ser en Madrid. Si me había mandado el mensaje, estaría despierta por muy hora intempestiva que fuera allí.

—Cariño, ¿ha pasado algo?

Debo confesar que yo ya había barajado todas las opciones posibles, desde una recaída de Arturo a una pequeña catástrofe familiar. No debía de ser muy importante si solo me había mandado un mensaje. Para los de mi generación, la llamada seguía siendo la verdadera alarma.

—Te echo de menos.

Eso me golpeó el estómago como una patada del mejor luchador de UFC del mundo. Nuria no era de las que expresaban sus emociones, menos desde la enfermedad de su padre. La adolescencia tampoco había ayudado demasiado. Había crecido deprisa, y de aquellos barros, estos lodos: tenía una hija responsable, estudiosa y más cerrada que la cáscara de un huevo, sin fisuras. Ese escenario no lo había previsto.

—Pero ¿ha pasado algo? ¿Qué te…?

—Solo que te echo de menos, mamá. La abuela es insoportable, está encima de mí todo el día: que si no hago la cama, que si dobla el pijama, que si recoge tu ropa. Y papá…

—¿Papá qué?

—Papá está cansado. Ha acabado el ciclo de quimio y le ha sentado de puta pena.

Tendría que hablar con Arturo sobre por qué no me había comentado ese pequeño detalle de gran importancia en las conversaciones nocturnas que teníamos para ponernos al día. Él también podría recriminarme que yo no le hubiera comentado nada sobre la atracción entre Bruce y yo, pero eso no entraba dentro de la ecuación.

—No digas tacos. —El silencio al otro lado de la línea telefónica sonó a frustración, así que me guardé la regañina por su forma de hablarme y el sermón sobre cómo debía dirigirse a sus padres para más adelante—. Viajo mañana por la tarde, no sé a qué hora llegaré, no me acostumbro a hacer las cuentas, pero solo queda un día, cariño. Ten paciencia.

—Lo sé, pero necesitaba escucharte.

Y me sentí tan culpable…, como si hubiera dejado de ocuparme de ella. Me enfurecí con Arturo, «¿Ves como una semana sí que era mucho tiempo?». Yo le había hecho caso, había dicho sí al trabajo, al viaje, y después yo misma me había dado el permiso necesario hasta para atender mis propias necesidades. Egoísta, más que egoísta.

—Mi vida, prométeme que pasarás estas veinticuatro horas de la mejor manera posible. Si no puedes aguantar a la abuela, métete en tu cuarto, di que tienes deberes o lo que sea. O, mejor, vete a casa de Raquel a pasar la tarde.

Mi suegra era una mujer de la vieja escuela, nacida para cuidar de los demás, y podía ser muy intensa cuando se lo proponía. Yo solía ejercer de muro de contención para sus atenciones, que ahogaban a Arturo, a mi hija y a todos los que estuviéramos alrededor.

—Igual sí que me voy a casa de Raquel, su madre me ha dicho varias veces que duerma allí.

—Pues hazlo esta noche —dije ansiosa, entusiasmada por esa posibilidad de ofrecer a Nuria un poquito de bienestar. Yo misma llamaría a la madre de Raquel para que volviera a proponérselo si era necesario.

—A ver qué dice la abuela, no le gusta que duerma fuera.

—Di que has hablado conmigo y que yo te he dejado.

—Lo haré, sí. Bueno, te tengo que dejar.

Cómo no, ahora todo eran prisas, le noté en la voz la urgencia por colgar.

—Un beso, amor mío. Estoy allí en nada. Te quiero.

—Te quiero.

Y colgó.

Y yo me sentí morir. En ese momento, si me hubieran preguntado qué superpoder querría tener, entre toda la oferta de superpoderes, elegiría el del teletransporte. Chasquear los dedos y aparecer en casa, junto a Nuria, Arturo y mi suegra; retomar esa vida que había imaginado durante unos días que no era la mía, volver a cargar con mis responsabilidades, que me encantaban pero a veces me asfixiaban.

Levanté de nuevo el móvil y le mandé un mensaje a Arturo:

«Deja que Nuria duerma hoy en casa de Raquel, está un poco saturada».

No tardó nada en contestar: «Ok, ¿por qué no me lo ha dicho a mí?».

«A lo mejor porque el ciclo de quimio te ha sentado “de puta pena”».

«Vaya, será su percepción, no ha estado tan mal. ¿De verdad te ha dicho “de puta pena”?».

«Claro, no ha estado tan mal. Sí, nuestra hija dice eso».

Tardó un poco más en escribir el siguiente mensaje, «Escribiendo» se eternizaba en la pantalla de la aplicación y yo cada vez tenía menos paciencia.

«No te preocupes, en nada estás cogiendo el avión de vuelta y podrás comprobarlo todo por ti

misma y hacerte cargo de la situación».

«Tengo que volver a una reunión».

«Te quiero. Suerte».

«Te quiero».

Sí, todo lo escribimos con sus comas, sus puntos y sus signos de interrogación de apertura, no se puede esperar menos de dos licenciados en Filología Hispánica. Volví a la sala de juntas algo ofuscada; cuando me senté junto a Bruce, él me cogió la mano y me la apretó. Yo sentí calor, una oleada que me subió desde abajo hasta llegar a la cara, que noté que me ardía y cambiaba de color. En ese momento, el *flash* de la cámara me sorprendió.

Me había acostumbrado tanto a la presencia del fotógrafo, que no había reparado en que estaba por allí, pululando entre nosotros. Un chico joven, cargado con un par de cámaras al cuello, había seguido todos nuestros pasos. Desde la primera reunión a la que asistí cuando llegué a Boston, se había encargado de inmortalizar el proceso de trabajo, todo lo que se estaba haciendo para la producción de la serie. Eso era muy americano y así se lo hice saber a Bruce, que se rio sin reservas; yo le rebatí que, en España, como mucho, nos sacábamos fotos con el móvil y luego las compartíamos a través de un grupo creado para la realización de la serie.

Así que, sí, ese apretón de manos quedó inmortalizado y, a pesar de todo, no lo deshice porque esa intimidad me reconfortó.

27

BRUCE

Bruce se sorprendió pensando que haría todo lo que estuviera en su mano para evitarle un solo mal trago a Elena.

28

ÉXITO

La tarde del lunes me iban a homenajear con una de las citas más emocionantes que yo podía esperar de un trabajo así: las actrices elegidas para ser Carmen y Ronda (la Gloria española) harían una lectura de guion experimentando por primera vez con sus respectivos papeles. Yo estaba entusiasmada. Arturo se había encargado de torpedear el grupo de la familia con fotos de todos, de Nuria, de su madre e incluso con selfis en capturas no demasiado favorecedoras y siempre cómicas, con la intención nada velada de suavizar la situación conmigo. No todos los días se discute por mensajes guardando la compostura como buen matrimonio. Si el viaje hubiera sido, no sé, a Galicia, no me hubiera mostrado tan comprensiva.

Después del almuerzo, donde no sé cómo acabamos comiendo dos ensaladas Bruce y yo a solas en la cafetería del edificio, volvimos a la sala de los sótanos de StoryVision, charlando, riendo y evadiéndome de mi vida real para zambullirme por completo en esa otra que, analizándolo fríamente, también era real y era mía. Intentando por todos los medios dejar la culpabilidad al margen de mi existencia, disfrutando de una compañía que se había vuelto platónica porque, aunque la confesión del coche podría haber provocado una tensión imposible de soslayar, nada más lejos de la realidad. La compañía de Bruce se había vuelto imprescindible, nos buscábamos con la mirada y comprendíamos lo que nos decíamos con ella. Bien parecía que lo del coche no había hecho sino incitar nuestro acercamiento. Solo con Arturo había llegado a tal grado de entendimiento, y eso había sido tras meses de relación. Quizá es que a Bruce y a mí nos unía un entendimiento nacido entre dos personas con la misma pasión, que se movían por un proyecto común. Quizá.

Todo el equipo nos sentamos en círculo, Bruce junto a mí, como siempre. Las actrices se colocaron en el centro y Shonda les dio el pie. La escena transcurría en un coche: Carmen conducía mientras le explicaba a Ronda que es bastante normal manchar durante las primeras semanas de un embarazo, que ya vería que no era nada y que, bueno, en realidad, si ella no tenía previsto el embarazo, a lo mejor eso era lo mejor que le podía pasar. Ronda hablaba con dureza y le espetaba enfadada y muerta de miedo a su mejor amiga que era verdad que ella nunca había querido ser madre, pero que en aquel momento sí quería a ese bebé y la pérdida sería devastadora. Se me puso el vello de punta, lo hacían tan bien, eran tan Carmen y tan Gloria…, por muy Ronda que se llamase en esa versión. Shonda les dio algunas puntuaciones, y Devon, que además de guionista iba a ejercer de director, me preguntó qué me parecía a mí, qué faltaba. A lo mejor, algo más de frustración por parte de Ronda; y una pizca más de ambigüedad para Carmen, que estaba preocupada por su amiga, pero a la vez guardaba en su interior una chispa de

celos y esperanzas de que todo volviera a ser como era antes, queriendo, en realidad, tapar como fuera ese sentimiento tan miserable, la envidia.

Cuatro repeticiones más tarde, no me cupo duda de que las actrices eran las perfectas, un dúo impecable. Bruce me miró con satisfacción, cruzado de brazos y reclinado en su silla plegable, era tan grande que desaparecía bajo él, y su sonrisa llenaba todo el espacio. Sí, era satisfacción lo que expresaban sus ojos marrones. Yo también sentía que el trabajo que había ido a hacer allí había sido un éxito. No siempre se siente una de esa forma, y cuando pasa es euforia lo que nace de dentro para disparar la adrenalina hasta límites insospechados. Yo, que había viajado a Boston —¡a Boston!— con dudas; dudas sobre si debía ir o no, dudas sobre si mi trabajo era de verdad necesario o era una americanada —maldito síndrome del impostor que siempre aguarda agazapado para salir en los peores momentos posibles—; dudas sobre mi modo de actuar y mis anotaciones a todo el trabajo que ellos llevaban hecho; dudas, al fin y al cabo, que se tradujeron en ese rotundo éxito que yo podría incluir en mi currículum profesional:

- Asesoramiento en la producción de la versión americana de *La suerte de Carmen* con grandes resultados.
- Acumulación de un amor platónico.
- Todo OK para la autoestima.
- Realización personal en niveles óptimos.
- Me he vuelto a enamorar de mi historia y de mi profesión.
- Los americanos pagan bien.

Las actrices continuaron con otro par de escenas y fue evidente que habían asimilado los personajes. Seguramente llevaran desde la semana anterior dándole vueltas a los guiones, cuyas escenas vitales estaban más que escritas y cerradas.

—Tengo que confesar que el cambio a una Carmen latina ha sido todo un hallazgo, le da a la producción un matiz muy enriquecedor. —Devon, el imperturbable Devon; el Devon que se quería llevar al huerto, si no se la había llevado ya, a la meticulosa y organizada Megan, me estaba haciendo un cumplido. Y en español.

—Muchas gracias, tal vez sea mi corazón de creadora, pero el nombre de Carmen era vital para la historia.

Todos nos estábamos levantando y Bruce había ido a hablar con las actrices. En sus rostros, podía observar la ilusión, la expectativa, estaban charlando con el dueño de la productora, ¿podía haber cosa más importante? Seguramente las estaba instando a que pasaran por el departamento de contratación o como diablos lo llamaran allí para firmar ya el contrato, con otra cláusula de confidencialidad de esas leoninas: di algo de lo que estás haciendo y te quito hasta el último pelo de la cabeza para que puedas pagar una mínima parte de la multa que vas a tener. Ellas sonreían, quién no iba a sonreírle a Bruce.

Devon se fue a hablar con Megan, cómo no. Y yo me desperecé, estiré las extremidades tanto que pude sentir como crujían, como mi tamaño crecía uno o dos centímetros por lo menos durante los cinco segundos que duró. Shonda levantó el puño desde el otro lado de la sala, yo estaba feliz.

—Pido comida y nos vamos a mi piso, si Elena se va mañana, creo que hay que aprovechar para hablar de los últimos detalles del guion.

Nadie dijo nada, quién se iba a atrever a contradecir al jefe. Yo hubiera comentado, de pasada,

que no importaba, que podrían llamarme cuando quisieran, incluso podríamos tener una llamada programada a la semana durante un tiempo si es que me necesitaban tanto (ya dudaba yo que lo hicieran, pero bueno); pero Devon exclamó «Perfect!» y todos nos dirigimos al exterior de StoryVision. ¿Esa gente no tenía vida privada, personal y social?

29

BRUCE

El pase con las actrices fue tan bien que Bruce no pudo sino pensar que podría trabajar con Elena el resto de su vida, en miles de proyectos, en infinidad de trabajos: series, películas, documentales. Necesitaría su ayuda, su asesoría, su presencia. Sí, eso, si no podía tenerla de otra forma, tendría su presencia.

30

PRELUDIO

La casa de Bruce no era otra cosa que un ático. Nada más y nada menos que el último piso de uno de los edificios de viviendas más altos que he visto en mi vida. El ascensor se abría a un vestíbulo cuyas únicas puertas eran las de su vivienda y la de una salida de emergencias que daba a unas escaleras que habría que estar loco para coger si no era absolutamente necesario. Yo ya podría haberme quedado a vivir en aquel vestíbulo, decorado con grandes macetones y plantas naturales, cuadros que podrían colgar de cualquier salón comedor y lámparas de diseño. Intenté no mostrarme demasiado impresionada. Fracasé, por supuesto.

Me sorprendió, sin embargo, que abriera la puerta con una llave al uso, yo esperaba una tarjeta automática, una apertura por voz, por lectura de huellas dactilares u ocular, desde luego hubiera sido lo más oportuno. Nos franqueó la puerta, yo pasé la última y me ayudó a avanzar colocando de nuevo una mano en mi espalda, algo más abajo de la cintura, como solía hacer cada vez que me invitaba a cualquier cosa, desde ir a casa de sus padres a una mesa de restaurante. «Platónico», me repetí, «platónico». Claro, platónico.

Invadimos el gran espacio diáfano que era su salón/cocina/comedor, nos sentamos en sofás, sillones y pufs alrededor de una robusta mesa baja, preparada para aguantar que una decena de personas trastearan sobre ella. Los demás parecía que ya habían estado allí más veces; por lo visto, era usual que, casi al comienzo del rodaje de los proyectos que llevaban a cabo, Bruce diera una cena informal en su ático. A través de las cristaleras de suelo a techo que daban paso a la gran terraza, se dejaba ver un cielo plomizo, ya oscurecido por el atardecer. Aquello invitaba más a mantenerse tumbado y procrastinar todo lo que había en los escritos que a seguir trabajando. Aun así, continuamos hablando de *Carmen's Luck* con un entusiasmo que rayaba lo obsesivo, cómo me gustaba.

Las bolsas de comida rápida pasaron de mano en cuanto llegaron, era obligatorio alimentarse mal para que todo saliera bien, yo no iba a poner ningún reparo a eso. Bruce y yo charlábamos al margen de los demás; yo inclinada hacia él, echada sobre el brazo del sofá, y él inclinado hacia mí, apoyado sobre el brazo del sillón que ocupaba y que parecía ser su lugar en el salón. Nadie había hecho ademán de sentarse allí cuando entramos, todos se distribuyeron como una maquinaria bien engrasada, todos conocían cuál era su sitio en el mundo, su sitio en el salón de Bruce. Y mi sitio pareció ser esa esquina del sofá, junto al sillón del anfitrión; estaba halagada, claro, también un poco mosca porque parecía que todos se habían dado cuenta de que entre nosotros había algo más que una simple relación profesional.

—Nadie cena con el jefe todos los días, Elena. —Megan me miró pícara y yo no supe qué

decir, así que me limité a alargar un poco más de la cuenta mi mirada y luego la obvié, como si no hubiese entendido bien lo que quería decir. Yo sabía muy bien lo que quería decir, pero me negué a seguir el juego. Bostecé y me recliné en el sofá.

Aquel sofá debió de haber sido hecho en la mejor fábrica de sofás del mundo, tenía la dureza adecuada, era confortable, su abrazo sabía a hogar. ¿Podría Bruce mandarme ese sofá a mi casa? ¿Aguantaría un sofá como aquel un viaje trasatlántico? De todas formas, se comería el espacio de mi salón, aunque no me importaría. Seguí inspirando con profundidad, al día siguiente teníamos un par de reuniones por la mañana, una de ellas con las actrices. Tendría que dejarme preparado el equipaje antes de salir del hotel para que luego solo tuviera que recogerlo antes de irme al aeropuerto, incluso podía llevarlo a las oficinas de StoryVision.

El aeropuerto, Dios, parecía que había pasado un mundo desde que aterricé en Boston llena de miedo. Volvería a Madrid y tenía la sensación de que lo hacía otra persona. No era tonta, tener esa sensación era normal. Los primeros días en Madrid se me antojarían ajenos; luego, poco a poco, mi vida se iría acoplando al ritmo y a la realidad de allí hasta que la estancia de Boston volviera a ser lo que había sido desde un principio, algo excepcional. Suspiré con una mezcla de resignación, ansiedad y ganas. Cómo se podían entrelazar todas esas sensaciones era algo que simplemente no era capaz de entender y no iba a hacer un esfuerzo en hacerlo.

No fui consciente del momento en que cerré los ojos. Me dormí.

31

EL FIN DEL *AFFAIRE*

El *affaire* terminó en cuanto la voz del piloto sonó por la megafonía del avión. Habíamos llegado a Madrid. Yo había tenido algo más de seis horas para asimilar lo que había hecho, analizarlo, esquematizarlo y digerirlo de tal forma que antes de aterrizar ya hubiese confirmado que me lo perdonaba a mí misma. Y eso es lo que hice. Alejar las presiones a las que me sometía continuamente, concederles el permiso a mis necesidades de mujer para no ser machacadas con un mazo antes si quiera de germinar. Me permití el respiro.

Medité largo y tendido qué hubiera pensado yo de haber sabido algo así de otra mujer viviendo mi misma situación. Ya me veía charlando con mi hermana Ana, delante de un café cuchicheando y criticando, sí, criticando a la mujer que le había hecho eso a su marido. Yo era esa mujer, yo era la persona que se había acostado con otro hombre mientras amaba a su marido más que a nada en el mundo. Yo era la que había traicionado la confianza del matrimonio, poniendo en riesgo no solo mi vida, sino la de todo mi entorno: Arturo, mi hija, nuestras familias. Yo ahora entendía a esa mujer. La entendía tan bien que, si estuviera sentada delante de un café junto a mi hermana Ana, le diría: «Tú no sabes todas las circunstancias en las que pasó lo que pasó. Tal vez fue un acto desesperado de huida, como respirar después de haber estado ahogándote debajo del agua demasiado tiempo. Tal vez ese otro hombre llegó más lejos que a su cama. ¿Quién te dice que no se puede querer a dos personas? A lo mejor, se ha enamorado, pero también ama a su marido profundamente. A lo mejor, tiene unos sentimientos increíblemente fuertes por ese otro hombre».

«Ese otro hombre», el concepto. Bruce era mi «ese otro hombre». ¿Qué sentía yo por Bruce? Fascinación, atracción, morbo, sensualidad, ansia. También amor, ternura, comodidad. ¿Podía ser la dicotomía de la vida difícil y la fácil la que influía para tener esos sentimientos? Podía ser, no lo descartaba en absoluto. Pero sentía tanta paz después de haberme dado la libertad de sentir… Como si rompiera ataduras. Si reflexionaba, me encontraba más culpable cuando todo era un *affaire* en potencia que cuando lo fue de hecho. Flotaba en una nube de armonía, las piezas habían encajado por fin. Dudaba mucho que esa nube se disipara cuando viera a Arturo. Estaba llena de empatía hacia mí misma.

También le diría a mi hermana: «Entiendo a esa mujer y, sí, puede seguir con su vida». Claro, porque yo seguiría con mi vida. Atesoraría el viaje a Boston como un recuerdo inapelable. Me obligué a no volver a él para apaciguar las frustraciones del presente. Ese recuerdo se mantendría imperturbable en mi memoria. Pero del mismo modo que yo me puse condiciones, también se las puse a él: no podría ponerse en contacto conmigo bajo ningún concepto. Los dos sabíamos a lo

que nos ateníamos si hacíamos lo que habíamos hecho: era aquel día solamente, no más, nunca más. Todos los correos que me enviara sobre la producción de la serie se harían a través de su asistente Megan; todo lo que se requiriera de mí, sería Megan quien me lo solicitara.

—Y si viajas a Madrid, yo no lo sabré nunca.

—¿Y si tú vienes a Boston?

Lo miré irónica, ¿cuándo iba yo a viajar de nuevo a Boston si no era para colaborar con ellos de nuevo? Le seguí el juego.

—Si yo vengo a Boston, nunca me pondré en contacto contigo. ¡Ay! —exclamé ante el mordisco que me dejó señalada la clavícula. Me gustó porque luego lo lamió y el ardor volvió a expandirse por todo mi cuerpo.

—Eso me dolería mucho. —Sonó divertido, pero yo sabía que sería verdad, le dolería mucho. Y a mí también.

—Tampoco podemos hacer por saber de la vida del otro.

Levantó la cabeza y dejó esperando a mi pezón, que ya sentía la rugosidad de su lengua; me dejó arqueada y gimiendo.

—No sé si podré cumplir todas estas cosas —dijo, y me metió la mano entre las piernas. Ya estaba húmeda de nuevo. Nunca me había puesto húmeda tantas veces, me palpitaban los músculos del esfuerzo y, aun así, ansiaba más.

—Chúpame ahora, por favor.

Bajó la cabeza y me lamió por fin el pezón y, a la vez, metió un par de sus dedos en mí. ¿Podía un cuerpo arquearse tanto como el mío? Lo dudaba, podía ser físicamente imposible, pero ahí estaba yo, desafiando las leyes de la naturaleza.

—Claro que tendré que cumplir todas esas cosas, que son absurdas, porque no puedo evitar esto, no puedo…

Se puso sobre mí y se hizo hueco entre mis piernas; retiró la mano, que subió en una caricia dura e impaciente por todo mi torso hasta atrapar mis brazos a ambos lados de mi cuerpo. Entonces me penetró tan hondo y tan fuerte que creí ver las estrellas en ese mismo momento.

No, no podía estar arrepentida. Porque aquello era más que lujuria, por eso tanto miedo y tantas condiciones, pero no arrepentimiento.

Un mes después de mi llegada a Madrid, me encerré en los baños de un centro comercial. Había llevado a Nuria y unas amigas para ir de tiendas y tenía por delante dos horas para hacer lo que yo quisiera. O, más bien, lo que estaba obligada a hacer. Un mes después de mi llegada a Madrid, encerrada en el baño de un centro comercial cualquiera, veía dos rayitas rosas en una prueba de embarazo.

No, el *affaire* no había terminado, el *affaire* acababa de empezar.

LA LISTA

La Lista

1. Arturo.
2. Bruce.
3. ¿Yo?

1

UN MES

La vida puede cambiar en un mes. Qué demonios, puede cambiar en un segundo. De hecho, mi vida ya estaba cambiando desde que ese espermatozoide cruzó la barrera natural de la vida y se coló en mi óvulo. Y yo que pensaba que, con mi edad, esos desajustes eran más propios de la premenopausia que de un embarazo. Cuánta desinformación.

Cuando el día marcado en rojo en mi calendario, sí, sigo siendo así de básica y tengo un calendario en la cocina donde pongo un puntito rojo cuando me toca la regla; cuando ese día pasó y no ocurrió nada, no me preocupé demasiado. En realidad, no me preocupé ni en prestarle atención a algo que no debería tener importancia; el punto rojo solo me indicaba cercanía, pero nunca precisión. Además, la vida era como antes. Mi vuelta de Boston se unió a unos resultados positivos del último ciclo de quimio de Arturo. Nuria estaba especialmente sociable, no mucho, que seguía siendo una adolescente empoderada que no quería entender muchas cosas de la vida ni de su familia. Y mi suegra había vuelto a su casa, harta de cuidar de los demás y deseosa de volver a ocuparse de sí misma. No sé dónde aprendió la expresión «Daros vuestro espacio», pero me la dijo la noche que la llevé de vuelta a su piso y en el último mes no había aparecido por casa, a excepción de un par de veces: el día de los resultados de Arturo, que celebramos con tarta y vino, una mezcla maravillosa; y una comida familiar junto con mi hermana sin motivo aparente. Aunque no quise indagar, la semana de mi viaje a Boston debió de ser bastante intensa en Madrid.

Yo retomé las rutinas con energías renovadas, era como una fuerza de la naturaleza, podía con todo. Descubrí los gestos de alivio en mi hija y mi marido cuando me vieron abrir la puerta de casa. Me sentí como cuando Nuria era pequeña y yo volvía después de una jornada maratoniana de trabajo. Tal como metía la llave en la cerradura, oía unos pasitos apresurados desde el salón. Nuria aparecía sonriente y me recibía con los brazos abiertos. Ese sentimiento genuino de hogar es el que volví a experimentar la noche que llegué de Boston. Les había pedido que no fueran a recogerme porque iba a ser muy tarde y que un taxi podía hacer el mismo trabajo que ellos. Total, ahora que íbamos a tener más dinero en el banco, bien podía permitirme una carrera de taxi desde el aeropuerto. Al final, sí que me vino a buscar mi hermana. Yo había querido mantenerla todo lo al margen posible durante la última semana para que no sintiera que era como mi salvavidas particular, que lo era; que volviera a ser la tía guay que aparecía por casa en los momentos más inoportunos para llevar algo de mambo a nuestra existencia y no la mujer que venía a apagar fuegos y ocuparse de una interminable lista de tareas que claramente no eran su responsabilidad. Luego me enteré de que sí que había apagado algún que otro fuego en los siete

días anteriores y se había ocupado de tareas que claramente no eran su responsabilidad. Igual que lo estaba haciendo en ese momento. ¿Por qué no quería tener una familia? Sería una madre maravillosa.

—Diles que has cogido un taxi, Arturo se enfadará conmigo si sabe que al final he ido a por ti al aeropuerto. No le ha sentado nada bien que no le dejaras ir.

Estábamos en el coche, frente a la puerta de mi edificio.

—¿Ahora habláis a mis espaldas?

—Ajá, tenemos un grupo Arturo, Nuria y yo, te ponemos verde. Es nuestro pasatiempo favorito. —Ana exhaló una vaharada de humo. Seguía fumando. Y yo seguía mirándola con reprobación cada vez que sacaba un cigarrillo de la caja. A ella le daba lo mismo, dejó de poner los ojos en blanco hace ya mucho tiempo.

—Qué tonta eres.

—Llámame para lo que necesites. —Cogió el volante y me dio a entender que no se iba a bajar para ayudarme con las maletas. Me reí, ¿qué esperaba?, ¿servicio de conserjería?

—Muchas gracias, Ana.

—Ya. Pero llámame, déjate de gilipolleces y me llamas. —Inspiró fuerte la última calada de su cigarro y lo tiró despreocupada por la ventanilla.

—Eso no se puede hacer.

—Hay muchas cosas que no se pueden hacer y se hacen.

Y tantas, si yo le contara, pero no se lo conté, ni se lo contaría jamás.

Bajé del coche y saqué el equipaje del maletero. En cuanto lo cerré, el motor rugió y se fue.

Ana y yo estábamos acostumbradas a estar solas, nos teníamos la una a la otra y a nadie más. Nuestros padres murieron en un accidente poco después de que empezara la carrera. Al menos, les había dado tiempo a vaticinar que estudiar Filología Hispánica no me iba a servir para mucho. Tuvieron razón, claro. Como ahora solía tener razón siempre Ana. Yo parecía ser la única de la familia que carecía de ella. Sonreí, quién quiere tener siempre la razón. Quizá ese era uno de los motivos por los que deseché casi desde el mismo momento en que se me pasó por la cabeza confesarle a Ana mi *affaire*. Aunque eso significara vivir con una bola tan grande dentro de la garganta que no me dejara a veces respirar, porque una cosa era haberlo asimilado y no sentirse culpable, y otra muy diferente mostrarte a tu familia como si no hubiera pasado nada importante en tu vida, cuando había habido un acontecimiento del tamaño de un océano. Tendría que aprender a vivir con ello, nadie dijo que fuera a ser fácil, y la paz que sentía, de momento, compensaba todo lo demás.

Pero un mes después, las preocupaciones habían empezado a ser otras. Que no me hubiera bajado la regla no me había preocupado, es más, si empezaba a ser irregular, bienvenidos fueran los cambios. No iba a hacer dramas sobre eso. Todavía era joven para una menopausia, pero quién sabe, cada mujer es un mundo y no era la primera vez que escuchaba que los cuarenta era la edad en la que empezaban los desarreglos. Alguna amiga ya había empezado a coquetear con ella, y yo me encontraba preparada: una mujer madura con menopausia podría ser la protagonista de un guion muy interesante, al menos para mí, no tanto para las televisiones, pero el mundo estaba cambiando, la mujer madura con menopausia estaba teniendo cada vez más presencia en los medios. Sí, señor, buen guion.

No. Lo que me empezó a preocupar fueron las náuseas matutinas. Que el dolor de cabeza fuera mi compañero diario nada más abrir los ojos era algo que tenía tan interiorizado que el día que me levantaba sin él, me miraba raro en el espejo y me decía: «A ti te pasa algo». Pero que lo

primero de lo que me entraran ganas nada más aterrizar en el mundo de los vivos fuera ir al váter a echar todo lo que había cenado la noche anterior empezó a mosquearme. Tampoco podía confesarle a nadie mis sospechas ni esperar que nadie me consolara y aconsejara. Así que hice lo que cualquier adolescente haría en estos casos: aproveché un día en el centro comercial para comprar una prueba de embarazo y meterme en el baño para hacer pipí sobre un palito.

Dejé a Nuria y sus amigas mirando ropa en Zara, bien sabía yo que ahí no encontrarían nada, pronto trasladarían su interés a Bershka. Para mantenerlas más entretenidas aún, le di a mi hija diez euros más de lo estipulado, eso podía significar un top extra en su bolsa. Primero me miró contenta, con una felicidad genuina e inocente; luego entornó los ojos. Para ese momento, ya estaba yo dando la media vuelta y dirigiéndome a la farmacia de la planta baja, que estaba situada en un extremo, lo más alejado posible de las tiendas de ropa, como si una farmacia fuera una epidemia. A mí me sirvió, desde luego.

Entré y me sorprendí de la de gente que había en la cola para ser atendidos. ¿Quién iba a la farmacia de un centro comercial a comprar medicamentos? ¡Por Dios! Eso se compra en la del barrio, en tu farmacia de toda la vida. A la del centro comercial se va de contrabando, para comprar esas cosas que no quieres que sepa tu farmacéutico de confianza, el que te ha vendido la crema para los hongos vaginales y el Dalsy con el mismo gesto de comprensión y cariño, pero que te mirará como un cura a la espera de una confesión si vas y pides un Predictor. Salí de allí con la prueba envuelta en una bolsa de papel, como si fuera una borracha americana bebiendo alcohol en la calle. Pasaba. Había estado en Estados Unidos y había visto a esas personas.

No sé por qué, pero mientras me apresuraba al baño, el que estaba situado en el *parking*, fuera a ser que me cruzara con mi hija y sus amigas, no me sentía nerviosa. En algún lugar recóndito de mi cerebro se había activado el modo zen que me llevaba a creer que todo aquello era una estupidez, de las más grandes que había hecho: ¿embarazada? ¿Estaba tonta? Seguramente sería un virus estomacal que me atacaba cada mañana, no habría más, porque los virus estomacales que atacan solo a primera hora del día existen, por supuesto. Y luego, la falta de regla, pues lo que era propio de mi edad: «Elena, el tiempo pasa, asimila que te haces mayor».

Ocupé el último cubículo y me sorprendí de lo limpio que estaba aquello para ser un baño público y de un *parking*, pero, claro, allí abajo solo entrarían las mujeres como yo: de más de cuarenta con pruebas de embarazo que hacer a escondidas. Dejé el abrigo y el bolso colgados en el gancho de la puerta y pasé, de todas formas, un papel por todo el sanitario. Luego carraspeé, más para darme ánimos a mí misma que porque tuviera picor de garganta, e hice aquello que me parecía tan ridículo: sentarme en un váter a hacer pis sobre un palito.

Volverme a vestir sosteniendo la prueba con una mano fue una odisea. Pero estaba claro que no iba a dejarla sobre ninguna superficie de aquel lugar, por muy limpio que pareciera estar. Cuando por fin me había acomodado el pantalón de nuevo a la cintura y me había colgado el bolso en bandolera, dispuesta a salir por la puerta para volver a mi vida y olvidarme de sospechas absurdas que me quitaran el sueño, eché una ojeada y vi que se dibujaba con gran precisión una segunda rayita rosa donde no debería haber nada.

Una segunda rayita rosa donde no debería haber nada.

Donde no debería nada.

Pues iba a ser que no iba a volver a mi vida y a olvidarme de sospechas absurdas.

2

LA RESPUESTA ES SÍ

Mi hija me había devuelto los diez euros que le había dado de más. Se olía que aquello era un soborno y no se equivocaba. Afortunadamente no preguntó el motivo del soborno, había aprendido que había veces que mejor no saber. Y menos mal, no controlaba si en el estado en el que me encontraba, hubiera podido mentir, decir una verdad a medias, llorar, reír o ponerme a gritar.

Me obligué a conducir dirigiendo mis cinco sentidos con mano de hierro, era consciente de mirar, oír, tocar, oler y degustar para llevar a esas niñas y a mi hija sanas y salvas a sus casas. ¿Degustar? La bilis que se me venía a la boca, porque de repente me entraron unos ardores que me quemaron el esófago.

La situación era la siguiente: Arturo y yo no habíamos tenido sexo en meses; la última vez, creo que fue sexo oral, muy satisfactorio, pero cero peligro. Arturo no era el hombre más fogoso en los últimos tiempos, y nadie se lo reprocharía; y yo me había acostumbrado a pasar por alto todo lo que tuviera que ver con ese aspecto de nuestra vida porque, simplemente, había cosas más importantes en las que pensar, como, por ejemplo, la muerte. Para colmo, no olvido la conversación del oncólogo en una de las primeras citas: «Si quieren aumentar la familia, aprovechen ahora o congelen esperma». «No, no, no hay problema con eso. Ya tenemos una hija y nos basta». Claro que nos bastaba y a mí me seguiría bastando. Pero a mi cuerpo no. Bien parecía que mi mente no mandaba sobre nada. Yo no mandaba sobre nada. ¿Era aquello un castigo divino a la adúltera del año? Esa adúltera que no se había arrepentido ni una gota desde que llegó de Boston; esa que había retomado su vida en el mismo punto donde la había dejado cuando se fue de viaje, como si los siete días que duró no hubieran existido realmente, como si estuvieran envueltos en una burbuja, comenzados con un paréntesis y cerrados con otro, sin posibilidad de salpicar fuera. Pues la burbuja explotó y todo lo que había dentro no solo había salpicado el mundo exterior, también lo había inundado. Inspira, espira, inspira, espira.

—¿Te pasa algo, mamá?

Habíamos dejado a las otras dos adolescentes de las que había olvidado el nombre en dos puntas diferentes de la ciudad. El agotamiento sería bueno para mi estado de ánimo. Nuria me miraba desde el asiento del copiloto sin mostrar verdadera preocupación.

—¿A mí? ¿Por qué lo dices?

Estaba aparcando en cordón. Odiaba aparcar en cordón, nunca me salía a la primera, esta vez llevaba varios intentos.

—Porque esta es la quinta vez que sales del espacio y ya tenemos… —Miró por el retrovisor

con retintín. Oh, sí, se puede mirar con retintín, así mira una adolescente que todo lo sabe a su madre que no sabe nada. Desde luego, seguro que esto no le pasaría a ella, ¿qué estaba pensando? ¡A ella no le iba a pasar porque ella tenía trece años y no iba a tener sexo hasta que tuviera veinte años por lo menos!—. Tenemos a tres coches haciendo un esfuerzo por no ponerse a pitar.

—Pues que se esperen.

—Ya, ya, si se van a esperar. —Nuria lo dijo bajito, como si no quisiera que me enterara. Yo continué las maniobras y por fin me metí en el hueco.

—¿Quieres saber realmente lo que me pasa? —La voz me salió demasiado aguda para ser de buen gusto, tampoco sé en qué estaba pensando al preguntarle eso porque ¿y si me respondía que sí?

—No, mamá, creo que no, soy demasiado joven para estar al tanto de los problemas de adultos. Suficiente he tenido con el cáncer de papá.

—Opino lo mismo. —Di gracias al cielo por esa negativa y subí el freno de mano con fuerza, con furia—. ¿Has encontrado el vaquero que querías?

—Estaba agotado, me he comprado una sudadera.

—¿Otra? —Recogí mi bolso del suelo del asiento de detrás a tiempo de ver el gesto de hastío de Nuria, un gesto sordo, hecho para no ser visto ni oído—. Te he visto.

—Sí, mamá, otra sudadera, tampoco es para tanto. —Salió del coche dando un portazo.

—¡Que la puerta no es giratoria! —Avanzamos rápidas hacia el portal de casa. Ella huía de mí, lo notaba, pero tenía que controlar algo en esta vida, aunque fueran los gastos en ropa de mi hija—. Seguramente irás a por el vaquero en cuanto lo repongan, ¿verdad? —No respondió—. Pues yo no te los voy a financiar, el dinero de esa sudadera era el de los vaqueros.

—¡Mamá!

—¿Qué? —Ahora estábamos en el ascensor, ambas encerradas, sabía que su frustración no sería capaz de subir cinco plantas de escaleras.

—Has cobrado ya el trabajo de Boston, ¿no? —dijo, y me dio un bofetón esa palabra, Boston —. ¿Mamá? Te oí hablando con papá el otro día, has cobrado, ¿verdad? Podrías estirarte un poco, un capricho no va a hacer que no sepa valorar las cosas. Sé que esa es tu máxima preocupación.

—¿Cuál? —Yo ya estaba pensando en otros asuntos, la verdad. ¿Quería unos vaqueros y una sudadera? Y un vestidor entero si hacía falta. ¡Boston pagaba!

—Que le dé el valor justo al dinero.

—No tengo ganas de hablar de eso, Nuria, pero sabes lo que pienso. O descambias la sudadera para comprarte los vaqueros o te olvidas de los pantalones.

Nuria entró en tromba en casa y escuché otro portazo al fondo. «¡Que la puerta no es giratoria!», grité de nuevo. Y yo di otro portazo cuando me encerré en la cocina.

Inspira, espira, inspira, espira.

«¿Quieres tener ese niño?», esa fue la primera pregunta que me hice. Me traté como si fuera una amiga, ¿qué le diría a una amiga en mi situación? Le expondría todas las alternativas que tenía, que se resumían en dos: tenerlo o no tenerlo. Si no lo tenía, nadie me iba a juzgar, nadie. Al menos, nadie importante para mí, los demás me la traían al pairo, como si se manifestaban delante de casa para que no abortara. No, mejor no, porque si lo llevaba a cabo, el aborto, no lo iba a saber nadie de mi familia. Pensé en coger un cuaderno y hacer las columnas de pros y contras de cada una de las decisiones, pero solté el bolígrafo sobre la encimera como si estuviera

plagado de virus. No debía dejar constancia escrita de aquellas reflexiones. Seguí pensando.

Desde luego, no tenerlo era lo más fácil y rápido. Podría hacerlo sola, no involucraría a nadie, y mi vida, nuestra vida, no se trastocaría hasta puntos insospechados. Podría contar con Ana, podría valorar contárselo a ella. Era muy resolutiva, seguro que me ayudaba a encajar el golpe, siempre es necesario un apoyo. Aunque, por otro lado, implicarla significaría obligarla a mentir también. No, definitivamente, hiciera lo que hiciese debía hacerlo sola.

Pero si abortaba, no tendría al hijo de Bruce. El hijo de Bruce: de repente eso tomó un cariz diferente, ¿quería tener al hijo de Bruce? Si me hubieran preguntado antes de saber si estaba embarazada, hubiera dicho que no, claro, no quería ser la madre del hijo de Bruce, no quería ser la madre de otra persona que no fuera Nuria. Pero sabiendo ya que estaba embarazada, ¿podía hacerle eso a Bruce? ¿Podía hacérmelo a mí misma? Lo mío con Bruce había sido algo más que la aventura de una noche, y yo sentía algo por él, era innegable. ¿Amor? No sé, quizá. ERA EL HIJO DE BRUCE. Me rodeé el vientre y suspiré, llené los pulmones como hacía dos horas era incapaz de llenar.

No tenerlo cortaría abruptamente cualquier problema.

Sin embargo, si decidía tenerlo, se abrían varios caminos que seguir, a cuál más complicado. Ninguno de ellos sería una rampita cuesta abajo: o serían escaleras empinadas o una cuesta del noventa por ciento para subir, o bajar y darme de bruces con el suelo al final. Tenerlo era saltarse todas las reglas, sería un escándalo para mi mente, pero lo aceptaría mejor que no hacerlo. No dudaba, en absoluto, que si fuera mi hija la que se presentara un día en casa con ese problema y esa disyuntiva, yo misma la acompañaría a la clínica. Pero yo me estaba sometiendo a mi propia disciplina: había cometido el error, dos veces, de hacerlo sin preservativo; porque había creído que con mi edad estas cosas ya no pasaban, creyéndome más cerca de la menopausia porque llevaba unos meses con irregularidades, creyéndome fuera de peligro. Y ahí estaba. No, seguro que esto a mi hija no le pasaría. No valía la pena seguir por ahí; a estas alturas explorar esos comportamientos no me iban a solucionar una mierda (perdón).

Así que la pregunta era: «¿Quieres tener ese niño?». O mejor: «¿Vas a tener ese niño?». La respuesta era sí.

3

LA LISTA

Me tembló todo el cuerpo, fue como un espasmo. En el momento en que decidí que seguiría adelante con el embarazo, me embargó una sensación de euforia y náuseas que hizo que me cogiera fuertemente a la encimera de la cocina. Tenía miedo de caerme. También se me vinieron un par de arcadas que dieron como resultado el peor mal cuerpo que había tenido jamás. No me había sentido así ni en mis borracheras más épicas cuando era joven, aquello no era comparable ni a una mala resaca.

«Vale, vas a tener el bebé, ¿cuáles son las opciones?». Sí, el camino que iba a coger era definitivamente cuesta abajo y sin frenos. Decir la verdad era una alternativa, lícita, honesta, sería sincera conmigo misma y con los demás. Y destruiría a mi familia. Y le haría daño a Arturo, al que quería como a la sangre que corría por mis venas. Le haría un daño extremo, un daño irreparable; le haría tanto mal a mi marido que le arruinaría el poco tiempo que le quedaba de vida. ¿Cuánto? ¿Dos, tres años? ¿Qué dijo el oncólogo? Llevábamos dos años luchando contra esto y había pasado punto por punto todo lo que había dicho ese hombre de bigote frondoso detrás de su mesa de médico. Ese bigote era tan grande que yo vislumbraba la palabra cáncer como surgiendo de una selva. Ese hombre sabía de lo que hablaba, qué pena no sentirse especial, el caso de Arturo era como el del ochenta por ciento de la gente que tenía su tipo de cáncer. Eso se traducía en que nos quedaban dos años, con suerte tres. Era difícil vivir con la espada de Damocles sobre tu cabeza, habíamos aprendido a sobrellevarlo, a no pensar en la fecha de caducidad, a dar gracias por otro día, otra semana. Unos buenos resultados solo garantizaban unos meses más de calma tensa.

Contuve el llanto, «¡Mierda, mierda, mierda de cáncer!». Decir la verdad no era una opción, de ninguna manera. Yo no le arrebataría el final de su vida a Arturo. Puede que alguien desde fuera pudiera pensar que era egoísta por mi parte mentir, que a quien realmente estaba protegiendo era a mí misma. Bien sabía yo que aquello no era así. Me daba igual qué pasara conmigo, podría vivir con la animadversión de todo mi círculo si con ello salvara a Arturo de un solo minuto de sufrimiento ajeno a su enfermedad. Yo no podía hacer nada con respecto al *puto* cáncer, pero sí podía hacer todo con respecto a esto. Y esto era culpa mía, lo había provocado yo, ¡vaya, si lo había provocado yo! Y yo tendría que arreglarlo. Pero ¿y Bruce?

Ahora sí cogí el cuaderno que guardaba en el cajón desastre de la cocina. Pasé la primera página, que ya estaba medio completa de las cosas que tenía que comprar en la siguiente visita al súper. Cerré los ojos e inspiré muy fuerte, un pellizco de angustia me atenazaba el esófago. Carraspeé y escribí:

«1. Arturo.

2. Bruce.

3. ¿Yo?».

Esa iba a ser mi lista de prioridades, me ocuparía de cada punto según fuera llegando su turno.

La puerta de casa sonó. Ahí estaba mi primer punto, era Arturo, reconocí sus llaves. También era el único que faltaba por aparecer en casa, así que o era él o un ladrón. Pensé que mucho mejor si era él. Siempre lo elegiría a él. Por encima de todas las cosas.

Abrió después la puerta de la cocina y me miró consternado.

—¿Qué haces aquí encerrada?

Arranqué la página del cuaderno y me la guardé en el bolsillo del pantalón. Aún no lo sabía, pero ese papel me acompañaría durante mucho tiempo y sería mi hoja de ruta para los próximos años.

—Nada, he discutido con Nuria.

Avancé y lo abracé. Lo apreté fuerte, sintiéndolo lejos. Es verdad que desde que nacemos, lo que llevamos ya es una cuenta hacia atrás, pero en la ignorancia está la felicidad. En este caso, conocer no es ni mucho menos motivo de alegría. Aunque eso te permita vivir de una forma más consciente.

—¿Ha sido mucho? —Me devolvió el abrazo entregado y me besó en la coronilla.

—No ha sido tanto, pero me ha afectado más de lo que pensaba. Muchos portazos.

—¿Quieres que hable con ella? —Me retiró un poco y me miró a los ojos. Cómo lo quise en aquel momento, lo quise tanto que me dolía la piel.

—No, son cosas de adolescente. Dime, ¿qué tal Pablo?

Pablo era el mejor amigo de Arturo, lo habíamos intentado emparejar con Ana millones de veces y nunca lo habíamos conseguido.

—Bien, se va a casar.

—¿Cómo? —Mi sueño de que saliera con mi hermana se borró de un plumazo.

—Sí. ¿Recuerdas a la chica que conoció hace seis meses en un congreso?

—No.

Qué bien me venía una charla trivial.

—Bueno, pues hace seis meses conoció a una mujer en un congreso. Se han estado viendo desde entonces y se casan dentro de otros seis meses.

—Qué sorpresa. —Realmente la vida te podía sorprender tanto, pero tanto… Pablo era un soltero irredento y parecía que había caído en las garras del matrimonio. Que me dijeran a mí si la vida no podía dar un giro que ni las mejores novelas negras llegando al final.

—Y ella está embarazada —añadió Arturo, y yo, que había llenado un vaso de agua e intentaba limpiar un poco de la bilis que aún me quedaba en la garganta, escupí y llené el suelo de agua—. Vaya, sí que te ha sorprendido eso, ¿no?

—¡Madre mía!

—No es para tanto.

—No, no, claro, pero no me lo esperaba para nada.

—Fíjate, un hijo a su edad.

—Ya, ya, un hijo a su edad.

UN HIJO A SU EDAD.

4

FUERA DE MÍ

«Ya no quiero tu querer…». Terminé de tararear la canción sintiéndome la mujer más mala del mundo, la más bicha. Era una persona calculadora, pero tenía que serlo si pretendía cumplir mi objetivo y ese no era otro que proteger a Arturo. A toda costa.

Iba en metro, nunca me ha gustado el metro, pero ahí estaba, porque meter el coche en el centro de Madrid era inviable. Bueno, sigue siendo inviable. Después de dejar a Nuria y Arturo en el instituto —él por fin había vuelto a trabajar aunque yo no estaba de acuerdo—, aparqué cerca de la estación y emprendí el viaje. Lo único positivo de aquello, además de que iba a una reunión en la productora que me solía dar trabajo, era que tendría como una hora para pensar y esbozar un plan, no debía de ser muy difícil, era guionista, inventarme vidas era mi trabajo, ¿no? ¿No?

Lo que me parecía más peliagudo era que, para llevar a cabo lo que inevitablemente debía hacerse si no quería decir la verdad sobre el hijo que venía en camino, tenía que tener sexo con Arturo con una intención oculta. Había decidido que dejaría las lecciones morales para una persona con más posibilidades de tenerlas, yo no estaba en situación de sentirme mal y culpable por engañar a mi marido para acostarnos juntos. Una de las cosas que me había dejado muy claro cuando tomé la decisión de tener al bebé era que iría a por todas sin importar lo moralmente cuestionable que pudiera parecerle a una tercera persona. O a una segunda, porque, al menos en esta primera parte del plan, yo iba a ser la única que conocería todos los detalles. Si normalmente educamos a nuestros hijos en un «No todo vale para conseguir lo que quieres», en este caso sí iba a valer todo. Debía valer porque la otra opción era que Arturo sufriera, y ya podía arder yo en el infierno de los mentirosos durante toda mi existencia antes de que él lo pasara mínimamente mal. Ni mijita.

Y luego, bueno, yo tenía muchas ganas de Arturo, de sus manos y sus besos, y estaba más que dispuesta, dispuestísima; él había empezado a tener ya más fuerzas y yo había recuperado la libido de una forma vertiginosa, así que sería una mentira a medias. Porque el deseo estaba, pero no habíamos coincidido aún, ¿podría ser que habíamos olvidado cómo coincidir? Tendría que recordarlo rápidamente, esto no se podía demorar más allá de este fin de semana. ¿Y si nos íbamos los dos solos a un hotel rural el sábado? Eso parecía ser una buena idea, allí las cosas podrían fluir más naturalmente, desnudarnos no resultaría tan forzado como en casa, una habitación de hotel siempre es un escenario más natural para el amor que la habitación de matrimonio de tu piso, a pesar de que este último sea el más rutinario para ello. Por otro lado, tendría que estar preparada para que intentara meter a Nuria en el plan, pero no, aquel fin de

semana tendría que ser solo nuestro. Yo actuaría pues como actué en Boston, creyendo que la menopausia ya había venido a mí y que la falta de menstruación no era sino una señal de ello. Luego, tendría que ir al ginecólogo yo sola, al menos la primera cita, para hablar con él seriamente y aludir al secreto médico-paciente para que, si no quería mentir, evitara hablar de tiempos y semanas en las posteriores citas en las que acudiera con Arturo. No se me olvidaban las pocas probabilidades de concebir de Arturo, pero los milagros existen y la confianza que él tenía en mí también, me aprovecharía de ello, no había otra. ¿Que por qué me sentía una bicha calculadora? A lo mejor por esto. Lo borré de mi mente y seguí con lo pactado conmigo misma.

Vale, no parecía muy difícil, escribí «hotel rural Madrid» en el buscador y antes de que pudiera arrojar todos los resultados, que eran un montón, me entró un mensaje y escuché un silbido que me puso los pelos de punta.

Giré la cabeza tan bruscamente que me dolieron las cervicales. Me mareé un poco y cuando volví a la estabilidad, mi vista enfocó a un chico joven que silbaba junto a la puerta del vagón. Me reí de mi susto y volví a la pantalla del móvil. El mensaje era de Bruce. ¿Destino? Las manos empezaron a sudarme un poco y me enfadé, habíamos quedado en no ponernos en contacto el uno con el otro de forma directa. Después de un mes, yo lo había cumplido a rajatabla, e iba él y rompía el trato. Cerré los ojos fuerte, tanto que me escocieron las cuencas. Qué clase de torbellino puede estar ocurriendo en la vida de una persona sentada tan tranquilamente en un vagón del metro de Madrid, viajando a varios kilómetros hora y bajo los suelos llenos de gente. Mi existencia estaba siendo zarandeada por un huracán del tamaño del Katrina en ese momento y nadie se estaba dando cuenta. ¿Qué tenía que hacer con aquel *email*? ¿Borrarlo sin abrirlo, leerlo e ignorarlo, leerlo y responderle con mayúsculas? Abrí los ojos y leí el *email*.

«Hola, Elena, sé que habíamos quedado en no comunicarnos el uno con el otro, pero no he podido evitarlo. Hemos comenzado el rodaje de *Carmen* y no he podido dejar de pensar que contigo aquí, todo saldría mucho mejor. Un contrato de asesoría para un mes con estancia incluida es lo que te ofrezco. Bruce».

Así sin despedirse, pero yo había aprendido a leer entre líneas. Yo era una genia leyendo entre líneas. Un mes entero viviendo con él, haciendo más grande una bola de la que me resistía a arrepentirme. No, no me arrepentiría jamás. Pero aquello no podía ser, no por lo que me traía ahora entre manos, que era lo más importante en mi vida, el primer punto de mi lista de prioridades. No podía ser porque lo que había pasado mi cabeza lo había interpretado de una forma que empezaba y acababa en Boston, en aquella semana, con un contexto y unos sentimientos acotados. Ahora mi vida continuaba en Madrid y tenía que irme de viaje con Arturo para hacer el amor con él y concebir un bebé este mismo fin de semana. Le di a responder:

«Hola, Bruce, me ha sorprendido mucho que me escribieras, habíamos quedado en no hacerlo y tengo que confesarte que me ha trastocado un poco. Justo en el momento en que entraba tu mensaje, un chico silbaba a mi derecha y me recordó a ti, casi me parto las cervicales buscándolo.

No, Bruce, no voy a aceptar el trabajo. Hicimos un pacto. Yo tengo una vida que no puedo ni quiero abandonar ni traicionar. Seguramente lo que cobraría por este trabajo de un mes me solucionaría la vida para el próximo año, pero no puedo, lo siento. También sé que sois capaces de sacar adelante el rodaje sin mi ayuda. No me atraigas así, no puedo soportarlo».

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que una lágrima cayó en la pantalla del móvil. Qué difícil era escribir un mensaje largo con el teclado del teléfono, me comía espacios y dejaba palabras sin terminar. Bruce. Súbitamente eché de menos su risa, su mirada apasionada, sus

manos en mi pelo y sus labios en mi boca. Reivindiqué mi decisión, claro que tenía que tener al hijo de Bruce, por eso él era el segundo punto de mi lista de prioridades.

Pero no, ahora estaba con el primero. Le di a enviar sin corregir los fallos y recuperé la ventana de Google que me daba lo que yo quería en ese momento: hoteles rurales en la sierra de Madrid. Le di a imágenes. Pasé algunas fotos con decisión y entré en una web de reservas justo cuando llegaba a la estación en la que me tenía que bajar. Pulsé sobre el icono del teléfono y antes de salir a la calle ya tenía cogida una habitación para el fin de semana en un acogedor y pequeño hotelito rural, con actividades de senderismo que no pensaba disfrutar y un restaurante que prometía las sopas más calientes y reconfortantes al calor de una chimenea vieja de leña.

Luego le escribí un mensaje a la madre de Raquel; se había ofrecido mil veces para quedarse con Nuria, este fin de semana tendría su recompensa. «Hola, Lola, me gustaría sorprender a Arturo con un fin de semana en la sierra, ¿te viene bien que Nuria se quede en tu casa? Te la dejaría el sábado por la mañana y la recogeríamos el domingo después de comer». Si me fallaba, siempre estaba Ana, y por último, mi suegra. Pero quería hacerle atractivo el plan a mi hija, y Raquel era su mejor amiga. De todas formas, si debía sacrificarse el fin de semana de una niña de trece años, lo haría. El móvil sonó y yo lo desbloqueé antes incluso de ver de quién era el mensaje. «¡Una gran idea, Elena! Cuenta con nosotros». «Mil gracias, Raquel, no se lo digas todavía, por favor. Ya concretaremos».

Perfecto.

5

ACTÚA

Llegó el momento, siempre llega. Eso es lo bueno del tiempo, que pasa, se te haga más lento o más rápido.

Arturo dijo sí a mi plan, no podía decirme que no después de haber reservado y pagado el setenta por ciento de una pensión completa para dos personas en la mejor habitación —la única disponible para una escapada tan precipitada— de un hotelito en mitad de la sierra que tenía calefacción radiante a través del suelo. Un importe que no era reembolsable. Efectivamente, quiso meter a Nuria en la ecuación, pero yo casi le tenía hecha la bolsa para que se fuera a casa de su amiga a pasar el fin de semana. Arturo no podía escapar de mí. Después de protestar un poco porque había empezado a trabajar hacía poco y se tenía que poner al día con unos exámenes, cedió sin mucha resistencia; yo creía que iba a haber más y solo tuve que hacer valer lo que ya me había gastado en la sorpresa para que diera su brazo a torcer. Menos mal que no me vi obligada a echar mano del chantaje emocional tipo «Nos lo merecemos», «Aprovechemos», «Es lo mínimo» y esa clase de frases hechas que solo de pensarlas me daban ganas de vomitar.

Pero en el viaje a la sierra, Arturo estaba muy callado, demasiado.

—Cariño, ¿qué te pasa? —Yo miraba al frente e intentaba parecer animada.

—¿Qué esperas de este viaje, Elena? —Su voz fue trémula, algo indecisa.

—Cómo que qué espero, pues estar los dos juntos, a solas, nos lo merecemos. —Ahí iba la primera frase hecha.

—Ya.

—Ya, ¿qué? ¿No lo piensas?

—Claro que pienso que nos lo merecemos. A decir verdad, nos merecemos todo, hasta que nos toque la lotería. —Soltó una risa angustiada, me asustó.

—Arturo, ¿qué te preocupa? —Apagué la radio queriéndole decir que tenía toda mi atención.

—Me preocupa hacer el amor, eso es lo que me preocupa. No soy yo, ¿sabes? No sé si piensas tener un fin de semana en el que no salgamos de la cama o qué, pero desde luego, yo no funciono igual. —Sonó enfadado, con ira contenida.

Y tengo que reconocer que no había previsto ese aspecto. Es decir, era consciente de nuestra inexistente vida sexual, de todos los problemas con los que contaba Arturo, pero era algo absolutamente necesario que ese fin de semana al menos llegáramos a hacerlo una vez. Una sola vez como objetivo no parecía mucho, pero sí que lo era. Lo último que quería era su frustración.

—¿De verdad piensas que espero hacer una maratón de sexo?

No, pero casi.

—Esa insistencia en dejar a Nuria en casa de su amiga y una pensión completa son signos que me invitan a pensarlo, sí. —La ira había dado paso a la ofensa.

—Pues no, la pensión completa es porque en la sierra hará tanto frío que prefiero no tener que estar buscando un lugar para comer o cenar. Quedarse delante de la chimenea toda la tarde del sábado me parece un plan estupendo.

—A mí también me lo parece.

—Y ver una peli en Netflix sin que Nuria nos esté dando la tabarra, que si no le gusta, que si no es de su edad. —Enumeré las excusas de nuestra hija levantando una mano para mostrarme despreocupada.

—Tienes razón…

No lo dejé continuar.

—La habitación tiene Netflix, HBO y Amazon. Para lo que me ha costado, es lo mínimo. Hay que aprovechar. —Segunda frase hecha, estaba cerca del pleno—. Y dormiré desnuda contigo, Arturo, sin miedo a que Nuria nos pille y nos mire con cara de adolescente que no quiera enterarse de que fue engendrada porque sus padres en algún momento de su vida follaron. —Arturo soltó una carcajada tan fuerte que retumbó en el habitáculo del coche. Yo me uní a él y el ambiente se destensó. Por dentro, yo no me encontraba tan relajada. Igual mi plan sí que podía complicarse—. Es lo mínimo, ¿no? —Y bingo.

Esa noche no hicimos el amor y yo no pegué ojo. Desde el mismo momento en que escuché la respiración pausada de Arturo, empecé a trazar un nuevo plan basado en la verdad. Esquematicé un discurso y me presenté sincera y honesta, asumiendo toda la culpa, que era mía y de nadie más; asumiendo todas las consecuencias. Si Arturo quería, me marcharía de casa, le daría la mitad de mi sueldo, dormiría en un albergue para hacerlo si era necesario. Solo esperaba que no me pidiera que no tuviera al bebé, porque era la única cosa en la que no podría complacerlo. En todo lo demás, estaba a su más absoluta disposición. Aguantaría estoica todos sus reproches, lo haría callada y asentiría con cada uno de ellos. Incluso confesaría que ese fin de semana no era más que una treta para llevarlo al huerto, para mentirle como una bellaca, pero una bellaca buena que solo quería su bienestar. Quizá él me recriminara que la verdad siempre es preferible a una mentira piadosa, aunque vaya mentira piadosa quería colarle. Y yo le respondería que cada uno actúa movido por sus propias circunstancias y a mí me movía el amor por él. «¿Amor? ¿Amor por mí? ¿Dónde estaba ese amor cuando te acostaste con otro?», esas palabras retumbaron en mi cabeza durante toda la noche, ¿dónde estaba mi amor por Arturo cuando me acosté con Bruce? Pues en lo más hondo de mi corazón. Porque seguía convencida de no arrepentirme de lo que pasó en Boston, nunca lo estaría. No. Pero, Arturo, a ti te quiero como a nadie.

Sin embargo, cuando la claridad había empezado a traspasar la bruma de la mañana, la mano de Arturo se aventuró por mis caderas. Al principio, no lo creí real, es decir, pensé que aquello era fruto de mi imaginación, de mi necesidad. Pero no, era su mano que dibujaba la curva de mi cintura con la palma abierta. Se arrimó a mi espalda y metió la nariz en mi cuello, lo escuchaba respirar pesadamente entre beso y beso, y yo le acerqué las nalgas. Y sentí su erección. El pecho me estalló en mil pedazos. Olvidé cuál era mi objetivo, el por qué era tan importante que Arturo me hiciera el amor ese mismo fin de semana, principalmente porque ya tenía pensado lanzarme cual kamikaze con la verdad. Lo mismo no podía terminar, lo mismo no eyaculaba, podían pasar muchas cosas, todas esas de las que habíamos hablado la noche anterior y que nos habían dejado con el ánimo por los suelos, una botella de champán vacía en la mesita de noche y con la sola alternativa de dormir abrazados, desnudos como prometimos, y hechos una bola. Siendo uno

hasta que el puto cáncer decidiera que se acabara. Hasta entonces, nos quedaría siempre esa noche en la sierra de Madrid.

Ahora, en ese amanecer, con el calor irradiando desde el suelo y el champán burbujeando aún en nuestra sangre, la piel de Arturo estaba tibia y me buscaba a mí. Por fin me buscaba a mí. Su cuerpo estaba más delgado, su pelo era aún muy corto, pero sus besos seguían siendo los mismos. La humedad de su lengua me era familiar, el tacto de sus dedos rugosos por mi torso y mis pechos, la fuerza de sus brazos alrededor, su olor. Yo me incliné un poco hacia adelante, sin preguntar, sin mediar palabra, como hacen el amor dos personas que se conocen tan bien que no hacen falta instrucciones de ninguna clase porque el cuerpo sabe, está en su naturaleza y en su ADN. Me penetró sin dejar de besarme el cuello y yo me sentí pletórica. El morbo de saberle dentro de mí, sus gemidos mezclándose con los míos, la fuerza con que me oprimía las nalgas con cada embestida, alcancé el orgasmo tan pronto que me sorprendí a mí misma. Él no tardó en seguirme. Cuando eyaculó, nos quedamos los dos quietos, enredados, sudorosos. Lo sentía a mi espalda, apoyada su frente sobre mis omoplatos. Su respiración acelerada, como si hubiera corrido una maratón.

—No ha pasado nada. —Arturo murmuró al cabo de unos instantes esas cuatro palabras. Sentí que sonreía al decirlas, noté su alivio.

—Ha pasado todo. —Y yo sabía que mis tres palabras significaban mucho más para mí que para él porque aquello quería decir que Arturo no sufriría de más en esta vida.

6

ARTURO

Recuerdo perfectamente el momento exacto en el que me enamoré de Arturo. Fue después de que me confesara que se había acostado con su ex en esa especie de «ritual de la despedida», como yo lo llamé a partir de ese momento. Por un lado, no quería que me importara porque solo habíamos pasado una noche de besuqueos; por otro, me sentía ofendidísima porque ¿cómo había sido capaz de irse con su ex después de estar conmigo? Por muy despedida que fuera, por mucho que no fuera a verla de nuevo, por mucho de todo que me explicara, se había ido con su ex a jadear por ahí mientras yo pasaba el domingo imbuida en una nube de romanticismo que me daba una vergüenza enorme admitir. Sé que fue en ese preciso instante cuando me di cuenta de mi enamoramiento, no por mis fantasías del fin de semana en las que yo ya había salido con Arturo mil veces y habíamos hecho el amor en el coche de mi hermana, sino porque tuve miedo de perderlo sin haberlo tenido todavía.

Yo me había fijado en Arturo hacía mucho tiempo; al final, todos los que asistimos a las mismas clases acabamos por conocernos, aunque sea de vista, y yo a él lo tenía muy pero que muy visto. Se empeñaba en llevar esa ridícula cazadora de piel, llegaba en su moto, una moto que hacía un ruido de mil demonios, y dejaba tras de sí una nube blanca que anunciaba una visita próxima al taller. Se reía mucho, siempre estaba con una carcajada, y atraía a mucha gente a su alrededor. Dejaba los apuntes, explicaba después de clase en la cafetería, era todo un líder. Empezamos a sentarnos cerca y, poco a poco, empezamos a hacerlo juntos. Tomábamos café y nos rozábamos la mano al desaire, como si no nos diésemos cuenta. Pero a mí, cada vez que él dejaba caer sus dedos y me tocaba los míos, se me erizaban los pelos del cuerpo entero. Y luego, por la noche, evocaba una y otra vez ese momento, intentando ver mucho más de lo que había sido, una caída de manos de lo más inocente por su parte. Por la mía no, que había dejado la mano en un lugar que sabía que le sería imposible evitar.

Por eso, cuando por fin lo tuve, no lo quise dejar escapar. Yo le dije a Bruce que mi historia era la del noventa por ciento de la gente en España. No, para mí, mi historia era una excepción, mi historia con Arturo era maravillosa, crecimos juntos, nos hicimos adultos juntos, habíamos llegado a comprendernos con solo una mirada. Yo sabía que algo no le caería bien incluso antes de que pasara. Él conocía mis manías y las toleraba hasta que se convertían en obsesiones. La primera vez que hicimos el amor fue en un hostal de mala muerte, en una habitación que él pagó con el dinero de las clases particulares que daba los fines de semana. Entonces fue el verbo gemir el que conjugamos, no recuerdo hasta dónde llegamos con esa conjugación, no creo que mucho más allá del presente de indicativo, pero luego nos reímos como tontos, ¡par de frikis de la

lengua! A partir de ahí, cuando menos lo esperábamos, o uno u otro nos soltábamos al oído: «Yo jadeo, tú jadeas», y a mí se me mojaban las bragas con una facilidad pasmosa. Una vez lo hicimos en los baños de la facultad, a última hora, cuando casi no había nadie, y a punto estuvimos de quedarnos encerrados hasta el día siguiente. No me habría importado. Aún recuerdo la cara de reprobación que nos echó la limpiadora que nos pilló saliendo a hurtadillas del baño de chicas.

Así que cuando el oncólogo nos dio el diagnóstico, «Tumor en Grado II en la zona posterior del cerebro», me sentí morir porque yo no estaba preparada para tener una vida sin Arturo. Mi vida era absurda sin él. Cáncer, la palabra maldita, se había instalado en nuestro vagón y le teníamos que hacer hueco a la fuerza cuando lo único de lo que tenía ganas era de gritar a pleno pulmón, abrir la maldita puerta y echarla a empujones y con violencia.

Y aunque los años que teníamos de regalo después del diagnóstico eran como el tiempo que te dan para acostumbrarte a algo, hacerte a la idea, adaptarte a una nueva situación que va a llegar inevitablemente, no lo quería vivir de ese modo. ¿Y si ocurría un milagro? Bien sabíamos Arturo y yo que no había milagros, pero ahí estábamos, viviendo como si existieran porque el ser humano es así de idiota, porque la mente nos protege, no podemos vivir como si fuéramos a morir, aunque eso sea lo que estamos haciendo.

De ese modo, salimos de aquel hotelito rural en la sierra de Madrid, reanimados, revividos, con el estómago lleno después de un desayuno bufé que era el más bueno que yo había tomado nunca y con el corazón también completo. La dueña del hotel nos despidió dándonos un vale del diez por ciento para una próxima reserva. Le aseguramos que volveríamos, en esa ocasión con nuestra hija. Yo no volvería a ese hotel rural donde reencontré la felicidad, me volví a enamorar de Arturo, besé su cuerpo más huesudo de lo que recordaba, tuve de nuevo un orgasmo con el hombre de mi vida y creí que los milagros existían.

Lo único que emborronó esos días fueron los mensajes de Bruce, que siguieron llegando al móvil, como pesadas gotas de lluvia, insistiendo para que me embarcara en el rodaje de la serie, asegurándome que no tenía nada que ver con «lo nuestro». Pero, aunque eso fuera posible, ¿cómo iba yo a ocultarle día tras día en su propia cara que ese niño era suyo? De hecho, ya habría tiempo de mentirle de cuerpo presente.

7

ESTOY EMBARAZADA

La mañana de la escapada romántica al hotelito rural no se repitió mucho más, podría contar las veces con los dedos de una mano y me sobrarían. Arturo estaba cansado, su vuelta al trabajo lo tenía exhausto y por la noche no podía disfrazar las señales de cansancio. Entonces yo entraba en acción, hacía la cena, preparaba la lavadora para el día siguiente, dejaba la lista de la compra pegada en la puerta de la nevera para que no se me olvidara, recogía la cocina para no amanecer con los platos sucios inundando la encimera. Obviaba mi propio cansancio, ya de por sí aumentado porque había un bebé creciendo dentro de mí que me robaba energía a manos llenas, e intentaba ir tapando huecos allá por donde surgieran: Nuria y sus exámenes sorpresa, Ana y sus citas inefables, mi suegra y su recién descubierto deseo de libertad y Arturo y su mundo. Que era mi mundo. En última instancia, todos tenían un complemento menos yo, que, al menos, había empezado a trabajar en un proyecto nuevo y podía amenizar mis maratonianas jornadas domésticas con algo de escritura y creatividad. Ah, y en medio de esa vorágine que era mi vida, también tuve que cambiar de dirección de *email* y de número de teléfono. Qué trastorno.

Al ginecólogo fui un miércoles por la mañana a primera hora. Nadie tenía por qué saber que la cita la tenía cogida desde hacía quince días y que a la pregunta de «¿Embarazo o revisión?», contesté embarazo sin ningún pudor. A estas alturas, el pudor no servía de nada.

La sala de espera de la clínica era de un tono crema, neutro; las paredes estaban decoradas con cuadros de fotos de bebés rubios y sonrientes, metiéndose los pies en la boca u observándose las manos con admiración. Pronto, yo tendría un bebé de esos entre mis brazos, no podía decir que estuviera especialmente emocionada, recordaba cómo fue con Nuria y estaba más atemorizada que otra cosa. Y ahora tenía nada menos que casi catorce años más. A mi alrededor, las parejas jóvenes se arremolinaban en torno a una gran barriga o un carrito con un recién nacido. Solo un par de mujeres estaban solas como yo, ellas serían seguramente las que habían respondido «revisión». Respiré hondo cuando mi número saltó en la pantalla de turnos y dejé las suposiciones para un momento más oportuno, tenía una conversación más importante por delante.

Cuando entré en la consulta no me recibió mi ginecóloga de toda la vida. Llevaba con ella desde antes de nacer Nuria y tenía pensado echar mano de los años de conocimiento mutuo para conseguir mi propósito. Ahora era un hombre el que me invitaba a sentarme desde el otro lado de la mesa.

—Elena Gavira, ¿verdad? —preguntó, y yo asentí y me senté en la silla entre sorprendida y confusa—. Soy el doctor García. —Me tendió la mano y yo se la estreché fuerte, segura y

sudorosa—. Supongo que esperabas encontrar aquí a la doctora Leiva, pero está de baja, yo la sustituiré durante un par de meses.

—Pero deberían haberme avisado, ¿no? —No quería sonar agresiva, pero fue exactamente así como soné.

—Lo intentamos, su teléfono siempre estaba desconectado y los *emails* nos han sido devueltos. ¿Y bien? Veo aquí que viene por embarazo. —El doctor García retiró su vista de la pantalla del ordenador y esbozó una sonrisa que terminó por zanjar todo tipo de reproches a ese contratiempo. No había escapatoria. No todos los planes pueden salir a la perfección, y él tenía toda la razón, había sido imposible localizarme.

—Ajá, así es, tengo un retraso.

—¿Un retraso? —Levantó una ceja.

—Un retraso y una prueba de embarazo positiva, claro, yo creía que más bien eran señales de la menopausia.

—Es demasiado joven para eso, aunque más mayor de lo deseable para ser madre… ¿De nuevo? —preguntó, y asentí algo cohibida—. Cuénteme, fecha de la última regla, por favor. —No lo recordaba, no sabía cuándo había menstruado por última vez porque no creía que eso iba a ser importante en mi vida. Visualicé mi calendario colgado en la cocina, el punto rojo en los últimos días de enero, no recordaba concretamente cuál—. Si no se acuerda, dígame una fecha aproximada.

—¿Finales de año? Quizá en Fin de Año ya no tenía la regla, pero el día de Navidad seguro que sí —le conté, y el doctor García me miró algo contrariado—. Ya le he dicho que creía que tenía la menopausia.

—Bien. —Entonces cogió una de esas ruedas de cartón, normalmente rosas o azul pastel, que predicen el día en que se sale de cuentas, y la manipuló—. ¿Le parece bien que pongamos que el primer día de su última regla fue, por ejemplo, el 22 de diciembre? —me preguntó, yo asentí y él estudió con atención la rueda—. La fecha probable de parto quedaría fijada para el 28 de septiembre.

—Vaya, bien, septiembre. —La verdad es que no me había parado a pensar cuándo tendría al bebé y me pareció una fecha aceptable, más que aceptable, preciosa.

—Y que ahora estaría usted de unas ocho semanas.

Levanté la cabeza como si me hubieran tirado del pelo.

—Ahí es donde discrepamos usted y yo.

—¿Perdone?

—Que no puedo estar de ocho semanas, sino de cuatro.

Había valorado mentir a mi ginecóloga de toda la vida, pero eso solo me podía traer problemas: en todas las pruebas, el bebé arrojaría medidas de un mes más de gestación, y al nacer antes, es decir, en su verdadero mes, podría ser tratado como un prematuro. Aunque Nuria nació tres semanas antes de su fecha y todo fue genial, siempre supe que le diría la verdad a los médicos.

—No la entiendo. —Su gesto me decía que sí.

—Lo más probable es que en las siguientes visitas venga acompañada de mi marido, y si no es capaz de mentir sobre el tiempo que tiene el feto, simplemente omítalo. No tiene que decir las semanas de las que estoy embarazada en cada visita que tenga, ¿verdad?

—Tiene razón.

—Es muy importante para mí. —Y no sé cómo no me di cuenta, pero estaba temblando de los

nervios y aguantando las lágrimas con el gesto comprimido.

En algún momento de la visita mi cuerpo había decidido somatizar todo el estrés por el que estaba pasando, unos nervios que yo me había empeñado en esconder o pasar por alto llenando mis horas de tareas domésticas que hacer y libros románticos que leer. Sí, cuando estaba en mitad de una crisis, me daba por los libros románticos y los engullía como si comiera pipas en un paseo dominical, me quedaba hasta la madrugada esperando a que el duque se declarara de una puñetera vez a la debutante. El sueño del embarazo hacía que hubiera recortado las horas de lectura, aun así, me llevaba mi *e-book* por toda la casa para abrirlo hasta cuando esperaba que las patatas se frieran en el aceite.

—Tranquilícese. —Fue a cogerme una mano y vi cómo se quedaba a medio camino, dudando sobre las muestras de confianza que debía darme.

—Uf, es que son muchas cosas, doctor, muchas cosas… Este bebé no es de mi marido.

—Puede que esté mal que lo diga, pero lo había imaginado. —El doctor García se reclinó en su silla y esperó pacientemente a que me explicara.

—Y mi marido no debe ser consciente de ello, no puede saberlo bajo ningún concepto —dije. Sus ojos me miraban y yo no sabía qué podía estar pensando—. No se equivoque, quiero a mi marido con toda el alma, pero no puedo infligirle este dolor.

—El dolor de que el padre de ese bebé sea otra persona…

¿Me estaba juzgando? Suspiré, los hechos puros eran esos: yo le había sido infiel a mi marido y me había quedado embarazada de mi amante. «Amante», qué palabra, Bruce no era mi amante; Bruce era Bruce.

—No siempre todo es blanco o negro. Lógicamente, si el padre de mi bebé no es mi marido, es otra persona, pero son las circunstancias las que hacen que la situación sea diferente.

—A ver, señora Gavira. —El doctor se inclinó sobre la mesa y enlazó sus manos sobre el tablero—. Yo soy su médico, no estoy aquí para juzgarla, solo para ver que su embarazo va bien y hacer que siga yendo bien. Entre usted y yo hay algo que se llama secreto profesional y yo me debo a usted y solamente a usted.

—¿No me juzga? —Y sollocé. A lo mejor sí que arrastraba un poquito de vergüenza.

—No la juzgo, ya se lo he dicho. Y ahora, si le parece, pase a la camilla y veamos cómo va ese bebé.

Creo que no escuchó el gracias que le murmuré entre dientes.

8

QUÉ TRASTORNO

—Con lo que me costó aprenderme tu número de móvil, ahora vas y lo cambias. —Arturo se estaba comiendo una magdalena, de la marca que yo sabía que nos gustaba en casa.

— Dímelo a mí, que ahora ando repitiendo mi número como un mantra para poder contestarlo a quien me lo pregunte y no buscarlo en el móvil, eso te deja en muy mal lugar.

—¿No podías haber llamado a la compañía telefónica? Te hacen un duplicado, ¿no?

—¿Y si ya han utilizado mi número para algo? Quita, quita…

La versión oficial era que me habían robado el móvil, mi mayor miedo se había hecho realidad, blablablá. La realidad era que había destruido el teléfono y lo había tirado a un punto limpio. Dije que había puesto denuncia y todo, pero que me habían avisado de que perdiera toda esperanza de tenerlo de vuelta, que diera de baja todas las aplicaciones susceptibles de ser usadas de forma delictiva y que me comprara uno nuevo.

—«Con el que espero que tenga más cuidado, señora», ¿tú te crees que me pueden decir eso? —Yo me comía una manzana, había empezado a notar mi subida de peso y con Nuria engordé demasiado, no podía permitirme el lujo de plantarme en los doce kilos de más antes de llegar al mes ocho.

—Pues sí, me lo creo perfectamente, es que no sé a quién se le ocurre dejar el móvil encima de la mesa e irte a pedir un café a la barra.

—A alguien estresado, cariño.

—Tienes razón. ¿Y la dirección de *email*? ¿También tenías que cambiarla? —Esto se estaba pareciendo ya a un interrogatorio en primer grado—. Con establecer una contraseña nueva creo que hubiera bastado.

—No, mejor le doy de baja a todo y comienzo desde cero.

Un barullo, la verdad, media tarde recuperando sesiones en aplicaciones varias, abriendo cuentas de correo nuevas, avisando a todo el mundo de mis nuevos contactos. Cerciorándome de que les llegaran estos contactos y obligándolos a que me respondieran para que se les grabara en su agenda. Agotador.

Pero valía la pena si ponía tierra de por medio entre Bruce y yo. Al tercer mensaje que me escribió prometiendo que la oferta como asesora era única y exclusivamente por motivos de trabajo, lo bloqueé, y luego decidí inventar lo del robo del móvil. Una vez metidos en el mundo de la mentira, era más fácil que surgiera otra, y esta salió sobre la marcha. Conociendo a Bruce, estaba segura de que lo que decía era cierto, la oferta era sincera, y yo, si no estuviera en las condiciones en las que me encontraba, hubiera valorado cogerla. Pero eso era extender el mundo

de la mentira al otro lado del océano, y no estaba por la labor, quería tener los riesgos controlados, acotados a una sola localización geográfica. Pensándolo bien, incluso si no hubiera estado embarazada, mi respuesta hubiera sido la misma, que no, porque la cercanía con él podía ser demasiado seductora y peligrosa.

Miré mi nuevo móvil, era bonito. Un último modelo, como dijo Nuria: «No es un iPhone, pero está guay». Sí, estaba guay, iba más rápido que el anterior y hacía unas fotos estupendísimas, que seguro iban a llenar mi cuenta de Instagram de buen material. Lo único que no iba a tener ese móvil dentro era el número de Bruce, o alguna foto suya, se supone que había perdido todas las que había hecho de mi viaje a Boston, «una lástima, la verdad». Las tenía guardadas en una carpeta, dentro de otra carpeta con el nombre de *Nóminas*, en un sitio recóndito del ordenador. Hasta el momento, no había tenido la tentación de abrir ninguna imagen de Boston, ni de Bruce ni de nadie de allí, pero saberlas en mi móvil me daba cierta seguridad. Me estaba despojando de todo lo que me unía a aquella ciudad tan lejana pero que había calado tanto en mi vida, hasta que llegara el momento de volver a tender los lazos de nuevo. Pero eso sería cuando me ocupara del segundo punto de mi lista.

Solo me permití un mínimo puente con América, le envié mi nuevo correo electrónico a Megan, le escribí explicándole someramente lo del robo del móvil y el cambio de todos mis contactos. Pero solo le facilité el *email*, no había que ser muy listo para adivinar lo que significaba.

9

EMBARAZO CONSCIENTE

Decidí que Ana sería la primera persona de la familia en saber que yo estaba embarazada de nuevo. Aunque no fue algo premeditado, surgió en una conversación delante de un capuchino en una cafetería del centro y lo vi tan claro que me salió solo.

—Y fíjate, Pablo también va a tener un bebé. —Ana gesticulaba con su habitual desparpajo y yo seguía sus palabras y sus manos, tratando de enterarme de lo que realmente quería decir.

—Ahora no me dirás que te molesta, ¿verdad? Te he intentado emparejar con Pablo un millón de veces y un millón de veces te has reído en mi cara.

—Ya, pero digamos que Pablo era mi plan B.

—¿Tu plan B? —Yo soplaba un poco sobre el café como si eso fuera a templarlo.

—Ya sabes, mi plan B: si llego a los cuarenta y cinco y no estoy con nadie, busco a Pablo —aclaró. Me reí a carcajadas y casi derramo mi taza—. No tiene tanta gracia.

—Sí que la tiene, Ana, un poquito al menos. ¿Vas a esperar a tener hijos a los cuarenta y cinco por si conoces al hombre de tu vida? —Probé el capuchino que, aunque descafeinado, estaba espectacular.

—Ahora las mujeres podemos tener hijos hasta los cincuenta, ¿o no lo sabías? Ya he ido a una ginecóloga, me ha dado de plazo un año antes de empezar a mirar opciones.

Eso sí que me sorprendió, más incluso que Pablo fuera su plan B.

—Veo que lo tienes todo pensado y no me habías dicho nada.

—Bah, son cosas que tengo en el saco, hay que ser previsora.

Ana se tomó de un solo trago su cortado y miró alrededor. Era el momento. Sobre todo porque, conociéndola, esta conversación había llegado a su fin. No lograría sacarle más información, lo único que conseguiría presionándola para que me contara algo más sería una mala contestación y un bufido.

—Pues ahí te doy toda la razón, yo nunca soy previsora y lo tenía que haber sido. —Le pegué otro trago al café y suspiré.

—¿Por qué? ¿Te ha pasado algo?

—Estoy embarazada de nuevo.

Ana me miró y no dijo nada, algo raro en ella. Dejó el tenedor con un trozo de tarta de queso en el plato con mucho cuidado e inspiró fuerte.

—Tú estás loca, ¿en vuestra situación? —La pregunta la acompañó de un levantamiento de hombros, de un levantamiento de brazos, juraría que hasta se levantó un poco de su asiento.

—¿Crees que ha sido buscado? Ya te digo yo que no. —Intentaba mantener un tono de voz

despreocupado, pero yo me notaba cierto temblor, ¿lo haría también ella?

—¿No has oído hablar de los métodos anticonceptivos?

—Sí, Ana, pero creía que estaba premenopáusica.

—¿Tú premenopáusica? ¡Si tienes cuarenta, por el amor de Dios!

¿Por el amor de Dios? ¿Desde cuándo Ana utilizaba esa expresión?

—Tengo amigas que la tienen.

—Ya, pero en nuestra familia las mujeres han tenido la regla hasta los cincuenta y cinco.

—Pero ¿qué dices, loca? Te lo acabas de inventar porque te conviene pensar que tienes hasta los cincuenta y cinco para poder tener hijos.

—Bueno, de todas formas, no lo vas a tener, ¿no?

—No quiero abortar. —Y esta fue la única frase que me salió con la bastante seguridad como para anular el temblor de mi voz.

—Ya, no quieres abortar, es más fácil complicarse la vida hasta extremos indecibles, ¿verdad?

—Tú tranquila, que no voy a darte trabajo —dije algo ofendida.

—No me vengas con esas, que tú nunca has sido un trabajo, pero es que a veces parece que te gusta darle un girito más a la tuerca, Elena. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinte?

—No, ni cuarenta ni veinte, tengo cuarenta y dos, una edad pésima para ser madre de nuevo, pero es lo que hay.

No contaba con que mi hermana me diera el beneplácito en un asunto como este, pero tampoco contaba con esa negatividad. Me estaba entrando un poco de ansiedad, porque si ella respondía así a la noticia, no podía imaginarme cómo responderían los demás. ¿Y Nuria? Eso me gustaría verlo, pero desde la barrera.

—Supongo que tendré que felicitarte, ¿no?

—Hombre, gracias.

El capuchino ya no me estaba sabiendo igual, qué manera de estropear el placer de tomarlo en el lugar donde mejor hacían los capuchinos de todo Madrid.

—¿Cómo se lo ha tomado Arturo?

—Aún no se lo he contado.

—¿Y Nuria?

—Tampoco se lo he contado, eres la primera. —Me hundí en la silla y bajé la voz, apocada.

—Uy, eso no me lo quiero perder. ¿Cuándo lo vas a hacer?

Doblé una servilleta por la mitad varias veces y pensé que esa noche era un momento tan bueno como cualquier otro para hacerlo.

—Esta noche.

—Me apunto, llevo unas *pizzas* a tu casa y damos el bombazo. Estaría bien que tu suegra también estuviera, para no tener que repetir la noticia varias veces, pierde encanto. —Ahí estaba de nuevo, mi hermana la cínica.

Lo decía en serio. Esa noche se presentó con tres *pizzas* familiares en casa. Nuria le dio la bienvenida con un abrazo como hacía tiempo que no me daba a mí. Lejos quedaba ese «Mamá, te echo de menos» que me regaló durante mi viaje a Boston. La única que faltaba era mi suegra, pero no podía con todo, había momentos en que había que decir basta.

—Qué sorpresa, Ana, no te esperaba un día entre semana por aquí. —Arturo cogió un trozo de *pizza* abriéndole una caja en la entradita de casa y volvió a su sillón, donde tenía una pila de exámenes para corregir. Así solían ser nuestras cenas últimamente, solo coincidíamos en el salón para comer, porque yo me negaba a que se llevara comida a las habitaciones, pero estábamos

diseminados por los sofás y los sillones, cada uno enfrascado en sus tareas: Arturo y sus exámenes, Nuria y sus ¿deberes?, yo y mi nuevo proyecto, todas las horas eran pocas. Solíamos recuperar el tiempo perdido en las cenas de los fines de semana. Solíamos, al menos, Arturo y yo.

—Ya, pero si no os sorprendiera no sería yo, ¿verdad?

—Tía, tengo una nueva pintura de uñas que seguro que te gusta. —Y Nuria desapareció por el pasillo para ir a por ella a su habitación.

—¡Sí, una pintura que es un horror! —Levanté la voz para que me escuchara allá donde estuviera rebuscando esa atrocidad—. Es azul y amarillo con brillantina —le susurré a mi hermana y le hice un gesto para que le quitara la idea de usarlo.

—Me encanta.

—Traidora —le gesticulé con la boca a Ana cuando Nuria apareció con el botecito.

—¿Me las pintarás luego, tía?

—Por supuesto. Ahora, vamos a sentarnos, la *pizza* estará ya fría. —Bajó la voz cuando vino conmigo a la cocina para coger los vasos y los platos—: No puedes llegar con una noticia como la que vas a dar y criticar su nueva pintura de uñas, que pareces nueva.

Cuando volvimos al salón, el mantel estaba a medio poner, Arturo no se había dado por enterado de que íbamos a cenar y Nuria estaba inmersa en su móvil. Ana me miró esperando mi reacción y yo supe cómo captar la atención de mi familia.

—Bueno…

—Que sí, mamá, que ahora pongo el mantel, un momento, que Raquel tiene una crisis con su novio.

¿Raquel tenía novio? Eso no era asunto mío, ahora menos que nunca. Le podía decir que mientras ella arreglaba la ansiedad de su amiga y mientras Arturo se encargaba de corregir un ejercicio más, Ana y yo estábamos a la espera de que alguien extendiera el mantel en la mesa, pero decidí ser más radical.

—Me refería a que estoy embarazada. En octubre —nótese que ya tenía un dominio de las cuentas falsas digna de toda un profesional—, seremos uno más en la familia.

Qué efectividad. Nuria dejó de escribirle comentarios trascendentales a su amiga y Arturo soltó el rotulador rojo sobre el sillón, un rayón púrpura se quedaría para siempre sobre el reposabrazos derecho para recordarnos esa noche todos los días de nuestra vida.

10

LOS NUEVOS TREINTA

Los cuarenta no son los nuevos treinta, ni por asomo. Eso de intentar rejuvenecernos es una estrategia de *marketing* que nos han vendido desde todos los mercados, incluso yo he utilizado esa premisa para hacer algunos guiones. Y me han salido tan bien que hasta me lo he llegado a creer. Sin embargo, desde el momento en que la noticia de mi embarazo se hizo pública, todo el peso de la circunstancia cayó sobre mí y sobre mis cuarenta años. A parte de tener que ser vigilada de «forma especial» por la edad que tenía, yo notaba que físicamente no era la misma. El cansancio se había multiplicado por diez y era incapaz de identificarme con la Elena embarazada de Nuria que veía en las fotos. En ese entonces, yo irradiaba luz, ahora parecía estar gris, arrastrándome por los rincones. Hasta Ana estaba preocupada por mí, y un poco por ella, si era eso lo que la esperaba cuando se pusiera manos a la obra.

Nuria se desentendió del asunto, si bien es cierto que la notaba más ordenada y le veía ciertos retazos de aportación en casa, algo que había dejado de hacer en cuanto Arturo se reincorporó a la vida doméstica como antes del cáncer. Todos vivíamos olvidando que nos encontrábamos en una especie de periodo de entreguerras, intentando ser normales. Y Arturo, después del *shock* inicial, se lanzó en una vorágine de energía a quitarme todos los golpes que podía. Yo lo dejé hacer, sorprendiéndome por la ilusión que le había hecho la perspectiva de volver a ser padre de nuevo.

Nunca habíamos pensado en tener un segundo hijo, con Nuria nos había bastado desde el principio. Cuando estábamos en el momento de ir a por un hermano para ella, simplemente habíamos rechazado la idea de plano. O a lo mejor fui yo quien la rechacé de plano y Arturo se dejó llevar. Mi vida había cambiado tanto con un solo bebé que pensar en tener dos y en el giro de ciento ochenta grados que volvería a sufrir mi existencia —sí, pensaba en mi existencia, no en nuestra existencia— me hacía palidecer. Di por supuesto que él pensaba lo mismo que yo. Pude comprobar que no era así, lo que me aportó una dosis extra de culpabilidad que salía a la superficie en los momentos más inoportunos.

Culpabilidad, que no arrepentimiento. Explicar cómo era capaz de separar ambos sentimientos se me hace todavía difícil. Es decir, cuando pensaba que el hijo que traería al mundo era de Bruce, me emocionaba. Ese hijo se me hacía necesario, debía existir y yo debía ser su madre. Era consciente, de todas formas, de que había empezado a idealizar a Bruce y todo lo que habíamos tenido. Aunque eso se materializara de un modo palpable en una sola mañana, no llegó ni a veinticuatro horas, en mi cabeza la relación en realidad duró una semana, desde el momento justo de conocerlo. Sí, seguir adelante con el embarazo había sido la decisión correcta. Sin embargo,

observar cómo Arturo se comportaba con respecto a su nueva próxima paternidad despertaba un pellizco de culpabilidad que yo acallaba con el mantra que me había creado para esos momentos: «Arturo no puede sufrir. Arturo no puede sufrir. Arturo no puede sufrir». Así me dormía algunas noches, abrazándolo por detrás, escondiendo la cara en su espalda, inspirando su aroma, un aroma de persona sana que sabía que tenía los meses contados, los días contados, pensando una y otra vez: «Arturo no puede sufrir»; disimulando las lágrimas y susurrando para mí: «Puto cáncer. Puto cáncer. Puto cáncer». Alguna vez me escuchó.

—¿Quieren saber el sexo del bebé? —El doctor García nos miraba mientras pasaba el ecógrafo por mi barriga pronunciada. Esta vez había tardado muy poco en que se me notase.

—Por mí sí. —Arturo me miró como pidiéndome permiso.

—Por supuesto —le dije al doctor, pero sin dejar de mirar a Arturo.

—Pues bien, esperan una niña.

—¡Otra niña! —exclamó Arturo loco de contento. A mí se me empañaron los ojos, me sentía plena—. ¿Tú querías un niño? —Su tono fue desconcertado.

—No sé qué esperaba, la verdad, pero una niña está bien, claro.

—No te veo ilusionada.

—Estoy muy emocionada, pero a veces es difícil expresarlo con la barriga expuesta y una crema helada cubriéndola. —Me resultaba difícil hablar con la congoja agazapada al fondo de mi garganta.

—Les dejo unos minutos.

El doctor García limpió el ecógrafo y lo dejó junto a su máquina, me pasó un trozo de papel a mí y un par de ecografías a Arturo y corrió la cortina.

—Gracias. —Cogí el papel, me incorporé y empecé a limpiarme la barriga—. ¿Te gusta el nombre de Alicia? Siempre me ha gustado Alicia, podríamos llamarla Ali.

—Me encanta el nombre de Alicia. Y la llamaremos Ali. —Arturo estaba aguantándose el llanto mientras miraba las ecografías, acariciándolas con el dedo pulgar; lo conocía tan bien que sería capaz de predecir el momento exacto en que una lágrima surcaría su mejilla para poder atraparla con un dedo. Qué ñoña te hacían ser las hormonas del embarazo, Dios, ¡cómo podía pensar esas cosas! Lo miré con devoción—. Vamos a celebrarlo. —Levantó la vista hacia mí y ahí estaba, una lágrima viajando hacia su boca.

—¿Cómo? ¿Con una botella de vino?

Me levanté con algo de trabajo y Arturo me ayudó cogiéndome del brazo.

—¿Tinto o blanco? —Me guiñó un ojo y guardó las ecografías en mi bolso—. Tengo la sensación de que con este embarazo todo va antes de tiempo. —Lo comentó como de pasada mientras se dirigía a la cortina. Yo me quedé paralizada. Se volvió con un gesto indescifrable antes de correrla—. ¿Vamos?

—Claro.

Esa noche hicimos el amor. Lo recuerdo porque me ayudó a archivar el comentario que me hizo en la consulta del ginecólogo en lo más hondo de mi cabeza, en el cajón donde ya empezaban a estar demasiadas cosas guardadas, tantas que amenazaba con hacerlo saltar por los aires. Arturo se acurrucó junto a mí y me susurró: «Tienes las tetas más grandes», mientras me ayudaba a quitarme la camiseta. Me sorprendió que él ya estuviese desnudo, y solo tuvo que echar a un lado mis bragas, sabiendo que el solo gesto me pondría a mil. Tampoco hacía falta

mucha preparación, desde que estaba embarazada mi libido había escalado varios niveles y estaba casi constantemente excitada, toda una contrariedad para mi día a día. Arturo me hizo el amor un poco más autoritario de lo normal, levantándome el culo para llegar mejor a mí. Yo le tiré del pelo, ahogando un jadeo en su cuello, no podía olvidar que en una habitación dos puertas más allá dormía una adolescente. Y él se corrió preguntándome si lo quería.

—Me quieres. —Más que una pregunta, fue una aseveración.

—Como nunca. —Y le mordí el lóbulo de la oreja. Mi gemido debió llegarle al punto más interno de su cerebro porque solo le bastó una embestida más para llegar al orgasmo.

Después se tumbó a mi lado, arrimándome a él, sosteniéndome por donde debía quedar la cintura y acariciando de vez en cuando mi vientre.

—¿Nos levantamos al baño? —susurré cuando pasó un tiempo prudencial.

—Todavía no. —Y se durmió.

11

DIABETES GESTACIONAL

Diabetes gestacional. Bueno, podrían haberme pasado más cosas siendo gestante añosa, aunque era meterme en Internet, buscarlo en Google, y crecer el nivel de angustia hasta hacerme casi explotar la cabeza: amenaza para el feto, parto prematuro (más prematuro), aborto espontáneo, complicaciones en el parto, preeclamsia. ¿Seguía con la lista? «No, mejor la dejo ahí», eso es lo que me repetía cada vez que una bandeja pasaba por delante de mí. Lo hacía para no detenerla y comerme todo lo que hubiera en ella, tenía tanta hambre que hubiera sido capaz de ir a la cocina y arrasar con todos esos pequeños bocados dulces y salados antes de que salieran al gran salón. Me había traído un par de plátanos, pero, ¡Dios!, eso no era suficiente.

Qué mala idea había sido ir allí, ¿qué hacía yo en aquel cóctel? Otra vez Arturo: «Tienes que ir, Elena, es una oportunidad de trabajo, que te inviten es una buena señal». Y yo: «Que sí, Arturo, pero que no creo que el hecho de no ir me prive de nuevos proyectos». Sobre todo, después del último que habíamos firmado en la productora, el guion para mí era impecable y estaba en periodo de comercialización, estaba casi hecho con una televisión nacional. «Pues por eso es más importante aún que te presentes allí, que los directivos de esa televisión te vean». «¿A una guionista? Nosotros somos los últimos a los que quieren conocer los directivos de una televisión». Pero yo veía en el fondo de todo ese discurso el miedo de Arturo a dejarnos a mí y a nuestra pequeña familia a punto de crecer en una situación comprometida económicamente cuando él ya no estuviera. Por eso fui, no por otra cosa, para aliviar ese temor.

Estela, mi jefa en la productora, se unió a mí. Yo la había visto mariposear por el salón, aquel era un acto que ellos daban para agasajar un poco a los medios en el marco de unas conferencias sobre «El mundo audiovisual y los nuevos retos a los que se enfrenta», algo muy manido, llevábamos adaptándonos a los nuevos retos hacía mucho.

—¡Elena! —Me dio un abrazo de oso, se la veía feliz de verme—. Eres la única del equipo de guionistas que ha venido.

—Ya me he dado cuenta, sí, y precisamente yo no soy la más indicada. —Sonreí señalándome la barriga, estábamos en agosto y cumplía el mes siguiente, aunque a efectos oficiales lo esperaba para octubre.

—Por eso te lo agradezco doblemente. Para compensarte, te tengo una noticia tremenda.

Yo masticaba desganada un trozo de plátano. Había perdido la vergüenza y no me importaba que me vieran. Aunque quién se iba a fijar en una mujer embarazada a punto de explotar comiéndose un plátano en una esquina del salón. Yo no me fijaría, aunque igual sí, podría ser una buena historia.

—Venga, sorpréndeme, aunque espero que por tremenda no quieras decir mala.

Qué poco me importaba no conocer a nadie, qué pronto me iba a ir y qué poco efectivo había sido el plan de Arturo para que me abriera camino en las altas esferas del mundo audiovisual nacional.

—Qué va, mujer, tremenda pero de buena: tras el cóctel, van a hacer un pase especial del primer capítulo de tu Carmen americana —me contó. Yo no había entendido bien, claro. Pero ¿qué estaba diciendo esa mujer? Estaba loca, loquísima. ¿El primer capítulo de mi Carmen americana? La cabeza me iba demasiado lenta para lo rápido que iba Estela—. StoryVision ha querido sumarse a nosotros en este congreso, ¿sabes? Y han llegado a tiempo. —¿Que han llegado a tiempo de qué?—. No las tenía todas conmigo, créeme, su proceso de producción ha tardado mucho, llevan meses de rodaje, parecía que no podríamos cuadrar fechas, pero aquí estamos. Tu historia, Elena, ¡tu historia! Por eso te insistí tanto, era muy importante que vinieras, ¿qué te parece mi sorpresa?

¿Tu sorpresa? La sorpresa de Estela bien me podría haber provocado el parto; entre la diabetes gestacional y la noticia que me acababa de dar mi jefa, casi que me iba a ir directamente al hospital para coger cama, porque estaba segura de que de allí salía con un bebé en los brazos. De pronto el trozo de plátano que tenía en la boca se convirtió en algo intragable, haciéndoseme bola sin pasar por la garganta, las bandejas de canapés perdieron todo su atractivo y solo me daban náuseas. A lo mejor noticias como aquella eran buenas para mantener a raya mi diabetes, me alegré de estar siempre buscando el lado positivo. Y es que, si StoryVision se había sumado a ellos para mostrar el primer capítulo de *Carmen*, lo más probable es que Bruce fuera el que lo presentara. También podría haber mandado a su mano derecha, ¿cómo se llamaba? Michael, eso era, seguro que era Michael el que había viajado a Madrid. Era él quien había descubierto el proyecto, se lo merecía.

Como quedaba feísimo coger una servilleta y escupir el trozo de plátano, hice de tripas corazón y lo tragué como si de una piedra se tratara. Se me quedó la boca seca, como un estropajo. Intenté producir saliva, pero no me salía. Miré alrededor, y si lo normal era que nadie se fijara en una mujer embarazada comiéndose un plátano en una esquina de un gran salón lleno de gente, había alguien que sí lo había hecho. Detecté dos ojos de un marrón diferente a cualquier otro marrón que haya visto jamás fijos en mí. No había sido Michael quien había venido a presentar la serie.

—¡Mira, ahí está Bruce! —Estela levantó la mano y lo invitó a venir—. Elena, ¿estás bien? —dijo sin dejar de sonreír.

—Estoy estupendamente, gracias. —El trozo de plátano se había atascado en algún punto de mi esófago antes de llegar al estómago. Bruce comenzó a andar hacia nosotras.

12

HOLA

No había dónde esconderse. Dejé la piel del plátano sobre la mesa alta junto a la que estaba apostada desde el principio de la fiesta y lo observé acercarse como a cámara lenta. Todo el ruido de alrededor enmudeció, la gente y las mesas se convirtieron en borrones y yo hacía verdaderos esfuerzos por impulsar el trozo de plátano más allá de donde estuviera, me estaba provocando un daño espantoso. A mi lado, Estela no dejaba de parlotear, yo no sabía qué decía ni tampoco si pretendía que le contestara. En cualquier caso, Bruce llegó a nosotras con una sonrisa que vi cómo afectaba a Estela, no era de extrañar; a mí se me habían revuelto las tripas solo con verlo, así que ese gesto solo ayudó a que me desestabilizara todavía más.

—¡Bruce! Qué alegría ver que has podido llegar. —Estela se echó a sus brazos y le dio un prolongado abrazo. Demasiado largo para ser un abrazo protocolario.

—No podía perderme este momento. —Separó a mi jefa con amabilidad pero con seguridad, debía de estar acostumbrado a ese tipo de comportamientos. Me daba vergüenza, ¿cómo nos íbamos a saludar nosotros? La última vez que lo había visto había sido casi desde arriba, sentada a horcajadas sobre él, como quien dice—. Elena, me alegro mucho de volver a verte. —Avanzó hacia mí y me dio un abrazo comedido y dos besos en las mejillas.

—A mí también me alegra mucho volver a verte, quién lo iba a decir, pensé que no nos veríamos nunca más.

—¿Y eso? —Estela se volvió sonriente hacia mí, dándome una palmada en el hombro, como si fuéramos las mejores amigas—. Eres una guionista estupenda y tus historias son muy buenas. ¿Verdad que lo son, Bruce?

—Sin duda. —Bruce me seguía mirando desde su altura, con una distancia que me costaba asimilar.

—Seguramente sea cuestión de tiempo que te vuelvan a llamar para colaborar con ellos. —Estela creía estar haciéndome un favor buscándome trabajos.

—Ya, bueno…

—Y ahora, con el bebé, no puedes decir que no a proyectos nuevos.

—Claro, claro… —Se me había olvidado lo de mi barriga, igual la distancia que Bruce estaba poniendo entre nosotros se debía más a ella que a las circunstancias. Me reí para mí, qué ocurrencia.

—Ay, os tengo que dejar, ahí está el director de programas del Canal 1, voy a meterle los dedos sobre la serie nueva.

La retirada repentina de Estela coartó la huida de Bruce, que ya estaba haciendo el amago de

volverse.

—Puedes irte si quieres.

Por fin, un camarero pasó con una bandeja en la que se mezclaban copas de vino, refrescos y vasos de agua; cogí un vaso de agua y tomé un trago, aunque lo que me apetecía en ese momento era una copa de ese vino malo que debían de estar repartiendo por todo el salón. Moriría por un traguito, solo uno.

—No quiero irme, pero tú sí quieres que me vaya. —Bruce se metió las manos en los bolsillos. Llevaba un traje que le quedaba de miedo, sería hecho a medida, el director de una gran productora norteamericana no iba a Zara a comprarse los trajes, tendría su propio sastre, que guardaría sus medidas en un cuaderno de tapas de piel en la mesa de un salón de costura a la antigua usanza. La corbata azul no hacía sino destacar el castaño de sus ojos y de su pelo. Creo que no se podía estar más guapo. Sentí unas ganas tremendas de abrazarlo, pero de verdad, no esa farsa que habíamos protagonizado hacía unos minutos.

—Yo no te he dicho que te vayas.

—Esas fueron tus condiciones antes de irte, ¿no?

—Ya, pero nadie se podía imaginar esto. Si hubiera sabido que venías…

—No hubieras venido —terminó la frase por mí y me dejó cortada.

—Exacto, no hubiera venido. Pero ya que estamos aquí, podemos comportarnos como dos adultos.

—Un adulto no bloquea a otro por un par de mensajes ni termina cambiando de número de teléfono y dirección de correo electrónico para que no lo localicen.

Me puse tan roja que creí que irradiaba luz. Lo había dicho tan natural, tan espontáneo. Era imposible que lo tuviera preparado, no podía saber que nos íbamos a ver; pero a lo mejor, previendo su viaje a Madrid, sí que había tenido la oportunidad de imaginar que nos encontrábamos y teníamos una conversación. Pensándolo bien, ese tipo de comportamientos solo los tenía yo.

—Siento mucho eso, no fue una de mis actuaciones estelares. —Escondí la cara en el vaso de agua. No tenía más sed e incluso beber otro trago de agua me sentaría mal, pero era eso antes que me viera los ojos y la culpabilidad que anidaba en ellos. Aunque la culpabilidad sobre ese asunto podía ser ínfima al lado de la culpabilidad proveniente de otros asuntos más importantes, uno que se interponía entre él y yo físicamente.

—No, no lo fue. Déjame decirte que de verdad solo quería que participaras en el rodaje. Tus ideas vinieron muy bien antes y el equipo estaba de acuerdo en que sería estupendo tenerte allí entonces.

—De todas formas, me hubiera sido imposible… —Me señalé de nuevo la barriga, no podía hacer otra cosa más que señalármela. Si me ponía a pensarlo seriamente, estaba hablando con el verdadero padre de mi hija, el cual no sabía nada de ella. Sí, un poquito sí que estaba nerviosa.

—Estás embarazada —afirmó. Asentí y suspiré—. ¿De cuánto estás?

—Cumplo en octubre. —Me salió más rápido de lo que a mí me hubiera gustado. Si Bruce era rápido haciendo cuentas, podría ajustar que era imposible que él fuera el padre de la criatura. Noté cómo se le endurecía el gesto y achicaba los ojos mirándome más detenidamente. Quizá buscando una pista sobre mi mentira. Yo lo veía muy claro, ¿cómo no lo veía nadie más? Era tan evidente que yo estaba viviendo un teatro, que había montado una comedia de tal magnitud que se me caería encima en cualquier momento. Apretó los puños, lo vi a través de la tela de su pantalón.

—¿Y tu marido? —No le interesaba cómo estaba mi marido, lo veía en sus ojos.

—Ahora bien, estamos en ese momento, ya sabes.

—No, no sé.

Tanta franqueza me sobrepasaba.

—De calma tensa, quiero decir, los resultados van siendo positivos, pero es cuestión de tiempo que… —Se me quebró un poco la voz y miré hacia el fondo. Yo ya vivía en un continuo echar de menos a un Arturo que seguía estando con nosotros, inventando una historia inconcebible y haciendo cosas inconcebibles por él y para él. Y, sin embargo, allí estaba, deseando con todos los poros de mi piel a Bruce, que se erguía delante de mí creando una energía que nos envolvía a los dos, impidiendo que ninguno se fuera—. Bruce, perdóname por lo del teléfono y el correo electrónico, actué como una cría.

—¿Lo sientes de verdad o solo es para quedar bien?

—Lo siento de verdad. —Me hubiese encantado explicarle que estaba en mitad del proceso de montaje de mi obra maestra, que la cabeza no me funcionaba correctamente, que opté por soluciones radicales porque no soportaba mentirle a él también y la angustia amenazaba con llevarme al hospital; lo mejor que pude ofrecer fue la omisión. Claro, me hubiese encantado, pero no podía.

—No quiero tus disculpas, Elena, mejor guárdatelas. —Hablaba tan calmado… Quien nos estuviera viendo no adivinaría la tensión de la conversación—. Al final, sí que aquello fue un error.

—¿Un error? —No lo podía creer. Había sido muchas cosas, pero nunca lo consideré un error. Yo había luchado contra mi moral, mi educación, mi fidelidad hacia Arturo, mi lealtad hacia mi familia, y había protegido lo que tuvimos en una burbuja de comprensión. No, para mí nunca había sido un error. De hecho, cuando pensaba en Bruce, solo me salía un sentimiento tan fuerte que me quedaba sin respiración y tenía que recordarme constantemente lo mucho que quería a Arturo. ¡Dios! ¿Se podía querer a dos hombres a la vez? Me iba a volver loca—. ¿Un error? —repetí apagada—. Para mí nunca fue un error —dije bajito, para mí. Veía el suelo algo borroso porque estaba a punto de llorar, tenía que controlarme.

—Pues lo fue, Elena, porque tú estás casada y desde el mismo momento en que te he visto aquí, embarazada, he deseado ser yo el padre de ese niño.

Un bofetón no me hubiera hecho más daño ni me hubiera dejado sin respiración tanto como lo hizo aquello. Levanté la vista de inmediato y nos mantuvimos la mirada unos segundos. ¿Lo vería entonces? Una parte de mí deseaba fervientemente que lo descubriera en el fondo de mis ojos, ¿no decían que las personas enamoradas son capaces de leerse la mente? Yo no lo iba a decir, nunca lo expresaría en alto hasta que llegara el momento oportuno, eso es lo único positivo de tener una hoja de ruta tan bien diseñada y la seguridad de que, pase lo que pase, nunca flaquearás.

Poco a poco, el ruido de nuestro alrededor volvió a apoderarse de nuestros oídos y regresamos a la realidad, igual que Estela.

—Chicos, la gente ya está entrando al pase, ¿vamos?

—Sí, estupendo. —Bruce hizo por esperarme, pero yo no me podía mover.

—Elena, ¿te encuentras bien? —Estela se inclinó sobre mí y yo carraspeé e intenté sonreír.

—Sí, sí, solo un poco cansada. Yo creo que…, yo creo que me voy a casa. —Cogí mi bolso de encima de la mesa y me revolví en mi sitio.

—Qué tontería, ¿te vas a perder el primer capítulo de *Carmen*? Seguro que sentada te

recuperas. —Ahí estaba el Bruce que yo conocía tan bien, el que no daba lugar a réplicas. Me dejé arrastrar por Estela al interior de la sala, Bruce se separó de nosotras y se sentó varias filas más atrás.

El primer capítulo de la Carmen americana fue una maravilla.

13

BRUCE

Bruce no la vio hasta mucho después de entrar en el salón. Había fantaseado con encontrársela allí, pero pronto se había quitado esa idea de la cabeza: si recordaba las condiciones que Elena había puesto, seguramente ella sabría de su asistencia y habría decidido no ir. No la buscaría, eso por descontado. Solo podría confiar en la suerte y el destino el hecho de cruzársela en una ciudad tan grande como Madrid. Tenía esperanzas, para qué negarlo.

¿Qué se dirían? ¿Qué conversación mantendrían? ¿Cómo se comportarían? ¿Habría proximidad, fría distancia, desconcierto? ¿Habría una noche en su hotel? Como un *bonus track*, sí, ¿por qué no? Aunque después de que Elena se borrase del mapa como lo hizo, no podía confiar en ello. Lo había molestado mucho; no, mejor decir que estaba enfadado. Él no era un hombre que fuera detrás de las mujeres de forma incansable, ni de las mujeres ni de cualquier otra persona. Pero si se veían, nadie sabía qué podía pasar.

Barrió con una mirada su alrededor, lo aburría sobremanera la conversación que estaba manteniendo con el directivo de una productora española con la que había tenido tratos en el pasado y muy seguramente con la que seguiría teniendo trato en el futuro, se veía obligado a responder con amabilidad. Y vio a Estela. La había conocido solo por videoconferencia, pero era ella sin duda alguna, ese pelo negro rizado que se expandía más allá de su cabeza y su parloteo incesante que podía distinguir desde donde se encontraba. Podría disculparse con su interlocutor e ir a conocer en persona a la mujer que le había facilitado tanto el camino para conseguir la que ya era una de las producciones estrella de StoryVision.

Fueron sus tripas las que se dieron cuenta primero de que la mujer embarazada con la que hablaba Estela era Elena. Fijó los ojos en ella en una especie de asombro y desconcierto, ese mismo que tenía pensado que empaparía el siguiente encuentro con ella. Recorrió su silueta y trató de identificar la imagen de la Elena que él había conocido con esa que se apoyaba en una mesa alta, vestida con un ligero vestido de verano abombado por delante para arropar su prominente barriga. Se estaba comiendo un plátano. Sonrió para adentro, quién si no Elena se estaría comiendo un plátano en un cóctel como aquel. Entonces sus ojos se encontraron y ya no hubo marcha atrás.

Fingir una tranquilidad que no sentía era una de las características de Bruce; en realidad, debería ser la característica de cualquier directivo, nadie nunca debe conocer qué te pone nervioso, puedes perder un gran negocio por eso. Y él aplicó esta máxima a su encuentro con Elena, un encuentro cuya fantasía había saltado por los aires. El hecho de que estuviera embarazada cambiaba las reglas del juego. De repente, que ella hubiera cambiado su teléfono y

su correo electrónico lo hirió más fuerte que en el momento en que se dio cuenta de que lo hizo; y que ella estuviera embarazada de su marido lo lastimó más profundamente que cualquier otra cosa en el mundo. No se le ocurría qué podía hacerle más daño y tuvo que imprimir mucha templanza a sus nervios para que no se le notara la frustración de camino a ellas dos.

Después, un puñado de sentimientos se mezcló en su interior cuando intentó mantener una conversación civilizada con ella y con Estela. Solo cuando se quedó a solas con Elena pudo dejar escapar algo de la bilis que lo había estado carcomiendo por dentro: oh, sí, lo suyo había sido un error. Y como un arma arrojadiza y afilada, apuñaló a Elena con lo que él ya había deseado hace tiempo: quería estar con Elena, y ahora desearía ser el padre de ese niño.

14

UN ERROR

Cuando Bruce me dijo que lo nuestro había sido un error, algo se rompió dentro de mí. Asistí al primer capítulo de mi Carmen americana con el corazón encogido por la angustia, cuando tenía que haberlo hecho con el corazón encogido por la emoción. ¿De qué servía entonces todo lo que yo estaba haciendo? La única razón por la que yo había seguido adelante con el embarazo consistía en que aquel era el hijo de Bruce, un hombre por el que sentía algo tan fuerte que me hacía inventar un nuevo guion para mi propia vida. ¿Aquello era también amor? Cada vez tenía menos dudas.

Pero el padre de mi hijo pensaba que lo que había sucedido entre nosotros había sido un error, lo que había hecho que él existiera era un error. No quería ser dramática, Bruce lo consideraba error porque él estaba sufriendo. De todas formas, estaba segura de que si a los dos nos hubiesen dicho qué nos iba a pasar en unos meses, hubiéramos actuado exactamente igual. Yo lo haría. A «Estarás embarazada de Bruce y eso te hará dar un vuelco de aúpa a tu vida», yo contestaría: «Sí, quiero pasar ese día con Bruce, no quiero perder ese día juntos». Y me hubiese acostado con él mil veces, a pesar de Arturo y a pesar de mi conciencia. Hubiera dado los mismos pasos hasta llegar al punto de que esa mirada fuera solo para mí, de que esas caricias fueran solo para mí, de que esos besos y ese ímpetu fueran solo míos; hasta llegar a ese punto en que compartimos sudor y saliva, y ganas y deseo. Sí, hubiera hecho el amor mil veces de nuevo con Bruce, mil veces hubiera viajado atrás en el tiempo.

Él pensaba que era un error. Entonces, ¿eso significaba que me quería? No había reparado en ese detalle, como buena egoísta solo me había parado a pensar en mí, en mi situación y en mi familia. Pero ¿y Bruce? Tengo que reconocer que nunca creí que lo nuestro le hubiera afectado tanto ni que yo le hubiera dejado tanta huella. No es que me estuviera minusvalorando, era la realidad. Y Bruce lo estaba pasando mal.

Sus palabras aún resonaban en mi cabeza: «Desde el mismo momento en que te he visto aquí, embarazada, he deseado ser yo el padre de ese niño». Cuánto daño le estaba causando, cuánto daño y qué poco podía hacer al respecto. Al menos, por ahora. Miré hacia atrás y allí lo vi, comentando algo con una mujer que tenía a su lado, un mechón de pelo se le cayó sobre la frente y yo deseé susurrarle que lo sentía, sentía profundamente mentirle de esa forma con algo tan importante. En cuanto salieron los primeros créditos, me escurrí de mi asiento y me disculpé con Estela, tenía que salir de allí antes de que nos volviéramos a ver porque mi plan corría verdadero peligro si lo hacía.

15

ALICIA

Alicia llegó a mitad del mes de septiembre. Un mes y medio antes de la fecha prevista para todos, tan solo una semana antes de su fecha real. No puedo confirmar que fue el encuentro con Bruce de finales de agosto lo que me provocó el parto porque aún tardó dos semanas en nacer, pero desde luego eso no ayudó a que yo me mantuviera mentalmente estable en la recta final de mi embarazo. Arturo había desistido de preguntarme qué tal me encontraba porque estaba irascible y enfadada. Hacía calor y me asfixiaba y la mente no me dejaba funcionar bien. En un momento, estaba arriba, asintiendo a todo lo que yo había hecho hasta el momento, y de repente estaba abajo, buscando maneras de decir la verdad como única salida a mi desasosiego. Entonces, volvía a remitirme a mi lista, que guardaba en un bolsillo de mi cartera, la abría y la leía: si estuvo bien hace unos meses, seguiría estándolo ahora; había apostado por ese camino y ya no había marcha atrás. Por mucho que yo lo buscara, no lo había, eso se había acabado. Y vuelta a empezar.

Menos mal que Alicia llegó para aclararlo todo, incluso mis dudas.

Me levanté el día del parto presintiendo que algo iba a pasar, aunque no pensaba que iba a ser eso de traer un niño al mundo. A la primera contracción, sobre las diez de la mañana, lo supe: sí, hoy sería el día. También supe que algo no iba bien, pero enterré ese mal presentimiento en lo más hondo de mi mente, sepultándolo por toneladas de otras preocupaciones más acuciantes: llamar a Arturo, que había empezado a trabajar ya; llamar a Ana, que debía de estar en su oficina atendiendo incansable al teléfono; y llamar también a Nuria, que, a la espera de comenzar las clases en el instituto, estaba durmiendo en su habitación. Anduve como pude los pocos metros que me separaban de su puerta y la abrí de golpe, doblándome de dolor porque me había sobrevenido otra contracción en mitad del gesto.

—Jo, mamá, que ya mismo madrugaré todos los días, déjame disfrutar de mis últimos días de libertad.

Yo gruñí, intentando controlar el dolor. Por eso las mujeres tenían dos y más hijos, porque la mente es sabia y borra de un plumazo el recuerdo de esos dolores que las parten en dos.

—Siento estropear tus vacaciones, cariño. —Para entonces, había recuperado la compostura, pero la voz me salía de un pozo muy hondo. Tanto es así, que Nuria se incorporó de inmediato y encendió la luz de su mesilla.

—¿Qué te pasa, mamá? —Sus ojos estaban tan abiertos y tenían tanto miedo que quise tranquilizarla, pero no había manera, me sentía fatal.

—Creo que ha llegado el momento, bueno, creo no, Alicia ya está aquí.

—¿Tan pronto? ¡Pero si es para el mes que viene!

No había pensado cómo lidiar con esos comentarios, todo el mundo creía que Alicia vendría en octubre, ¿qué pensarían cuando se presentara en septiembre y no necesitara ningún tipo de cuidado especial porque, en realidad, no estábamos hablando de una niña prematura? ¿Podría seguir ocultándoselo a Arturo? Yo seguía confiando en que nada le hubiera hecho sospechar lo contrario, pero quién sabe, no hay guion sin fisuras. De cualquier forma, esa era ahora la menor de mis preocupaciones y apostaba todo a que el postparto serían tan duro que no habría ganas de sacar el tema.

—Ya ves, la naturaleza es sabia y sabe cuándo tiene que expulsar a los niños a este mundo.

Nuria se levantó de un salto y se colocó junto a mí.

—¿Qué puedo hacer? ¡No sé qué hacer!

—No te preocupes, mi amor, vamos a ver: yo voy a llamar a papá y a la tía, ¿de acuerdo? Tú puedes ir haciendo un bolso para llevar al hospital. En mi cajón de la mesita de noche, verás una lista de todo lo necesario. —Nuria se aferraba a mi mano inmóvil, bien parecería que era ella la que estaba a punto de parir—. Cariño, pero ve ya, tenemos tiempo, pero no tanto.

—¡Ay, sí, sí, mamá! ¡Voy!

Verla recorrer el pasillo en bragas y camiseta, dejando al margen el pudor que la solía atacar últimamente, me llenó de ternura; siempre sería una niña para mí, por mucho que su talla de sujetador fuera ya más grande que la mía, antes del embarazo, claro.

Arturo se presentó en casa en media hora y Ana quedó con nosotros en el mismo hospital. ¿Estaba lista para el momento parto? No, jamás se está lista para el momento parto, eso es una tontería, de lo que menos tenía ganas era de estar empujando. Si hubiera podido, me hubiera dormido, y al despertar Alicia estaría ya con nosotros. No sabía hasta qué punto eso iba a ser verdad.

—¿No es muy pronto? —Ana no dijo ni hola ni vainas, se aproximó a nosotros tres como un gigante, de tres zancadas, en cuanto cruzamos la sala de urgencias del hospital maternal.

—No estoy para responder esas preguntas ahora, Ana, pero te diría que las contracciones son ya tan seguidas que ni pronto ni nada, Alicia está aquí ya.

Arturo se mantenía callado, observándome y apretándome la mano cada vez que el dolor se apoderaba de mí y me revolvía hasta el tuétano de los huesos. Él no había expresado ningún tipo de preocupación respecto a la fecha del parto o lo prematuro de la situación. Eso sería algo que me hubiera preocupado si no estuviera viendo las estrellas cada diez minutos. Después de cada una de las contracciones, caía rendida en el sofá de casa, luego en el asiento del coche y más tarde en el asiento del hospital y en la cama de la habitación.

Cuando me bajaron a paritorio, solo Arturo venía conmigo. Recuerdo vagamente los rostros preocupados y compungidos de Ana y Nuria, cogidas de la cintura. Mi hija tenía lágrimas en los ojos y Ana fruncía los labios en un rictus de seriedad que pocas veces le había visto, apenas en el funeral de mis padres y poco más. ¿Tan grave era mi parto? ¿Ellas también presentían que algo iba mal? Las enfermeras, sin embargo, se mostraban serenas, me sonreían y tranquilizaban.

—Cariño…

Arturo se volvió hacia mí. En el paritorio, nos habían dejado solos y esperábamos que el anestesista llegara de un momento a otro, yo no soportaba más dolor y no concebía tener al bebé sin epidural.

—Dime, Elena, ¿estás bien?

—Sí, sí, solo que no quiero que estés preocupado por lo pronto que puede parecer que viene

Alicia al mundo, yo…

—Calla, Elena, calla. —Y me puso un dedo en los labios, ¿qué significaba aquello?

—Pero… —En ese momento, otra contracción me atenazó y me puse lívida—. Ve a buscar a alguien, por favor, esto es insoportable.

No hizo falta, el anestesista entró como un rayo, me ayudó a sentarme en la camilla y en medio de otra contracción, me pinchó; aprovechando un dolor infligió otro, así no me daría cuenta, me dijo con ese tono monocorde que a veces usan los sanitarios y que no sabes si te tranquiliza o te pone más nerviosa. Pues me di perfecta cuenta. Respiré exhausta cuando me tumbé de nuevo en la camilla y le pedí el teléfono a Arturo: una vez libre del dolor intenso y con todo preparado para el gran momento, el mal presentimiento emergió de nuevo, como un náufrago reclamando atención, y dejó al margen el brote de sinceridad que me había dado hacía unos minutos.

—¿Para qué quieres el móvil ahora?

—Dámelo, por favor, voy a llamar a Ana, les voy a decir que todo va bien.

—Vale, yo salgo y llamo a mi madre, debe de estar de camino.

Pero no llamé a Ana, lo que hice fue escribirle un *email*, breve y conciso.

A partir de ahí, todo se precipitó.

16

EL MIEDO

Nunca he pasado tanto miedo como aquel día en el paritorio. En el momento en que echaron a Arturo de mi lado, me sentí morir, lo vi todo negro, era como el mar rebosando por todos lados, sin capacidad alguna de control. Me sedaron y mi sueño de dormirme en el momento del parto, mal que me pesase, se hizo realidad.

Desperté con la boca seca y desorientada. Aun así, sabía lo que había pasado. Me eché una mirada al torso, la prominente barriga no estaba y algo me tiraba por ahí abajo. Me eché la mano hacia allí, pero me cogieron la muñeca y me la apartaron. Era Arturo.

—¿Qué…? ¿Y Alicia?

El pánico de unos segundos puede perdurar en las fibras de una persona durante años. Yo, aún hoy, rememoro ese instante y soy capaz de sentir de nuevo la sensación atroz de pérdida cuando por una milésima de segundo se me cruzó por la mente la posibilidad de haber perdido a Alicia en el parto. Había asistido, cómo no, claro, a los intentos de sacarla de mí y a los comentarios trabajosos del ginecólogo y de la matrona hasta el «Cesárea, ya» final. Dos palabras que borraron la realidad para meternos a todos en un túnel del terror. Ese miedo irracional estaría ya para siempre impregnando mi ADN, igual que una época seca o lluviosa se puede identificar en los anillos del tronco de un árbol.

—Alicia está bien. La han llevado a la UCI prenatal por precaución. —En sus ojos había algo raro. ¿Sabría algo ya sobre mi mentira? En el aturdimiento que me embargaba todavía, prefería que me lo dijera de una vez, hacer frente cuanto antes a todo y salir del hospital directamente para casa de Ana.

—Pero algo no va bien, dime lo que es —le pedí. Se le empañó la vista y yo también comencé a llorar—. Lo siento, lo siento, de verdad, yo…

—Hemos estado a punto de perderte, Elena. —Me apretaba una mano y se frotaba la cara con la otra, intentando que no se le notaran las lágrimas—. Me preguntaron, Elena, me preguntaron. —Arturo susurraba, pero lo escuché con nitidez. Al principio, no comprendí lo que quería decir. Lo miré fijamente, como si sus palabras fueran un código secreto y yo tuviera que descifrarlas. De repente, el nubarrón de mi cabeza se disipó y se hizo la luz.

—Dirías que Alicia, ¿verdad? Es lo que teníamos hablado… —Se me rompió la voz un poquito y lo observé expectante. Él asintió—. Gracias, gracias, gracias.

Y se inclinó sobre mí y lloramos juntos.

Yo estuve dos días en la UCI y me enseñaron a Alicia a través de una ventana. Ella en brazos de Arturo era puro amor, las hormonas me corrían veloces por las venas y tener los ojos rojos de

llanto era la normalidad en mi estado. Las enfermeras iban y venían y me tranquilizaban, parecía estar recuperándome bien. Las horas dentro de aquella sala constantemente iluminada eran largas y solo las visitas contadas de Ana, Arturo y Nuria eran un oasis en medio de mi aburrimiento. Aunque, por otro lado, agradecía ese *impasse* que me había regalado el destino, podía descansar de mi vida unos días por prescripción médica, me sentía exhausta y con la sensación de tener que coger energía para afrontar todo lo que me quedaba por delante.

Por lo visto, tuve una hemorragia tan grande que a punto estuve de morir. La cicatriz de esta nueva cesárea seguramente no fuera tan pequeña y bien hecha como la de Nuria, el miedo también dejaría su huella física en mí y no me parecía mal. Pero la herida hizo que Arturo tuviera que ocuparse más de la cuenta de una Alicia que fue más llorona de lo normal y que, según Ana, era exactamente como yo de pequeña, algo que no paraba de repetir desde el día en que subí a planta.

—Tiene razón tu hermana, cariño, Ali es igualita que tú.

Yo intentaba darle el pecho, pero estaba a punto de desistir, así, en general, no en aquella ocasión en particular. No podía con otra presión, y Alicia resultó ser una niña difícil. Quizá me lo mereciera.

—Seguro que yo cogí el pecho a la primera, pero ella, es que no hay manera.

Colocaba y recolocaba el pezón, pero no había forma y, con cada movimiento, me dolía la cicatriz.

—¿Le doy el biberón que me han preparado en enfermería? —Arturo se ofreció y en su gesto veía la urgencia por tomar a Alicia y solucionar la situación.

—¿Y si le damos el biberón para siempre? —Levanté la vista con un punto de ruego y esperanza.

—¿Es lo que quieres?

—Definitivamente sí, es lo que quiero. —Suspiré de manera ostentosa y Alicia comenzó a llorar de nuevo.

Arturo la cogió, se sentó y la acomodó en su regazo, le puso la tetina del biberón en la boca y nuestro bebé, NUESTRO BEBÉ, lo mordió con ansias. Parecía que, con Arturo, la pequeña Alicia era un bebé tranquilo, se amoldaba, se adaptaba.

—No recordaba que se te diera tan bien. —Sonreí somnolienta.

—Ella me lo pone fácil. —Y la miró con devoción.

Había hecho lo correcto.

17

EL *EMAIL*

Volver a casa fue un gran alivio, incluso Nuria estaba feliz, aun sabiendo que sus responsabilidades iban a verse aumentadas exponencialmente. De repente, nuestra pequeña familia tomó unas rutinas y unos automatismos propios de un ejército bien entrenado. Yo contaba con más ayuda que en mi primer postparto, aunque tengo que reconocer que tener un hijo cuando el otro es ya un adolescente independiente, por el que te preocupas pero de otra forma y por otros temas, es muy raro. Pero Nuria facilitaba la vida de una forma asombrosa, haciéndose cargo de algún biberón nocturno los fines de semana; no es que pensara que iba a desentenderse de esa hermana recién llegada a casa, pero verla tan implicada me satisfizo tanto que cimentó mi convencimiento de que, al final, había hecho bien. Y pensando a largo plazo, la unión que estaba creando con su hermana sería fundamental para lo que vendría más tarde.

En realidad, mi cansancio crónico no me dejaba reflexionar mucho sobre el tema, solo me dejaba llevar. Además, qué demonios, ya había reflexionado suficiente y el destino se había aliado conmigo y con mis condiciones para seguir por la senda de la mentira, una mentira necesaria para seguir viviendo en paz el tiempo que hiciera falta. Ya llegaría el momento en que saltaría todo por los aires y yo me encontraría en el mismo centro de la explosión; de hecho, sería yo la que le quitara la anilla a la granada, cerraría los ojos y lo vería todo salir disparado en todas direcciones. Ya saldría todo disparado, sí; de momento, estaba en el sofá tumbada, con Alicia dormida en mi pecho, de las pocas veces que Arturo no se la había llevado de paseo por los pasillos de casa después de uno de los biberones de la tarde para sacarle el flato y dormirla arrullada en su cuello.

—Te veo bien.

Ana me sobresaltó y, del mismo respingo, Alicia protestó. Cerré los ojos de nuevo esperando el llanto final que suele suceder a ese quejido. No llegó. Abrí los ojos y taladré con ellos a mi hermana, que se había sentado en una butaca junto a mi cabeza.

—¿Crees que es normal que me despiertes de esta forma? —susurré enfadada, susurré gritando.

—Arturo ha bajado la basura y me ha dado las llaves, ha quedado con Pablo: unas cervezas de padres, me ha dicho.

Me incorporé poco a poco y asentí.

—Sí, ahora han hecho piña y se llaman padres primerizos; aunque Arturo ya lo era de antes, consideran que Nuria es lo suficientemente mayor como para meter a Arturo en ese club.

—Bien, así que estamos solas. —Su tono fue amenazador.

—Sí, Nuria está en casa de una amiga haciendo un trabajo, pero ¿por qué me hablas así?

—Por esto. —No perdió tiempo y cogió el móvil de su bolso. Ahora que me fijaba, no se había quitado ni la chaqueta ni el fular. No es que hiciera mucho frío, pero Ana era de las que aprovechaba cualquier atisbo de brisa otoñal para sacar todo su arsenal de entretiempo, y allí la tenía delante de mí, como si fuera a salir de casa en lugar de haber llegado a ella hacía unos minutos. La veía manipular el móvil con expresión ceñuda y distinguí cuándo encontró lo que buscaba por un casi imperceptible gesto de triunfo. Yo la observaba sin entender hasta que me puso el móvil delante de los ojos y me hizo leer lo que había allí.

Era un *email* breve y conciso: «Si me pasa algo, una vez que Arturo ya no esté con vosotros, ponte en contacto con Bruce Campbell, de la productora audiovisual americana StoryVision, y dile que Alicia es su hija».

No dije nada. Ella seguía manteniendo el móvil delante de mis ojos, a pesar de que había tenido oportunidad de leer el mensaje como unas diez veces. Tuve que romper yo el silencio, porque Ana tenía pensado permanecer con el móvil en alto todo lo que hiciera falta.

—Ya he leído el mensaje unas cien veces, puedes bajar el móvil.

—Bien, porque creía que no lo habías hecho. —Guardó el teléfono en su bolso y ahora sí se quitó la chaqueta y el pañuelo. Lo puso todo en el suelo, con parsimonia, no sé si esperando que le explicara algo—. ¿Y bien? —Pues sí que esperaba que le explicara algo.

—No hay nada que decir, es lo que tú has leído, ni más ni menos. —Yo seguía hablando bajito, sin querer mostrar mucho nerviosismo, Alicia ya se había removido en mis brazos y lo último que necesitaba era a un bebé llorando mientras intentaba contarle a Ana la dimensión de aquel mensaje.

—Entonces, ¿no me tienes nada que decir? —Ella susurraba y gesticulaba, se le rompió la voz al final de la frase—. Vamos, no me jodas, Elena. ¿Por qué no me lo contaste desde el principio?

—¿Para qué? ¿Para hacerte mentir a ti también? Esto es algo que he hecho yo y tengo que solucionarlo y sufrirlo yo, tú haz como si no hubieses recibido ese correo.

—Ya, pero es que lo he recibido y no puedo hacer como que no lo he recibido.

—Mira, no sé explicarte, Bruce llegó en un momento de mi vida complicado, me sentí libre, me sentí… —Expresar lo que había habido entre Bruce y yo no sonaba tan bien como cuando lo exponía en mi cabeza.

—No quiero que me expliques el *affaire*, Elena, es lo último que quiero. —El *affaire*. *Affaire*, qué palabra tan bonita para unas connotaciones tan nefastas—. No voy a juzgarte.

—Gracias.

—Pero Arturo…

—Arturo no puede saberlo. —Miré a Ana con fuego en los ojos, si hubiera podido, la hubiese incendiado en llamas, desde el pelo hasta los pies. Mi hermana se quedó callada y eso me sorprendió, rara vez se quedaba sin nada que decir, lo frecuente era que me rebatiera hasta el más mínimo detalle con su cinismo habitual—. Quiero a Arturo, Ana, lo quiero tanto que me duele hasta la piel. Me duele pensar incluso que, de aquí a un tiempo, ya no estará conmigo, estoy viviendo una despedida demasiado larga que a veces no me deja disfrutar de su presencia, no me deja ver que aún sigue aquí, conmigo. No voy a arruinarle el tiempo que le queda de vida. —Ana continuaba mirándome, percibí humedad en sus ojos—. No voy a hacerlo, ¿entiendes? A lo mejor piensas que soy una egoísta, que lo hago por mí, pero no…

Me cogió una mano y me la apretó. Inspiró fuerte y asintió.

—Sé que no lo haces por ti, lo sé. Pero tenías que haberme pedido ayuda, ha tenido que ser

una pesadilla.

—Eso no importa.

—¿Cómo que no importa?

—Lo que me pase a mí no importa, ¿vale?

Alicia empezaba a revolverse con más ímpetu en mis brazos, ahora sí que hubiera agradecido que se despertara.

—Vale, pero no estoy de acuerdo.

—No busco que estés de acuerdo, he reflexionado mucho sobre el tema, en mi cabeza está todo claro.

—Te he dicho que vale, pero eso no me explica el mensaje.

—Ya. —Alicia por fin se había despertado y pedía paseo por los pasillos del piso. En otras circunstancias, hablaría con Arturo para que dejara de acostumbrarla a ese tipo de rutinas. En las que estábamos viviendo, dejaría que Arturo le creara todas las rutinas que quisiera, hasta ver el canal infantil a las cuatro de la mañana. Me levanté y fui en busca de mi bolso—. Toma. —Le tiré mi cartera—. Busca en el tercer bolsillo del tarjetero.

Ana abrió la cartera y encontró un trozo de papel plegado en dos. Lo abrió sorprendida y leyó:

—«Arturo. Bruce. ¿Yo?». ¿Qué es esto? —Levantó el papel y yo lo cogí para doblarlo de nuevo y que lo guardara en su sitio.

—Es mi lista de prioridades con respecto a este tema.

—Y este tema es Alicia.

—No, este tema es quedarme embarazada de un hombre que no es mi marido. Ese es el tema. Ahora estoy en el punto 1 de mi lista, Arturo. He hecho, estoy haciendo y haré todo lo posible para que él sea feliz.

—Has hecho todo lo posible.

—Todo.

Sí, me refería a hacer el amor con Arturo con una razón de fondo, ella no tenía que saber los pormenores y lo cerca que estuve de quitarle la anilla a la granada antes de tiempo.

—Bien, entonces, el segundo punto es Bruce.

—Así es. —Yo me movía adelante y atrás con Alicia mirando hacia fuera, aquello era como un ritual—. Cuando ya no pueda hacerle daño a Arturo, intentaré resarcir a Bruce. Él tiene derecho a saber que Alicia es su hija. Y lo sabrá, pero a su debido tiempo.

—¿No has pensado en las consecuencias? ¿Y si te pide la custodia? ¿Y si, no sé, se lleva a la niña? —Ana me miraba sentada en la butaca, gesticulaba y había dejado de susurrar.

—Estaré preparada para todo eso, ya he buscado bufetes de abogados en Madrid. Llegado el momento, consultaré con ellos. —Dicho de esa forma, parecía que lo tenía todo planeado, pero nada más lejos de la realidad.

—Pero ¿y Alicia? ¿Y Nuria? Por Dios, ¿y Carmen? ¿Te das cuenta de lo que puede suponer eso para la madre de Arturo?

Yo esperaba que Ana se levantara de la butaca y se pusiera a mi altura, pero no lo hacía y yo me veía obligada a mirar hacia abajo, me dolían las cervicales. Eché el cuello para atrás y suspiré.

—Ana, todos tendremos que vivir con la verdad. Estaremos vivos y fuertes para afrontar lo que venga. Carmen tendrá el papel que quiera tener, entenderé cualquier postura que tome al respecto, desde seguir en la vida de Alicia hasta apartarse para siempre y continuar solo como abuela de Nuria. No buscaré el perdón de nadie, si eso es lo que quieres decir.

—Pero, Elena, a ver, esto…

La cerradura de la puerta de entrada a casa sonó, estaban abriendo. Carraspeé.

—Se acabó.

—Pero, Elena…

—He dicho que se acabó. —Y me volví en el mismo instante en que Nuria entraba en el salón. Sonrió y vino flechada hacia mí.

—¡Por fin la pillo despierta! —Cogió a Alicia con pericia y la achuchó.

—¿Ya no saludas a tu tía? —Ana se levantó y recogió del suelo su chaqueta, el pañuelo y el bolso.

—Hola, tía.

Se dieron dos besos.

—Yo me voy. —Mi hermana se colocaba el pañuelo alrededor del cuello sin apartar la mirada de mí—. ¿Hace frío?

—Un poco, sí. Pero ¿ya te vas? Quédate a cenar. ¿Qué hay, mamá?

—No, he quedado con un amigo.

—¡Un amigo, uh! La tía tiene una cena con un amigo, Alicia, ¡uh!

Ana me dio un beso en la mejilla y me abrazó. «Estoy aquí», me susurró al oído. Yo le devolví el abrazo.

Después de un portazo, todo quedó aún más claro, bien parecía que verbalizarlo al final había sentado cátedra.

18

FOTOGRAFÍAS

La carpeta me llegó una tarde de diciembre. Había decidido responder a los correos de la productora y comprometerme para un nuevo proyecto en enero. Y en ello estaba mientras Arturo, para variar, daba paseos larguísimos por los pasillos de nuestro piso pequeñísimo. Si supiera contar, Alicia ya sabría el número de baldosas que tenía el suelo de casa. Contesté brevemente a Estela para confirmarle que contara conmigo, que todavía no imaginaba cómo lo haría, pero que en enero estaría ahí, escribiendo para esa nueva historia que «pensamos será un éxito absoluto, como la última que vendimos, Elena, ¿te acuerdas?». Claro que me acordaba, pero no se solía tener tanta suerte, yo no le veía la chicha a la historia que ella me estaba vendiendo, pero la casa se tenía que seguir pagando y el armario debía tener siempre uno o dos paquetes de pañales de repuesto, no me podía permitir el lujo de elegir trabajos. «Cuenta conmigo, Estela. Después de las fiestas hablamos y concretamos».

Pulsé «enviar» e inmediatamente entró otro correo en mi bandeja. Si no fuera porque esa dirección la tenían solo los contactos de trabajo, por aquello de haber cerrado todas las vías de comunicación cuando el pequeño incidente con Bruce, que ahora sí era capaz de admitir que exageré demasiado; si no fuera por eso, no me habría parado a leer de qué se trataba. También porque el remitente tenía en su dominio «StoryVision». El corazón me dio un vuelco y yo dirigí la mirada directamente a la puerta de la cocina, lugar donde ahora Arturo se encontraba con Alicia. Estaba segura de que si en ese momento mi marido me viera y se quedara observando un poco más de lo que era habitual en dos padres cansados y prácticos con un bebé recién nacido, se daría cuenta enseguida de que había tenido un *affaire* y que Alicia no era en realidad su hija biológica.

Dudé. Llegué a tener el mensaje seleccionado para pulsar después el icono del cubo de basura. Traté de serenarme. Además, la que parecía haberme mandado el correo era Megan. Y después del encontronazo con Bruce en agosto, no lo veía acosándome en mi nueva dirección de correo electrónico, de hecho, ni en la nueva ni en la antigua; que sí, que yo había exagerado, que no había duda de eso. Haciendo gala de un valor inaudito, abrí el mensaje: «Hola, Elena, adjunto te envío un enlace desde donde te podrás descargar el álbum de fotografías correspondiente a la producción de *Carmen*. Espero que las disfrutes».

Oh, madre mía, el álbum de fotos, esas fotografías que nos sacaron unos profesionales con sus cámaras que estuvieron pululando a nuestro alrededor durante todo mi viaje a Boston. No sabía si quería hacerlo, no sabía si quería verlas, no sabía si debía verlas. Eché otro vistazo a la puerta de la cocina.

—Me estoy haciendo un chocolate, ¿quieres algo, Elena? —Arturo trasteaba con tazas y cucharillas, y yo no pude menos que sentirme culpable, ¿tenía que ser un chocolate justo esa tarde, en ese momento? Le pedí un café, para que tardara un poco más en volver al salón, mientras yo hacía merodear la flecha de mi ratón sobre ese enlace, porque sí, ya había decidido que lo haría.

—Sí, por favor, un café.

—¿Descafeinado?

—No, no, café café.

Pinché en el enlace y me llevó a una página de descargas. Eso iba a tardar más de la cuenta, pero le di a descargar de inmediato.

Después de unos segundos, se abrió ante mí una carpeta llena de fotografías. Había muchas, demasiadas; ahí también estarían las del tiempo de antes y después de que yo estuviera. Fui pasando una tras otra, estaban Devon, Kara, Emily, ¡Shonda! Estaba Shonda también, claro, estaban todos. Y estaba él. Al principio, aparecía menos, pero llegué inevitablemente a la semana donde trabajé con ellos.

Casi no me reconocía en esas imágenes. Era como si no fuera yo, esa era otra Elena, con otras preocupaciones, otras historias en la cabeza, otra previsión de futuro. En las pocas en las que posaba, mi sonrisa evidenciaba algo: estaba despreocupada. Por primera vez en mucho tiempo, me encontraba liberada. ¿Era brillo lo que distinguía en mis ojos? Al final, el brillo en los ojos sí que existía y no era una invención de los guionistas. Y en casi todas las imágenes aparecíamos Bruce y yo, siempre juntos. En algunas, era tan evidente nuestra complicidad, que me sorprendí de no haberlo tenido tan claro antes. Quien viese esas fotografías podría pensar con razón que ocurría algo entre nosotros dos. Porque ocurría algo mucho antes de que nos acostásemos el último día de mi estancia en Boston.

—¿Qué miras tan embobada?

Arturo me sobresaltó, algo que ya empezaba a ser usual. Levanté la mirada y lo vi ahí, parado delante de mí, con mi taza de café en una mano y en la otra, Alicia, que me sonreía y movía descoordinada los brazos y las piernas. Pensé en mentirle, pero bastantes mentiras había dicho ya, y tan gordas, que no podía sumar otra más.

—He recibido un *email* de Megan, ¿recuerdas? La asistente de StoryVision. Tenía un enlace para descargar una carpeta de fotos de la producción de la Carmen americana.

—¿Puedo verlas? —Dejó la taza en la mesilla, me pasó a Alicia de inmediato y yo hice malabares para darle el portátil, coger a la niña y que no se me cayera ninguno de los dos. No pude sino sospechar de tanto interés, pero aparté esa idea y continué comportándome natural, o como yo creía que era natural.

—Yo aparezco en muy pocas, solo en la semana en la que estuve en Boston, claro.

—Claro. —Arturo pasaba las fotografías con casi imperceptibles clics. De pie, delante de mí, estaba inclinado sobre la pantalla y yo no podía ver sus ojos, ni un mínimo gesto de lo que le provocaba ver aquellas imágenes. Me tenía en ascuas y quería saber qué pensaba sobre ellas, porque yo ya había llegado a una conclusión segundos antes de que apareciera él con mi café.

—Eso es muy americano, hacer fotografías de todo, ¿sabes? Tenían a un profesional que nos seguía a todos sitios, algunas veces era incómodo, la verdad —le conté, Arturo asentía sin prestarme atención—. Creo que te lo dije, ¿verdad?

—Ajá, me lo dijiste. ¿Quién es Bruce? —Por fin levantó la cabeza y vi determinación en su rostro. Me volvió la pantalla del portátil y una fotografía de grupo la ocupaba entera. Estábamos

todos, incluida la actriz que haría de Carmen, mirando a cámara sonrientes, satisfechos, plenos y convencidos de que lo que teníamos entre manos era un gran trabajo y que solo hacía falta seguir haciendo las cosas bien para que fuera un éxito.

—Es este. —Señalé a Bruce. Estaba junto a mí. Pero él no sonreía a cámara, sino que me miraba desde lo alto, desde esa altura casi imposible que nos separaba a los dos. Yo estaba visiblemente apoyada en su costado, exudaba comodidad, confianza. Arturo asintió y volvió a dirigir la pantalla hacia él. Siguió pasando fotografías.

Seguramente vio esa en la que Bruce y yo estábamos sentados en el restaurante, después de un duro día de trabajo, charlando tan cerca que nuestras narices casi se rozaban, con dos copas de vino en una mesa llena de platos vacíos y servilletas usadas. O esa otra en la sala de reuniones, cuando sentado junto a mí me explicaba las últimas decisiones sobre el guion y yo lo miraba apoyada en mi puño. ¿Identificaría el deseo en mis ojos? ¿Vería esa chispa que yo había vislumbrado tan fácilmente? O esa última imagen en el salón de su casa, una foto a todas luces del móvil de alguien del equipo porque aquella noche el fotógrafo no estuvo en el ático de Bruce. En ella, yo ya estaba dormida y él me miraba de pie mientras todos se despedían antes de irse. Eso era lo que estaban haciendo, despedirse, no podían estar haciendo otra cosa. Y yo estaba dormida en su sofá como si fuera lo más normal del mundo, como si hubiera estado en ese sofá desde el primer día de mi estancia en Boston.

—Voy a cambiar a Alicia, creo que se ha hecho caca. —Me levanté después de contar los clics y suponer que ya había llegado a esa última foto.

—Claro, claro. —Carraspeó y me miró de un modo indescifrable. Sus ojos no me arrojaban nada, era como si hubiera bajado la persiana, ni un atisbo de luz que me diese alguna pista. Nada.

Minutos después, escuché la puerta de la calle. Terminé de acomodar la ropa de Alicia con parsimonia, no tenía prisa alguna por salir de la habitación. No quería volver al salón vacío, no quería volver a mi realidad. Una realidad que cada vez me traía más detalles de los que huir. ¿Es que no podía dejar de perseguirme mi futuro? ¿No podía salir todo bien sin tener que estar buscando de continuo formas de seguir mintiendo o de decir la verdad lo más tenuemente posible para que causara el menor daño? Me preparé para una conversación complicada, imaginaba contarle todo a Arturo. Pero recordé cuando intenté explicárselo a Ana, sonó tan mal que no quise continuar con ello. ¿Me creería Arturo? ¿Creería Arturo que lo había hecho todo por él? Lo de Alicia, claro, porque la aventura lógicamente no la cometí por él, la cometí por mí, por dejarme llevar una sola vez en mi vida, y qué caro me estaba costando. Él me conocía, sabría que había mentido en lo que a Alicia se refería para evitar daños, pero también me conocía lo suficiente como para confiar en que yo no tendría una aventura con nadie.

Arturo llegó media hora después con la nariz helada y roja.

—En la calle hace un frío horrible. —Se quitó el abrigo y parecía que ese frío se había venido con él a casa, tenía un halo helado alrededor, pensé que era lo mejor que me podía pasar; como siempre, cualquier castigo era bienvenido.

—Bueno, normal.

Le pasé a Alicia y él la cogió con entusiasmo, algo que me tranquilizó. Tampoco esperaba que la repudiara cuando confirmara sus sospechas, pero no sabía por dónde podía salir.

—He ido a por *pizzas* al supermercado de la esquina, esta noche será de peli y *pizza* con Nuria. —Levantó las bolsas y distinguí los dos discos.

—Me encanta la idea. —Sonreí entre aliviada y asustada.

—Llama a Nuria y dile que no tarde, ¿vale? Voy a ir calentando el horno. —Se acercó a mí y

me besó con una dulzura que casi me saltan los botones de la rebeca que llevaba puesta—. Te quiero, Elena. —Me hizo asentir—. Mucho.

Yo me dejé avasallar por su actitud, doblegando mis sospechas y dejando escapar poco a poco el aire, intentando hacer el menor ruido posible. No volvimos a hablar del tema, si es que había algo de lo que hablar.

19

UN TRANVÍA LLAMADO SOSPECHA

La rutina no es capaz de borrar del todo el campo de minas en el que las mentiras convierten una vida. Y la mía era uno inmenso, tenía mucho que recorrer y esperaba que fuera lo más extenso posible, hasta que llegara al final del camino de esas mentiras y recuperara la existencia pacífica y honrada con la que a veces soñaba. Aunque eso significaba inevitablemente que Arturo ya no estaría con nosotros. Así que volvía de nuevo a desear ese campo de minas por encima de todas las cosas.

Alguien que mirara nuestra familia desde fuera vería una familia normal y corriente; una pareja que se había confiado y había traído al mundo a un bebé cuando no estaba para nada previsto. Un matrimonio feliz, unido, que afrontaba la paternidad a los cuarenta con alegría y un poco de humor. Detrás de esa cortina, se escondían noches sin dormir, días malos en los que nos levantábamos enfadados con el mundo, una adolescente que era muy buena hasta que se le cruzaba el cable, a veces incluso con razón; algún que otro grito y algún que otro portazo; discusiones por los horarios, discusiones por quién tenía que comprar la leche que no teníamos ni para el café de por la mañana; malas caras porque había salido una comida demasiado salada o demasiado sosa. Nada fuera de lo común, esa misma gente se sentiría muy identificada con nosotros, incluso se sonreiría y respiraría aliviada al ver que esa pareja ejemplar no era perfecta, todo lo contrario.

Pocos se pararían a seguir rascando, a seguir desvelando manos de pintura escondidas bajo otras capas más alegres, porque todas las familias guardan sus secretos, y yo era la fuente de todos los secretos horribles de la nuestra. Era consciente y aceptaba que cada uno de los miembros de nuestra familia, excepto Alicia que era muy pequeña aún, teníamos asuntos que nos guardábamos para nosotros mismos. Nuria probablemente atesoraría varios de ellos, con seguridad estarían relacionados con redes sociales, chicos que le gustaban, besos en la parte de atrás del *pub* de moda y, no era tonta y ella cumplía años igual que todos, puede que algo más en esa parte de atrás del *pub*. Aunque confiaba en que me dijera algo al respecto llegado el momento.

Yo era la que lo tenía más crudo, la que podría escribir un libro y dejarlo como anónimo para que alguien viniera más tarde y lo leyera y se quedara con la boca abierta: «Una mujer, esposa y madre, feliz, amante de su marido. Mira, se le nota, lo quiere a más no poder, bebe los vientos por él. Y no es fácil, ¿eh? Que no dejar que la rutina te pase por encima y te engulla a ti y al amor es cuanto menos difícil. Claro que la intensidad no puede ser la misma, todo se atenúa, el enamoramiento y la pasión ansiosa no pueden durar para toda la vida, sería inviable, ¿no crees?

Pero ellos han sabido montarse una vida juntos que más quisieran muchos. Qué amor tan bonito, qué confianza exudan por todos los poros de su piel. Pero atento, no te creerías una cosa: ella le ha sido infiel. Sí, créetelo, le fue infiel cuando él estaba saliendo del último tratamiento de quimioterapia. ¿Lo pasó mal? Estoy segura, no hay más que verla, eso fue un desliz, sigue queriendo a su marido. ¿Que no? Yo creo que sí, somos humanos, ¿sabes? Todo puede pasar. No, no creo que sea una hipócrita. De todas formas, agárrate que vienen curvas: ¿lo ves a él? ¿Ves que es tan cariñoso con su bebé? Bueno, ya tiene un par de años, no es tan bebé… Venga, adivina, te doy una pista: ¿le ves algún parecido? ¡Bingo! No es su padre, su padre es el hombre con el que ella tuvo la aventura. Buah, una pasada, ¿verdad? ¿Él? No, no es que haya aceptado a la niña como suya, ¡es que él no sabe que es de otro! Pobrecita ella; a veces, mantener toda esa estructura tiene que ser un calvario. ¿Que se lo tiene merecido? Bueno, al menos, se ha tenido que comer la cabeza, no puede salirle de gratis».

No me estaba saliendo de gratis.

¿Y los secretos de Arturo? ¿Tendría Arturo algún secreto? Yo a veces los intuía. Siempre habíamos comprendido que cada uno necesitaba sus espacios y sus asuntos, parcelas donde el otro no metiese la mano, lo que pasa es que mi parcela se había vuelto un páramo grande y oscuro. Pero ¿y la suya? Conocía a Arturo muy bien, creo que ya he dicho que lo conocía tan bien que a veces sabía lo que quería o lo que pensaba antes de que él mismo dijese algo. Y yo llevaba ya mucho tiempo sospechando que sabía que no era el padre biológico de Alicia. Era su padre en todos los demás aspectos, pero no podemos obviar que el biológico es uno muy importante. ¿Sería ese su secreto? ¿Sería que Arturo lo sabía todo y no decía nada porque me quería, quería a su familia y no deseaba que todo saltase por los aires? ¿Estaría él haciendo un esfuerzo día a día, interpretando un papel por omisión?

Aquel día nos levantamos más temprano de lo normal porque Arturo tenía clase a primera hora. Esos días no eran especialmente malos porque Nuria podía irse con su padre al instituto y yo no tenía que estar tras ella para que se diera prisa, ya se daba prisa de por sí, no podía hacer llegar tarde a su padre. Lo único negativo es que yo me levantaba media hora antes de lo normal, toda una tragedia para quien dormir treinta minutos más era la diferencia entre la vida normal y la vida zombi. A veces no me compensaba y ese día tampoco lo iba a hacer. Yo me llevé a Alicia a la guardería con el último bocado de la tostada cayendo poco a poco en el estómago. Ni el trago de café hizo que fuera más rápido, tendría ardores toda la mañana. Una vez en los brazos de la monitora, corrí al metro, que perdí: como no podía ser de otra forma, llegaría tarde a mi reunión con Estela y el grupo de trabajo. Si pudiera haber gritado en los túneles del metro, lo hubiera hecho hasta desgañitarme y quedarme satisfecha porque mi cuerpo ya intuía que algo estaba a punto de pasar, como aquella mañana hacía dos años en la que casi muero dando a luz a Alicia.

Llevábamos unas dos horas de reunión en la productora. Esta vez estábamos metidos en un programa de telerrealidad, fíjate, lo que siempre juré que no haría y ahora abrazaba como el maná caído del cielo: pagaban tan bien que a lo mejor eso sería la diferencia entre quitarnos parte de la hipoteca a final de año o seguir pagando los quince años que nos quedaban para liquidarla. Este *reality* era en un pueblo abandonado. El plan era traer a gente de la ciudad, urbanitas cien por cien, al medio rural, con sus cabras, sus vacas, sus tomateras, su patatal, sus gallinas, deberían ser autosuficientes; y ahora estábamos en plena lluvia de ideas para *putearles* la vida a los concursantes lo más posible. Nos lo estábamos pasando en grande. Justo cuando solté mi última idea, la de que debía haber alguien que tocara la campana de la torre de la iglesia cada

hora del día, incluso por la noche, bajo sanción probablemente de tipo alimentario si no lo hacían, sonó mi móvil.

—Me gusta eso, Elena, sabía que podía contar contigo. —Estela lo anotó en su iPad y miró mi teléfono—. Responde, ya es hora de hacer un descanso. Te esperamos.

Pero no volví a la sala, sino que salí hacia la guardería. Alicia se había puesto a vomitar y se quejaba del estómago, y no, no podían esperar a la hora de salida, era evidente que la niña estaba enferma y que sus padres tenían que llevársela del centro, cuánto hubiera dado yo en ese momento por una jeringuilla llena de Apiretal. Claro, Arturo no podía dejar una clase con treinta alumnos en mitad de una explicación, así que fui yo quien abandonó una reunión con diez personas en mitad de una lluvia de ideas para un proyecto que nos podría dar bastante dinero, no había comparación. Anduve hasta el metro mascullando mientras guardaba el móvil después de haber hablado con Arturo. Sorpresivamente, el tren llegó justo cuando yo puse un pie en el andén, todo lo contrario a esa mañana, el destino se las traía con mucha ironía cuando se trataba de mí. Llegué y Alicia estaba ya lista, con su chaqueta puesta, en los brazos de la monitora. En cuanto distinguí la preocupación en sus ojos, se esfumó mi mal humor.

—Está muy decaída y no deja de quejarse del estómago, igual tendríais que llevarla al médico. No ha querido comer, y mira que hoy hemos tenido tostadas de aceite, que le encantan, ¿verdad, Alicia?

Alicia había pasado a mis brazos como un peso muerto. Su pelo largo y dorado le caía a greñas por la cara, y sus ojos, de un marrón diferente a cualquier otro marrón que haya visto jamás, recordatorio diario de mi mentira y de mis deberes, estaban turbios, sin luz.

—Pues sí, creo que me la voy a llevar directamente porque no es normal.

La besé y la sentí sudorosa; con el achuchón, gimió lastimera.

—Mantennos informadas, espero que no sea nada, Elena. Cariño —le acarició el pelo a Alicia y le dio un beso en la cabeza—, ponte buena pronto para jugar con nosotras, ¿vale?

Otra vez se quedó sin respuesta y yo cogí un taxi para irme al hospital.

Arturo llegó media hora más tarde que yo a urgencias y se reunió con nosotras en la sala de espera. Allí, unos doce o quince niños se acumulaban en un ambiente caluroso; a pesar de que todavía no se había ido el verano del todo, el hospital ya tenía encendida la calefacción. Yo estaba en manga corta, pero abrigaba a Alicia porque me daba la sensación de que era lo que necesitaba, estaba tan decaída que no contestaba a mis preguntas sobre su estado.

—¿Qué tal? —Arturo dejó la chaqueta en el asiento junto al mío y se acuclilló delante de nosotras.

—Bien, ya hemos pasado por triaje, ahora nos tiene que llamar el médico.

—Cariño, ¿cómo estás? —Se acercó y la besó en la frente.

—Papá… —Su voz salió de muy hondo, pero me alegré de que fuera la primera reacción en mucho tiempo. Se la pasé a Arturo para poder ir al baño, lavarme la cara y tratar de frenar los pensamientos insanos que nublaban mi mente. Una vez, siendo Nuria un bebé, una doctora me dijo que, aunque viera a los niños con fiebre, si su actitud era buena, se preocupaba menos que si no tenían nada de fiebre y su actitud era mala. Y Alicia no tenía fiebre y su estado de ánimo era pésimo. Me enjuagué la cara varias veces, respiré las gotas de agua y extendí la humedad hacia mi pelo, me miré en el espejo y analicé a esa mujer. Tenía cuarenta y cuatro años, arrugas, canas, una vida llena de felicidad y de momentos difíciles; los había superado todos, este también pasaría, seguro. Aunque he de reconocer que cuando se trata de mis hijas, el miedo se come el sentido común. Si salíamos de esta, afrontaría la verdad de mi vida, la afrontaría, ahora

estábamos bien, Arturo estaba bien, éramos fuertes, nos veía capaces de sobrellevar cualquier peso, cualquier secreto.

Cuando salí, Arturo se estaba levantando. Nos habían llamado de la consulta.

Detrás del escritorio había una doctora joven, con la piel sonrosada y el pelo recogido en una coleta despeinada. Esa mujer tenía todo el poder sobre nosotros en esos momentos, lo que ella dijera iría a misa, le rogaría que le hiciera mil pruebas a Alicia si era necesario, le daría dinero si me lo pedía. No hizo falta.

—Bien, esta es Alicia, ¿verdad? —nos dijo, y Arturo y yo asentimos expectantes—. Túmbenla en la camilla y levántenle la camiseta, por favor. —Así lo hicimos. A mí se me había secado la boca—. Vamos a ver a esta niña preciosa.

Y en verdad era preciosa, Alicia siempre ha llamado a la atención, con su melena dorada oscura y sus ojos marrones que solo yo sé de quién son realmente. Con su mirada perspicaz y su media sonrisa continua, con esa forma suya tan natural de conseguir lo que quiere.

—Ajá. —Le auscultaba el estómago y el vientre, y Alicia se quejaba exhausta—. Bueno, vamos a hacer una ecografía abdominal, ¿vale?

—Pero ¿es grave?

Una ecografía abdominal no se manda así como así en un hospital público, vamos, que me he ido yo un millón de veces a casa sin prueba alguna por un dolor de barriga.

—No se preocupe, quiero verle el apéndice.

—¿El apéndice? ¿No es demasiado pequeña?

—Es muy pequeña y tiene apéndice, ¿verdad, Alicia? Ahora, díganme, ¿algún tipo de alergia?

—No, de momento no ha desarrollado nada. —Era yo la que contestaba porque Arturo estaba cien por cien dedicado a tranquilizar a nuestra hija, cogiéndole la mano y susurrándole palabras para calmarla.

—¿Antecedentes familiares de algún tipo? ¿Apendicitis tempranas? —La doctora había vuelto a su escritorio y escribía con dos dedos en el teclado.

—No —negué tajante, y Arturo levantó la vista súbitamente.

—¿No? —Me atravesó con la mirada y sentí como si estuviéramos manteniendo una conversación en otra dimensión. Volvió sus ojos a la doctora—. En cualquier caso, doctora, con la ecografía saldrá seguro lo de la apendicitis, ¿verdad?

—En principio, debería.

—Vale, esperaremos. —Arturo volvió a Alicia y a aislarse de todo lo demás, y la doctora nos miró a ambos y no indagó más.

—Llévenla por la puerta del fondo, allí esperen a que venga el celador.

Avanzamos en silencio. Yo estaba sobrecogida, no sabría decir cómo se encontraba Arturo. Su rictus era de preocupación, un ceño fruncido que seguro le causaría dolor de cabeza esa noche, no cabía duda alguna de ello. Desde luego, no era el momento de preguntarle por eso que habíamos vivido minutos antes, ¿a qué había venido esa pregunta? ¿A QUÉ HABÍA VENIDO ESA PREGUNTA?

Lo de Alicia fue apendicitis. La operaron de urgencias y, gracias a todo lo que había que darle las gracias en estos casos, no duró mucho; y cuando despertó más tarde, la niña era otra, la vida había vuelto a sus ojos. Una vez en la habitación, sonreía a las enfermeras y se las metía en el bolsillo, como su padre solía hacer con todas las personas que conocía; ella presumía de la cicatriz que le iba a quedar en la barriga tentándose con cuidado mientras hacía gestos exagerados de dolor.

—Quién se iba a imaginar que fuera apendicitis, ¿verdad? —Arturo llegó a la habitación con un par de bocadillos para los dos, había anochecido y notamos que no habíamos comido nada en todo el día en el momento en que Alicia subió a planta.

—La verdad es que sí, yo desde luego no lo habría adivinado ni en todos los años de mi vida. —Desenvolví mi bocadillo y le di un mordisco—. Arturo, antes, en la consulta…

—Tengo que llamar a mi madre, se iba a quedar con Nuria en casa y quería estar informada de todo.

Yo me sorprendí por ese cambio de tema, pero no desistí.

—Puedes llamar luego, ya sabe que ha salido todo bien.

—No, tengo que llamar ahora. —Se quedó unos segundos con el móvil en la mano mirándome, antes de dar media vuelta y salir de la habitación.

Y así es como se mantienen los secretos en las familias, no hablando de ellos y agregándolos a la estructura interna para crear recovecos íntimos, inaccesibles, ocultos a las miradas de los otros. Y esa estructura era la nuestra y tendría que durar mucho todavía.

20

ADIÓS

No me quise dar cuenta.

Las señales habían comenzado mucho más atrás en el tiempo, ¿quizá un mes, quizá un par de ellos? No lo sé. Tal vez yo las había visto, había identificado ese chirrío que te avisa de que algo no anda bien, que la burbuja de tu vida tiene unas grietas que hacen ya ruido porque está a punto de romperse. Sin embargo, sigues viviendo inmerso en esa realidad, escondiendo las pistas, disfrutando de los últimos momentos de normalidad, robándole al tiempo. Primero días, luego horas, por último, minutos. Los minutos anteriores a que Arturo se sentara conmigo en el sofá y me dijera con aquel tono de voz que lo expresaba ya todo que no se sentía bien y que iba a llamar al oncólogo al día siguiente. A pesar de que tenía cita para una semana más tarde; a pesar de que vivíamos creyendo en un milagro, confiando en que era posible que el cáncer no se volviera a reproducir por arte de magia, porque nos sentíamos especiales, únicos en el mundo. Pero habíamos hecho las cuentas y el resultado era el que era, por mucho que no quisiéramos reconocerlo y nos resistiéramos a creer que la vida también es la que es y no una película en la que de repente hay un tratamiento nuevo y experimental que hace efecto de inmediato.

Solté a Alicia en el suelo. Anduvo con su recién adquirida seguridad hasta la mesa de centro y dibujó con un bolígrafo sobre el cristal. Ninguno de los dos la reprendió, la observamos intentando asimilar lo que acababa de pasar: nuestra burbuja se había roto.

—¿Estás seguro? —Me tembló la voz y me callé. No quería llorar, no podía hacerlo.

—Sí, Elena. Llevo un tiempo sintiéndome mal, no es de ahora, pero confiaba en que fuera…, no sé, otra cosa, no sé… —Se pasó las manos por el pelo y se lo dejó levemente despeinado. Reprimí el deseo de alargar la mano y mesarle los cabellos, más por mi bien que por el suyo.

—Entiendo. ¿No puedes llamar ahora?

—Son las ocho de la tarde, el doctor no debe de estar en su consulta ya, ¿no crees? Y un día más que menos, no creo que suponga diferencia.

¿Diferencia para qué? ¿Diferencia para el estado del cáncer? ¿Para los días que le quedaban de estar con nosotros? ¿Qué era ya un día más que menos? Un día era una vida entera, eran veinticuatro horas que podíamos hacer que corrieran despacio.

—Se lo tenemos que decir a Nuria.

Asentí mientras inspiraba fuerte. Nuria había crecido tan rápido…, había vivido la primera parte de la enfermedad de su padre siendo todavía una niña y ahora viviría la última siendo una adolescente. No nos engañábamos, no habría tercera parte en esta película. Carraspeé para alejar el sollozo.

—Puta mierda, Arturo, puta mierda —susurré mirando por la ventana.

El tiempo es lo que tiene, atempera y asienta. Y yo había aprendido a vivir, por fin, sin pensar en esa espada de Damocles que se cernía sobre nosotros desde aquella visita al oncólogo que nos desveló un diagnóstico que no esperábamos, aunque temíamos. Había olvidado el miedo, la aprensión. Es cierto que alguna noche seguía acurrucándome en torno al cuerpo de Arturo, absorbiendo cada respiración suya, sintiendo su cuerpo, su carne entre mis brazos, haciendo huella de su cuerpo en el mío. Pero la angustia me dejaba agotada y caía rendida y dormía. Y cuando despertaba, ya no estaba abrazada a él. Igual hasta se había levantado y me había dejado sola en la cama. Miraba al techo y pensaba que no, que seguía estando conmigo y que ahí iba a seguir. Ilusa. No debí nunca dejar de pensar que teníamos el tiempo contado, aunque eso hubiera supuesto vivir acongojada.

Ana se quedó con Alicia, y Nuria vino con nosotros al médico. Quiso entrar en la consulta y nadie nos lo impidió, quizá eso debió darnos una pista de la información que nos tenían que dar allí dentro. El doctor seguía llevando bigote, un bigote algo más canoso pero igual de grande. Me reconfortó que lo siguiera llevando. Yo buscaba respuestas antes de que comenzara a hablar, adivinar detalles por un gesto, por un fruncido de labios, por una apertura de ojos más grande de lo normal. Lo que fuera con tal de amortiguar el impacto. No estaba preparada, aunque sabía a lo que iba, lo sabía perfectamente.

—Me has llamado muy rápido. —Arturo intentó mostrarse gracioso, pero nadie se rio. Ni él mismo lo hizo. Se había hecho un tac y una resonancia esa misma mañana de viernes, cuando había llamado a la consulta. A mediodía estábamos en el hospital y por la tarde nos encontrábamos sentados los tres delante de la mesa del doctor. Todo en tiempo récord. Un día más que menos sí que podía significar mucho, claro que sí, Arturo.

—No tengo buenas noticias, Arturo. —Y el doctor nos miró a los tres y luego abrió la carpeta de forma profesional, como si tuviera que mirar los documentos que guardaba allí dentro para decirnos lo que había.

—¿Cuánto tiempo?

Nuria y yo asistíamos a aquel intercambio con el corazón en un puño, cogidas de la mano, haciéndonos daño de tanto apretar.

—Cuatro meses, quizá seis.

Y el impacto llegó como la onda expansiva de una bomba. Yo sentí que salía de mi cuerpo y lo observaba todo desde fuera: allí sentados los tres, callados, quietos, con las manos enlazadas. ¿Cuatro meses, quizá seis? Donde yo me encontraba ahora, el tiempo era infinito. Cuando volví a mí, lo hice con un quejido.

—¿Estás bien, cariño? —Arturo se volvió preocupado. Él, preocupado por mí, qué incoherencia.

—Sí, sí, perdón. —Tosí, el carraspeo ya no era suficiente para mantener las lágrimas a raya, no funcionaba.

—Continúe, doctor, por favor.

—Hay metástasis…

—Pero ¿cómo no se han dado cuenta antes? Es decir, ¿no le han hecho pruebas de seguimiento? Podrían haber cogido al bicho antes de que se expandiera. —Nuria no veía que el problema en esa frase era el tiempo verbal, «podrían», pero no se había hecho.

—Las cosas no funcionan así…

—¡¿Pues cómo funcionan?! —Mi hija verbalizó lo que todos teníamos dentro de nosotros,

dejó escapar la frustración que Arturo y yo, como adultos, manteníamos presa en nuestro fuero interno.

—Shhh… Cariño, sigamos escuchando al doctor.

Pero ya no había nada más que escuchar.

21

SEIS MESES

Seis meses, la mayor de las apuestas del doctor, fue lo que Arturo aguantó con nosotros, creo que más por tozudez que por otra cosa. Y todo lo que yo imaginé antes de que se fuera se quedó pequeño, ni el dolor ni la ausencia ni el desconcierto que podía yo haber dibujado en mi mente se acercaban a lo que realmente fue el cataclismo emocional y físico que produjo su marcha.

En una de esas primeras noches absurdas en las que intentaba adaptarme a la nueva situación, pensé que mudarnos de casa iba a ser la mejor solución. Incluso me levanté de madrugada para buscar pisos, primero, no muy lejos de donde vivíamos; después, pasé a zonas ubicadas en la otra punta de la ciudad, al fin y al cabo, si terminaba moviéndome por los mismos lugares por donde se había movido Arturo, el dolor sería el mismo. Más tarde, cercano el amanecer, cambié de ciudad, quizá cerca del mar, o de un río, o de piscinas naturales, ¿qué tal algún pueblo de Extremadura? Me maravilló mi genialidad, creía haber dado con la solución y el lugar perfectos. Cuando Nuria se levantó y me vio sentada a la mesa de la cocina, con el portátil abierto buscando nueva vivienda como una tarada, me cogió de las manos y me abrazó. Me levantó como si yo fuera una anciana, en cierta forma, sí que lo era, y me ayudó a llegar a la cama. Atrás, escuché cómo cerraba el ordenador suavemente, como si la adulta en todo esto fuera ella. Luego entró en su habitación y se volvió a acostar con Alicia, que había convertido la cama de su hermana en su lugar favorito para dormir.

Acostada, pero sin dejarme vencer por el sueño, seguí dándole vueltas a la idea de la mudanza. En algún momento me dormí, y cuando desperté de nuevo, el sol entraba hasta más allá del pasillo, hacía calor debajo de las mantas porque el otoño se presentó esquivo ese año, tan pronto llegaba como se volvía a ir. Estaba sudada y el pelo sucio se pegaba grasiento a mi cabeza. Me di la vuelta y mi brazo cayó en la almohada de Arturo; yo seguía respetando su lugar, continuaba limitándome a dormir en mi lado. Y como un bucle, fui consciente otra vez de su ausencia y cerré los ojos tan fuerte que me dolieron. Me dolía todo y si no, era yo la que me lo provocaba. Porque el dolor era el único lugar en el que me quería encontrar. De todas formas, a quién quería engañar, el recuerdo de Arturo y su ausencia nos iba a perseguir allá adonde fuéramos, daba tan lo mismo dónde acabáramos viviendo que vi como un sueño mi locura de la madrugada, como si realmente no hubiera estado levantada durante horas buscando vivienda en Extremadura.

Y no habían pasado ni treinta días. El mes pasado, ese mismo día, Arturo aún seguía aquí con nosotros. Dentro de una semana, ni eso sería así. No quería pensar en cuando pasara un año y todos los eventos y fiestas y estaciones y primeros días de lluvia hubieran pasado sin él.

—Por fin te despiertas. —Ana entró en la habitación y arrugó la nariz.

—¿Qué hora es? —Yo tenía la voz pastosa, la boca llena de saliva antigua, no quería ni pensar en mi aliento.

—Aquí huele muy mal, voy a abrir la ventana.

Asentí y me froté la cara, aún tumbada mientras ella avanzaba resuelta.

—¿Me quieres decir la hora?

—Las cuatro de la tarde, llevas acostada casi veinte horas.

Negué con la cabeza.

—No, he estado en vela toda la madrugada, técnicamente estoy en la cama desde las ocho de esta mañana… Más o menos. —No estaba segura, pero por ahí debía de andar—. ¿Y las niñas?

—Con Carmen.

—¿Carmen ha estado aquí? —Volví la cabeza con ímpetu, mis cervicales se resintieron. Carmen llevaba sin hablar con nosotras desde la incineración de Arturo. Mi vista voló a la urna con las cenizas, en la mesita de noche de Arturo.

—Sí. Se ha ido con ellas a comer a una hamburguesería. Y sí —Ana siguió mi mirada—, deberías quitar eso de ahí, no es sano.

—Lo sé, pero ¿dónde lo pongo? En el salón es inviable, las niñas no pueden estar viéndolo constantemente. Y guardarlo en un armario es tan…, tan… —Moví los brazos intentando expresar con ellos lo que era incapaz de decir con palabras.

—¿Y si las esparces ya de una vez por todas? Vete a la sierra, por Dios, ¿no es eso lo que quería él? —Ana se sentó a mi lado y yo me aparté.

—Cuidado con mi aliento.

—Ya, lo huelo desde aquí. —Se acostó y puso la cabeza junto a la mía—. Esto tiene que acabar.

—Lo sé. —Le cogí la mano y lloré.

—Bien.

—Dame un mes —rogué bajito, esperando su comprensión.

—¿A partir de hoy?

—No, a partir del día en que esparza las cenizas de Arturo.

—¿Y cuándo será eso? —Su apremio no les sentaba bien a mis nervios, aunque agradecía que no volviera la cara hacia mí, sabía que tenía que ver con mi aliento, pero me daba lo mismo.

—¿La semana que viene? —probé para escucharla insistirme un poco más.

—No, mañana.

—¿Mañana? Tú estás loca.

—Loca estás tú si piensas que voy a dejar que estés mucho más en este estado.

—Esto duele más que lo de papá y mamá, Ana, mucho más.

—Lo imagino, hermana. Ven. —Y me abrazó para que terminara de llorar a gusto en su hombro—. Mañana vendré a las ocho de la mañana e iremos con Nuria a la sierra. Pregúntale a Carmen si quiere venir también, si no, que se quede con Alicia en casa.

—Lo tienes todo organizado ya, ¿verdad?

—Todo.

Al día siguiente, Carmen sí quiso venir, como era de esperar. Nos subimos las cinco al coche y conduje cerca de dos horas. Sabía vagamente que lo que estábamos a punto de hacer no era nada legal, que si nos cogían podíamos meternos en un lío, y me reí porque esa sería la clase de situación por la que Arturo y yo haríamos bromas durante toda la vida. No estaba mal que se terminara de ir de nosotras entre risas y miradas furtivas en busca de alguien que pudiera vernos,

mandando callar a Alicia y tranquilizando a Carmen, que no hacía más que rezar para que acabáramos de una vez y nos subiéramos al coche de nuevo sanas, salvas y dentro de la ley. Corrimos riendo mientras hacíamos volar las cenizas de Arturo ante la mirada espantada de mi suegra, que anduvo serena soltando un puñado de su hijo en su paseo.

—Ha sido el amor de mi vida —dije sin resuello, mirando al cielo, con los ojos muy abiertos y deseando que Arturo, estuviera donde estuviese, pudiera escucharme, que lo supiera, que él fue el amor de mi vida, desde el mismo momento en que lo vi entrar aquella primera vez en clase. Luego me fijé en Ana.

—Claro que ha sido el amor de tu vida, habéis sido la pareja, en mayúsculas.

—Mamá, papá estaría contento por esto. —Nuria sonreía con los ojos anegados en lágrimas. Traía de la mano a Alicia, que no sabía qué hacer, si llorar, si reír, porque tan pronto nos veía a unas hacer una cosa como hacer otra. La cogí en brazos y la achuché tan fuerte que gritó.

—Vámonos a casa. ¿Y Carmen?

Carmen ya estaba dentro del coche, esperándonos.

22

UN AÑO DESPUÉS

Un año después de aquella mañana de otoño en la que dejamos ir a Arturo, me encontraba en el aeropuerto mirando el reloj y ajustando las horas con Nuria y Ana para saber cuándo podríamos llamarnos o mandarnos mensajes. Retomamos el grupo familiar que habíamos creado en la primera ocasión y superamos el *shock* inicial de ver entre los miembros el teléfono de Arturo. Un teléfono que ya no era suyo, que ahora mostraba la fotografía de un árbol porque quienquiera que tuviese ese número había decidido que lo más representativo de su persona era un árbol. A lo mejor era alguien que se tomaba muy a pecho lo de su intimidad, podía ser. Lo sacamos del grupo evitando hacer un drama de ello y me abracé a mis dos mujeres fuertes que habían permanecido a mi lado en lo peor de la tormenta. De Ana no lo dudaba en absoluto, no me habló del tema desde la tarde en que vino a pedirme explicaciones sobre el *email* que le había escrito el día del parto de Alicia. Y se lo agradecí inmensamente. Solo tuve que sacarle el tema en una ocasión para decirle que no hacía falta que dijera constantemente que la niña era igual que yo de pequeña, que eso sí que era ya sospechoso. «Es que nunca he afrontado una cosa así, Elena»; pues fíjate yo, Ana, fíjate yo.

De Nuria, sí había temido lo peor. Y lo peor no era otra cosa que renegara de mí, que se quedara a vivir en casa hasta que fuera mayor de edad, con suerte, y luego se fuera con Carmen, tan dolida por la traición a su padre que no pudiera perdonarme por mucho que le explicara. Porque, vistos los hechos en frío, yo era una adúltera de mucho cuidado, y sentimientos aparte, no tenía mucha justificación. Si la persona en cuestión no estaba por la labor de comprender sentimientos, no iba a darme nada que no fuera decepción pura y dura. Y no me equivoqué, al menos al principio. Recuerdo la mirada dolida de Nuria, esa traición parpadeando en sus ojos como luces de neón: rosa chillón, oscuridad, rosa chillón, oscuridad. Estuvo hablándome lo justo cerca de un mes. Y con lo justo me refiero a «No me esperes levantada», «Llevo yo hoy a Alicia al cole», «¿Me sacas cita para el médico, que estoy resfriada?». Intentaba comer siempre fuera, yo le daba dinero para ello porque sabía lo difícil que podía ser vivir con hambre. Solo esperaba que esa racha de comida basura a todas horas no echase a perder su organismo. Luego supe que había ido a almorzar a casa de Carmen en más de una ocasión, que encontró refugio en la que había sido la habitación de su padre, que fue Carmen quien la empujó de nuevo hacia mí. La noche que decidió volver a cenar conmigo, me abrazó y me dijo que me había echado muchísimo de menos, me preguntó por cómo me sentía, cómo había podido llevar semejante peso yo sola, y se quedó en lo que realmente importaba: el amor que hizo que su padre no sufriera más de lo necesario, aunque de las dudas que eso me generaba no le hablé, claro. Le había costado encajar

el golpe, pero lo había hecho, y empezaba a comprender que no todo es tan sencillo como parece.

—Mamá, no te olvides de enviar un mensaje cuando llegues, por favor.

No podía reconocer a esa mujer en la que se había convertido mi hija, a veces tenía que mirarla dos veces para distinguir en ella a la adolescente enfadada que había sido durante un tiempo. O a la bebé risueña que siempre tendría en mi álbum de fotos.

—Nunca lo hago, ya lo sabes. —Guardé el pañuelo en el bolso y la miré irónica.

—¿Estás segura, mamá?

Le cogí las manos y asentí con decisión. Su tono me indicaba que ya me estaba hablando de otra cosa.

—Es lo que tengo que hacer.

—¿Y si se lleva a Alicia? Yo la secuestro antes, ya te lo digo.

—Ana, controla a esta niña, que se nos convierte en una delincuente.

Ana se limpió los ojos.

—Es que, de verdad, no sé cómo puedes estar tan tranquila, vas a ver a un hombre con el que no hablas desde hace ¿cuánto?, ¿tres años?

—Más de cuatro.

Y era verdad, no había vuelto a ver a Bruce ni a tener comunicación con él. Megan sí se había puesto en alguna ocasión en contacto conmigo para temas de la producción de *Carmen*, una segunda temporada que habían hecho y una nueva oferta de asesoramiento, con la consiguiente negativa por mi parte. Pero Bruce, un nombre que ya no podía sino sonarme ajeno y lejano; el nombre de alguien que yo había bloqueado en mi cabeza, alrededor del cual había creado una muralla tan alta que no se podía atisbar nada al otro lado; Bruce nada. Eso era. La nada. Durante años, había evitado la curiosidad de buscar en Internet algo sobre StoryVision, sobre su director general o sobre sus producciones. Había habituado a mi cuerpo y a mi mente a no tenerlo en cuenta, como si no existiera, porque si le dejaba entrar por una sola de las fisuras que sabía tenía mi determinación, las consecuencias podían ser devastadoras. Solo en las últimas semanas había mirado algo, más que nada para asegurarme de que seguía viviendo en el mismo sitio y que no iba a viajar a Boston en balde, que aquello no era como unas vacaciones a la playa.

Y ahora, cuatro años después, yo iba a ser el elefante en la cacharrería y derribaría esa muralla con una bola de demolición. Irrumpiría en la vida de una persona que seguramente me había borrado de su existencia y se había arrepentido hasta más no poder de haberse cruzado en mi camino.

Una vez que Arturo se fue y Bruce pasó a ser el siguiente punto de mi lista del que ocuparme, dejé florecer toda esa culpa que había mantenido en barbecho. Asumí que había sido una mala persona con él, con matices, porque lo había sido por el bien de otra. Aunque eso tendría que explicarlo, a ver si lo comprendía. Tendría todo el derecho de decirme lo que quisiera, y yo solo contaría con el escudo del amor por Arturo y mi sentido de protección hacia él. Y luego, por último, tendría que lidiar con la posibilidad bastante cierta de que Bruce quisiera estar presente en la vida de su hija y qué podría hacer una persona con millones de dólares en el banco para contratar a los mejores abogados del mundo que trataran de conseguir la custodia de una niña. Me aferraba al deber, al Bruce que había conocido hacía casi cinco años, pero estaba cagada de miedo porque el Bruce de hace cinco años ya no sería este Bruce que estaba a punto de ver de nuevo. No quería idealizar la situación, sería muy duro, durísimo, y Bruce no sería ese hombre del que me enamoré, por el que sentí una atracción inmediata y en el que encontré un alma gemela. Qué difícil era encontrar un alma gemela, como para encontrar dos y tener la mala suerte

de hacerlo de forma simultánea.

No, el Bruce que me iba a encontrar iba a ser muy diferente al que yo recordaba. El que encontrara se parecería más bien al hombre que vi la última vez, ese que me hizo pasar a ver el primer capítulo de nuestra serie, desentendiéndose bastante de mí y de mis sentimientos, imponiendo de esa forma tan suya que yo me quedara a pesar de la situación tan incómoda en la que me encontraba y que me comiera el sapo.

Respiré hondo.

—Confío en que no será capaz de separar a una niña de cuatro años de su familia, de la única familia que ha conocido. —Confiaba en eso plenamente, no podía hacer otra cosa. Si tenía dudas sobre ello, me veía cayendo en un abismo.

—Yo quiero confiar también. —Ana me miró insegura.

—Pues confiemos, ¿vale? Las tres.

Nos abrazamos y luego me quedé sola en la cola que me llevaba a pasar el control de seguridad. Miré cómo Ana y Nuria se iban y me quedé sola, tanto como lo había estado al comienzo de toda esta historia, tan sola como cuando escribí la lista, que seguía guardando en el tarjetero de mi cartera. Sola como lo había estado siempre, en realidad, porque en esto no se puede estar acompañada. Y antes de que cayera en el desánimo, me llegó un primer mensaje al grupo de la familia, un vídeo de Alicia acompañado de un mensaje: «Mamá, buen viaje, te echo de menos». «Gracias, Carmen, es justo lo que necesitaba, dale un achuchón de mi parte». Guardé el móvil en el bolso y comencé a deshacerme de todo lo que pitaría en el arco magnético, ya no había vuelta atrás.

BRUCE

1

RECUPERAR LA LISTA

En estos cuatro años, la entereza y la decisión con las que había llevado a cabo mis planes habían flaqueado levemente según la época que estuviéramos viviendo en casa, pero siempre llegaba a la misma conclusión: cuando llegara el momento, le diría a Bruce que tenía una hija, no había vuelta de hoja ni alternativa.

Así que había llegado el momento de recuperar la lista.

1. Arturo.
2. Bruce.
3. ¿Yo?

Sí, había llegado el momento de ocuparse del siguiente punto. De Bruce, del padre de Alicia, de mi *affaire*, del hombre con el que tuve una aventura. Una aventura de la que seguí sin arrepentirme por mucho que Bruce me soltase que todo había sido un error. Para mí no lo fue.

Sabía que seis meses no era tiempo suficiente para un duelo, para que mi maltrecha familia se recuperara de una de las pérdidas más demoledoras que había podido sufrir. Por muy anunciada que fue, nada nos pudo preparar para las dimensiones que tomó la desaparición de Arturo de nuestras vidas. Pero si nos ateníamos a la situación, ni seis años serían suficientes para ello. No lo postergaría más, no podía presentarle a Bruce una hija adolescente, debía estar en su vida desde ya mismo; llevaban casi cuatro años de retraso y cada día que pasaba era un día más que le robaba a la relación de ambos. Alicia debía crecer recordando a Arturo con cariño, pero sabiendo que también había otro hombre en su vida que era su padre biológico.

Debo confesar que yo fantaseaba a veces con que Bruce se desvinculaba de Alicia y de todo lo que yo le dijera, que no me creía, que me gritaba y me ponía de patitas en la calle, él mismo me acompañaba a la puerta de StoryVision para ver que salía de su empresa y de su vida. En esa fantasía, yo me hacía la dolida, pero en el fondo, más en la superficie de lo que estoy dispuesta a reconocer, respiraba por primera vez llenando los pulmones llena de alivio. Porque si las cosas salían así, no tendría que rendir cuentas de ningún tipo a nadie más, yo habría actuado como me dictaba mi conciencia y ya podría descansar, que me lo merecía.

Una vez que me permitía regodearme en los buenos deseos, volvía a la realidad, estaba convencida de que Bruce no actuaría de ese modo. Estaba segura de que habría al menos una prueba de paternidad de por medio, de eso no me cabía duda. Luego, uf, no estaba preparada para pensar en lo que vendría luego. Para eso tendría los seis meses siguientes, antes del viaje, para contactar con un bufete de abogados y ponerle al corriente de mi situación y que me informaran de cuál podría ser mi futuro más inmediato.

2

QUITARLE LA ANILLA A LA GRANADA

Así que, una vez recuperada la lista, solo quedaba trabajar en ella y quitarle la anilla a la granada. Nada de lo que viniera de ahora en adelante sería fácil, siempre podría mirar hacia atrás y pensar que había superado obstáculos más altos, pero el pasado era pasado. Ahora solo había presente.

Y en el presente, me encontraba en una casa donde nadie había superado lo de Arturo. Yo había querido que todas fuéramos a terapia, pero Nuria se cerró en banda, ni pensarlo, ni intentarlo: «No le cuento yo mis historias a un desconocido ni de coña», tan elocuente como siempre. Carmen me miró como quien mira a un extraterrestre, «Estas cosas modernas a mí no me sirven». Y Alicia estaba quisquillosa, llorona e impertinente. En el colegio ya la veía un profesional que solo me recetó dos cosas: tiempo y paciencia. Así que solo quedaba yo y decidí que bien podía lidiar con mi tristeza y mi desánimo dedicándome en cuerpo y alma a construir una nueva rutina que luego se vería abatida otra vez por esa bomba inminente e inevitable. Una pena, pero necesario, al fin y al cabo.

Seis meses después, habíamos creado una vida alternativa sin Arturo. La mesa seguía coja, aunque habíamos empezado a poner cuñas suficientes para que se mantuviera en un frágil equilibrio. Carmen se sumó a nuestras rutinas de manera prodigiosa, se volcó en Alicia porque Nuria estaba en esa edad en la que da igual que te vuelques con ella, ni lo iba a ver ni lo iba a agradecer; simplemente manteníamos cubiertas sus necesidades básicas de comida, ropa y amor, y que ella fuera cogiendo lo que necesitaba en cada momento. Me preocupaba Carmen, sobre todo esa tarde de marzo en la que senté a todas las mujeres de mi vida y comencé a llevar a cabo el segundo punto de la lista. Pero también Nuria, que, con casi diecisiete años, llevaba un volcán en erupción dentro de ella. Miré el reloj y, como siempre, Ana llegaba tarde.

—Jo, mamá, ¿tan importante es eso que nos tienes que contar? —Nuria hablaba mientras tecleaba en su móvil a una velocidad pasmosa. Que si era importante me preguntaba, angelito.

—Sí, Nuria, y no quiero que estés con el móvil cuando llegue la tía, ¿vale?

—Puedo hacer las dos cosas a la vez, ¿ves? —Y seguía hablando y tecleando miles de mensajes más importantes que lo que su madre estuviera a punto de decirles. Que alguna pista de su importancia debía de tener, aunque fuera que estábamos en quiebra y que iba a vender la casa.

—Yo he quedado para cenar esta noche con mi vecina del segundo, Elena, vamos al bingo de la asociación de vecinos. —Carmen participó en su estilo, como pidiendo disculpas. Disculpas le iba a tener que pedir yo cuando le dijera lo que tenía que decirle y le chafara la noche de bingo.

Por fin sonó el timbre.

—Ahí está Ana.

Me levanté de un saltó y dejé pasar a mi hermana, que me abrazó y me deseó suerte.

—¿Me hago la loca? —me susurró todavía en la entradita.

—Sí, como si no supieras nada, vamos.

Y entramos en el salón.

Quise coger a Alicia de los brazos de Carmen, pero yo no tenía ni una sola hija que hiciera lo que yo le decía en ningún momento de su vida, así que se revolvió y se quedó con su abuela. Ana tomó asiento en el sofá junto a Nuria, y yo cogí una butaca y me senté delante de ellas.

—Nuria, deja el móvil, por favor… ¡Nuria!

—¡Ay, mamá! —Y soltó el aparato del demonio de un manotazo junto a ella.

—Bien. —Carraspeé y de repente olvidé la forma que había ensayado delante del espejo. Solo recordé que tenía que coger la lista de la cartera, pero ¿y luego? Abrí entonces mi cartera como parte de la escenificación que me había montado yo en la cabeza y saqué ese trozo de papel que comenzaba a estar roto por los dobleces e inspiré hondo mirándolas a los ojos—. ¿Veis este papel? —El papel, raído y maltrecho, se podía seguir leyendo perfectamente. Lo desplegué y se lo entregué a Ana, que luego se lo dio a Nuria, que después se lo pasó a Carmen y, por último, me lo dio de nuevo a mí.

—¿Quién es Bruce? —Nuria fue más rápida que yo en hablar.

—Bien… —De nuevo carraspeé y me lancé al vacío—. Eso que habéis visto es una lista, ha sido mi lista de prioridades durante los últimos cuatro años. —Percibí un movimiento protector de Carmen hacia Alicia, que pasaba las hojas de un libro de cartón en su regazo—. Sí, Carmen, creo que tú lo has entendido a la primera. —Sonreí triste.

Nuria se olvidó por completo de su móvil en los diez minutos que tardé en explicar la situación, el porqué de la lista y lo que significaba. No solo tendrían que asimilar la verdad que había detrás de ella, sino también todo lo que eso representaba para el futuro. Yo iba a buscar al padre de Alicia porque merecía saber que era padre de una niña, y nosotras tendríamos que asumir que quizá, muy probablemente, ese hombre entrase en nuestras vidas porque ya les decía yo que Bruce era un hombre que no dejaba de lado sus obligaciones.

Conté los hechos crudos, reales, lo que pasó y las consecuencias que tuvo. El hilo de mis decisiones. No, papá nunca lo supo y lo quise así para no hacerle sufrir, porque lo quería. «¿Lo querías?», Nuria me gritó con furia. Yo le respondí calmada: «Sí, lo quería. Y lo quiero, es y siempre será el amor de mi vida».

«Pero no me voy a disculpar por lo que pasó. Si queréis, os puedo explicar cómo fue, cómo me sentía, me gustaría que entendieseis…». Nuria se levantó sin mirar a nadie, dejándome con la palabra en la boca. Cogió su móvil, su chaqueta y sus llaves, el portazo sonó treinta segundos más tarde. Yo exhalé con trabajo. Cuando levanté la vista del suelo, Carmen me estaba mirando aferrada a Alicia.

—Eso duele, Elena, mucho. —Se le empañaron los ojos y se los limpió con la manga de la camisa.

—Lo sé, Carmen, y no quiero obligarte a nada. Espero que sepas y estés segura de mi amor por Arturo, tu hijo fue para mí todo, fue…

—No hace falta que me lo digas. —Tragó saliva y miró a Alicia—. ¿Puede que él lo supiera?

Me encogí de hombros, había llegado el momento de ser sincera y no guardarse nada. No iba a ir publicando mis sospechas, pero tampoco las iba a negar si alguien las sacaba a la luz.

—A veces pienso que sí, hubo detalles, momentos… A veces pienso que sí, Carmen, que

Arturo lo sabía, pero nunca hablé con él abiertamente de ello.

—Lo entiendo.

—¿Me entiendes? —Soné esperanzada, ansiosa.

—Entiendo que quieres hacer lo correcto… Lo correcto con todos, aunque eso signifique…

—Que os hago daño, ya.

—Si no te importa, seguiré siendo la abuela de Alicia. —Su voz sonó fuerte, contundente, como nunca la había escuchado antes.

—Siempre serás la abuela de Alicia.

—Bien. —Se levantó con trabajo, como si de repente hubiera cumplido diez años más, como si su hijo hubiera muerto de nuevo. Sentí un latigazo de culpabilidad, fue la primera vez que lo sentí y tan pronto se esfumó, lo olvidé—. Pues entonces, ahora, tengo que irme.

Carmen dejó a Alicia en los brazos de Ana y yo la acompañé a la puerta de casa. Allí nos abrazamos, más por mi necesidad de estrechar entre los brazos aquel cuerpo menudo y consumido que por la suya. La vi desaparecer en el ascensor y, una vez cerrada la puerta, empecé a echar de menos a Nuria.

3

SEIS MESES

Seis meses para normalizar el dolor y otros seis para preparar el siguiente paso.

Me sumergí en esos 182 días como una nadadora de esas que se van a mar abierto con pesas en los tobillos y en las muñecas. Preparar el segundo punto de la lista desde luego era más trabajoso que el anterior, requería de más logística. Sin embargo, el anterior punto de la lista tenía más implicaciones emocionales y para él, tenía a mi lado a Arturo, tenía a ese alguien por el que luchar. A pesar de que Bruce se había convertido durante un tiempo en una persona especial, tan especial que llegué a pensar y creer, y aún hoy lo pienso y lo creo, que estuve enamorada de él, todos esos sentimientos inevitablemente perdieron fuelle con el tiempo. Ah, el tiempo, ese elemento que todo lo aleja, todo lo atenúa y nada congela. Un elemento que, por otro lado, no fue suficiente para que cambiara de opinión con respecto a mis responsabilidades y a lo que contribuyeron también otros aspectos.

Así las cosas, sola, como esa nadadora en mar abierto, me enfrenté a este tramo de la lista, donde hubo más citas y preocupaciones externas: búsqueda de abogado, inversión económica en el que mejor me asesoró y se comprometió a llevar mi caso, llegado el momento; logística de viaje: avión, hotel, días que estaría fuera. Dinero, sin duda este punto de la lista se iba a llevar una gran parte de nuestros ahorros. Nuestros ahorros, todavía pensaba en común, ya eran solo míos. Se llevaría gran parte de mis ahorros, pero con eso ya contaba.

Y mientras me ocupaba de todo eso, también intentaba lo más importante: reconciliarme con mi familia.

Reconciliarme con Nuria. Ella había decidido que ya no quería saber nada de mí, solo que no se independizaba porque no tenía medios para hacerlo. Eso me lo dijo dos semanas después de aquella tarde en que conté mi gran secreto. No puedo negar que me dolió tanto que me dejó sin respiración. Podía suponer y luego ver que la noticia le había causado un gran estupor; podía entender su enfado, su ira, su sentimiento de traición. Pero ¿tanto como para no querer volver a verme? ¿Tan mala madre había sido, tan mala persona, tan mala en términos generales? ¿No podía ella acercarse ni un poquito a mí, a mis circunstancias, a mis sentimientos? La responsabilidad de los padres es acercarse lo más posible, o todo lo que los dejen, a la vida de sus hijos, tratar de comprender las actitudes y los comportamientos más egoístas, pensar que es la edad, que no saben realmente lo que hacen, que no tienen experiencia de vida suficiente para poner en perspectiva ciertas cosas. ¿Y ella no era capaz de acortar distancias ni siquiera un poquito? Yo también estaba enfadada con ella. Solo me aliviaba que su disposición para con Alicia no había cambiado ni un ápice. Seguían durmiendo juntas la mayor parte de las noches, se

quedaba con ella cuando era necesario, e incluso cuando no lo era, las encontraba acurrucadas en el sofá viendo dibujos animados. Era lo único que me ayudaba a respirar de nuevo con cierta normalidad.

Aun así, la mimaba sin que se diera cuenta. Le dejaba en el frigorífico los platos que sabía que más le gustaban, le daba todo tipo de facilidades a la hora de salir y traer amigos a casa. En su defensa, he de decir que Nuria nunca se aprovechó, no solía llegar tarde casi nunca y tampoco traía a mucha gente, solo a alguna amiga para estudiar. Sí que es verdad que desaparecía con mayor frecuencia, pasaba más tiempo fuera de casa. Yo me moría cada vez que pasaba esto, pero nunca dejaba de informarme con un mensaje escueto en el que evitaba contarme dónde estaba. Eso me daba pistas de que la Nuria que me quería seguía dentro de esa mujer seria y estúpida en la que se había convertido conmigo. Luego ya me enteré de dónde se iba a pasar las tardes, claro, no podía ser de otro modo.

Reconciliarme con Carmen. Ella entendía solo una parte de lo que yo había hecho, no aprobaba que yo hubiera tenido otro hombre, pero yo ya hacía mucho tiempo que había asimilado lo que había hecho y lo había pasado por el tamiz de mi vida. Menos mal que no tuve ninguna discusión abierta con ella, porque no lo hubiera soportado. A veces, por muy claras y contundentes que tengas tus razones, defenderlas ante ciertas personas no deja de ser una situación que intentas evitar a toda costa. Con ella, el tiempo sí tendría que hacer una labor concienzuda de distanciamiento. Y con ella, descubrí que era a su casa, a la antigua habitación de Arturo, donde Nuria se iba por las tardes. Se iba allí a tumbarse en la cama de su padre, a sentirse rodeada de él. Los caminos que llevan al entendimiento a veces son tan tortuosos, largos, pesados, dolorosos… Y mi hija estaba recorriendo el suyo sola porque así lo había querido y, quizá, porque así lo necesitaba.

Por fin llegó una noche, envuelta en esa chaqueta de piel de Arturo de la que tanto me había reído yo cuando éramos jóvenes. Arturo había sido un joven muy fino, muy delgado, así que le quedaba bien, algo amplia, pero bien. Yo sabía que era ella quien había llegado, era la única que podía hacerlo a esas horas. Alicia hacía ya rato que se había quedado dormida. Lo había hecho llorando, esperando a su hermana, y yo solo podía consolarla remitiéndome a lo que me había dicho Nuria en un mensaje: «No tardaré en llegar». Y ya está. Eso no fue suficiente para Alicia, por supuesto, a la que tuve que contar tres cuentos, cantarle los últimos *hits* de la radio y hablarle de su padre sin descanso durante una hora.

—Hola, mamá.

Me volví y le sonreí, estaba haciendo una ensalada en la cocina y le sonreí a modo de saludo.

—¿Vas a querer? Puedo cortar más. —Señalé con el cuchillo la lechuga que estaba picando.

—Sí, por favor, me apetece bastante. Échale atún.

—Vale, ensalada con atún pues… —Pero cuando me volví de nuevo hacia la lechuga, percibí eso distinto pero tan familiar—. ¿Y esa chaqueta?

—¿Te gusta? —Me miró de forma pícara.

—Es la chaqueta de papá. —Terminé de volverme hacia ella y me apoyé en la encimera cruzando los brazos sobre mi pecho—. Me dijo que la había vendido a una tienda de segunda mano.

—Pues no, la hemos encontrado la abuela y yo en una caja de plástico que estaba al fondo del trastero.

—¿La abuela y tú? —Yo me secaba las manos con un trapo de cocina, intentando parecer normal, sin que se me notara la ansiedad que me producía estar manteniendo una conversación

de más de un minuto con ella. Intentando no decir nada que provocara su salida abrupta de la cocina, saboreando sus gestos tranquilos y confiados, ¿cuándo había sido la última vez que la había visto así de relajada?

—Ajá. He estado visitándola las últimas semanas, he pasado mucho tiempo en su casa.

Yo eso ya lo sabía, pero no iba a decírselo.

—¿Con ella? —Me atravesó una punzada de celos. Querría haber sido yo la que la ayudara en ese momento de su vida, pero a la vez sabía que no era yo precisamente la persona que ella necesitaba.

—A veces. La mayoría del tiempo lo pasaba a solas en la habitación de papá.

—Ya.

—Mamá, siento haber estado tan enfadada.

—No, no, tenías todo el derecho del mundo a estarlo, yo…

—Sí, en eso tienes razón. —Y se carcajeó un poco. ¿De verdad se rio de lo que había pasado? —. Pero no puedo juzgarte ni estar cabreada de por vida. Tampoco puedo decirte que me guste lo que hiciste, lo que le hiciste a papá.

—Si me dejaras… —Me moría por contarle, por hacerla partícipe de mis sentimientos.

—No, mamá, no quiero que me cuentes nada. No quiero saber nada más. —O sea, que estaba en el equipo de Carmen, eso era indudable. Y no podía culparla por ello. A veces las razones de una no son tan transparentes. Lo que es para ti, no es para otros. Asentí tragándome un nudo más grande que mi puño—. Solo te voy a hacer una pregunta: ¿es necesario que le digas esto a ese Bruce? Quiero decir, ¿y si nos quita a Alicia? ¿Has pensado que eso puede pasar perfectamente?

Que si lo había pensado, me preguntaba. Me moría del miedo cada vez que esa posibilidad pasaba por mi cabeza, pero había llegado demasiado lejos, no había vuelta atrás. Como ella no quería saber mucho más del tema, solo asentí.

—Sí, he pensado en esa posibilidad, cómo no voy a hacerlo, pero ya me he puesto en contacto con un abogado. Mira, no puedo hacerles esto ni a él ni a Alicia.

En sus ojos pude leer «pero bien que se lo hiciste a papá», lo vi cristalino. Pero calló.

—Bien, pues vamos a tener que planear la forma de hacerlo para que no se crea que se la puede llevar, ¿no crees? —dijo, y yo la miré con lágrimas en los ojos—. Voy a cambiarme, ¿terminas la ensalada?

—Claro, claro.

Y continué haciendo la ensalada con la visión empañada, feliz y aterrorizada. Y ahí nació una nueva relación con Nuria, una relación más adulta, de esas con temas candentes y palpitantes; de esas en las que ambas debíamos hacer un esfuerzo sobrehumano si no queríamos acabar enemistadas de por vida. De esas relaciones tan comunes, al fin y al cabo.

4

¿Y SI?

Hubo días en que las dudas me aplastaron hasta casi engullirme. No soy tan fuerte como parezco, de hecho, esto es una historia sobre debilidad: la debilidad de mi ser y de mi carne. Enarbolar una lista como las tablas de Moisés no me hacía más firme ni más ejemplar, esa lista solo era un lugar donde esconderme, el refugio al que acudir cuando todo se desmoronaba a mi alrededor y mi mente me jugaba malas pasadas y me empujaba a tomar el camino fácil.

Qué tentador era callar como lo había hecho hasta entonces, hacer que la vida siguiera su curso se me antojaba muy fácil. Porque lo era realmente: cerrar la boca y cerrarle la boca a Ana, lo cual no me habría costado mucho porque yo sabía que ella consideraba mi lista una sarta de tonterías. Si por Ana hubiera sido, habría parado en el primer elemento de la misma: no hacer sufrir a Arturo. Punto.

Pero con el tiempo, descubrí otra cosa: el segundo punto no solo trataba de Bruce, sino también de Alicia.

Hacía cuatro años los sentimientos aún en carne viva que tenía por Bruce me incitaron a plasmar sobre un papel mi intención más que cierta de hacerle saber, cuando llegara el momento adecuado, que había tenido una hija de él. Porque no podía hacerle eso a un hombre al que amaba, él no se lo merecía y yo no quería ser esa mujer. Yo amaba a Bruce, cuánto me costó verbalizar para mí esas palabras. «Amo a Bruce y amo a Arturo», me lo repetí tantas veces que lo tenía ya insertado en mi ADN. Y él tenía que saber, no, él debía saber que yo había tenido una hija suya.

¿Amaba ahora a Bruce? El tiempo había quitado lustre al sentimiento, sin duda, lo había dejado como un recuerdo bonito, excitante, que despertaba en mí todavía destellos de deseo, pero ¿amor? Ah, de nuevo el tiempo, maldito tiempo. Ahora tenía otros sentimientos difíciles de catalogar, pero a quien sí sabía que quería con locura era a Alicia. Sí, también debía reconciliarme con ella a pesar de que precisamente era la más ajena a todo lo que ocurría a su alrededor. Se había dado cuenta, por supuesto, de la tensión que se respiraba por casa; se crispaba y lloraba con más asiduidad porque en su vida faltaba alguien, y las que estaban no se comportaban como normalmente. ¿Podía yo hacerle eso a mi hija? ¿Quitarle la oportunidad de conocer a su verdadero padre? ¿Era lícito contárselo de mayor y hacer que creciera sin saber que había alguien ahí fuera que era especial para ella?

Había pros y contras en esa opción que, como no podía ser de otro modo, barajé con verdadero afán. Pero el tiempo es algo que no se recupera y lo que podrías haber hecho en él queda en el limbo de los deseos. Yo no quería que siguiera creciendo el limbo de los deseos de Alicia, así

que no tocaba otra que enfrentarse con fuerzas renovadas y nuevas motivaciones al segundo punto de mi lista.

5

EL VIAJE

La segunda vez que viajé a Boston no fue tan traumática. La experiencia es un grado en estos casos, así que iba preparada: tenía música de sobra en el móvil, mi *e-book* a rebosar de libros nuevos que sabía que no iba a leer, revistas compradas en el último momento en el quiosco del aeropuerto, mis cascos para ver las películas del avión y lo más imprescindible: un cojín mullido y cómodo donde apoyar la cabeza, un brazo o la espalda, según el momento del viaje en el que me encontrara.

Me aseguré de reservar en el mismo hotel que hacía cuatro años. Me di cuenta de que era realmente caro, pero si mi seguridad estaba basada en la experiencia, no podía arriesgarme con otro lugar que no conociera. Recorrer los mismos pasillos, comer la misma ensalada César, estar igual de cerca de StoryVision. Definitivamente, ese hotel sí valía todo lo que significaba para mí, así que lo pagué convencida, aunque no con alegría. Hospedarme allí era la razón por la que mi viaje no iba a exceder de tres días, tres noches: un día estaba perdido, porque llegaba por la tarde; el segundo día, buscaría a Bruce y le contaría que tenía una hija al otro lado del océano llamada Alicia y que acababa de cumplir cuatro años hacía tan solo un mes. El tercer día lo dedicaríamos a gestionar el asunto: si quería conocerla o no, implicarse, ser solo una figura esporádica en su vida o una presencia continua, contárselo todo a la niña antes de que fuera más consciente o dejarlo para cuando cumpliera, no sé, ¿veinte años? Estaba dispuesta a tocar todos los extremos de la cuestión, incluso iba preparada para una discusión legal porque dentro de una carpeta de color negro —lo del color no había sido premeditado, fue la que me dieron en la papelería, pero había venido muy bien— tenía guardada toda la documentación que me había facilitado mi abogado, el cual me había hecho prometer que lo mantendría informado en todo momento de mi viaje y de cómo se estaba desarrollando. Yo lo hice y lancé un «A lo mejor nada de esto hace falta» que provocó que volviera los ojos y luego me mirara con algo a camino entre la ternura y la desaprobación.

—Ya sé, eso nunca va a pasar, tengo que ir preparada para lo peor —le dije guardando el tocho de folios que constituía un principio de acuerdo para que Bruce conociera y visitara de forma puntual a Alicia.

—Eso es, de hecho, este acuerdo seguramente acabe en la basura, pero es una muestra de buena voluntad, que siempre se tendrá en cuenta más adelante.

—Más adelante cuando pida la custodia de mi niña… —Se me saltaron las lágrimas, pero él, mi abogado, no se inmutó, ya me había visto llorar en más ocasiones.

—Yo no conozco a Bruce, Elena, pero por lo que me has contado de él, sí, es probable que

pida algo más que un programa de visitas.

—Claro.

Esa carpeta negra estaba en mi mochila de mano que guardaba en la cabina del avión. Ahí estaba impreso negro sobre blanco mi buena intención con respecto a Bruce y a su paternidad. Si fuera todo tan fácil.

Cuando por fin estuve acomodada en mi asiento, el del medio de una fila de tres porque era el más barato, cerré los ojos e intenté visualizar el momento del reencuentro con Bruce. Lo había visto por Internet, en los últimos meses había buscado sin descanso noticias sobre él con el mismo ahínco con el que había evitado hacerlo antes. No se prodigaba mucho o yo no sabía buscar muy bien. No había imágenes suyas más allá de alguna presentación de una serie, una película o cualquier producto audiovisual, alguna conferencia en la que él hablaba sobre su empresa y su forma de trabajar. No fue sino en la prensa sensacionalista norteamericana donde encontré algo más de esa carnaza que yo estaba buscando: Bruce en el *photocall* de un evento, rodeado de su equipo o con una mujer despampanante del brazo; Bruce paseando por las calles de Boston con un café helado en la mano, sonriendo con Shonda a su lado. «¿El nuevo amor del magnate del audiovisual?», rezaba el titular. Me reí cuando lo leí, ¿Shonda? Mucho habían tenido que cambiar las cosas para que Bruce y Shonda se hubieran embarcado en una relación. Aunque desde luego tenía que tener prevista la situación de que Bruce sí que estuviera inmerso en una, aunque no fuera con Shonda. Suspiré, eso no me tendría que condicionar en modo alguno, yo iba allí con un objetivo: decirle que tenía una hija, no para retomar ninguna historia entre nosotros. Es más, nunca había pensado en esa posibilidad.

Gestioné el viaje y el descanso para que el *jet lag* me afectara lo menos posible; no tuve éxito, claro, ¿qué me había creído, que estaba por encima del resto de los mortales? Tendría que hacer frente a todo esto con mucho café, muchos refrescos de cola, sacaría el azúcar y la cafeína de donde fuera necesario. De todas formas, cuando llegué a la habitación del hotel, me consentí el único momento de relax que me permitiría en todo el viaje: si el *jet lag* me dejaba, dormiría hasta primera hora de la mañana, momento en que visitaría StoryVision después de cuatro años.

6

POR SORPRESA

Visitar por sorpresa a Bruce en su productora fue una decisión consensuada. Una noche, meses antes del viaje, nos sentamos Ana, Carmen, Nuria y yo alrededor de la mesa del salón con un par de *pizzas* humeantes de Telepizza y con Alicia dormida en un rincón del sofá. Habíamos decidido que el mejor modo de hacerlo era, sin duda, en persona. En realidad, era yo la que había decidido que sería en persona, porque Nuria era partidaria de conseguir su teléfono de algún modo y enviar un wasap. O, como mucho, enviar un correo electrónico a la dirección genérica de su empresa, así nunca podría decir que no le había dicho nada y mi conciencia podría descansar tranquila.

—Nuria, te agradezco que te preocupes por la tranquilidad de mi conciencia, pero creo que esa no es la forma de lograrla.

Le di un bocado a mi triángulo de *pizza* y me quemé el paladar. Estaba de nuevo en esa fase en la que aceptaba todo lo malo que me ocurría con resignación; por supuesto que tener el paladar quemado era un castigo que debía cumplir, me lo quemé con alegría, casi con pasión.

—Pues no entiendo por qué no.

Pero en su cara veía que sí que lo entendía.

—¿Te lo explico otra vez?

Le podría decir de nuevo, casi por enésima vez, que un mensaje de texto, un correo electrónico e incluso una llamada telefónica no eran medios adecuados para dar una noticia tan importante, tan vital como aquella. Que Bruce se merecía que fuera en persona y que no me escondiera tras un móvil a kilómetros de distancia. No le conté, sin embargo, mi temor más que cierto de que Bruce colgara inmediatamente en cuanto supiera que quien lo llamaba era yo o que tirara a la basura mi correo en cuanto viera que era mío.

—Pero tienes que reconocer que plantarte en Boston para decirle que tiene una hija es una sorpresa considerable. —Ana tomaba un sorbo de su Coca-Cola Light. Carmen acariciaba la pierna desnuda de Alicia con ese afán protector que no la abandonaba jamás. La miré con preocupación, creo que ella era la única que sabía en su fuero interno el miedo visceral que yo sentía y la imposibilidad que tenía, sin embargo, de actuar de otro modo.

—Una sorpresa será en persona, por *mail* o por teléfono. La cosa es que no me puedo esconder, esto se tiene que hacer bien, ¿vale?

—Entonces, si se tiene que hacer bien, no deberías avisarlo de que vas —dijo Nuria como de pasada. Yo no había pensado en eso, pero ahora que lo mencionaba, bien podría comunicarle mi próximo viaje y mi intención de verlo—. No, mamá, no me mires así, ¿qué les vas a escribir?

«Hola, Bruce, voy de viaje a Boston y me gustaría verte». En el mejor de los casos, te manda a la mierda, de eso no te quepa duda. En el peor, te pregunta que para qué quieres verlo y le acabas diciendo que es por Alicia, o se huele que por ahí tienen que andar los tiros, y cuando llegues ya tiene a un ejército de abogados que te impiden salir de nuevo de país.

—Tú has visto muchas películas últimamente, ¿no? Demasiado Netflix.

Pero yo temblaba.

—Lo que dice no es ningún disparate, Elena —aseveró Ana, que había dejado de comer y me miraba con expectación.

—Es verdad, no deberías decirle nada y presentarte allí por sorpresa. Luego, en tres días, te vienes y asunto arreglado. —Carmen no solía participar en este tipo de conversaciones, se limitaba a ver y callar, por eso me impresionó que soltara su opinión. Por eso la tomé más en consideración que cualquier otra.

—Vale, lo haré así. —Tragué el bocado de *pizza*, que avanzó como un vagón de carga hasta su destino, ni un trago de refresco me ayudó a que lo hiciera más suave. Cuando todo esto acabara, tendría que ir, entre otros especialistas, al de digestivo.

Continuamos un rato en silencio, rumiando cada una sus pensamientos y sus miedos. En realidad, el miedo era común: perder a Alicia. Carmen era la que más demostraba ese temor, no dejaba de tocar a su nieta, como si ya la estuviera perdiendo. Nuria y Ana se mostraban más positivas, aunque yo sabía que la incertidumbre las estaba matando por dentro. Sabía que deseaban gritarme que dejara la puñetera lista de una vez, que no tenía por qué hacerlo, que ellas no me iban a juzgar, que guardarían el secreto para siempre. «Para siempre, mamá, para siempre», me llegó a decir Nuria un día. Que Alicia sería feliz con nosotras, que no le hacía falta nadie más:

—Pero ¿quiénes somos nosotras para negarle a tu hermana a su padre?

—Somos su familia.

—¿Tú te has dado cuenta de lo que puede pasar si se entera de que le hemos estado ocultando esto? Puede que no quiera vernos nunca más. ¿Soportarías eso?

—Ya he soportado ciertas cosas… —me respondió Nuria con el labio tembloroso.

—Pero ¿soportarías ahora que tu hermana no quisiera saber nada de ti? Que viviera a dos calles de ti y que cuando os cruzarais en el supermercado, te volviera la cara; que tuvierais hijos y no los conocierais, que…

—Vale, vale, mamá, lo he pillado. Ve a Boston y díselo a ese hombre.

Nuria se dio la vuelta y se encerró en su habitación. Aquel día no la volví a ver.

Por eso estaba allí, en Boston, por sorpresa. La luz de coches, farolas y semáforos chillaban al otro lado de la ventana, había tenido que empezar a usar gafas hacía poco y por la noche era cuando más notaba su ausencia. Pero no quería ponérmelas y ver nitidez en las calles. Quería quedarme en ese estado borroso que me ayudara a dormir, porque ni todo el *jet lag* del mundo me estaba ayudando a descansar. Notaba la sangre correr a toda velocidad por mi cuerpo, derrapar en las esquinas, chocar en las paredes de mis venas. La respiración iba desacompasada, en unas horas entraría por aquellas puertas de cristal y vería a Bruce y yo tenía tanto miedo que sentía las piernas como gelatina incluso tumbada en la cama.

«Mamá, estoy contigo ahí. Te quiero». El mensaje de Nuria me hizo soltar el primer sollozo, al que le siguieron unos cuantos más, bastantes más, a decir verdad. No recuerdo el momento en que me quedé dormida, pero lo hice sin cenar y sin poner la alarma en el móvil.

7

ADELANTE

Me desperté sobresaltada. Me gustaría poder decir que había tenido pesadillas durante toda la noche, sueños crueles en los que Alicia me era arrebatada de los brazos entre gritos y llantos, historias surrealistas en las que yo corría hacia mi hija, pero no avanzaba ni un ápice y nunca me acercaba a mi destino. Pero no, dormí tan bien que me desperté más tarde de lo que tenía pensado. Eran las ocho y media de la mañana, hora de Boston, cuando abrí los ojos y vi que el sol ya estaba entrando por la ventana de la habitación. Me había encargado de no cerrar las cortinas cuando me tumbé a lamerme las heridas, porque un poco de autocompasión a veces no hace daño y yo necesitaba rebozarme un ratito en ella para coger fuerzas.

Me observé desde arriba. En algún momento de la noche, había tenido la buena idea de taparme con la colcha, pero podía ver mi blusa arrugada, los pantalones liados en las piernas y sentir la marca del sujetador que hacía más de día y medio que llevaba puesto. Dirigí una de las manos al elástico de mi costado y tiré de él, se despegó con trabajo y exhalé un suspiro de incomodidad. Cuando me di cuenta de que la recuperación de tiempo no estaba todavía disponible en la vida de las personas, asimilé que había perdido una hora preciosa para la consecución de mi objetivo y me levanté de un salto. Esta vez tendría mejor aspecto que cuando Bruce me conoció, porque me daría tiempo a darme una ducha, podría maquillarme medianamente, ponerme desodorante y ropa limpia, ese tipo de cosas que no están valoradas lo suficiente.

Estaba nerviosa, observé mi imagen en el espejo, era una actividad que últimamente hacía más veces de las recomendadas por la Organización Mundial de la Salud. Ya no era esa mujer de hacía cuatro años, habían cambiado tantas cosas en mi vida que casi podría decirse que era una persona distinta, como si alguien me hubiese suplantado. ¿Tenía más arrugas? Sí, las podía ver ahí, en la comisura de los ojos, sobre todo, pero tengo que reconocer que me conservaba bastante bien —esa expresión que llegada cierta edad ya no sabes si es realmente de elogio, pero como la pensaba yo, lo podía pensar y decir en voz alta—. Llevaba el pelo más largo, había ido a la peluquería un par de semanas antes del viaje para que el corte estuviera asentado en el momento de visitar Boston (y a Bruce), y me sentaba bien. El duelo y mi esfuerzo luego por mantenerme en forma, como modo de dar salida a la ansiedad y controlar algo en mi vida, habían hecho que estuviera más delgada de lo normal. Bueno, no quería quejarme, también es verdad que me sentía más ligera que nunca, una ligereza física que necesitaba para equilibrar mi pesadez mental, que era mucha en esos momentos.

Me sentía culpable por haber pensado hasta el más mínimo detalle de mi aspecto para ese

reencuentro, pero como no podía evitarlo, lo sumé a esa lista de infracciones personales que nunca deja de crecer y con la que aprendes a vivir: ropa, maquillaje, peinado, zapatos. Todo estaba pensado al milímetro, me había visualizado un millón de veces con ese aspecto en el despacho de Bruce y era lo que quería ver de verdad. Por último, me rocié con un perfume nada empalagoso, que olía a ropa limpia, y me dije adiós en el espejo, dándome unos ánimos que no apreciaba en absoluto. A esas alturas, otros tantos mensajes de Nuria, Ana e incluso de Carmen, me insistían en que confiaban en mí, que actuase como si ellas se encontrasen a mi espalda, apoyándome, que me mantuviera fuerte y segura, convencida de todo lo que había hecho. Que en ningún momento flaqueara ante los envites, que los habría, de Bruce —este último era un mensaje de mi abogado, que quería asegurarse de que estaba preparada para el chaparrón que tendría que aguantar—.

Desayuné con rapidez en el bufé libre del hotel, crucé las menos palabras posibles con todos los camareros que se dirigían a mí ya fuera para indicarme la mesa en la que debía sentarme u ofrecerme un café o un zumo, no quería gastar energías en hablar un inglés que tenía más olvidado incluso que cuando visité la ciudad hacía cuatro años. No disfruté de ese desayuno, no podía hacerlo, todo se me hacía bola antes de llegar a la garganta, tenía tantos nervios que no podía parar quieta en la silla. Dejé tres cuartos de tostada y solo me tomé un café, obligando a mi garganta a hacer los movimientos necesarios para tragarlo. Cuando salí a la calle me pareció todo irreal, ¿de verdad estaba de nuevo en Boston para decirle a Bruce que Alicia existía y que era hija suya?

Afortunadamente, el viaje a Boston había coincidido con el otoño, la época más suave y acogedora en la ciudad. De hecho, parecía otro sitio, no aquel escenario frío y hostil que me encontré la primera vez, donde nevó por encima de mis posibilidades de tolerancia y donde el frío me atacaba como pequeñas cuchillas en todos los lugares del cuerpo que no tenía cubiertos. Pensé que podía ir dando un paseo, sería quizá media hora lo que tardara en llegar a StoryVision, pero si hacía eso, me presentaría allí cerca de las diez de la mañana, y para ese entonces Bruce podía estar en cualquier sitio. Mi abogado había hecho indagaciones, había violado alguna ley de la abogacía por la que se debe decir siempre la verdad, y se había asegurado de que Bruce no estaría de viaje ni de vacaciones ni en ningún otro sitio que no fuera su empresa en esos tres días que durara mi viaje. Solo me quedaba la esperanza de que no le hubiera surgido algún imprevisto que lo llevara lejos de mí en esos momentos. Lejos de mí. ¿Cómo reaccionaría yo al verlo? ¿Cómo reaccionaría él? Levanté una mano y cogí un taxi, le indiqué la dirección de StoryVision y comencé a contar.

Cuando llegué a quinientos, estaba entrando por las puertas acristaladas del edificio de Bruce. Mis tacones resonaron en el mármol del suelo a pesar de que el vestíbulo estaba lleno de gente yendo de un sitio a otro. El vuelo de la falda parecía entorpecer mis pasos, aunque lo que realmente los entorpecían eran esos malditos nervios que no me dejaban existir. Me aproximaba al mostrador de recepción repasando mis notas, mi guion de los acontecimientos y el discurso que tocaba dar en ese momento de la actuación. Antes de llegar, una voz me llamó y yo me sentí confundida porque no podría seguir con la rutina que me había marcado y que debía seguir a rajatabla si quería que saliera todo bien.

—¿Elena?

Me paré en mitad del vestíbulo y me di la vuelta. No vi a nadie y eché un vistazo a mi alrededor.

—¿Elena? —me llamaron de nuevo y entonces lo vi.

—¿Devon? —La sonrisa que le dediqué tuvo una alegría cierta, aunque si hubiera visto a Shonda seguramente me hubiese encontrado más feliz. Devon se acercó con tres grandes zancadas y me abrazó. Me sentí rara allí metida.

Devon empezó una cháchara en inglés que no había por donde cogerla, cuando se dio cuenta de mi gesto de incomprensión se rio.

—Perdona, perdona.

—Nada, no te preocupes, sigo hablando solo *a little* de inglés.

—No me digas que vienes por la serie de Ronda.

Negué con la cabeza.

—No, pero me alegro de que la vayáis a hacer, sabía que era una buena idea.

—¿Entonces? —¿Entonces? ¿Qué le podía decir? Vengo por asuntos personales, es un tema ajeno al trabajo, vengo a ver a Bruce. Todo me parecía muy burdo—. ¿Vienes a ver a Bruce?

—Sí, espero verlo, sí.

—Ven conmigo, estamos a punto de empezar la reunión para la producción, deben de estar todos en la sala.

No me había imaginado que mi entrada en StoryVision fuera a comenzar de esa forma. Devon me iba a facilitar el acceso, pero desde luego me iba a complicar mis planes. Sopesé los pros y los contras y decidí que abrirme las puertas hacia los pisos superiores de esa empresa era una buena señal, lo hice sobre todo para impregnarme de un optimismo que necesitaba como el agua para vivir.

8

EXPECTATIVAS VS. REALIDAD

Yo no estaba preparada para lo que ocurriría a continuación.

Llevaba seis meses, por no decir cuatro años, imaginándome el momento del reencuentro con Bruce y la conversación posterior. Siempre fui consciente de que habría elementos externos que provocarían que la historia no se desarrollara exactamente como yo la estaba montando, pero no había duda de que, a grandes rasgos, debía transcurrir así: yo lograría estar sentada en la sala anterior al despacho de Bruce mientras Megan lo informaba de que me encontraba justo allí aguardando para que me recibiese. Antes de eso, yo había saludado a Megan y nos habíamos alegrado de vernos. Sin duda, ella sabría que algo pasó entre Bruce y yo hacía cuatro años, motivo por el cual le envié aquel *email* con mi nueva dirección de correo y por el que desaparecí de la vida de StoryVision y de la producción de *Carmen* de forma tan abrupta. Pero Bruce nunca le habría confirmado ni negado nada, así que ella solo podría suponer. Después de unos momentos iniciales de estupefacción, Bruce dejaría de hacer esas cosas de superjefe de productora que estuviera haciendo, no porque yo lo mereciera, sino porque si yo había viajado tantos kilómetros para encontrarme justo delante de su puerta era por un motivo lo suficientemente importante como para que él abandonara sus tareas.

Megan colgaría el teléfono y me diría: «Ya puedes pasar». Y cuando abriera la puerta, allí vería a Bruce, apoyado delante de su mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho o quizá con las manos asiendo el tablero de la mesa. Invariablemente sus ojos me taladrarían en cuanto pusiese un pie en su despacho. Aquí la historia se emborrona un poco, no soy capaz de poner en pie la conversación que podría producirse, sería algo así, supongo:

—Hola, Bruce.

—Hola, Elena, qué sorpresa. —Y no es una frase hecha, es una sorpresa en toda regla.

—Sí, es una sorpresa incluso para mí, pero tenía que venir a verte.

—¿Ya ha muerto Arturo y por eso vienes ahora aquí?

Hasta en mis fantasías, me muestro dura conmigo misma, no puedo evitarlo.

—Sí, Arturo ha muerto y, en parte, es por eso por lo que vengo aquí ahora, aunque no es por lo que tú piensas. —Él no se ha despegado de la mesa y no me ha invitado a sentarme, así que soy yo quien lo sugiere—: ¿Puedo sentarme?

—Claro.

Entonces él se va a su asiento de jefe y yo me dejo caer en la butaca controlando el temblor que sé que recorrerá mi cuerpo. Y me siento pequeña ante su presencia, que sigue siendo grande, poderosa, enfadada y atractiva. No soporto estar excitada. No lo soporto.

—No sé cómo empezar y lo he ensayado muchas veces. —El temblor se ha extendido también a mi voz y desisto de intentar prestarle un ápice de seguridad.

—Ve al grano, suele ayudar. —Su tono no es amistoso. ¿Cómo puedo siquiera imaginar que sea amistoso? Aunque quizá, después de cuatro años, ha olvidado un poco todo lo que ocurrió entre nosotros y ya no soy más que otra mujer que pasó por su cama. Eso es lo mejor que me puede pasar.

—Sí, supongo que es el mejor modo. Bien. —Inspiro con fuerza y saco el móvil, busco en la galería una fotografía de Alicia, sé la foto que le voy a enseñar, la tengo pensada y localizada—. Mira.

Bruce al principio mira la fotografía desconcertado, seguramente se imaginaba mil cosas al verme allí en su despacho, pero ninguna coincide con que yo le enseñe la imagen de una niña de cuatro años en mi móvil. Después de observar a Alicia durante unos segundos, levanta la vista hacia mí y enarca las cejas de forma interrogativa.

—Esta es tu hija, Bruce. Se llama Alicia y en septiembre cumplió cuatro años.

Tengo variantes para lo anterior, es decir, en otras ocasiones le digo que tiene una hija de cuatro años y cuando me pregunta de qué estoy hablando, le enseño la fotografía de Alicia y es tan evidente que es su hija que llega ya al punto en común donde desembocan ambas alternativas: cancela todo lo que tiene por delante y nos vamos a almorzar. Almuerzo en el que yo le cuento la historia completa, punto por punto, le hago partícipe de mi lista, de mis esfuerzos por hacer lo que debo en cada momento. Unas veces, la historia acaba bien, con Bruce viajando conmigo para conocer a Alicia; otras veces, no acaba tan bien, y me veo con un ejército de abogados esperándome en el aeropuerto impidiéndome embarcar y volver a casa.

Sin embargo, los elementos externos tuvieron más peso en el desarrollo de la realidad de lo que yo había previsto. Mi falda con vuelo ya no era tan cómoda, el ruido de mis tacones en el suelo no me hacía sentir segura, la suave temperatura del otoño bostoniano me provocaba escalofríos y lo único que era común en mi fantasía y en mi realidad eran los temblores que se habían apoderado de mi cuerpo.

Devon y yo recorrimos el largo pasillo que llevaba a la sala de reuniones, recordaba como si fuera ayer cuando lo crucé corriendo porque llegaba tarde y me presenté ante todos ellos ojerosa y cansada después de un viaje de ocho horas. Durante los eternos segundos que tardamos en llegar a la sala, barajé todas las formas posibles que tenía de hacer que Bruce me acompañara fuera «un momento». Bueno, no, en realidad yo pretendía que dejara plantada la reunión, después de todo, lo que tenía que decirle era mucho más importante que la creación de una nueva serie. Aunque la noticia de que iban a iniciar la producción de una serie basada en la amiga de Carmen me había llenado de alegría y sirvió para llenar la conversación con Devon desde que me lo encontré en el vestíbulo del edificio y no me preguntara por el motivo real de mi visita. Y allí estaba, la puerta abierta y ecos de conversaciones y risas. Devon me guiñó un ojo y me dijo que esperara un momento.

—Adivinad a quién he encontrado en el vestíbulo. —Como habló en español, todos lo miraron con expectación, y después de una pausa teatral, exclamó mi nombre—: ¡Elena!

Desde luego, aquella no era la forma más apropiada de aparecer de nuevo por StoryVision. Me negué a salir allí como si hubiera sido la respuesta a la presentación de una actuación de circo y esperé a que Devon saliera de nuevo y me acompañara dentro de la sala. Estaban casi todos, Shonda, Richard, Erika, Kara, y también alguna que otra cara nueva. Los que sí conocía se levantaron haciendo una gran fiesta, sobre todo Shonda, que me abrazó de corazón y aseveró

divertida.

—Vaya sorpresa nos tenías preparada, ¿eh, Bruce?

Y Bruce estaba allí de pie, en la cabecera de la mesa, con las manos en los bolsillos de su pantalón chino oscuro, con su camisa azul celeste ciñéndose a sus brazos de la misma forma en que yo recordaba que lo hacía toda la ropa que usaba. Sí, me estaba taladrando con la mirada, estaba calculando, anticipándose a los acontecimientos, trataba de adivinar qué demonios se me había perdido a mí en Boston y en su empresa. Detecté el momento exacto en que reaccionó al asombro. Se acercó hasta nosotros y me dio dos besos, dos castos besos en ambas mejillas, con una de las manos superpuesta sobre mi cintura, casi sin tocarme.

—Me temo que no es cosa mía. Seguramente pasaba por aquí para saludar. Me alegro de verte, Elena. —Y sonrió con aquella sonrisa suya tan alentadora, solo que yo sabía que esa sonrisa suya en ese momento no era alentadora en absoluto, sino que era una máscara que disfrazaba a la perfección sus verdaderos sentimientos. ¿Qué podía descifrar yo ahí: estupefacción, enfado, indiferencia? No lo conocía tan bien como para saberlo.

—Yo también me alegro de verte… De veros a todos. —Y me obligué a sonreír también, aunque supe que lo que yo mostré a los demás fue más una mueca que una sonrisa relajada y natural—. Quería hablar contigo, Bruce. —Casi no me salía la voz, la notaba lejana, como si tuviera que rescatarla de un pozo.

—Ahora es imposible, Elena, vamos a empezar una reunión importante.

—Sí, ya le he contado a Elena que vamos a producir la serie sobre Ronda. —Devon se llevó una mirada acusadora de Bruce y cerró la boca tan pronto como dijo la última *a* del nombre de Ronda.

—Si quieres, puedes esperar en la sala del vestíbulo, pero sabes que este tipo de reuniones suelen prolongarse mucho.

Los demás habían comenzado a alejarse, ocupando sus asientos, notando, tras la mirada de Bruce a Devon, la tensión existente entre nosotros dos.

—Es importante que hable contigo —le susurré mirándolo a los ojos, quería hacerle entender que había ido allí por algo que superaba en mucho la producción de una serie de televisión.

—Lo siento, tendrá que esperar, no puedo dejar plantada la reunión.

El recuerdo de que hubo un tiempo en que sí que dejaba plantadas reuniones por mí me golpeó en el estómago y me quedé sin armas.

—Bien, esperaré allí. —Sonreí de nuevo, configuré la mueca para todos los demás y me despedí.

9

IMPREVISTO

No había previsto pasar cuatro horas sentada en la sala de espera de las oficinas centrales de StoryVision. En todo ese tiempo, tuve momentos para la desesperación, momentos para enviar mensajes y hacer llamadas exprés a Ana y a Nuria, momentos en los que repasé por enésima vez la galería de mi móvil, localizando la fotografía de Alicia que le enseñaría a Bruce en cuanto tuviera oportunidad. Todavía no estaba todo perdido, igual nos íbamos a almorzar juntos y solo tenía que trasladar mi discurso a otro contexto situacional, podía adaptarme a ello, no había problema. Cuando vi pasar a Megan cargada de bolsas de papel con el logo de la cafetería del edificio, deseché esa opción. El estómago me sonaba, pero no quería irme de allí, ¿y si Bruce salía a buscarme, no me veía y pensaba que lo que tuviera que decirle no tenía tanta relevancia? Si hubiera sospechado esas circunstancias, me hubiera pertrechado de las asquerosas barritas energéticas que Ana se comía como una adicta. Por Dios, no tenía ni una botella de agua y mi boca estaba tan seca que, si Bruce hubiera salido en ese momento, ni siquiera hubiera podido proferir sonido alguno.

Me levanté reticente, pero o comía algo o no aguantaría más tiempo allí sentada sin caerme redonda al suelo. Me acerqué a la chica de recepción y la miré a los ojos con intensidad para expresarle que lo que le estaba diciendo era vital. En un inglés burdo, le indiqué: «Voy a comprar algo para comer, por favor, si Bruce Campbell sale preguntando por Elena Gavira, dígale que vuelvo enseguida». Ella me asintió, aunque no me quedé del todo tranquila. Salí corriendo como una exhalación, diciéndome que muy mala suerte tenía que tener si a Bruce se le ocurría dejar la sala justo en ese momento, cuando había tenido cuatro largas horas para hacerlo. Ni siquiera pedí nada en la barra de la cafetería, me acerqué a las máquinas expendedoras y compré una botella de agua y una bolsa de patatas que mataran el hambre que, junto a los nervios, había creado un agujero de un diámetro mayor que el universo en mi estómago. Estaba al borde del desmayo.

Cuando me apresuraba de nuevo al ascensor, odié las botas de tacón que me había puesto, la falda con vuelo que me pesaba y se enredaba en mis piernas y la blusa que se desbarajustaba en mi torso por culpa del bolso que me colgué en bandolera y del paso rápido que me obligué a llevar. No tardé más de quince minutos, los trayectos en aquel edificio eran realmente largos y el ascensor se encargó de hacerme un *tour* por todas sus plantas, con la gente entrando y saliendo de él como si no tuvieran otra cosa que hacer en la vida. Llegué a la sala de espera jadeando, como si en lugar de haber cogido el ascensor, hubiera subido a pie. La chica de recepción me detuvo antes de que pudiera tomar asiento: «Sorry, sorry, miss Gavira, mister Campbell has just

left». Yo me quedé mirándola como si estuviera escupiendo sapos por su boca, ¿qué trataba de decirme? No la había entendido, no podía haberla entendido bien. «¿Cómo?». Ella era la que no comprendía mi idioma, pero se hizo cargo de la sorpresa que había causado en mí lo que me había dicho y lo repitió más lentamente.

«Mister Campbell has just left». Aquello era algo hecho adrede, no había otra explicación, ¿después de cuatro horas sentada como una seta en una butaca que no es cómoda después de los primeros treinta minutos, había coincidido que en los únicos quince que no estoy allí él sale y se encuentra con mi ausencia? No, el muy capullo se había ido y era a mí a quien había dejado plantada. Estaba llena de ira.

10

BRUCE

Bruce nunca pensó que sentiría esa confusión en cualquier faceta de su vida. Siempre había sido una persona segura, gracias a eso había conseguido muchas cosas y las seguía consiguiendo, así que no estaba acostumbrado a no controlar las situaciones. Y con Elena allí, parada en la puerta de la sala, fue como si todo se le hubiera ido de las manos. ¿Qué demonios hacía ella allí?

En cuanto Devon dijo en español «Adivinad a quién he encontrado en el vestíbulo», su corazón supo antes que su cabeza que se trataba de Elena, sin embargo, era como si los instantes anteriores a su entrada en la sala, su cuerpo le impidiera asimilar que fuera cierto. Todos estallaron en gritos de alegría, se levantaron, la abrazaron, ¿qué se esperaba que hiciera él? No habían tenido una discusión como tal, sino un encontronazo hacía ¿cuánto?, ¿cuatro años? Y a partir de ahí, el silencio, la nada. Se quedó mirándola hasta que ella fijó sus ojos en los de él, entonces recuperó las riendas de la situación y avanzó hacia ella con soltura. Cuando le dio dos besos para saludarla, sus fosas nasales se vieron inundadas por ese aroma que hacía tanto que no olía y que provocó que su cuerpo reaccionara, como si desempolvara un recuerdo antiguo. Aspiró y compuso una de sus sonrisas estándar.

La satisfacción con la que había entrado en la oficina esa mañana se esfumó como si fuera vapor de agua. Por fin la idea de una serie para Ronda había superado el estricto control de su consejo de administración. Ni siquiera que la Carmen americana hubiera tenido éxito en sus dos temporadas, que la hubiesen vendido a medio mundo y que les estuviera reportando gran cantidad de beneficios había sido suficiente para que le dieran el visto bueno inmediato a la secuela. Pero sabía que el personaje secundario de la amiga de Carmen tenía sin duda material de sobra para ser protagonista y había luchado por convencer a su hermano y al resto de miembros del consejo; tardó un poco más de lo previsto, pero allí estaba por fin. Con ella, tendrían que partir de cero porque no había una serie igual en ningún otro sitio; en España, país de origen de la historia, no habían explotado esa posibilidad, el trabajo sería por eso muchísimo más intenso y necesitarían de más tiempo porque tendrían que desarrollarla completamente. La de esa mañana sería una reunión importante, de esas reuniones intensas, creativas, que solían llevarse casi toda la energía de la que disponía cada uno de los miembros de su equipo. Les había dicho a todos que quería que llegaran con los deberes hechos, con varias líneas de guion, personajes nuevos y antiguos desarrollados: en esa reunión tendrían que quedar sentadas las bases para que, dentro de un mes, se comenzaran a escribir los guiones, quizá a mitad del año siguiente se pondrían ya con el rodaje. Tenía ese hormigueo que le recorría el cuerpo y le llegaba a los dedos de las manos, adrenalina pura por un proyecto que sabía que era ganador. Y se encontraba con esto, se

encontraba con Elena esperándolo porque quería hablar con él. ¿Hablar con él?

En cuanto ella salió por la puerta, se retiró a un rincón para llamar por teléfono: en el momento en que Elena dejara la sala de espera, aunque fuera para ir al baño, Emily la recepcionista debía avisarlo. No fue premeditado, es decir, en cierto modo, claro que lo era, pero no necesitó de tiempo para organizar una salida airosa, estaba acostumbrado a improvisar para asegurarse de tener margen de actuación. Él daba por perdida la reunión, de eso no tenía duda. Por mucho que le pesara, ya no podría sacar nada en claro de ella: era un hombre práctico, lo sabía y actuaba en consecuencia. Aprovechó la algarabía general que había provocado la llegada de Elena para hacer la llamada discretamente. Desde entonces hasta que recibiera la llamada de Emily, tendría tiempo suficiente para pensar en lo que hacer: ¿se iría y la dejaría plantada?, ¿descartaría esa opción y hablaría con ella? No lo sabría hasta el momento en que sonara su teléfono. Así que se dispuso a sacar petróleo de una reunión en la que ya no estaba tan centrado.

Mientras en la sala se iban exponiendo historias y líneas de personajes, él no podía dejar de pensar en la mujer que estaba esperándolo fuera, ¿qué le había provocado en realidad volver a ver a Elena? Sorprendentemente, le costó muchísimo quitársela de la cabeza e incluso de la piel. Nunca antes había conectado con alguien de ese modo y nunca después lo había vuelto a hacer. ¿Y qué le provocó verla? Pues enfado, molestia, enojo, todos sentimientos que le hacían fruncir el ceño y querer dar un portazo. ¿Por qué le provocaba tanto enfado? Una psicóloga le dijo una vez que si algo te enfadaba era porque todavía te importaba, pero a él hacía tiempo que le había dejado de importar Elena. ¿O no? ¿Por qué seguía sin poder recordar aquella semana de hacía cuatro años con alegría o con ternura o incluso con indiferencia? ¿Por qué cada vez que se le venía a la cabeza, cada vez menos, siempre le atenazaba un pellizco de impotencia? La última vez que la vio estaba embarazada, recordaba lo que le dijo: «Desearía ser el padre de ese niño». ¿Seguía pensando lo mismo?

—Bruce… —Megan estaba de pie junto a él—. ¿Bruce?

—Dime, Megan, perdona…

—Voy a pedir algo a la cafetería, ¿qué quieres tú? —Megan aguardaba con una libreta de notas en la mano y el bolígrafo listo para apuntar su pedido.

—¡Ah, sí! Pues lo de siempre.

—El sándwich de pollo, ¿no?

Bruce asintió y murmuró un gracias que Megan no escuchó.

Cogió su móvil y comprobó que ninguna de las llamadas era de Emily, aunque eso ya lo sabía, desbloquear el teléfono era ya un acto reflejo para templar sus nervios. Miró la hora y se sorprendió: habían pasado cuatro horas, ¿cuatro horas en las que Elena no se había movido de la sala de espera? Quizá a Emily se le había olvidado llamarlo, a lo mejor estaba ocupada con otra cosa o era ella la que había ido al baño. Molesto, le dio la vuelta al móvil y soltó un suspiro.

—Chicos, me gusta lo que estáis proponiendo, estamos delineando bien las líneas de argumento. —Era mentira, claro, él estaba tan espeso que tendría que estudiar las notas que Megan le pasara esa misma noche si no quería quedar mal delante de su equipo.

—Bueno, de todas formas, creo que deberíamos fijar fecha para otra reunión, no sé, ¿mañana? —Shonda era la más realista, lo miró con intención y él asintió.

—Sí, tienes razón, pero mañana no, ¿el lunes? Nos llevamos todo esto a casa, lo estudiamos y venimos con más ideas. —Bruce se pasó la mano por la cara y suspiró—. Tengo que hacer unas llamadas, tomaos un descanso hasta que Megan traiga el almuerzo.

Desde el otro lado de la línea telefónica tardaron un poco en contestar.

—Hola, cariño, ¿no tenías hoy una reunión muy importante? —La voz ronca de Alex no le transmitió la tranquilidad que él creía que le daría.

—Sí, estamos haciendo la pausa para el almuerzo. ¿Qué haces? —Bruce miraba a la calle, al paisaje urbano de Boston sobre el que caía un cielo azul otoñal espléndido, le pareció insoportable ese día. Le dolía la cabeza.

—Acabo de despachar a un cliente.

—¿Despacharlo?

—Sí, me lo he quitado de encima y se lo he dejado al nuevo socio júnior, ventajas de ser socia de mayor rango, ¿no? Ese tipo era insoportable, me miraba las tetas cada vez que hablaba conmigo. He estado a punto de decidir perder sus casos como venganza.

—Así me gusta, profesional ante todo.

—Un abogado lo es hasta en lo malo. Cuéntame tú, ¿ha salido algo interesante?

—Hoy estoy espeso, no pienso con claridad. —Se moría de ganas de decirle que Elena estaba a unos metros, esperando a hablar con él. Pero no podía hacerlo, no por teléfono, desde luego.

—¿Almorzamos juntos? Así nos despejamos los dos, yo tampoco estoy muy productiva. De hecho, he celebrado tu llamada con una palmada.

—Creía que siempre celebrabas una llamada mía.

—No seas engreído, ¿almuerzas o no?

En ese momento, le entró una llamada por otra línea. Megan ya estaba distribuyendo los sándwiches y las ensaladas a su espalda.

—Un momento, no cuelgues, me entra una llamada por la otra línea. ¿Sí?

—Bruce, soy Emily, Elena Gavira acaba de irse, creo que a comer algo.

—De acuerdo, gracias. ¿Alex?

—Sí, dime.

—Te recojo en quince minutos.

Necesitaba salir de allí y necesitaba quizá contarle a Alex todo lo que pasaba por su cabeza.

11

CONTRATIEMPO

No había contado con este contratiempo, ¿de verdad Bruce me había ignorado y se había ido sin buscarme? Llamé a Ana, aunque sabía lo que iba a decirme.

—Vete. —La voz de mi hermana me sonó cortante y agresiva.

—¿Cómo?

—Que te vayas, ya has hecho suficiente: has viajado a miles de kilómetros de tu casa, has dejado a tu familia, te estás gastando un pastón que te hace falta porque tienes un hogar que mantener y no eres una rica potentada como él. Vete, que le den.

—Ana, sabes que no puedo hacer eso.

Antes de que pudiera seguir hablando, ella me interrumpió.

—¿Cómo que no? Se hace haciéndolo. Ve a almorzar en condiciones, date el capricho, aprovecha el día de mañana para conocer todo lo que no conociste en tu otra visita a Boston y te vuelves pasado mañana y aquí paz y después gloria.

—Ni tú te crees que yo vaya a hacer eso. —Me exasperaba porque me sentía verdaderamente tentada por todo lo que me decía Ana. Era tan fácil…—. Si te he llamado es porque necesito ideas. No sé qué paso debo dar ahora, la verdad.

—Vale, de momento, te vas a comer. —Su tono resolutivo me prestaba algo de esa seguridad perdida, o algo de esa seguridad que en realidad nunca tuve. En definitiva, ayudaba a despejar algo de esa inseguridad que me hacía ver todo borroso.

—Sí, eso ya lo sé, además tengo que hacerlo antes de que los demás salgan de la sala de reuniones, no quiero tener que dar explicaciones. —Estaba guardando a toda prisa la bolsa de patatas y el agua.

—Venga, pues zumbando.

Me colgué el bolso y salí con urgencia para meterme en el ascensor que ya cerraba sus puertas.

—Ya estoy en el ascensor, ahora dime algo que me sirva. —Me refugié en el rincón y hablaba bajito, como si a alguien pudiera interesarle una mujer como yo aferrada a un móvil, primero, y como si alguien pudiera entenderme, después.

—Ve a su casa.

—¿A su casa? No, no, a su casa no. No quiero llegar tan lejos.

—Elena, has ido a Boston a decirle que tienes una hija suya, creo que has llegado todo lo lejos que podías llegar con él.

—Oh, Ana, no te pongas irónica, no lo aguanto. Su casa queda descartada, al menos de momento.

Salí del ascensor y del edificio como si tuviera muy claro a dónde me dirigía. Una vez en la calle, tomé la dirección del hotel por inercia, tendría que ser allí donde recuperara fuerzas. Una cosa tenía clara: no volvería a ponerme las botas altas de tacón. Ni la falda. Ni ya puestos, la blusa.

—Pues no te queda otra que volver a las oficinas esta tarde y apostarte de nuevo delante de su puerta.

—Ya, lo sabía, solo quería comprobar que no había otra alternativa. —Exhalé disgustada y respiré hondo otra vez—. Creo que al final tendré que hablar al menos con Megan.

—¿La estirada?

—Sí, sigue siendo su asistente personal.

Yo me había preguntado si el ser asistente personal no debía considerarse un trabajo temporal, pero parecía que no, además, se pagaba bien. Tal vez podía convertirme en asistente personal en un futuro, porque como guionista estaba en horas bajas.

—Pues habla con ella y ponla de tu parte. —La ingenuidad de Ana a veces era increíble.

—Esa mujer nunca ha estado de mi parte, de hecho, creo que nunca ha estado de parte de ninguna novia de Bruce.

—¿En serio?

—No, solo lo decía porque queda bien.

Lo peor es que era cierto: Megan me caía mal, pero nunca me había dado motivos reales para ello.

—Me alegra que tengas ganas de bromear. Anda, come bien, coge fuerzas y vuelve allí.

—Vale. —No había otra opción—. Ahora cuéntame, ¿todo bien por casa?

—Ajá. Nuria ha dormido esta noche conmigo y Alicia se ha quedado con Carmen en tu casa.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —Un frío desagradable me recorrió la columna vertebral—. ¿Le ha ocurrido algo a Nuria?

—Cosas de chicas. —Cosas de chicas, a Nuria le habían pasado cosas de chicas y no me había llamado. Otra vez esa sensación, otra vez, mierda—. No te hagas mala sangre, no ha querido llamarte porque sabe que estás ahora en algo muy importante.

—Pero ¿me lo vas a decir o no? —Tanta cháchara y no iba a lo importante, a veces cogería a mi hermana por el cuello de la camisa y la zarandearía hasta que perdiera la cabeza.

—¿Y traicionar su confianza?

—¡Ana, por favor!

Un par de cabezas se volvieron hacia mí y yo sonreí avergonzada.

—Que lo ha dejado con Esteban, pero yo no te he dicho nada.

—De acuerdo.

Lo anoté mentalmente y decidí que eso podía esperar a que estuviera de vuelta en Madrid. Ya sabía yo que esa relación no iba a llegar muy lejos desde el momento en que mi hija me lo presentó una vez que nos encontramos en el supermercado, yo comprando la cena, ellos todas las bolsas de *snacks* que pudieran caber en sus mochilas. Entonces reflexioné si hubiera pensado lo mismo de cualquier otro, aquí tenía la prueba de que no era así: Esteban tenía las horas contadas desde el mismo momento en que se dieron el primer beso. Y esperaba que se hubieran quedado en eso.

—Bueno, pues mantenme informada.

—Y tú a mí.

Colgué cuando llegaba al hotel. Me dejé caer en una de las sillas del restaurante exhausta, era

como si me hubieran descargado la batería. Y aún quedaba un día muy largo.

12

EL GATO Y EL RATÓN

Megan no fue tan estúpida como yo esperaba. Gracias a ella, me dejaron pasar en el vestíbulo del edificio, y cuando llegué a la antesala del despacho de Bruce, me sonrió y me preguntó cómo estaba. Si se sorprendió al verme vestida con vaqueros y camiseta, no lo demostró.

—Tengo que hablar con Bruce, esta mañana al final no he podido hacerlo. ¿Está en su despacho?

Tenía una leve sensación de estar jugando al gato y al ratón con él y no estaba nada a gusto siendo el gato en todo este espectáculo.

—Lo siento, Elena, pero me ha llamado y no va a volver a la oficina, me ha hecho anular todas sus citas de esta tarde.

Yo miraba la superficie pulida marrón oscura que era esa puerta de madera maciza y tenía unas ganas tremendas de comprobar que lo que me decía era cierto o si se trataba de instrucciones de Bruce. ¿Podía caer un poquito más bajo, esquivar a Megan y abrir la puerta? Igual lo pillaba en un renuncio y la escena podía ganar enteros de interés.

—¿Estás segura?

—¿De qué? ¿De que no está en su despacho? —Megan se adelantó y abrió la puerta. Allí no había nadie. Me senté derrotada en una de las butacas frente al escritorio de Megan destinadas a las personas que aguardaban su momento con Bruce, como lo era yo.

—¿Sabes dónde puede estar? De verdad, es muy muy importante que pueda hablar con él. Y tampoco tengo mucho tiempo.

Ella sabía dónde estaba Bruce, pero no me lo iba a decir. Yo tampoco me lo hubiera dicho.

—No, Elena, no lo sé. Y si lo supiera, tampoco podría decírtelo, tengo que guardar la confidencialidad de su vida privada y profesional, entiéndelo.

—O sea, que lo sabes. —La miraba desde abajo con ojos suplicantes, aceptaría incluso que viniera conmigo, que fuera testigo en primera fila de lo que estaba por ocurrir.

—No, de verdad que no lo sé. —Se acuclilló frente a mí y me cogió las manos—. Me dijo Bruce que la última vez que te vio, estabas embarazada… —añadió. Asentí desanimada y no sé si la intensidad con que me miraba Megan significaba algo. Se levantó y me tendió la mano—. Te invito a un café, vamos, aquí no haces nada.

¿Había deducido Megan la razón de mi viaje? Siempre había sido transparente, pero ¿tanto? La acompañé y anduvimos en silencio hasta que nos sentamos en una de las mesas de plástico de la cafetería del edificio. Me trajo un café con hielo y yo sonreí de medio lado, no me gustaba nada aquel mejunje frío, pero me lo tomaría de todos modos.

—Mira, no sé por qué estás aquí, Elena, pero Bruce lo pasó fatal cuando te fuiste.

Yo la miraba con atención, ¿fatal? Fatal estaba yo y fatal estuve cuando me vi obligada a mentirle a mi marido, al amor de mi vida, tragándome la culpabilidad, defendiendo lo que había tenido con Bruce ante mi conciencia primero y ante mi familia después. Fatal, me decía. No le contesté y esperé a que continuara.

—No lo había visto así nunca y menos por una mujer, no hay que ser muy espabilada para suponer qué pasó cuando al día siguiente de la cena en su ático no os presentasteis ninguno de los dos a las reuniones que había planeadas.

—Ya. Pero no sé qué me quieres decir con eso. —En realidad, no hubiese podido saber qué me había querido decir con nada, mi cabeza era un hervidero de ideas, buscando caminos para acceder a Bruce y saltando obstáculos imaginarios que podían convertirse en realidad, de eso estaba ya segura.

—Pues que cuando cambiaste tus datos de contacto, le dolió —afirmó, y la miré con rencor, ¿ella le había dicho eso? Lo leyó en mis ojos: si era un libro abierto, que se pudiera leer hasta el más mínimo detalle de mis sentimientos—. No se lo dije con intención, simplemente surgió el tema cuando me comentó que no podía contactar contigo por una oferta de trabajo y yo le conté lo de tu nuevo *email*.

—¿Y?

—No quiso que se lo diera.

—Ya, bueno, yo tampoco hubiera querido que me lo dieran. —Suspiré. ¿Le contaba todo a Megan o podía seguir manteniendo la información en secreto hasta que la supiera el interesado? Aunque Megan había demostrado ser más perspicaz de lo que creía y seguro que había sumado dos más dos cuando relacionó mi embarazo y mi visita a Boston—. ¿Podré verlo mañana? —Opté por intentar mantener la intimidad lo máximo posible; a pesar de todo, le debía a Bruce ser el primero que escuchara de mis labios que tenía una hija de cuatro años.

—No sé qué decirte. —Vi decepción en los ojos de Megan, creo que pensaba que iba a contarle algo y consiguió hacerme sentir miserable—. Mañana tiene un viaje exprés a casa de sus padres, tiene que recogerlos para… —Se calló de golpe y negó con la cabeza—. Bueno, de todas formas, debería pasarse por la oficina antes y después del viaje.

—Bien, bien… —Inspiré con fuerza y me impulsé hacia arriba, eso me daba muy poco margen para todo lo que yo tenía que confesarle y la posterior conversación profunda que sin duda seguiría a la revelación.

—¿Dónde te alojas? —Megan se levantó conmigo y volvió a su tono habitual de amabilidad profesional mientras salíamos de la cafetería.

—En el mismo hotel donde lo hice la primera vez, por eso no me quedo mucho tiempo en Boston, la labor del guionista en España no está tan bien pagada como aquí.

Ella me acompañó en la sonrisa. Qué raras esas sonrisas que te dibujan una mueca en la cara y expresan hilaridad o algo parecido, cuando por dentro todas tus ganas están saltando al vacío desde la catarata más alta del mundo.

—Entonces, ¿no te quedas mucho tiempo?

—No, vuelvo a casa pasado mañana.

Sabía que me estaba interrogando de forma profesional, era información que le serviría si Bruce se interesaba por mí. Y era muy probable que lo hiciera. Yo le dije lo que quería que supiese, a lo mejor era él quien se ponía en contacto conmigo esa misma noche.

—Ya, bueno, entonces, ¿te espero mañana?

—Sí, por favor.

Ya estábamos en la puerta del edificio.

—Coméntaselo a los chicos de recepción, que me llamen.

—Lo haré.

Nos despedimos con dos besos, y anduve, esta vez sin prisas, hacia el hotel; lo único que quería era tirarme en esa cama que seguía siendo igual de extraordinaria que la primera vez que la probé, cogería el *e-book* y empezaría un par de libros, pediría que me subieran la cena, esta vez *tortellini*, ¿seguiría siendo el mismo chef que hacía los mejores *tortellini* de todo Boston? Buscaba reminiscencias de la Elena del pasado y no las encontraba, no veía a esa Elena por ningún lado. Cuando entré en mi habitación, puse el móvil a cargar, tenía un no sé qué que qué sé yo que me decía que iba a hablar con Bruce esa noche.

13

BRUCE

Hacer el amor por la tarde es un lujo que se da pocas veces. Bruce lo sabía y acariciaba la larga pierna de Alex, que mantenía enroscada en su cintura, convenciéndose de la suerte que tenía de estar en la cama con semejante mujer. Inteligente, guapa, exitosa, divertida. Era su complemento perfecto, o casi, al menos lo mantenía con los pies en el suelo con su pragmatismo. Por eso llevaban con tanto secretismo su relación, menudo bombazo darían cuando se supiera. Le dio un beso profundo en la boca y no sabía por qué, pero no le satisfizo como creía que debería haberlo hecho. Tampoco el roce de su pecho en el antebrazo lo mantenía caliente como en otras ocasiones.

Habían decidido casi antes de empezar a comer que no volverían a sus respectivas oficinas, y ahora pasaban la tarde en el piso que ella tenía a un par de manzanas del restaurante donde habían almorzado; casi siempre acababan allí y ya tenía algunas de sus cosas ocupando cajones del baño y del dormitorio. Incluso había un tarro de café en la cocina solo para él, ella no soportaba la cafeína; fue un detalle significativo que, al poco de empezar a salir, Alex comprara una máquina de café casi profesional. Casi profesional, a Alex le gustaba hacer las cosas a lo grande. A Bruce no lo molestó y fue señal suficiente para que desde hacía casi un año estuvieran el uno con el otro en exclusividad.

—¿Y ahora me vas a decir ya lo que te pasa o tendré que convencerte de otro modo? —Alex le habló muy cerca de la boca, su aliento con sabor a vino le acariciaba los labios y bajaba su mano por el abdomen en una amenaza socarrona.

—Para, no puedo quedarme más tiempo. —Bruce se incorporó y se frotó la cabeza, al final se echó en el cabecero. Era cierto, no había estado centrado, su cabeza estaba en otro lado y no había manera de disimularlo. No podía decir que se sintiera culpable por haber dejado plantada a Elena, pero tenía cierto resquemor que necesitaba apagar cuanto antes. Por lo que podía ver, estar con Alex no había sido la solución—. Hoy ha venido a la oficina alguien a quien no veía hace mucho tiempo. —Llegó hasta ahí y Alex esperó paciente por si continuaba; como no lo hizo, habló ella.

—¿Y quién es? —quiso saber. Bruce no contestaba y seguía mirando al frente. Alex se sentó junto a él y le cogió la mano—. ¿Me lo vas a decir o tengo que sacártelo apuntándote con un arma? Te recuerdo que mi padre es miembro de la Asociación del Rifle.

—No me lo recuerdes, por favor.

Ella sonrió divertida y esperó de nuevo. ¿Se podía llegar a ser tan paciente? Bruce la miró a los ojos y decidió ser sincero, quizá serlo con ella lo ayudara a desenredar el malestar que lo

atenazaba desde ese día a primera hora.

—Elena.

—¿La chica española? —Bien sabía Alex que era ella, pero no quería demostrarlo. No tenía razones para creerlo, pero el hecho es que lo hacía: desde que ese nombre había salido en alguna conversación hacía mucho tiempo, tenía la sensación de estar compitiendo con un recuerdo en muchos aspectos de su relación. Elena era todo lo poco que había hablado de ella Bruce y todo lo mucho que había callado sobre ella. No le importaba, rara era la persona que a sus edades no tuviera algún fantasma guardado en el armario.

—Ajá. —Bruce jugueteaba con sus dedos, los enlazaba y los desenlazaba.

—¿Y qué quería?

—Pues no lo sé, teníamos la reunión y le dije que no podía atenderla. Se quedó en la sala de espera y luego me fui.

—¿Te fuiste? —preguntó Alex. Bruce asintió sin pizca de culpabilidad. Al contrario, sentía un poco de satisfacción por la contrariedad que pudiera haber sufrido Elena al saber que él se había marchado—. Y lo hiciste queriendo. —Él volvió a asentir con el rictus serio—. ¿Y te arrepientes?

—No. —Fue rotundo y eso le gustó a Alex.

—Pero te tiene pensativo.

—Por un lado, tengo curiosidad por saber qué puede querer de mí a estas alturas.

—¿Quizá volver contigo?

—Oh, no, eso queda totalmente descartado, Alex. —Bruce se levantó y se puso la ropa interior y los pantalones con brusquedad—. Ella tiene a su marido, del que está profundamente enamorada y… —Se dio cuenta del desarrollo de sus argumentos y los intentó redirigir—. Más bien creo que tiene que ver con temas de trabajo, estará aquí por algo relacionado con eso y se ha pasado a testar el terreno.

—Y eso te molesta. —Alex no estaba, ni por asomo, tan tranquila como quería hacer ver, un sentimiento extraño de celos mezclado con enfado y sorpresa le recorría las venas. Le molestaba que la aparición repentina de aquella mujer hubiera afectado de un modo tan extraño a Bruce porque ni siquiera tenía que haberlo molestado. De hecho, si esa mujer había venido por temas laborales, ¿por qué la había evitado? Ella misma podía soportar tratar en un plano laboral con hombres con los que había tenido relaciones. Bruce lo sabía y no lo veía mal. Pero a él lo molestaba. Y la molestia no es trivial.

—Me molesta porque Elena quiso desaparecer de mi vida completamente, confundió interés con acoso, cambió incluso de datos de contacto. Por Dios, cambió hasta de número de teléfono, ¿quién hace eso?

Bien, Alex no sabía nada de lo que le estaba contando Bruce, pero no le parecía lo suficientemente importante como para que, después de tanto tiempo, se viera tan afectado.

—¿No crees que después de tanto tiempo no tendría que molestarte tanto?

—A lo mejor. —Bruce metía su corbata en el cuello de la camisa y la colocaba bien con movimientos expertos y autómatas. Alex tenía razón, cómo no—. Pero no puedo controlarlo, ¿vale?

—Claro, claro… —Alex se levantó y comenzó también a vestirse, pero ella con un pantalón liviano y una camiseta ancha de la Universidad de Nueva York.

—Lo siento, Alex. —Y Bruce se acercó a ella y le rodeó la cintura para atraerla y hablarle tan cerca que casi susurraba—. Ha sido una sorpresa, eso es todo, se me ha removido algo que no…

—Esa explicación no me deja más tranquila, precisamente.

—¿Ahora vas a venir con dudas?

—¿Soy yo la que tengo dudas? —Alex lo miró a los ojos con decisión.

—Cariño, Elena no me ha hecho dudar, me ha hecho recordar un momento que me dolió muchísimo y que me produjo mucha… ¿ira?

—Vale. —Le dio un beso contundente con el que esperaba zanjar un tema que creía que no debía dar más de sí. No le apetecía seguir escarbando en él. Se separó y fue a abrir la ventana de la habitación, de repente todo el ruido del tráfico entró de lleno en el espacio y la tibia luz del anochecer también—. Bueno, ¿todo listo para mañana?

—Sí, en una hora llegan los del *catering* al ático.

—Perfecto. ¿Necesitas que esté allí?

—No, puedo yo, solo van a descargar material y algo de mercancía.

—Bien, así podré adelantar algo del trabajo que me he dejado a medias esta mañana. —Puso las manos en jarra y lo miró sonriendo.

Y Bruce se alegró de que aquella sonrisa le produjera un ardor lo suficientemente potente como para coger a su novia y sorprenderla haciéndole el amor vestidos, sobre la cómoda de la habitación.

14

A LA NOCHE MÁS LARGA…

Cuando encendí la luz de la mesita de noche, di por inaugurada la que sería la noche más larga de mi vida, al menos en los últimos tiempos. Ya habían existido muchas noches más largas de mi vida, pero siempre que llega una nueva parecía que lo era más que la anterior. Así que me tumbé en mi cama con una opresión en el pecho difícil de disipar.

Carmen ya me había dado las últimas noticias sobre Alicia: había entrado llorando en el cole y había salido riendo a carcajadas. Toda una novedad, solía entrar y salir llorando. Me alegré de que avanzara sin estar yo allí para verlo; igual que cuando dio sus primeros pasos y fue también Carmen la que la soltó por el suelo blando de un parque infantil; o cuando dijo *mamá* y fue Nuria su destinataria; o cuando pidió pipí por primera vez en plena operación pañal y de nuevo fue Carmen a quien se lo pidió. Solté una carcajada y me tapé los ojos; seguro que, si todo iba bien y Bruce empezaba a conocer a Alicia, sería a él a quien llamaría primero en caso de emergencia.

De repente sonó el teléfono, me incorporé como si el muelle de una caja sorpresa me hubiera impulsado por el trasero y se me aceleró el pulso y la respiración. Alargué la mano hacia el móvil e identifiqué una videollamada de Carmen.

—Hola, Carmen, ¿qué tal? —Intenté sonar amable, pero era difícil teniendo en cuenta que casi se me sale el corazón por la boca. El órgano más importante de mi cuerpo había tenido que volver a recolocarse en su sitio con premura para que no muriera del susto.

—Que Alicia quiere hablar contigo, que dice que te echa de menos.

Sonreí y esperé a que la enfocara.

—Mamá, quiero contigo. —Estaba medio llorosa y llena de mocos. El pelo le caía en greñas por la cara, casi no le podía ver los ojos.

—Ya lo sé, mi vida, pero estaré ahí enseguida, el tiempo pasa rapidísimo.

—No, mamá, el tiempo es lento… como un caracol. —Seguramente estarían hablando de animales en el cole, me sorprendió la analogía y me llenó de orgullo. Inspiré hondo.

—Y a veces es rapidísimo como una liebre.

—¿Una liebre?

Vale, no habían llegado a la liebre.

—No importa. Dile a la abuela que te recoja ese pelo, ¡pareces una loca!

Se rio y le vi la mella en las paletas que hacía que ceceara cada vez que hablaba.

—No parezco loca, mamá, soy una princesa.

—Sí, claro.

—Elena, te dejamos, vamos a almorzar.

—De acuerdo. Alicia, te quiero mucho.

—Yo te quiero, mamá.

—¡Cuelgo, Elena!

Y la imagen de Carmen y Alicia se quedó congelada durante unos segundos antes de que desapareciera de la pantalla del móvil. Pues iba a ser que Alicia sí que me quería bastante. Nunca lo había dudado, pero que te lo recordaran de vez en cuando era muy sano.

Enchufé el cargador y conecté el móvil. Ya no tenía nada más que hacer, había hablado con todas las personas con las que tenía que hablar, excepto con Bruce, y solo me quedaba esperar. Miré alrededor, no tenía ganas de leer, no me veía con la concentración necesaria para ello. ¿Netflix? Podría intentarlo, una serie o una película ligera que me entretuviese, no quería dormirme todavía, confiaba en mi instinto y mi instinto me decía que Bruce me iba a llamar. Seguro que sí. Ya lo imaginaba hablando con Megan, sabiendo de mi visita de por la tarde. Ella le daría mi número y él se pondría en contacto conmigo, aunque no esperaba que lo hiciera con un tono afable, ya me había dejado claro que eso no iba a pasar. Tampoco yo podría ser todo lo simpática que había previsto, era imposible pasar por alto que me dejara tirada, y encima delante de gente. Aún conservaba un poquito de orgullo que, para qué engañarnos, tenía pensado pisotear si con ello conseguía algo.

La próxima vez que fui consciente de la hora eran las tres y media de la madrugada. Me despertó un fuerte deseo de orinar. Creo recordar que, en mi sueño, iba al baño y vivía uno de esos momentos de satisfacción difícil de explicar, pero que todos conocemos. Casi me lo hago en la cama. Me levanté como una exhalación y viví la satisfacción en la realidad. Sonreí a gusto hasta que divisé, sentada en la taza del váter, el reloj electrónico que presidía la mesita de noche, junto a mi cama. Las 03:34. Las tres y treinta y cuatro. Había dormido del tirón dos horas y media, había decidido cerrar los ojos porque ya me escocían y la película de Netflix no me ofrecía la suficiente diversión como para que me compensara dejarlos abiertos, pero no me imaginaba que el estado en el que se encontraban mis nervios me permitiera tenerlos así más de quince minutos seguidos. Con las manos todavía húmedas después de lavármelas y secármelas, me abalancé sobre el móvil, que descansaba conectado al cargador. Lo encendí como una posesa. En la pantalla de bloqueo no aparecía llamada perdida alguna, pero igual Bruce podía haberme mandado un mensaje, y mi móvil, quizá por lo barato que me había salido, no indicaba en la pantalla de bloqueo notificaciones más allá de las llamadas perdidas. Intenté desbloquearlo con la huella digital, lo hice tantas veces y tantas veces no se desbloqueó que temí que se quedara bloqueado para siempre. ¿Cómo era el patrón? El placer que me reportó hacer pipí hacía unos minutos había desaparecido tan rápido que no sentía sino ansiedad y disgusto. Por fin logré desbloquear el teléfono y me zambullí en las notificaciones: eran mensajes de Nuria y Ana, que habían pasado la tarde juntas y me habían enviado un álbum completo de su recorrido por el centro de Madrid. Reprimí el impulso de tirar el fastidioso cacharro a la pared, no en vano lo iba a necesitar y eran artilugios caros, incluso el más básico. Volví a enchufarlo en el cargador, a pesar de estar la batería al cien por cien, y me tumbé sin pizca de sueño.

05:48. Las cinco y cuarenta y ocho. Cuando el sueño se mostró esquivo al cerrar los ojos aquella segunda vez, decidí coger el *e-book* y prometerme que no miraría el móvil nunca. Dudaba que Bruce se pusiera en contacto conmigo a esas horas, pero también dudaba de que mi instinto hubiera fallado tanto y de forma tan estrepitosa, así que me imaginé a Bruce dando vueltas en la cama, preso de la curiosidad, mandándome un mensaje y citándome a primera hora de la mañana. Porque, inevitablemente, él habría hablado con Megan para que esta le hubiera

facilitado mi nuevo número. Eso era indispensable. El libro contaba la historia de una mujer de mediana edad, unos cincuenta años, que revolucionaba su vida porque estaba harta de lo que esta era hasta ese momento. Leer este tipo de historias siempre me había gustado mucho, a veces me sentía identificada con las protagonistas; otras, era imposible que yo hubiese actuado de esa forma. Aunque quién era yo para juzgar a nadie si teníamos en cuenta mi propia historia. No me estaba enganchando o quizá es que no fuera el momento adecuado. Cerré el *e-book* y pensé incrédula que a lo mejor había llegado algún mensaje y que no había saltado la notificación. Cogí el móvil y en esta ocasión me leyó la huella a la primera, al menos había tenido la delicadeza de hacerlo. Y, efectivamente, nada.

Me tumbé y me puse de lado, mascando la angustia.

07:00. Las siete en punto. Abrí los ojos un segundo antes de que sonara la alarma. La desconecté y, como si fuera un robot, me levanté y me fui al baño. Me esperaba una mañana apostada en la puerta del despacho de Bruce. Definitivamente mi instinto había fallado, capullo y mil veces capullo.

15

LE SIGUE UNA MAÑANA IGUAL DE LARGA

Megan me dio la bienvenida con un café.

A las siete y media, yo ya estaba en el vestíbulo de StoryVision, y a las siete y cuarenta y cinco, le sonreía a Megan agradeciéndole que se acordara de mi gusto por un café caliente y no por ese mejunje frío que los bostonianos toman a todas horas.

—Si quieres, ve a la cafetería a por un dónut. —Me lo recomendó con un atisbo de lástima en su tono, pero yo no presté atención a ese aspecto e intenté parecer lo más digna posible.

—No, gracias, he traído algún que otro *croissant* del bufé libre del hotel.

«Y hoy no voy a irme de aquí ya pueda estar reventándome la vejiga», pensé.

También había liado un par de bocadillos con chacina de pavo en servilletas y los había metido en el bolso junto con una botella de medio litro de agua. Iba bien pertrechada para realizar un asedio como Dios manda, pegada a la puerta del despacho de Bruce. Bruce, cómo había cambiado su imagen en mi cabeza en las últimas doce horas. Si no me hubiera hecho pasar la noche que me había hecho pasar, a lo mejor no estaría tan enfadada. Pero el cansancio y el estupor se mezclaban en mi interior en un combo difícil de gestionar. Mi mente había trazado un camino que iba desde la comprensión inicial al enfado más monumental que yo había experimentado en mi vida. Y ahora sí podía decir que nunca había estado tan molesta. Molesta, menudo eufemismo, nunca antes había albergado tanta ira contra una persona, y era porque Bruce me había tratado así deliberadamente. Podía entender que me guardara algo de rencor por aquello que pasó hacía cuatro años, CUATRO AÑOS. Pero de ahí a escapar de mí como un delincuente y obviar mi presencia… Si yo me había comportado como una niña pequeña hacía ya tanto tiempo, ¿cómo calificaría él su propio comportamiento en aquellos momentos?

La butaca en la que me senté era de nuevo cómoda para una primera media hora, que es lo que las visitas solían aguardar como mucho antes de sus citas en el despacho del gran gurú de StoryVision. Pero deberían mirar aquel mobiliario si tenían pensado hacer esperar a la gente algo más de tiempo. O simplemente se trataba de una de esas estrategias psicológicas que tanto gustan en Estados Unidos, donde todo está estudiado al milímetro y puesto en práctica. ¿Habría alguna cámara oculta que estuviese grabando cada uno de mis movimientos? Si era así, desde luego el guarda que las estuviera observando tendría tema de conversación cuando llegara a casa, porque a mí los nervios me provocan picores. Me pica la cabeza, la espalda, un muslo, el cuello. El peor picor, sin duda, el del cuero cabelludo, parece que tengo piojos y no puedo evitar frotarme el pelo. Cada vez que movía una mano en dirección al foco del picor, los ojos de Megan se desviaban de su pantalla y me miraban, me tenía controlada; si seguía así, podría describir

exactamente en qué momentos y en qué lugares de mi cuerpo me había rascado durante toda la mañana cuando Bruce la llamara y le exigiera un informe completo de mi visita.

También cruzaba y descruzaba las piernas continuamente. Si bien los vaqueros no son la prenda más cómoda para tener las piernas cruzadas, sin duda mi tendencia natural es esa, y cada vez notaba que se me dormían las piernas con mayor rapidez. ¡Cómo echaba de menos mis *leggins* de limpiar la casa! A última hora, había tenido un impulso y había guardado esos vaqueros en la mochila de mano que viajó conmigo en la cabina del avión. Ya me los había puesto la tarde anterior y, en la habitación del hotel, cuando tenía que elegir entre la falda, el pantalón de *jogging* con el que había volado y esos vaqueros, decidí que este último era la mejor opción. Lo hice pensando en mi imagen, presentarme en pantalón de *jogging* —un pantalón de chándal de toda la vida, para qué vamos a engañarnos— no cabía en mi cabeza. Ahora sí, sí que cabía el habérmelos puesto, sobre todo cuando ese vaquero de tiro alto se me clavaba en las ingles y preveía como una adivina la próxima infección de orina que me iba a provocar. Por mucho que levantara el culo y estirara las perneras, no había forma de arrancarlo de mi entrepierna. Pagar para facturar una maleta donde guardar más ropa apareció en mi mente como un maná, porque era pagar por tener libertad. De todas formas, no había solución, así que allí estaba: en vaqueros, con una camiseta de manga corta de rayas blancas y rojas, mis botines de tacón y mi bolso, que más que bolso era un saco.

En las siguientes tres horas, perdí la cuenta de las veces que Megan había atendido el teléfono. Iba llenando las páginas de un cuaderno que mantenía abierto sobre la mesa y tecleaba y clicaba con el ratón de forma tan eficiente que me tenía maravillada. Noté cuando llamó Bruce porque su tono cambió de forma tan evidente que luego sus intentos por disimular fueron en vano. Alcé los ojos y los clavé en ella, quería que supiera que sabía con quién estaba hablando. Cuando colgó, manejó el ratón aleatoriamente, hasta yo podía darme cuenta de eso, e hizo tiempo antes de levantar la cabeza y llamarme. Yo la esperaba con los brazos cruzados, abrazando el bolso. Había perdido el dominio sobre mi gesto, así que no puedo decir con qué cara recibí sus palabras.

—Elena, acaba de llamar Bruce. —Megan se inclinó sobre su mesa, apoyando los antebrazos en ese cuaderno en el que anotaba todo.

—Sí, ya me he dado cuenta, estaba esperando a ver qué me decías. —No quería mentir, quería que fuera consciente de mi incomodidad, aunque ella no tuviera ninguna culpa de la situación.

—Definitivamente no va a venir esta mañana.

—Ajá. —Asentí pensativa.

—No es por ti, aunque le he dicho que estabas aquí, claro.

—Claro. ¿Y esta tarde? —inquirí con un poco de desconfianza; había algo que no me estaba contando, pero no me importaba, a mí lo único que me interesaba, llegados a ese punto, era encontrarme con Bruce a solas durante, al menos, cinco minutos, o menos, solo el tiempo necesario para contarle que tenía una hija en España. ¿Cuánto podía llevar eso? ¿Treinta segundos? Pues treinta segundos.

—¿Cómo? —Megan estaba contrariada.

—Que si esta tarde va a venir. —Yo también me había inclinado hacia adelante y apretaba mi bolso con mi pecho sobre las piernas.

—Pues no sabría decirte con precisión, pero me atrevería a confirmarte que no. Tiene planes para esta noche y…

—O sea, que es posible que esta tarde sí que se pase por aquí en algún momento, aunque sea

por poco tiempo.

—Tiene asuntos, claro, siempre tiene asuntos. Y algún que otro documento que firmar, pero nada que no pueda esperar a mañana.

—Vale. —Me recliné de nuevo en la butaca y saqué uno de los bocadillos de chacina que llevaba en el bolso.

—¿Vas a comer aquí?

Asentí con la boca llena.

—¿Te importa? —le pregunté después de tragar como pude el primer bocado ayudada por un sorbo de agua.

—No, claro que no.

—Sí te pediría que no le dijeras que sigo aquí esperándolo. Si tiene previsto pasarse por el despacho, aunque sean diez minutos, no quiero que cambie de planes. ¿Puedes hacerme ese favor? —Y le pegué otro bocado al bollo, a esas alturas había perdido toda la vergüenza.

—Claro, pero yo sí que me voy a ir a…, a la cafetería.

—Adelante, yo me quedo aquí. —Y sonreí con los carrillos inflados.

Vaya que si me iba a quedar, como que me llamaba Elena. Antes de que se fuera, saqué mi *e-book* y busqué otra lectura, no tenía ganas de seguir las disyuntivas vitales de una mujer diez años mayor que yo. Quería algo que me hiciera reír, quizá era un buen momento para releer a Marian Keyes.

Cuando calculé que Megan había cogido el ascensor, salí corriendo al baño, nunca he hecho pipí tan rápido como ese día.

16

ADIÓS, ORGULLO

Cuando Megan se plantó ante mí con gesto circunspecto, supe que el edificio iba a cerrar sus puertas sin que Bruce apareciera por allí.

—Que me des su teléfono es inviable, ¿verdad? —dije mientras me levantaba y recogía mis cosas. No me había atrevido a hacerle esa petición antes, sabía que era ponerla en un aprieto, pero a situaciones extremas, medidas desesperadas.

—Sabes que no puedo. —Ella se colgó su bolso y salió de la pequeña sala con la velocidad ralentizada de quien sabe que la siguen.

—¿Al menos me puedes decir si sigue viviendo en el mismo sitio? —le pregunté. Su rostro se contrajo y vi alarma en sus ojos. ¿Qué ocurría?—. ¿Tampoco puedes hacer eso?

—Supongo que es muy importante eso que quieres decirle.

Si esperaba que le confirmara lo que ella ya sospechaba, iba lista, no había viajado miles de kilómetros para cambiar mis planes por muy grandes que fueran los obstáculos.

—Sí, es muy importante. —Y callé y miré al frente mientras avanzábamos por el pasillo hacia el ascensor, dejando atrás oficinas y salas vacías. Se había ido todo el mundo. Estoy segura de que ella apuró hasta el último momento por mi presencia. Aun así, no claudiqué y seguí manteniendo mi silencio.

—No, no te puedo confirmar si vive o no en el mismo lugar. Lo siento, Elena.

Debí haberlo adivinado, Megan no iba a traicionar la confianza de su jefe. La entendía, pero me enfurecía.

—Claro.

Estuvimos en silencio todo el trayecto en ascensor. Estuve a punto de decirle que tendría que comprobar si el ático donde había pasado uno de los días más espectaculares de mi vida seguía siendo propiedad de Bruce, pero me callé. Podría contárselo a él y desaparecer de nuevo sin dejar rastro. Llegamos a la puerta del edificio.

—Bueno, muchísimas gracias, Megan. —Y le di un abrazo—. Por todo.

—¿Qué vas a hacer? —Disimulaba muy mal, se le veía la curiosidad a la legua. Yo esperé tener mejores aptitudes para la interpretación.

—Irme al hotel, estoy agotada. Además, mi vuelo sale mañana a mediodía, necesito descansar —le conté, y Megan asintió comprensiva—. Buscaré su correo corporativo y le escribiré lo que tengo que decirle, no se me ocurre otra cosa.

—Esa es una buena idea. —Sobre todo, porque ese correo lo gestionaba ella misma.

—Quién sabe, a lo mejor me lo cruzo de camino al hotel, sería una gran casualidad, ¿verdad?

—Seguro. —Megan me acompañó en la risa, bien sabía ella que eso no iba a ocurrir nunca.

—Gracias por todo de nuevo. —La abracé una segunda vez y nos dimos dos besos.

—Me ha alegrado mucho verte, Elena.

Me fui en dirección al hotel, porque realmente era allí adonde iba, pero no por mucho tiempo. Solo el suficiente para pasar por la habitación, arrancarme los vaqueros, descansar con las piernas estiradas y desnudas sobre la cama mientras hablaba con Ana, Nuria y Carmen; buscar el ático de Bruce con Google Maps, ponerme de nuevo desodorante, los vaqueros y salir pitando.

—Ya he encontrado el edificio donde está el ático.

Ana me miraba desde la pantalla con los ojos entornados.

—De verdad, no pensaba que la parte más difícil de todo esto iba a ser precisamente tener la oportunidad de estar a solas con él cinco minutos.

—Ni yo. Pero ya he pasado por el desánimo en las horas que lo esperé delante de la puerta de su despacho, así que no voy a comerme más la cabeza con eso.

—Mamá, escríbele un correo y ya está, no se merece tanto esfuerzo. —Nuria había empujado a su tía para quedar bajo el foco de la cámara del móvil.

—No te voy a preguntar qué haces con tu tía otra vez cuando deberías estar ayudando a la abuela —le dije, y su suspiro fue tan fuerte que pude casi sentir su aliento en mi cara—. Como comprenderás, no he hecho un viaje tan largo para terminar mandando un mensaje, eso lo podría haber hecho sin salir de Madrid.

—Es que me da coraje que tengas que caer tan bajo. —Desde luego mi hija mayor no se cortaba un pelo y era una experta en hacer sentir maravillosamente bien a cualquiera que estuviera a su alrededor. Nótese la ironía.

—No creo que ir a su casa sea caer tan bajo. —Pero lo dije con la boca pequeña, porque yo también opinaba que era un extremo cuanto menos controvertido—. Os tengo que dejar, me voy.

—¡Ponte colonia! —me gritó mi hermana, y yo sonreí.

—Se merece que vaya oliendo a sudor, la verdad. Pero me he duchado de nuevo, he acabado con las existencias de braguitas en mi maleta.

—Vale, suerte. Llama o manda un mensaje con lo que resulte, sea la hora que sea, ¿de acuerdo?

—Lo haré. Os quiero.

Nos lanzamos mil besos con la mano y colgamos las dos a la vez. Ahora la que suspiré fui yo, qué ganas tenía de coger el avión al día siguiente: fuera como fuera, el tiempo pasaría, como lo hizo la noche anterior; y ocurriese lo que ocurriese, yo estaría en el aire en menos de veinticuatro horas.

Cuando cerré la puerta de mi habitación, efectivamente mi orgullo yacía bajo la cama de dos por dos; podría haber lugares peores para ello, así que intenté obviar el dolor y la humillación que me producía tener que ir a la casa de Bruce para acorralarlo. Los botines me oprimían los pies, pero había decidido seguir dando un poco de prioridad a mi imagen, no se podía dar la información que tenía entre manos vestida como si fuera a andar por el parque. El sonido amortiguado de mis tacones en el enmoquetado suelo del pasillo y la cadencia que me impuse me infundieron ánimos: había cruzado el Atlántico con un propósito, y si bien ya no me encontraba en condiciones de asegurar al cien por cien que lo iba a cumplir, al menos sí haría todo lo que estuviera en mi mano para ello.

17

ADRENALINA

El taxi tardó veinte minutos en llevarme desde el hotel a la dirección que había conseguido por Internet. Si las dudas jugaban con mis neuronas y no las dejaban estar seguras de haber encontrado el lugar correcto, en cuanto llegamos a la entrada del gran edificio, las tranquilicé porque sí que era la casa de Bruce. O la que había sido su casa hacía cuatro años.

La misma fachada, el mismo toldo protegiendo la entrada, las mismas luces en los arcos exteriores y, a través de las puertas acristaladas, el mismo vestíbulo revestido de mármol. Lo único diferente era la gran actividad que bullía, gente entrando y saliendo, personas vestidas de fiesta, otras claramente trabajadoras de un *catering*. Y el conserje, lejos de aquel aspecto sosegado que mostró la primera vez que lo vi, sentado tras su mostrador, con gesto serio y sereno, sonriendo y dando las buenas noches con un tono amable y condescendiente a los vecinos del edificio. Ahora estaba de pie, junto a la puerta de entrada, o junto a los ascensores, o junto al mostrador, o atendiendo al teléfono. Lo sé porque estuve observando toda la escena como diez minutos antes de impulsarme hacia el interior con paso firme y decidido, intentando pasar desapercibida, como si fuera lo más natural del mundo que yo hiciese ese recorrido. Como siempre, fracasé.

—Perdón, perdón. —El conserje me llamó y levantó una de las manos mientras con la otra aguantaba el teléfono en la oreja—. Espere un momento. —Habló unos segundos más y colgó. Luego se apresuró hacia mí—. ¿A qué piso va? —El hombre hablaba en inglés, claro, y yo hacía todo lo posible por poner la mejor cara que tenía, la de «Entiendo todo lo que me estás diciendo». Sorprendentemente, sí que lo hacía. La conversación tampoco era muy complicada, así que no quería enorgullecerme tan rápido.

—Al último. —Disimulando mi acento extranjero, no quise dar más información de la necesaria por si le metía una patada al idioma, probablemente lo haría, y también porque igual si decía el nombre de Bruce Campbell, podía saltar con alguna excusa o decirme que ya no vivía allí. Y eso tenía que comprobarlo por mí misma.

—Viene a la fiesta, entonces. —Y me observó de arriba abajo. Por suerte, no me había dejado llevar por el despecho y no me había embutido en mi chándal, pero desde luego no estaba arreglada para una fiesta de la categoría de los vestidos que había visto pasar junto a mí antes de entrar.

—Sí, soy de… —Dejé la frase inacabada, volviéndome y extendiendo un brazo de forma vaga, señalando sin hacerlo directamente a un par de camareros que se apresuraban a coger el ascensor. No quería mentir, mentir está fatal, mentir es un pecado muy grande que me podría

llevar ¿dónde? ¿A la cárcel? En Estados Unidos se las gastan muy mal por una simple imprecisión, he visto muchas películas donde ocurre eso: encarcelada por una media verdad. O eso pasaba de verdad o los guionistas de este lado del charco tenían una imaginación muy truculenta. De todas formas, yo podría aducir confusión en el idioma ante el juez.

—Ah, perfecto, si puede, confírmeme cuando llegue si ya está todo lo necesario arriba o si tengo que esperar alguna llegada más de material. Llámeme al teléfono del mostrador, por favor.

Moví la cabeza en lo que el conserje pudo interpretar como un asentimiento y, junto a una sonrisa beatífica, susurré lo que se podría haber entendido como un «OK»; algo que me dolió en el corazón, porque ese hombre estaba haciendo su trabajo y yo no iba a llamarlo nunca, aunque, a decir verdad, no entendí muy bien para qué tendría que llamarlo.

Enfilé el camino hacia los ascensores e intenté refugiarme en el sonido de mis tacones en el suelo de mármol: era poderosa, sabía a lo que iba, tenía un objetivo e iba a cumplirlo. ¡Una fiesta! ¡Iba a aparecer en una fiesta! En el peor de los casos, el ático no sería ya propiedad de Bruce y haría un poco el ridículo, lo justo para comprobar que los que vivían allí eran otras personas y salir por piernas sin mirar atrás. En el mejor de los casos, haría mucho el ridículo presentándome a una fiesta sin ser invitada exigiendo hablar con el anfitrión, porque si la fiesta se celebraba en el ático de Bruce, él era el anfitrión de la misma. A lo mejor precisamente ese aspecto, que hubiera una fiesta en su casa y que él fuera el anfitrión, me garantizaba su presencia. No iban a ser las circunstancias más propicias para mi anuncio, pero la situación ideal ya se dio hace un par de días y él la desestimó de forma grosera. Así que tendría que apechugar con las consecuencias.

Bajé los párpados y los apreté con fuerza en cuanto las puertas del ascensor se cerraron. Temblar se había convertido en un estado demasiado usual en mí y, a pesar de eso, no podía disimular el movimiento de mis manos, de mis piernas, el temblor que asolaba mi anatomía entera. La adrenalina me corría por la sangre, podía sentirla saltando y derrapando en las curvas de mi cuerpo; siempre me pasaba lo mismo cuando me ponía nerviosa: imaginaba el fluido rojo como una riada sin control, chocando y arramplando con todo lo que hubiera a su paso. Me latía el pulso en la cabeza, creí que sería capaz de sufrir un desmayo allí mismo, mientras ascendía todo aquel edificio magníficamente alto. Entonces me encontrarían los invitados de esa fiesta, los camareros del *catering* o quien fuera que tomara primero el ascensor, y se llevarían un susto de muerte. Llamarían a una ambulancia y, mientras llegaba y no, Bruce saldría de su ático. Y Bruce, vestido con un traje especial de fiesta, quizá un chaqué de un negro intenso, azabache, con camisa blanca bien almidonada y corbata… de color, con corbata de color. Bueno, no, que va de chaqué, corbata también negra. Pero para nada parece que va a un funeral, claro. Bruce, vestido con chaqué, se interesaría por lo que estaba ocurriendo y me vería tendida en el suelo del ascensor. Él se encargaría de acompañarme al hospital y tendría que hacerse cargo de todos los gastos sanitarios… Al llegar a este punto, decidí dejar de imaginarme historias, no tenía dinero para hacer frente a un percance de salud de esa envergadura y no podía asegurar que Bruce me pagara las facturas hospitalarias. Seguramente la seguridad social de España pagaría, sí, pero no me había informado sobre el tema y ya tenía suficiente con lo que iba a enfrentarme como para encima tener que investigar también ese otro procedimiento.

Sin darme cuenta de que llegaba a mi destino, la puerta se abrió en el vestíbulo del ático y yo dejé escapar todo el aire que había estado aguantando desde la planta baja. Desde luego, si no me desmayaba por los nervios, lo haría por ahogamiento.

18

¿ESTÁ BRUCE, POR FAVOR?

La puerta estaba cerrada cuando llegué al vestíbulo, aunque la música y el jaleo de copas, conversaciones y risas llegaban a través de las mismas paredes. Se filtraba todo el sonido, los vecinos tenían que estar contentos con aquella fiesta, a no ser que estuvieran también invitados. Aquello estaba tal y como lo recordaba: los mismos macetones, aunque con flores diferentes; los mismos cuadros en las paredes, que me volvería a llevar para decorar mi salón. Eso me hizo sentir algo de seguridad. Tengo que reconocer que se me pasó por la cabeza, como un rayo, un chispazo breve, brevísimo, el deseo de que Bruce ya no fuera el morador de aquel piso. De repente no quería, no quería verlo ya; me sudaban las manos, pero tenía frío. Saqué la rebeca que llevaba hecha un gurruño en el bolso y me la puse. Cuando me di cuenta de que había identificado el vestíbulo —como si pudiera ser otro lugar y no ese— y de que había hecho todo lo posible por acomodar mi bienestar corporal, y también de que ya no me quedaba nada más por hacer que postergara el momento de llamar a la puerta, di un paso al frente y pulsé tres veces el timbre.

No sé si pensé que la puerta se iría a abrir inmediatamente, era imposible que en medio de todo aquel jaleo pudieran escuchar el timbre. Así que volví a intentarlo, esta vez dejé el dedo pegado al pulsador durante quince segundos, más o menos. Y entonces la puerta se abrió de sopetón y yo me encontré con una mujer de dos metros de alto, vestida con un conjunto de pantalón negro y camisa blanca que debía de costar más que mi viaje de vuelta a Madrid. Llevaba una efectiva cola de caballo en lo alto de la cabeza que le estiraba el rostro y hacía su gesto aún más severo de lo que ya debía de serlo de por sí. Su sonrisa inicial, imagino que de bienvenida, se tornó en un fruncido de labios al observar mi atuendo. Adivinó que yo no era ni invitada ni trabajadora y se preguntaba quién demonios era yo y qué hacía allí en una noche como esa.

—*I need to talk to Bruce, Bruce Campbell* —le espeté la frase que tenía ensayada desde que me subí en el taxi delante de mi hotel. Se la lancé a la cara como un *boomerang*, antes de que me diera con la puerta en las narices. Por su expresión, entendí que sabía de quién le hablaba. Bien, Bruce seguía viviendo allí.

—*It’s impossible. Now…*

No la dejé acabar y me metí en el piso apartándola con un brazo. Me sorprendió lo fácil que me resultó hacerlo. Más bien lo fue porque ella no se esperaba que una mujer pequeña y de aspecto frágil como yo pudiera atreverse a desafiar su autoridad y su cuerpo. Yo sé jugar mis cartas y detrás de mi sonrisa amable hay determinación. También desesperación, para qué

engañarnos.

—He dicho que quiero ver a Bruce Campbell ahora mismo. —Le hablé en español, pero me dio lo mismo. Lo dije alzando la voz y echando un vistazo a la sala diáfana que era el ático de Bruce.

Habían retirado los muebles y ahora aquello era el escenario de un cóctel extraordinario donde hombres y mujeres vestidos con sus mejores galas se mezclaban en perfecta sintonía. Vestidos largos de brillo, otros cortos con piernas larguísimas sobresaliendo de ellos, chaqués, trajes hechos a medida, hablaban entre sí con gusto. Armonía era la palabra exacta para todo ello. Me sentí de repente fuera de lugar. Bueno, no es que me sintiera, es que estaba fuera de lugar, muy fuera de lugar, a decir verdad. Intenté no prestar atención a mi ansiedad porque, llegados a ese punto, estaba a un paso de hiperventilar, necesitaba una bolsa de papel a mano, pero a falta de bolsa bien me serviría una copa de champán que le cogí al vuelo a uno de los camareros que pasó junto a mí y se dirigía a la cocina, convertida en un maravilloso centro de operaciones desde donde salían bandejas llenas de canapés y copas con champán y vino. Era como estar en un libro: todo lo que imaginases estaba. Los ojos se me salían de las órbitas intentando localizar ansiosamente a Bruce; estaba allí, entre ese montón de gente guapa, pero todos iban vestidos igual, era como buscar a Wally, pero en lugar de con una camiseta de rayas, todos llevaban chaqueta negra y camisa blanca. Pude vaciar la copa de un trago antes de que la señora alta de ojos de dragón me cogiera de un brazo. Me hizo un daño horroroso porque me clavó las uñas. La miré sorprendida y me percaté de la manicura francesa perfecta y agresiva que llevaba. Y esas uñas seguían haciéndome daño.

«¿Qué hace? ¡Me hace daño!», no fue mi intención hablar tan alto. Mi plan había sido deslizarme, suplicar entre susurros mi deseo ferviente de hablar con Bruce Campbell, que él saliera del rincón donde estuviera escondido, decirle lo que tenía que decirle y marcharme lo más rápidamente posible sin provocar mayores escándalos. Pero el daño que me estaba infligiendo aquella mujer era infinito, me dejaría marca, si no cicatrices para toda mi vida. Cada vez que mirara mi bíceps, recordaría el momento en que una desconocida clavó sus uñas de dos centímetros de largo en mi carne.

La sargento comenzó una retahíla en inglés que fui incapaz de entender, solo sé que me empujaba con una fuerza inusitada hacia la puerta de entrada. Yo me resistía, había llegado muy lejos como para acabar fuera del piso de Bruce de esa forma. En mi mente ya imaginaba pasarme toda la noche sentada ante la puerta del apartamento, y si me echaban de allí también, lo haría en el vestíbulo del edificio o incluso en la calle. Mi avión salía al día siguiente a mediodía, en algún momento podría ver a Bruce, ¿no? En algún momento, él se dignaría a hablar conmigo, ¿verdad? Fue inevitable que varias cabezas se voltearan hacia nosotros. Dejaron de mirar unas imágenes que estaban apareciendo acompañadas de música instrumental en una pantalla gigante colgada de la pared frente a los ventanales de la terraza. Alguien se movió con destreza y llegó hasta nosotros.

—¡Megan! —«Mala persona», estuve a punto de decirle, de escupirle mis malas vibraciones hasta que se sintiera poseída por la negatividad de mis sentimientos.

—¿Qué haces aquí?

—¿Aún lo preguntas?

—*Please, Cameron, let me…*

¿Cameron? Con razón estaba tan enfadada con el mundo que la rodeaba, llamándose Cameron no podía ser de otro modo. Le eché una mirada contundente, deseándole todo el mal que pudiera

sobrevenirle. Me arrepentí al instante, quizá solo que se rompiera una pierna, algo que le impidiera actuar con total autonomía durante un tiempo.

—Necesito hablar con Bruce, ¿puedes ir a buscarlo, por favor? —Me frotaba el brazo con cuidado, podía ver una gota de sangre traspasando la manga de la rebeca, ¡sería bruta Cameron! Podría ir a denunciarla por agresión.

—Dijiste que te ibas al hotel. —Hablaba bajito pero enfadada. Me llevaba poco a poco hacia la puerta, aunque tampoco estábamos muy lejos de ella, así que no era muy difícil hacerlo.

—Y tú dijiste… —Suspiré—. Tú no dijiste nada en realidad. No lo voy a repetir otra vez: necesito hablar con Bruce, es tan importante que he viajado desde Madrid solo para hablar con él. No creo que sea muy difícil entenderlo.

—Elena, esta es la fiesta de compromiso de Bruce, se casa dentro de seis meses.

Fue como si me golpearan con un bate de béisbol, me quedé conmocionada. Su fiesta de compromiso. No era un sentimiento de decepción, yo no esperaba nada de mi relación con Bruce. Fue un sentimiento de oportunismo, de llegar en mal momento, de injusticia para él. De repente, todo el odio que se había generado dentro de mí por el comportamiento de Bruce en las últimas cuarenta y ocho horas se esfumó como por arte de magia porque él solo trataba de seguir adelante con su vida. Y su vida ahora era aquello: tenía una mujer con la que se iba a casar y una fiesta que atender. No tenía tiempo para asuntos del pasado.

—Vale, vale… —Respiré hondo, a pesar de todo, yo estaba allí y no siempre se puede elegir el momento—. De todos modos, necesito hablar con él, no puedo irme de aquí sin hacerlo.

Me planté en la puerta, de ahí no pasaría hasta que Bruce no se presentara ante mí. Pero no hizo falta que Megan fuera a buscarlo, se materializó en toda su anatomía delante de nosotras. Solo cuando me tapó algo de la luz que despedían las lámparas del techo, me di cuenta de que ya no estábamos solas.

19

BRUCE

Alex estaba preciosa y Bruce no podía dejar de pensar en Elena. Se sentía culpable porque todo lo que ocupaba sus pensamientos esa noche, precisamente esa noche tan importante para su vida y para la vida de Alex, fuera otra mujer. Pero disimulaba muy bien, era capaz de hacerlo desde que era un adolescente y se peleaba con su hermano, nunca le dejaba ver lo que realmente sentía para que no pudiera utilizarlo en su contra. Estrategias de hermano pequeño, no podía blindarse de otro modo. Luego lo había ayudado en su carrera profesional. No imaginó que tendría que utilizarlo en su vida personal.

—La fiesta es estupenda. —Su madre se tomaba una limonada en la terraza y él la acompañaba con una copa de champán.

—Me alegro de que te guste, mamá.

Observaban las luces de Boston ensimismados, había dejado que Alex y los demás se fueran a ver el vídeo que había preparado la organizadora de fiestas para homenajearlos a él, a Alex y a su relación.

—Supongo que, cuando te cases, dejarás este ático.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Porque no es un sitio para crear una familia. —Su madre le chocó hombro con hombro y se dejó caer sobre él.

—Yo veo muchas familias viviendo en este edificio.

—Pero los niños necesitan espacio para correr.

—¿Niños? —Bruce se rio con ganas y se despegó de ella para observarla desde arriba—. Vas muy rápido, mamá. Alex no quiere tener hijos, al menos por ahora, su carrera está despegando. Te lo digo para que no seas pesada y no saques el tema cada vez que nos veas.

—Menos mal que tu hermano ya nos ha dado dos nietos, si no, no sé qué sería de mí.

—No seas exagerada. —Y le dio un beso en la mejilla—. Vamos a ver el vídeo.

Cuando se dio la vuelta, dejó la copa en una de las mesas altas que había distribuidas por la terraza y vio lo que estaba pasando en la entrada del piso incluso antes de iniciar la marcha. Se colocó delante de su madre para tapar la escena y luego la dejó junto a su padre. De camino hacia la puerta de su apartamento, notó como la temperatura de su sangre subía unos grados, podía sentir las burbujitas que explotaban de puro calor. Qué difícil esconder ya lo que sentía en ese momento, pero qué difícil. Se quitó de encima a uno de sus sobrinos, que lo asaltó a mitad de camino, con toda la amabilidad que pudo, en qué momento se le ocurrió a su hermano que una fiesta de compromiso por la noche era lugar para un niño de cinco años; saludó a uno de los

invitados de sus suegros, que había cogido directamente una botella de vino y estaba dando buena cuenta de ella él solo en una mesa en mitad del salón; cogió él mismo otra copa de champán de una bandeja que volaba a la altura de sus ojos y se la bebió de un solo trago. Dejó la copa en la isla de la cocina y llegó a la puerta de su piso.

—Elena, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Tres pares de ojos se volvieron hacia arriba: los de Cameron —esa mujer lo desconcertaba, pero tenía que reconocer que era buena en lo que hacía—, los de Megan y, como no podía ser de otra forma, los de Elena.

Debía haber imaginado que Elena no se rendiría. Si quería hablar con él, haría todo lo que fuese necesario, todo lo que esa imaginación de guionista que tenía, de buena guionista, le sugiriera para hacerlo. Desde que Megan lo informara de que había pasado todo el día apostada en la puerta de su despacho, se temió que pudiera pasar aquello, encontrarla también en su casa. Pero Megan le había asegurado que Elena se había ido al hotel a descansar. Ya tenía planeado acudir a primera hora a aquel hotel, desayunar con ella y que le dijese «lo que coño tenga que decirme de una puñetera vez». Verla irrumpir en su fiesta de compromiso y montar el numerito lo enfureció.

—Que qué demonios estás haciendo aquí, te digo. —Casi lo silabeó y vio el cambio de gesto en Elena: fue de la sorpresa inicial a la determinación final, pasando por la inseguridad. Seguía siendo un libro abierto, podía leer en ella tan fácilmente que un latigazo de nostalgia lo zarandeó por dentro. Aplastó ese latigazo.

—*Mister Bruce, I got this*. —Cameron manoteaba e intentaba coger, esta vez de una forma más suave, el brazo de Elena; ella lo apartó de un tirón.

—No, Cameron. Vete, por favor. —Bruce no se dio cuenta de que estaba hablando en español y ante la inmovilidad de Cameron, repitió—: *Go away, please*.

Cameron se fue con la cabeza gacha, seguramente estuviera pensando en las opiniones negativas que podría tener en la página de Google si aquello llegaba a saberse. Comenzó a dar órdenes y a volcar su frustración con los camareros del *catering*. Algunos de ellos no volverían a trabajar con ella en la vida después de esa noche.

—Tú también, Megan.

—Vale, Bruce. Lo siento.

Megan se retiró apresurada y desapareció en el salón.

—Y ahora, Elena, si no te importa, estoy en la fiesta de mi compromiso.

—Sí me importa, Bruce. Siento mucho haber irrumpido así de esta forma, pero has sido tú el que me ha obligado a venir aquí, me has ignorado durante estos últimos dos días. No me digas que Megan no te ha contado nada.

—Sí, me ha contado. —Pero no estaba dispuesto a decirle que iría a verla al día siguiente.

—¿Y?

El desafío que le provocaba aquella mujer lo exasperaba y espoleaba al mismo tiempo.

—Y espero que te vayas porque, me vas a perdonar, no estás invitada a esta fiesta y no quiero montar ningún espectáculo. —Se acercó para decírselo a un nivel tan bajo que solo ella notase el tono acusador y despectivo de sus palabras.

—No me iré de aquí hasta que no te diga lo que he venido a decirte.

—Oh, ya no me interesa nada de lo que puedas decirme. ¿Qué quieres? ¿Trabajo? Lo siento, no tengo vacantes.

La cogió del brazo y él sí tuvo la fuerza y la determinación suficientes como para sacarla por

la puerta.

Pero Elena impidió que la cerrara plantando un pie en el suelo y haciendo fuerza con el hombro. Rebuscó como una posesa en su bolso, ese bolso tan grande que podría guardar incluso un cadáver. Bruce la dejó hacer, a ver en qué terminaba toda aquella actuación. Ella sacó su móvil, lo manipuló unos segundos y le plantó la pantalla delante de sus narices.

20

CORRE

¿Trabajo? ¿Pensaba que yo había venido a pedirle trabajo?

Cuando me dejó más allá de la puerta de entrada, vi la posibilidad de que todo saliera mal, vi tan cerca que no pudiera hacer lo que había venido a hacer cuando lo estaba rozando con la punta de los dedos, que planté bien los pies en el suelo y apoyé el hombro en la puerta. No se iba a librar tan fácilmente de mí, oh, no, claro que no.

Me sumergí en el bolso, pero yo ya no veía nada, solo podía adivinar lo que había por el tacto: la cartera, el pasaporte —que tendría que haber dejado en la mochila, a buen recaudo en la habitación del hotel—, un paquete de pañuelos, un cuaderno, bolígrafos, la caja de las gafas de sol, un paquete de chicles y otro de caramelos, la botella de agua de medio litro casi llena —por eso pesaba tanto el bolso—, ¡Dios! ¿Iba a tocar todo el contenido del bolso antes de localizar el móvil? ¿Así se estaban alineando los astros en mi contra? ¡Maldito todo! Por fin di con ese artilugio rectangular, ahora solo faltaba que fuera capaz de desbloquearlo y buscar, sí, buscar rápidamente…

—¿Ves esto? —Le planté la pantalla del móvil delante de sus narices. Me sorprendió escucharme esa voz de loca, algo aguda y desesperada. ¿Estaba yo así de verdad? Parecía que sí.

—Sí, lo veo… —Sonó algo reticente, desconfiado. Noté que aflojó la fuerza con la que intentaba cerrarme la puerta—. Es una niña preciosa, ¿y?

—Es tu hija, Bruce, se llama Alicia y tiene cuatro años.

Soltó la puerta definitivamente y yo casi me caigo hacia adelante al seguir ejerciendo fuerza y no encontrar ya resistencia. Noté como mi respiración mantenía un ritmo acelerado, correr una maratón no habría exigido tanto a mis pulmones.

—¿Qué coño me estás diciendo, Elena?

Bajé el móvil y suspiré cansada. Sentía como la adrenalina se estaba evaporando como cubitos de hielo al sol y solo quedaba un charco, el charco del bajón, incluso me mareé un poco.

—Lo que estás escuchando. Para eso he venido, para decírtelo y…

—¿Bruce?

Oh, esa debía de ser su novia. Qué mujer más guapa, era tan alta como él. El brillo de su vestido no podía competir con el brillo de su mirada, ¡ay, el brillo de las miradas que se dirigen a Bruce! Debe de ser algo propio de él, sin duda, todas las miradas hacia Bruce tienen brillo. Se la veía feliz. Cuánto sentía aguarle la fiesta.

—Sí, sí, Alex, voy… —Noté que Bruce no podía reaccionar, era el momento.

—Yo me marcho.

Estaba agotada, tan agotada que no sabía qué hacer, mi cabeza no era capaz de gestionar más planes; si pudiera, me deslizaría entre las sábanas de mi cama dos por dos del hotel, aquella bajo la que quedó pisoteado mi orgullo. Lo recogería y lo mimaría un poquito antes de volver a Madrid, porque lo que había pasado en las últimas cuarenta y ocho horas lo había vapuleado hasta tal punto que lo tenía en la UCI.

—No puedes irte ahora. —Bruce me cogió del brazo.

—¿Bruce? —Alex, qué nombre más bonito, nada que ver con Cameron. Ella me miraba con curiosidad, pero algo me decían sus ojos que me aseguraban que sabía quién era yo. Eso estaba muy bien, había que ser sinceros en las relaciones.

—Sí, me voy ahora. Mi vuelo sale mañana a mediodía, si quieres, desayuna conmigo, ahora tienes una fiesta que atender. —Intenté impregnar mi voz de sentido común, modulé el tono y esbocé una media sonrisa incómoda.

Pero no me dejó ir tan fácilmente, creo que fue la presencia de Alex la que provocó que aflojara la mano con la que me tenía retenida del brazo, y aproveché para zafarme y salir pitando. No podía arriesgarme a esperar el ascensor, así que abrí la puerta de emergencia y me dispuse a comprobar cuán cansado era tomar las escaleras para bajar del ático de un casi rascacielos. Bajé apresurada, con la ansiedad de nuevo atenazada en mi respiración y en mi presión sanguínea, atenta a cualquier sonido que pudiera advertirme de que me estaban siguiendo y rezando para que no le hubiera dado a él por coger el ascensor y esperarme abajo. La montaña rusa en la que estaba montada amenazaba con dejarme lista de papeles, seguramente ese vaivén anímico me saldría caro más adelante. Con respecto a Bruce, confiaba en que tuviera dos dedos de frente y se quedase en casa arreglando mi follón. Por una vez, mis súplicas fueron escuchadas, logré salir del edificio ante la atónita mirada del conserje, que tuvo la acertada idea de dejarme ir sin preguntarme nada.

Deambulé por Boston un rato antes de entrar en un McDonald’s y pedirme un Big Mac gigantesco que tapara el gran agujero que se había formado en mi interior.

21

COMO LA M…

Me sentía como la mierda. Toda la euforia que me había embargado por haber conseguido mi objetivo se fue desmenuzando hasta desaparecer y solo me quedaba la tristeza. Cómo podía algo salir tan diferente a como lo había planeado. Era presuntuoso esperar que las cosas se dieran exactamente como había proyectado, pero ¿de verdad tenían que hacerlo tan a las antípodas de mis planes? Busqué extender un poco más esa sensación de alivio, pero ya no. Saqué el móvil y, al desbloquearlo, la imagen de Alicia me sorprendió, había olvidado que había dejado la galería abierta por la fotografía que le había enseñado a Bruce. Mi niña, tan guapa, tan pequeña, tan inocente. Ahí esbozaba una de esas sonrisas pícaras que solía regalarnos cuando se salía con la suya, que era casi siempre, porque mimar a la pequeña de la casa se había convertido en deporte, y tenía serias dudas de lo conveniente que podía ser eso para su educación, pero ¿cómo controlar a una abuela abnegada que veía a Alicia como su razón de vivir después de perder a su hijo; a una hermana que se había agarrado a ese bebé cuando su padre desapareció; a una tía que vivía con ella su maternidad frustrada, y a una madre que la tenía por un pequeño milagro que había salvado sus vidas en un momento en el que estas se iban a pique? Cargar a una niña tan pequeña, en realidad, cargar a cualquier persona, con aquellas responsabilidades era injusto y contraproducente, pero ya nos veríamos obligadas a cambiar el rumbo de nuestra relación con ella, ahora no era el momento, desde luego.

—¿Qué comes? —Ana estaba al otro lado del teléfono. Habíamos decidido meter las facturas telefónicas en el presupuesto dedicado al segundo punto de la lista porque sabíamos que íbamos a necesitar tener un contacto continuado sin prestar atención al céntimo. Ya nos lamentaríamos luego.

—Un Big Mac. —Yo le hablaba con la boca llena, aunque a ella no le había sorprendido en absoluto que hubiera elegido un McDonald’s para ahogar mis penas.

—¿Y saben igual que aquí?

—Absolutamente sí, ir a un McDonald’s es lo más fiable que te puedes encontrar en cualquier parte del mundo. —Cogí una patata y la mojé en mayonesa—. Y conociéndome, necesitaba algo seguro ahora mismo.

—Por fin, ¿verdad?

—Por fin, ya lo solté, ya puedo volar tranquila mañana, he hecho mi trabajo. —Solté el trozo de patata que casi había estado a punto de engullir, de repente me había quedado sin apetito. Y todavía me quedaba media hamburguesa.

—¿Tienes ganas de decirme cómo ha sido?

—Te diría que no, pero no tengo opción.

—Siempre me lo puedes contar mañana o cuando vuelvas a casa… —Pero notaba la expectación en el tono de su voz.

—No sería capaz de hacerte eso. —Escuché su suspiro de alivio y luego el silencio—. Estaba en su fiesta de compromiso.

—¿Cómo?

—Pues sí, fue todo muy violento, ahora tengo mis dudas, a lo mejor tenía que haberme ido, pero sufrí un cortocircuito y ya no fui capaz de…

—Vale, vale, vale, Elena, hiciste bien.

Ana me apoyaría aunque le hubiese dicho que había tenido que matar al conserje del edificio para poder acceder al ascensor. La quería tanto…, se me empañaron los ojos, aunque yo sabía perfectamente que todo aquello que me pasaba, las ganas de llorar, el sentimentalismo, era provocado por el carrusel de emociones en el que me había subido cuando embarqué en el avión.

—¿Lo dices en serio, Ana? —Intentaba bajar la voz porque ya había algunas cabezas que se habían vuelto hacia mí. Era muy curioso cómo, sin quererlo, terminaba llamando la atención allá adonde fuera.

—Sí, garantizado. No podías actuar de otro modo, tu avión sale en ¿cuánto? Unas horas solamente, no sabías si ibas a poder verlo de nuevo, es más, todas las señales que te ha dado hasta ahora son que no ibas a volver a verlo nunca más. No podías hacer otra cosa, tenías que aprovechar el momento.

—Tenía que aprovechar el momento. —Recuperé el apetito y le di otro bocado a la hamburguesa, aun así, no la estaba disfrutando como normalmente hacía. Continué con la boca llena—. Antes de que pudiera terminar de echarme de su casa, le estampé el móvil con una fotografía de Alicia en las narices y le dije que esa era su hija de cuatro años.

—¡Hostia!

Ya sé que no pudo reprimir la reacción, pero no me ayudó en absoluto.

—Qué bruta, lo sé, lo sé… —Dejé la hamburguesa de nuevo en su cajita y la miré con hastío.

—No disponías de tiempo, hermana, no te martirices más.

—Tengo ganas de estar ya metida en ese avión volando a casa, es más, tengo ganas ya de estar en casa con vosotras, esto es un asco, odio Boston, odio Estados Unidos.

Una lágrima se me escapó y reprimí las otras, porque como empezara, no acabaría nunca, y no me imaginaba a la gente que tenía a mi alrededor consolándome. Más bien, los miraba con desconfianza, aquella ciudad ya me provocaba una aversión que empañaba las buenas sensaciones que me había dejado en mi primer viaje. Y no solo por lo que pasó el último día.

—Ten cuidado con lo que dices en voz alta por ahí, la gente en Estados Unidos puede ir armada, ¿vale? —Esa había sido una de las preocupaciones de Ana, incluso hacía cuatro años. Yo le dije que, bueno, todas las noticias de tiroteos que nos llegaban eran muy habituales, pero que si eso pasara todos los días, la población de Estados Unidos se vería mermada irremediablemente. Y no había signos de ello. Yo tenía mis recelos, para qué negarlo, pero no podía mostrarlos.

—Ana, dales un beso a todas y cuéntales tú, yo me voy al hotel a descansar. Igual mañana a primera hora tengo visita. Le dije a Bruce que lo esperaba para desayunar.

—Suerte.

—Ya. Te quiero.

—Y yo.

Colgué con el ánimo cayendo al subsuelo de Boston. Me dejé un cuarto de hamburguesa, pero terminé las patatas, tenía que comer y no veía nada mejor que esas patatas maravillosamente saladas.

22

HOLA, BRUCE

Cuando llegué al hotel, era ya muy de noche. Yo había perdido la noción del tiempo desde que salí del apartamento de Bruce. Deambulé por las calles no sé durante cuánto antes de encontrar una hamburguesería abierta y después tardé la vida en salir de ella. Quería que las horas pasaran rápido y sabía que, si volvía a mi habitación, no lo harían en absoluto. Cuando un vagabundo entró a merodear entre las mesas del restaurante y se quedó mirando el trozo de hamburguesa que yo me había dejado, se lo ofrecí y supe que era el momento de irme. Salí de allí demostrando más seguridad de la que realmente sentía, porque estaba muy oscuro y había poca gente en la calle, pero no tuve que recorrer mucho trayecto aferrada a mi bolso, encontré un taxi enseguida. Las luces de los semáforos y de las farolas y de las tiendas que las mantenían encendidas para que sus escaparates siguieran atrayendo miradas no me robaron el corazón ni un minuto. En mi fuero interno estaba tan agotada que cuando el conductor me dijo el importe, creo que le di diez dólares más y no esperé ni la vuelta. Él se lo tomaría como una muestra de la generosidad extranjera, yo lo vi como un medio para no quedarme más tiempo dentro de su coche.

Enfilé el camino hacia los ascensores esbozando una pequeña sonrisa hacia el mostrador de recepción. ¿Era un hombre o una mujer quien asintió devolviéndome el saludo? Miré el reloj del móvil: la una menos cuarto de la madrugada. Ya estaba segura de que no iba a dormir, así que tendría tiempo de sobra para hilvanar el discurso que le iba a soltar a Bruce al día siguiente en el desayuno. Las circunstancias eran tan diferentes a las que yo había imaginado, que el original se había quedado obsoleto y tendría que hacerle muchos cambios si quería seguir manteniendo una relación cordial. A esas alturas, casi se me había olvidado que me había dejado plantada de forma horrenda. Casi. Y es que estaba muy segura de que vendría y nos tomaríamos un café juntos por la mañana.

Cuando se cerraron las puertas del ascensor a mis espaldas en la tercera planta, zambullí mis manos en el bolso. Me coloqué la botella de agua bajo el brazo, guardé el pasaporte en mi bolsillo trasero, cuantas menos cosas tuviera por medio, más rápido encontraría la tarjeta para abrir mi puerta. Recorrí todos los rincones de mi saco de piel y entonces recordé que la había guardado en el bolsillo con cremallera, para una vez que hacía las cosas bien… Justo cuando la rescaté de su escondite y giré la esquina que daba al pasillo donde se encontraba mi habitación, justo en ese momento, levanté la vista y lo vi. A él. A Bruce.

Por una vez, la moqueta tenía una consecuencia positiva: había amortiguado mis pasos y Bruce no se había percatado de mi presencia. Y yo pude quedarme allí, bien a gusto paralizada por la sorpresa, chequeando a mil por hora todas las opciones que tenía a mi disposición. Entre

las que no se encontraba de ninguna de las maneras salir huyendo.

También pude observarlo a placer y me odié por sentir un chasquido de excitación en mi bajo vientre porque yo no había ido a Boston a ver renacer mi sexualidad. Se había cambiado, ya no llevaba ese traje que le quedaba maravillosamente bien, ahora lucía unos vaqueros oscuros que envolvían sus piernas y le sentaban igual de bien. ¿Había venido en manga corta? Con esa fina camiseta de algodón debía de haber pasado frío de camino al hotel. Y ese pelo cayéndole a medias por la frente y esa vista concentrada al frente, como si en la pared hubiera un misterio que hubiera que solucionar. Estaba apostado delante de mi puerta, sentado con la espalda apoyada en ella, imposible entrar sin ser vista. Me acerqué con cuidado.

—Hola, Bruce —saludé. Él levantó la cabeza como un resorte y se puso en pie de un solo impulso—. No te esperaba hasta mañana.

—No podía esperar a mañana.

—Ya. —Retiré la mirada, no podía mantenérsela durante más de un segundo seguido, me hacía demasiado daño; de repente me sentí muy cansada. ¿Podría pedirle que volviera para el desayuno?

—No me pidas que vuelva mañana porque no me voy a ir de aquí. —Se calló para que asimilara lo que acababa de decir. Era frustrante que supiera en todo momento qué era lo que pasaba por mi cabeza. Quería cerrar mi libro y abrirlo solo cuando yo quisiera, con quien yo quisiera. Ni Arturo supo nunca leerme tan bien como lo hacía siempre Bruce—. ¿Entramos?

Carraspeé y pasé por delante de él y aproveché para inspirar hondo el aroma que desprendía su cuerpo. El cansancio se acentuó todavía más. Al cuarto intento para abrir la puerta, Bruce me cogió la mano y me quitó la tarjeta, la sangre se me acumuló entonces en la cabeza.

—Déjame a mí.

De un solo intento, la puerta hizo clic y se abrió. Me dejó pasar antes y luego me siguió y cerró.

23

BRUCE

Bruce habría salido corriendo detrás de una Elena que se escabulló como una ladrona por las escaleras de servicio. No tuvo el valor ni de esperar el ascensor, ¿cuánto se creería que podía tardar en llegar? ¿El tiempo suficiente como para que él pudiera dejar la fiesta de su compromiso con alguna excusa plausible? Cualquier disculpa sería mala, nadie deja la fiesta de su compromiso sin una razón verdaderamente importante y desde luego no era factible desvelarles a todos aquellos invitados, entre los que se encontraban sus propios suegros, que se iba porque acababan de comunicarle que era padre de una criatura de cuatro años. Por Dios, ¿estábamos locos o qué?

Su cabeza empezó a funcionar como el gran gestor de proyectos que era, y antes de que la puerta que daba a la escalera de servicio se cerrara del todo, después de que Elena hubiera desaparecido por ahí, ya estaba organizando los pasos que daría a continuación. Le dijo a Alex que fuera, por favor y sin preguntas, a su habitación, que él iría enseguida. Localizó a Megan de un solo vistazo al salón, la vio charlando, o haciendo como que charlaba, que la conocía demasiado bien como para saber que estaba dejando pasar el tiempo suficiente para escabullirse ella también en cuanto pudiera, y con una sola mirada le comunicó que la necesitaba en la cocina. Notó como se ponía rígida y acudía a donde le decía con rapidez. Megan, siempre tan servicial y eficiente.

Tuvo que lidiar con su madre, que, como toda madre, se había dado cuenta de que en la puerta del ático estaba pasando algo ajeno a la fiesta y quería enterarse de qué era. La mujer que había visto de pasada ¿no era aquella que trajo a casa hace unos años? Él le sonrío y no le mintió: «Sí, es ella, mamá, ha venido de visita, pero no sabía que estaba dando esta fiesta, así que se ha ido». Tuvo que acallar las preocupaciones que lo acuciaban, porque el encuentro no había tenido nada de amistoso y eso se dejó traslucir en cada uno de los gestos que acompañó al numerito. No la convenció, pero al menos la apaciguó.

Entonces se reunió con Megan en la cocina, mientras el resto de los invitados continuaban tomando champán y charlando relajados. Relajados, qué palabra.

—Dime qué ha pasado —la abordó bruscamente, aunque bien sabía él que Megan no tenía la culpa de nada.

—Lo que ha pasado es lo que tenía que pasar, te he estado informando de todos los movimientos de Elena desde que la vimos aparecer en la puerta de la sala de reuniones. Sabías que había estado todo el día esperándote delante de la puerta de tu despacho, tengo que reconocer que esto, en el fondo, no me ha sorprendido en absoluto.

Bruce la miró y sabía que tenía razón. No era de los que descargaban su frustración en terceras personas, pero si bien es cierto que Megan lo había mantenido informado al punto de todo eso que ella había dicho, no le había trasmitido la urgencia ni el nivel al que podría llegar la situación.

—¿Sabías algo de lo que me ha dicho?

Le sorprendió el silencio de su asistente. ¿Realmente lo sabía y no le había dicho nada? Ella no había estado en el impactante momento en el que Elena le estampó el móvil en la cara y le dijo que tenía una hija de cuatro años en Madrid, aun así su rostro demostraba todo lo contrario.

—Bruce, podía sospecharlo, sumé dos más dos. Pero no tenía confirmación de ningún tipo, ella no me lo confesó y lo intenté, le di a entender que podía confiar en mí y que me olía lo que había venido a hacer aquí. Pero no soltó prenda. Y yo no soy una chismosa.

—Podrías haberlo sido en este momento.

—No era mi papel compartir contigo un chisme que me imaginaba.

—Aun así, podrías haberme advertido de que no era trabajo lo que estaba buscando.

—Y te dije, si lo recuerdas bien, que creía que lo que te tenía que contar era algo diferente a eso.

Bruce calló, Megan tenía razón. Megan siempre tenía razón, pero en su obcecación, quiso creer que Elena estaba desesperada por conseguir trabajo, había un rumor creciente sobre el posible *spin-off* de *Carmen* y qué casualidad tenerla en la puerta de StoryVision justo el día de la primera reunión de producción.

—Sí, perdona, Megan. —Se pasó la mano por la cara—. ¿Tú crees que es cierto?

—¿El qué? ¿Que la niña que tuvo hace unos cuatro años es tuya? —preguntó, y Bruce asintió, con la esperanza de que la mujer que mejor lo conocía después de su madre lo negara—. Estoy absolutamente convencida. También creo que ha tenido fuertes razones para no contártelo antes, así que no vayas a desplegar toda tu ira, porque hay asuntos que no son ni blancos ni negros. Y mira que Elena nunca ha sido santo de mi devoción.

—Lo sé.

—¿Vas a ir a hablar con ella ahora o mañana?

—¿Tú qué crees?

—Pues mejor te cambias, que con esas pintas parece que vas a celebrar que eres padre en lugar de a descubrir por qué demonios no lo has sabido mucho antes.

Bruce sonrió.

—Gracias, Megan.

—De nada. Ahora ve a hablar con Alex, la he visto meterse en tu cuarto con la cara desencajada.

—Yo la he mandado allí.

—Pues no tardes más en ir. Yo me marcho. —Megan cogió su móvil y lo manipuló unos segundos. Antes de levantar la vista, el móvil de Bruce emitió un par de pitidos—. Te he mandado los datos de contacto de Elena y dónde está alojada, es el mismo hotel que la primera vez.

—No sé por qué, pero me lo había imaginado.

Megan le dirigió una mirada enigmática, le dio un beso en la mejilla y se fue.

Cuando Bruce abrió la puerta de su habitación, Alex observaba la noche a través de las grandes cristaleras, se abrazaba el cuerpo con ambos brazos y ni siquiera se giró al escuchar que su novio entraba.

—¿Es cierto lo que ha dicho esa mujer?

Bruce podía observar el reflejo de Alex en el cristal, pero no sabría distinguir si había llorado. Lo dudada, Alex no era una mujer muy dada a los dramas.

—No lo sé, es lo que tengo que averiguar ahora —dijo mientras se acercaba y se colocaba justo a su espalda, con las manos metidas en los bolsillos, sin querer tocarla.

—¿Y tú qué piensas? ¿Crees que es cierto?

—Sí, lo creo. —¿Valía la pena mentir? ¿Decirle que era imposible saberlo, que hasta que no se hicieran pruebas de ADN no era factible dar como ciertos unos hechos como aquellos? ¿Aludir a términos del derecho, de los que ella sabía más que él, para darle una patada hacia delante al problema? Definitivamente no. Y él conocía tan bien a Elena que desde el momento en que le puso el móvil delante de los ojos con la fotografía de aquella niña pequeña en la pantalla, sabía lo que le iba a decir a continuación.

—Esa mujer…

—Esa mujer no mentiría con algo como esto.

Entonces se volvió.

—¿Vas a ir a hablar con ella?

—Sí.

—Bien, ve. Yo me ocupo de la fiesta.

Alex se movió hacia un lado para esquivarlo y él se llevó la mano derecha al bolsillo de la chaqueta. Allí palpó la pequeña caja que contenía un anillo de compromiso brillante y sencillo, del gusto de Alex. El instante hubiera sido imperceptible para un espectador, para ellos fue elocuente: ni él sacó la cajita ni ella esperó que lo hiciera. Se cruzaron las miradas y Alex le dio un beso.

—Espero tu llamada, a cualquier hora, no creo que pueda dormir —le dijo, y él asintió, con los labios todavía ardiendo por el beso—. Y cámbiate, no es de recibo ir con ese traje a otro sitio que no sea tu fiesta de compromiso.

Habían sido dos las mujeres que le habían aconsejado cambiarse de ropa, les haría caso.

24

BRUCE

Le sorprendió no encontrar a Elena en su hotel.

Bruce llegó a la recepción y preguntó por ella. La chica se mostró reacia a decirle la habitación donde se alojaba Elena, así que él desplegó todo su encanto. Tampoco le sirvió de mucho y se vio obligado a desvelar quién era y que gracias a él, que enviaba a gente a alojarse allí todas las semanas, ellos podían mantener su trabajo. Con lo poco que le gustaba hacer uso de su poder y encima para que no le sirviera de nada porque la chica terminó llamando a su jefe.

El hombre, de unos sesenta años y que conocía de sobra a Bruce Campbell, lo observó a través de sus gafas redondas y accedió a hacer una llamada para ver si la huésped estaba en su habitación. Al tercer intento, su gesto se contrajo y levantó las manos. No podía hacer nada más. Si quería, podía esperarla en el vestíbulo del hotel. «No, gracias», Elena podía pasar a su espalda sin que ninguno de los dos se viera, no era buena idea. Tampoco lo era quedarse en la puerta, no había cogido nada de abrigo y tenía que reconocer que ir en manga corta por Boston no le traería nada bueno a su salud. Debía poder llegar a la puerta de su habitación y esperarla allí. Y él ya sabía la habitación de Elena: la 308, el número que el jefe de recepción había marcado hasta tres veces delante de él. Con la excusa de ir al baño, cogió las escaleras y, subiendo los escalones de dos en dos, se plantó delante de la habitación 308 con los nervios a flor de piel, ¿o era el frío el que provocaba que tuviera los vellos de punta? Llamó dos veces y confirmó que, efectivamente, no había llegado. ¿Dónde demonios se había metido? Mejor, así podría calmarse y respirar y pensar. Necesitaba pensar. Si pasaba mucho tiempo sin que Elena apareciera por allí, la llamaría al móvil, de momento dejaría que se sorprendiese a su llegada.

Entonces, se dejó caer en el suelo y apoyó la espalda y la cabeza en la puerta de la habitación. Intentó analizar sus sentimientos y se encontró tal batiburrillo que no sabría distinguir cuál era más fuerte que otro: sorpresa, enfado, ilusión. Si cerraba los ojos, podía ver la cara de aquella niña perfectamente. Y su pelo, un pelo largo y castaño. Y las pecas en la nariz, moteando incluso las mejillas. ¿Y los ojos? Juraría que los tenía de su mismo color, pero no le había dado tiempo a verla tan a fondo como le hubiera gustado. Hablar con Megan, con su madre y con Alex, todo le parecía ya accesorio, ahora solo quería hablar de esa niña y, si era posible, con esa niña. Esa niña era su hija. ¡Dios! Tenía una hija. Una niña de cuatro años. Por fin se había detenido y podía dar rienda suelta al torrente de sensaciones que le provocaba saber que era padre en esas circunstancias: desconcierto, expectación, emoción, impotencia. Si Alicia tenía esa edad, se había perdido los cuatro primeros años de su vida. Se había perdido a Alicia de bebé, se había perdido sus primeras palabras, sus primeros pasos. Se lo había perdido todo porque no le habían

dado la oportunidad de conocerla. Apretó los puños e inspiró con fuerza. Elena tendría que explicarle muchísimas cosas.

No tardó mucho en aparecer. Cuando lo llamó se puso en pie de un salto. Pudo adivinar que Elena no quería hablar. ¿Que no quería hablar? La que no tendría ahora oportunidad de elegir sería ella.

25

LA CONVERSACIÓN

Ni en mis peores pesadillas, la conversación que tenía que mantener con Bruce se había desarrollado en el espacio íntimo de mi habitación de hotel, con la oscuridad entrando a través de la ventana y con la luz de la mesilla de noche como único punto de luz. Hubiera querido encender la lámpara del techo, pero le di al pulsador equivocado y la inercia hizo que mi cuerpo pasara de largo y se sentara, sin yo planearlo, a los pies de la cama. ¿Dónde estaría ya mi autoestima? ¿Habría podido salir de allí debajo para ir rehabilitándose? Deseché pensamientos inútiles y observé como él tomaba asiento en la butaca frente a mí. Mientras yo hundí los hombros, él cogió aire y se inclinó hacia adelante, acortando distancias.

—Se ve que cuando quieres, eres capaz de verme. —Lo primero que me salió fue un reproche, un intento desesperado por ganar tiempo y posicionarme en una situación algo ventajosa. Meras estrategias de escape.

—¿De verdad vamos a empezar por eso? —Entonces se reclinó en la butaca y me miró entrecerrando los ojos—. Bien. Hace cuatro años, decidiste que no querías tener ningún contacto conmigo, tanto es así que cambiaste de teléfono y de dirección de correo electrónico. Eso fue, digamos, una niñería, porque yo podría haber dado con los nuevos en menos de lo que tardo en sentarme a la mesa de mi despacho, pero entendí tu deseo y lo respeté.

Bien, ahí iba mi primer fracaso, no era nada buena gestionando conversaciones.

—Gracias por hacerlo.

—De nada. —Su rostro iba tomando un cariz que yo no quería ver, estaba tan enfadado que su respiración se aceleraba, confirmando mi mal comienzo. ¿Acertaría en algún momento?—. Entonces, un día, te presentas diciendo que quieres hablar conmigo, ¿que quieres hablar conmigo? ¿De qué?, me pregunto y pienso que, bueno, que yo no tengo ninguna obligación de escucharte, perdiste toda la amabilidad con la que yo te pudiese tratar después de desaparecer de esa forma hace años.

Asentí como si yo fuera una niña pequeña a la que estuviera regañando.

—Confiaba en tu buena voluntad. —Mantuve un tono firme, aunque por dentro estaba temblando como una hoja. Me cogía las manos precisamente para que no notara ese temblor y para que no se extendiera a lo largo de todo mi cuerpo.

—¿Buena voluntad? ¿Por qué habría de tener buena voluntad?

—Nadie recorre miles de kilómetros para hablar con otra persona a no ser que sea algo importante.

—Dime, ¿sé algo de tu vida? ¿Cómo podía yo conocer que tu viaje era expresamente para

hablar conmigo? Podrías haberme enviado un correo electrónico, Megan los filtra y me lo habría hecho llegar.

—Y tú habrías puesto cualquier excusa para no verme, de hecho, me has demostrado que así habría sido.

—¿Y qué esperabas? ¿Que dejara todo lo que estuviera haciendo por ti?

Pues sí.

—No, claro que no, pero no que huyeras como un delincuente a la mínima que supiste que había dejado mi sitio en la sala de espera del vestíbulo.

—En eso tienes razón, sabía que habías ido a por algo de comer y que tendría el camino libre. Elena, no quería verte. Y sigo sin quererlo. —Qué dolor tan grande, qué humillación. Solo deseaba desaparecer. Me quedé muda—. Pero aquí estamos.

—Sí, aquí estamos. —Y no podía evitar sentir una atracción irrefrenable por él.

Bruce se mantuvo en silencio, había llegado mi turno, el turno de contarle mi historia. Me levanté y cogí aire, le di la espalda y me quité las botas. El dolor de pies no me dejaba pensar, sin embargo, no pude disfrutar de la profunda liviandad que sentí al hacerlo. Me volví y puse las manos en jarra. «Bien», comencé y lo miré a los ojos.

—Descubrí que estaba embarazada a los dos meses de volver de Boston. Te puedes imaginar mi sorpresa. Con cuarenta y dos años, me veía más cerca de la menopausia que de otro embarazo, pero ahí estaba yo, embarazada como una adolescente por un descuido imperdonable. Imperdonable. —Yo gesticulaba y andaba arriba y abajo, tratando de sacar fuera lo que no había sido capaz de sacar en los últimos cuatro años y medio, mirándolo fijamente haciéndolo partícipe de ese error imperdonable, porque él también había tenido que ver, mucho que ver—. Y decidí tenerlo. —Aumenté la intensidad de mi mirada, aunque, a decir verdad, no sabía cómo se hacía. Había leído mucho al respecto, había visto mucho de eso en las series, pero, por Dios, yo no era actriz, así que me limité a fruncir un poco el ceño y a hacer como que me podía introducir en su cabeza a través de sus ojos. No sé si lo conseguí—. Decidí tenerlo porque… —Carraspeé porque para mí llegaba una de las razones más importantes de toda aquella historia—. ¡Porque era tuyo, Bruce! Era tu hijo, ¿qué podía hacer? Claro que si hubiese abortado, mi vida hubiese sido más sencilla… ¡Muchísimo más sencilla!

—No me eches en cara lo difícil que ha podido ser tu vida desde entonces, no me diste la oportunidad de complicarme la mía. —No había un ápice de consideración en su tono. No la esperaba, bueno, un poco sí, incluso algo de lástima, por muy peregrino que fuera eso. Mejor lástima que ira, que yo no era una heroína de novela romántica.

—Pero es que no es tan fácil como eso, yo tenía una familia, ¿entiendes? Tenía y tengo una familia; tenía un marido al que quería, lo quería con locura, era el amor de mi vida, y él estaba enfermo. —Paré un segundo para coger aire y pensar en Arturo—. Enfermo de muerte, con los días contados, y nunca, bajo ningún concepto, iba a infringirle el daño que podía causarle mi traición. Nunca. —Sorbí por la nariz y solo entonces me di cuenta de que tenía las mejillas húmedas.

—Y a mí sí.

—Sí, a ti sí, tú no ibas a morirte, Bruce.

—Podría haberlo hecho.

—Y a mí podría haberme caído una maceta en la cabeza. Entiendes lo que te quiero decir, no finjas que no. —En algún momento, había reanudado mi marcha y entonces me detuve frente a él de nuevo—. Nuestra aventura fue maravillosa, llegaste exactamente cuando te necesitaba: te

pensé, te asimilé y te guardé como un tesoro dentro de mí, ¿vale? Me negué el sentirme culpable por concentrarme por una sola vez en mí y en mis necesidades. A lo mejor fui egoísta, no sé, es la única forma que encontré de seguir viviendo. No lo consideré nunca un error, como me dijiste en aquel cóctel en el que nos encontramos. Sigo pensando que no lo fue, de hecho, Alicia es…, bueno, Alicia es lo mejor que me ha pasado en la vida. —Vi como endurecía el gesto, nombrar a Alicia a esa altura de mi discurso no fue muy inteligente, pero ya no podía dar marcha atrás—. Bien, cuando decidí que seguiría adelante con el embarazo, aunque ahora puedo garantizar que nunca estuvo en duda, hice una lista.

—¿Una lista?

Me acerqué a mi bolso y cogí la cartera. Le pasé el papel manido, roto por los dobleces, y se lo di. Él lo agarró. Leía moviendo los labios, me senté de nuevo frente a él, a los pies de la cama.

—Arturo, Bruce y yo. Esas eran mis prioridades, me ocuparía de cada una de ellas en su justo momento, haciendo todo lo posible sin pensar en lo que pudiera ocurrir con cada uno de mis actos. —Podía hablar más alto, pero no más claro—. El primer punto era Arturo. El objetivo era que no sufriera, él no podía conocer la infidelidad ni tampoco que la hija que traía no era suya. No fue cobardía, te lo puedo garantizar. Yo debía absorber cualquier consecuencia de mis actos y no podía salpicarle, nunca, ni una gota.

—¿Qué hiciste?

—Le hice creer que Alicia era su hija. —Hablar llorando no era tan difícil como yo había pensado—. Yo no me acostaba con Arturo desde… —Hice un gesto con la mano quitándole importancia—. Tampoco hay que ahondar en fechas. Digamos que la quimioterapia y la enfermedad en sí no propiciaban los encuentros íntimos entre nosotros. Planeé un fin de semana en el que casi todo salió mal. —Me reí mientras me retiraba los mocos con la manga de la rebeca recordando aquella escapada a la sierra—. Estuve a punto de confesarle mi infidelidad y mi embarazo y que pasara lo que tuviera que pasar. Pero al final no hizo falta.

—Os acostasteis.

Asentí y sorbí por la nariz. Era mejor eso que dos velas de agüilla cayendo hasta mi boca.

—Y fue maravilloso. —No sé cómo podía sonar a los oídos de Bruce que yo le contara lo increíble que fue tener sexo de nuevo con mi marido después de meses en el dique seco, pero no mostró ninguna reacción. Se lo agradecí—. Fue maravilloso porque nos habíamos acercado de nuevo y fue maravilloso porque me permitió seguir adelante con mis planes. Me permitió no hacerle daño.

Por fin él se relajó y se reclinó de nuevo en la butaca. Inspiró hondo.

—*It must be extraordinary that someone loves you like that* (Debe ser extraordinario que alguien te quiera de ese modo) —susurró como para sí. También lo dijo en inglés, pero yo lo entendí perfectamente. Noté tristeza en su voz. ¿Y anhelo?

26

A TI TAMBIÉN, BRUCE

—¿Cuándo murió Arturo? —Bruce me sorprendió con esa pregunta. No creía que eso precisamente le interesara mucho, pero me dio esperanzas sobre su capacidad de aceptación y comprensión, respiré aliviada por primera vez en toda la conversación.

—Hará más o menos un año. —Pensé en contarle el proceso, cómo nos enteramos, cómo lo habíamos vivido, pero entonces identifiqué el verdadero motivo que le había llevado a preguntármelo: no era un interés genuino por cómo nos había ido la vida, sino cuánto me había llevado ocuparme del segundo punto de mi lista. Me di una palmada virtual en la frente y continué por el camino que él quería que recorriera—. Necesitaba darle tiempo a mi familia para que pasara el duelo. Había dos niñas que habían perdido a un padre, una madre que había perdido a su hijo, una cuñada que había perdido a un hombre que quería mucho y una esposa que se había quedado sin su compañero de vida.

Si le hice daño con toda esa explicación, no lo demostró. Permaneció impertérrito, respirando pausadamente. Yo esperaba que dijera algo más, pero no llegaba nunca y me dio la impresión de estar ante una televisión a la que le había quitado la voz y no me había dado cuenta de ello. ¿Estaría Bruce hablando y yo no lo escuchaba debido al *shock*? Ya eran demasiadas las veces que dudaba de mí misma. Me froté los pies, el uno con el otro, miré hacia abajo y suspiré. No, Bruce no iba a hablar.

—Bruce, tuve a ese bebé porque era tuyo. —Era algo que le había dicho ya antes, pero no sabía si esa afirmación se había perdido en la jungla de explicaciones que vinieron después. Era un dato importante, crucial, diría yo, como para que quedara en el limbo—. Cuando me senté a analizar mis opciones, vi que básicamente eran dos: tener el bebé o no tenerlo. Aquí no hay medias tintas, no puedes tener a un bebé a medias. —Esbocé una sonrisa, pero el humor no entraba en la conversación y yo me moría por encontrar alguna fórmula que aligerara un poco la tensión—. Y no tenerlo no fue nunca nunca, ¿me oyes?, nunca fue una de ellas. Solo había una alternativa, aunque eso pudiera dar al traste con mi matrimonio, con mi familia y, en última instancia, hiciera sufrir a Arturo. Bruce, nunca quise quedarme embarazada, pero, una vez que pasó, tú fuiste la principal razón que sostuvo la decisión de tenerlo.

Poco me faltaba para confesarle que a él también lo quería tanto como para sacrificar cosas en mi vida, como para seguir adelante con un embarazo que ponía en peligro mucho más que un matrimonio.

Pero Bruce seguía en silencio. No sabía qué pensaba, si era la calma antes de la tempestad, si me comprendía y estaba asimilándolo. Yo ya no podía con ese *impasse* que me estaba costando

la salud mental, si es que no la había perdido ya en esos cuatro años en los que había apostado fuerte por la inestabilidad emocional engañándome y engañando a todos. Qué complicada la senda de la sinceridad una vez que estás acostumbrada a esconderte detrás de las mentiras y las medias verdades y de la comodidad que resulta de guarecerse del frío de las verdades dolorosas. Pero alguna vez tenía que salir a la intemperie. Y menuda forma de hacerlo.

—Llegados a tu punto, la prioridad eras tú. —Respiré hondo y observé que toda la atención de Bruce se había desplazado de un punto indeterminado de la pared a mi espalda, quizá el cuadro de la cabecera de la cama que sí que era muy bonito, a mí—. Ahora me tocaba hacer todo lo que estaba en mi mano para resarcirte. Y lo primero era decirte que…

—Que tenía una hija de cuatro años de edad en Madrid. —Había decidido cortar mi discurso justo en ese momento, así que estaba enfadado, hablaba sin separar mucho los labios y entre dientes. No me asustaba, pero sí que me imponía estar atenta a cualquier movimiento, la ira puede aparecer de muy diversas formas.

—Sí. Lo primero era venir a verte y decírtelo.

—¿Y para eso tenías que esperar todo un año?

Suspiré, el tiempo era un tema que iba a necesitar más explicación de la que yo había pensado, y no quería que se quedase precisamente solo con ese dato, ¿no había escuchado lo que le había dicho después? Por favor, si solo me había faltado decirle que lo quería, que lo quería tanto que había puesto en peligro toda mi vida por él, por tener a su hija. Hasta puse en peligro mi vida, ¿es que no lo podía ver?

—Bruce, te lo he dicho, el duelo no se pasa en dos semanas, de hecho, todavía seguimos…

—Pero ¿un año? —Y levantó mi lista con desconcierto. Yo no me había dado cuenta de que aún la tenía desplegada y no dejaba de mirarla, como si esas tres palabras que la conformaban pudieran desvelarle mucho más de lo que yo le estaba contando.

—A ver —me vi obligada a desgranar los límites temporales que me había montado en la cabeza—, nos di seis meses a toda la familia para adaptarnos a la nueva situación. —Contaba con los dedos de una mano y era tanto para informarle a él de los tiempos manejados como para convencerme a mí misma de que había hecho bien al decidirlos de ese modo—. En esos seis meses, tuve que comunicar a la familia lo que estaba a punto de hacer, no fue fácil. —Su expresión me advirtió de que no fuera por ahí, que no fuera fácil para mí no significaba nada para él, ya me lo había dejado claro. No sé por qué, pero yo recordaba a un Bruce más comprensivo. Igual el tema no era el apropiado para ser comprensivos, negué con la cabeza y continué—. Luego, un viaje a Boston no se planea en dos días. —Me miró arqueando una ceja, ¿a él le iba a venir con que un viaje a Boston no se organiza en dos días? ¿Un hombre acostumbrado a viajar por todo el mundo y a veces de forma inesperada? Acabé por el meollo de la cuestión, lo que él estaba esperando desde el principio de su pregunta—. Y tenía que poner el asunto en manos de abogados, claro.

—Claro. —Se dio una palmada en el muslo y se levantó exasperado.

—Bruce, yo no te exijo nada. Es más, si quieres seguir con tu vida aquí y obviar mi visita, yo… —También me levanté y ahora le hablaba a su espalda.

—Estarías más que agradecida si hiciera eso, ¿verdad? —Se volvió y me miró directamente a los ojos. Pues siendo sincera, sí. Estaría agradecida y aliviada, un escalofrío de placer me recorrió la columna vertebral, lo había dicho con un tono de voz tan sereno que lo vi factible. Aunque algo en su mirada me dijo que no pensara eso ni un segundo, cuando yo quería también podía leer en los demás, aunque debía de ser todo muy evidente para que captara los mensajes

entre líneas, la verdad.

—Pero no lo vas a hacer —adiviné, y Bruce negó llevándose las manos al pelo y cogiéndoselo a puñados; a mí se me helaron las manos, en realidad, todo el cuerpo. De repente, tenía los pies como dos piedras pesadas y la boca se me secó—. Vas a hacer todo lo posible…

—Sí, Elena. —Su voz no era autoritaria ni vengativa ni estaba llena de la ira que yo tanto había esperado. Simplemente estaba exponiendo un hecho irrefutable—. Mañana mismo voy a poner este tema también en manos de mis abogados.

—¿Y lo vas a pedir todo? —Hablé con un hilo de voz. Me miró y por primera vez distinguí desazón en ellos. Yo no pude evitar sonar desesperada. ¿Qué era mi abogado de Madrid, uno que había elegido, entre otras cosas, porque podía pagarlo, contra el ejército legal que poseía Bruce? Me vi pequeña e impotente—. Pero Alicia, ella… No puedes separarla de su familia.

Me sentía como si estuviese ante el tráiler de una película de terror que no quería ver, pero que me veía obligada a visionar en el cine, a pantalla grande y a todo color.

—Eso que me dices es muy cuestionable, tú la has mantenido separada de mí durante cuatro años.

—Pero he tenido mis motivos, te los he explicado. No puedes no entenderlo, Bruce, no puedes…

—No te sientas con el derecho de decirme qué puedo y qué no puedo hacer, Elena. Esto se podía haber hecho de mil formas diferentes, tú decidiste mantenerme al margen hasta ahora…

—¡No podía hacer otra cosa! Yo estaba sola…

—¡Dios, Elena! Cuando te vi embarazada en aquel cóctel, era de mi hija, ¿no lo entiendes? ¿Recuerdas lo que te dije? —Él sabía que yo lo recordaba, claro que sí, pero aun así me lo repitió —: Te dije que deseaba ser el padre de aquella criatura, y tú te callaste. —Levantó un dedo índice, acusador—. Tú te callaste, Elena.

—No vi otro modo, Bruce, no había otra forma, era lo único que tenía a mi alcance…

—¿Cuándo te vas?

—¿Cómo? —La pregunta me aturdió, no la esperaba—. Mañana a mediodía.

—¿No puedes alargar tu estancia? —Ahí estaba el Bruce solucionador de asuntos, el Bruce práctico.

—No puedo, planeé el viaje para tres días, justo lo que necesitaría para contártelo y luego intentar acercar posiciones, consultar con abogados… —Esto último me lo inventé, por mi cabeza no había pasado nunca la visita a un bufete de abogados en Boston.

—¿En tres días querías incluso consultar abogados? —cuestionó, y retiré la mirada, pero él no ahondó en ello—. Y si corro yo con los gastos de estancia y luego con el billete de vuelta, ¿te quedarías?

Me molestó que supiera que en parte era una cuestión de dinero.

—No puedo, he dejado allí todo organizado para ausentarme estos días, pero no más, todos tenemos una vida.

—Claro, todos tenemos una vida. Tengo que irme. —Casi de un par de zancadas, se plantó en la puerta de la habitación y antes de abrirla se volvió y me dijo—: Sobra decir que tendrás noticias mías. —Su tono templado me afectó más que si se hubiera dejado dominar por la irritación.

Asentí y cerré los ojos. Finalmente, se había materializado el peor de los escenarios posibles. Abrí mi correo electrónico y le di a nuevo mensaje, busqué la dirección de mi abogado. Intenté escribirle mediante la aplicación de voz, pero me confundía una y otra vez, dejaba frases a

medias y cuando leía lo que se había escrito, no se entendía nada. Así que, con los dedos abotargados, fallando en las letras que pulsaba más veces de las que mi paciencia estaba dispuesta a tolerar, logré explicarle la conversación que habíamos tenido. Cuando le di a enviar, me recorrió una fuerte oleada de ansiedad, me encontraba en peligro, Alicia estaba en peligro y yo era la única responsable de eso. A lo mejor, había llevado mi lista demasiado lejos, a lo mejor tenía que haber introducido en la ecuación a Alicia, pero siempre consideré que era demasiado pequeña como para sufrir demasiado por el devenir de los adultos. O había confiado demasiado en la buena voluntad de Bruce, quizá no lo conocía tan bien como yo había pensado.

El móvil vibró y pitó junto a mí. Era muy pronto para que mi abogado contestara, aunque fuera con una fórmula manida para tranquilizarme, seguramente no tendría noticias de él hasta mi llegada a Madrid. Tampoco quería que fueran Ana, Nuria o Carmen, no podía contarles lo que había pasado, era demasiado. Para ellas, no vería a Bruce hasta el desayuno, así que había confiado en tener tiempo para rebozarme en mi dolor y renacer de mis cenizas. Cuando desbloqueé la pantalla, era un mensaje de un número desconocido: «¿Podrías mandarme fotos y vídeos de Alicia, por favor?».

Qué ganas de obviar el mensaje, ahora sí que podía acceder a toda mi información, ¿verdad? En lugar de eso, hice una selección de mi galería y se la envié. A los pocos segundos recibí un «Gracias» que me supo a poco y me dejó vacía por dentro.

27

BRUCE

Bruce salió de aquella habitación de hotel más tranquilo de lo que jamás podría haber imaginado que lo haría, teniendo en cuenta las circunstancias. Era difícil concretar sus sentimientos, no los tenía claros porque iban desde la ira a la frustración, pasando inexplicablemente por la comprensión. Entendía a Elena, aunque si le hubiera pedido ayuda, habrían llegado a otra solución que no fuera encontrarse de repente con una hija de cuatro años.

Por cierto, se había ido de allí sin poder verla de nuevo, lo habían cegado los reproches, sobre todo ese del tiempo, en el que se había enredado su mente y del que no lo dejaba salir. Porque si, contra todo pronóstico, era capaz de entender que Elena no quisiera hacerle daño a su marido, un marido moribundo, rechazaba una y otra vez que le hubiera negado la posibilidad de conocer estas circunstancias un año entero, con sus doce meses, con sus trescientos sesenta y cinco días, uno detrás de otro, sin saber que tenía una hija; trescientos sesenta y cinco días perdidos irremediablemente. Y eso le nublaba la razón. Cuando se sentó al volante de su coche, antes de ponerlo en marcha, abrió el chat de mensajes con Megan: allí estaba todo lo que buscaba, el correo de Elena, su número de teléfono y el hotel donde se hospedada. Guardó el contacto en su agenda y no dudó ni un momento: «¿Podrías mandarme fotos y vídeos de Alicia, por favor?». A los pocos segundos, una ristra de pitidos le anunció que Elena era una persona razonable; otra mujer, después de la conversación que habían tenido, como muy poco lo habría ignorado. «Gracias», escribió a toda prisa antes de abrir ávidamente los archivos que ella le había mandado.

Al cabo de diez minutos, había visto los tres vídeos como veinte veces y las fotografías, otras cincuenta, analizando movimientos, gestos, rasgos, sonrisas, ojos, nariz, orejas… Él no había dudado ni un segundo de la palabra de Elena. Supo desde el momento en que Elena le estampó su móvil en las narices que la niña que sonreía desde la pantalla era suya. Suya porque, aunque era consciente de que todo aquel embrollo se tendría que empezar desenredando con pruebas de ADN, solo con fijarse un poco en Alicia, le quedó cristalino que el parentesco era innegable. No sabía qué aspecto había tenido Arturo, pero desde luego no se podía negar que aquella niña era su hija. Una niña que creía que su padre era Arturo.

¿Era lícito o moral tenerle envidia a un muerto? Le hubiera encantado conocerlo, saber de qué pasta estaba hecho un hombre que había provocado tal devoción por parte de Elena y que había ocupado su sitio en la vida de esa niña desde que nació. Cómo deseó un amor como el que Elena le profesaba a Arturo, lo deseó tanto como cuando la vio embarazada y quiso que ese bebé fuera suyo. «Fuck!», le dio un golpe al volante, es que era suyo, era su bebé. Qué va, no hubiera sido

buena idea decírselo desde el principio, ¿a quién quería engañar? Sin duda, no hubieran encontrado solución salomónica que permitiese a Elena llevar una vida familiar sana y saludable junto al hecho de que él conociera y fuera alguien en la vida de Alicia. Él querría ocupar su sitio, ¿habría estado dispuesto a jugar el papel de amigo de la familia? Para nada. ¿Soportaría que ella lo llamara *tío* o que lo hiciera por su nombre? Sonrió cínico, ni de coña lo habría permitido. ¿Y si Arturo hubiera vivido veinte años más? ¿Hubieran sido veinte años en los que él hubiera vivido en la sombra? Y lo que era más preocupante, en el escenario actual, ¿se habría enterado de su paternidad cuando la niña hubiera tenido veinte años?

Se dio cuenta de que aquello no lo llevaba a ninguna parte, el hilo de sus pensamientos era como un potro de tortura. Exhaló un suspiro hondo y pensó que, de todos modos, si tenía una hija era porque había sido muy importante para una mujer que le había dejado una huella indeleble a lo largo de los años. Ella se lo había dicho: él era una de las razones principales por la que esa niña existía, así que sí, él había sido para Elena tanto como ella había sido para él. Durante años se había avergonzado casi de todo lo que había llegado a sentir por una mujer que había ocupado tan poco tiempo de su vida; todo lo que tenía que ver con ella lo enfadaba, lo ponía de mal humor y no soportaba que le afectara tanto precisamente porque creía que él no había significado nada. Pero nada más lejos de la realidad, él había sido tan importante para ella como para poner en peligro su vida y su familia. Elena se mostró en su mente como un abanico abierto.

Y qué podía hacer él entonces, nada más que trazar el plan que le permitiera ser el padre de Alicia en todos los sentidos.

¿YO?

—¿Pasaste ya al siguiente punto de tu lista?

—¿Cómo?

—Sí, mira. Punto uno: Arturo; punto dos: Bruce; punto tres: yo.

—Ah, bueno. Si te fijas bien, ese «yo» está entre interrogaciones, lo que quiere decir que dudaba de si iba a ocuparme alguna vez de mí. Además, en el momento en que confeccioné esa lista, me encontraba tan confusa que no me di cuenta de que, en medio de todos esos puntos, estaba Alicia. Al final, ella es lo más importante, ¿no crees?

—Desde luego. Pienso que no lo has hecho tan mal.

—¿Ah, no? Gracias.

—Pero dime, de todas formas, ¿hay algo sobre ese punto?

—¿Sobre mí? Bueno, no sé… El otro día me invitaron a tomar una copa, un compañero de trabajo, otro guionista.

—¿Y qué dijiste?

—Señalé esta casa, porque estábamos volviendo del rodaje, ¿sabes? Y le dije que tengo una hija entrando en la edad adulta, otra hija pequeña y un padre con el que lidiar su custodia. Que no tenía tiempo.

—¿Ese padre con el que lidiar soy yo?

—¿Quién si no?

—Vale, ¿y si te invito yo a una copa?

1

QUIZÁ FUERA CIERTO

Me desperté bañada en sudor. Todavía podía sentir el aliento húmedo de Bruce en mi oído, la huella de sus dedos al clavármelos en los glúteos, sus embestidas firmes y desmedidas; sentía su pelo castaño entre mis manos, mis piernas alrededor de su cintura y el sabor salado de su propio sudor cuando le lamí el cuello. Nadie me llevaba al orgasmo como lo hacía él, ni siquiera Arturo, y eso me torturaba, me sacaba de quicio. Quizá porque la lujuria que experimentaba con Bruce no la había vivido con nadie. Con nadie.

Cuando apareció de nuevo en la habitación después de una hora, tras su promesa de hacer todo lo posible por tener a Alicia, me sorprendí dando por sentada su vuelta, quizá porque estaba pensando tanto en él, que su regreso no fue sino una continuación de mis torturas mentales. Yo ya había descartado dormir, no había escapatoria al insomnio que se escondía detrás de las preguntas en bucle sobre qué iba a pasar con el padre de Alicia y sus abogados de miles de dólares ocupándose del que para ellos probablemente fuera un asunto menor. Me había aferrado al hecho de que Alicia estaba en otro país, de que las leyes eran diferentes, en mi buena voluntad al comunicárselo al padre (cuatro años tarde, pero al fin y al cabo lo había hecho); me había agarrado como un koala a su madre al sentido común que seguramente terminaría reluciendo en Bruce. No podía ser de otra forma, no podía serlo. Y entonces tocaron a la puerta.

Me sobresalté sobre la cama y me quedé mirando suspicaz la superficie oscura, bajo la cual se distinguía la sombra de alguien. ¿Quién podía ser a esas horas? ¿Algún asesino cuyas víctimas fueran mujeres extranjeras y del que dentro de poco se hicieran *docurealities*? ¿Me violaría primero o directamente me mataría de un disparo con una pistola con silenciador? ¿O ahogándome con una almohada? ¿O con sus propias manos, para así sentir mayor placer? Después me descuartizaría en la bañera, no sin antes extender una gran pieza de plástico que le hiciera más fácil dejarlo todo impoluto, de modo que me darían por desaparecida. Solo después de unas cuantas desapariciones similares más, mi caso volvería a la palestra y tras un nuevo análisis de mi habitación, que el hotel habría cerrado para no alimentar el morbo, lograrían encontrar una gota de sangre, de mi sangre, perdida detrás del grifo de la bañera. Volvieron a llamar y yo salté de nuevo sobre mi trasero. Me levanté con cuidado, como si al hacerlo con precipitación corriera más peligro. Esa puerta tenía una mirilla, no me vería obligada ni a preguntar quién llamaba. Si advertía algo sospechoso o incluso si no había nada ahí fuera, podía ir corriendo al teléfono de la habitación y llamar a recepción. Respiré aliviada porque tenía salidas, había opciones más allá de la muerte y el descuartizamiento. Cuando vi quién aguardaba tras la puerta, pensé que a lo mejor no era mala idea eso de enfrentarse a un asesino en serie. Y

como digo, tampoco me asombró.

2

BRUCE

Después de haber visto mil veces las fotos y los vídeos que Elena le envió, tendría que haber puesto el coche en marcha y correr a reunirse con Alex en su apartamento. Sabía que la fiesta había continuado durante una media hora más sin él, hasta que su ausencia ya fue demasiado evidente y su novia —bueno, en realidad, su prometida, porque, aunque no se hubiera escenificado la pedida, Alex era ya sin lugar a dudas su prometida— había dado por concluida la velada. ¿Saldría algo de todo esto al día siguiente en las hojas de sociedad de los periódicos? Los que habían acudido a la fiesta eran discretos, o Bruce quería pensar que así era, pero siempre había riesgo de fuga: invitados incapaces de mantener la boca cerrada, camareros del cáterin con espíritu vengativo contra una Cameron histriónica y cruel. A él se le habría pasado por la cabeza hacerlo después de ver cómo manejaba los hilos de su empresa de organización de eventos. Ya no podía hacer nada para evitarlo, respiró hondo y asumió que su cara saldría en las revistas del corazón y en los programas de la tele, su cara y la de Alex; y quizá la de sus padres, y la de su hermano y sobrinos. Su cuñada iba a poner el grito en el cielo como esto último sucediera.

Pero no estaba en ese entorno; sus padres, su hermano y su cuñada, sus sobrinos e incluso Alex estaban muy lejos de él. No físicamente, claro, se encontraban solo a unas cuantas manzanas, quince minutos en coche, nada que no pudiera recorrer incluso en menos tiempo ahora que era de noche y no había casi tráfico por las calles. Mentalmente, él estaba en esa habitación de hotel con Elena, hablando de su hija, de Alicia, qué nombre. «Alice», susurró, para saborear la realidad. Le gustaba, ¿por qué lo habría escogido? ¿Se llamaría Alicia por su madre? ¿Sería Alicia por la madre de Arturo? Si fuera esto, lo aguijonearía sin piedad, y nombrarla de ese modo le causaría un dolor innecesario; esperaba que Elena no hubiera cometido ese error. Lo que sí que resultaba verdad e inmutable era que Alicia estaba en el mundo, y tenía que reconocer que la verdadera razón para ello estaba calando por momentos en cada fibra de su piel, extendiéndose como una enredadera. Le había costado salir del bucle en el que se había perdido su pensamiento y solo ahora, como un perro que encuentra otro hueso más fresco y goloso de roer, se concentró en ese porqué, inspirando fuerte y sintiéndose casi pletórico.

Sin pensarlo dos veces, se bajó del coche y volvió a entrar en el hotel. Esta vez ni siquiera miró hacia el mostrador de recepción, y si desde allí lo vieron, no hicieron nada por impedir que entrara en la zona de las habitaciones a horas tan intempestivas.

3

TAMBIÉN ME HAS QUERIDO ASÍ

Bruce me miraba a través del ojo de pez que deformaba su aspecto. Estaba apoyado en el marco de la puerta y con sus ojos fijos en el minúsculo cristalito de la mirilla me hacía saber que sabía que yo estaba ya al otro lado de la puerta observándolo. Así que abrí resignada y eufórica: si estaba allí de nuevo era porque quería hablar, quería llegar a un acuerdo, visitas programadas, una mensualidad si lo veía necesario. El mundo cambió de repente de color y ya no lo veía todo tan negro, menos mal que no había llamado llorando y con ansiedad a Ana para contarle lo que había pasado hacía una hora. Por una vez, había actuado con prudencia y había dejado que las cosas se asentaran. Un punto para mí: Elena 1 – Vida 3000.

Me aparté dando un paso hacia atrás, franqueándole la puerta a un Bruce decidido. Cuando la cruzó y cerró a su espalda, no fue hablar lo que hizo al plantarse imperturbable delante de mí, sino que introdujo los dedos en mi pelo suelto y enredado antes de acercarme hacia él y entregarme el mayor beso de necesidad que me habían dado en mi vida. El beso duró lo que se diría una eternidad. En mi mente, podrían haber pasado dos horas desde que juntó sus labios con los míos y luego unió su lengua a la mía. Por instinto, yo ya había apretado nuestros cuerpos, y presioné su cabeza con las manos para ver si era posible que un beso pudiera profundizarse más de lo que dictan las leyes de la naturaleza.

Eso solo podía significar una cosa: por fin se había dado cuenta de lo que representaba que Alicia estuviera en este mundo; yo no había sido una mujer sin alma que le había negado su paternidad durante cuatro años, yo era un ser humano con debilidades, incertidumbres, responsabilidades y deberes. Un ser humano que seguramente comete más errores que aciertos, pero que los que comete no van dirigidos a hacer daño. Nunca. Jamás. Y menos a él. De hecho, él había sido tan importante en mi vida que no había dudado en traer a otra persona al mundo, algo que solemos tratar con bastante ligereza cuando se trata de un acto que, en el mejor de los casos, suele desprender amor a raudales.

Bruce solo se separó para ayudarme a quitarme la camiseta y luego quitársela él. Me abrazó de nuevo y deslizó las manos por mi espalda, desabrochando el sujetador a su paso y provocando una sensación tan extraordinaria que solo con el tacto logró arrancarme un jadeo. Estaba impresionada. Y confusa también, ¿aquella no era la noche de su compromiso? ¿No había una mujer esperándolo en su apartamento? Dudé, pero él me atrajo un poco más. Tardó unos segundos en bajar las manos a los glúteos y apretarme hasta que me hizo notar su erección, lo suficiente para hacerme reflexionar: si yo un día, hace mucho tiempo, decidí que hacer aquello era lo que necesitaba y me había perdonado y lo había atesorado como una de las vivencias más

importantes de mi vida, quién era para juzgar las decisiones de los demás.

Paseé las manos por sus brazos, Dios, era tal y como lo recordaba. Se apartó de mí y empezó a quitarse los pantalones, yo hice lo mismo y nos quedamos los dos desnudos, uno frente a otro. Me señaló el vientre y yo solté una carcajada: «No, esta vez no habrá más sorpresas». Entonces, asintiendo, dio un paso hacia mí y me acarició un pecho, y yo silbé intentando refrenar mi deseo. Mi mente evocaba un *déjà vu* que me desconcertaba y me espoleaba al mismo tiempo. Lo empujé suavemente y lo senté a los pies de la cama, luego me coloqué sobre él a horcajadas y lo miré desde arriba.

Yo no había deseado con ese ímpetu a nadie más en mi vida que a Arturo y a Bruce. Hacía tanto tiempo que no me acostaba con nadie que parecía que la virginidad me hubiera crecido de nuevo y que todo lo que estaba sintiendo era novedoso, original, nadie podía sentir lo que yo en aquellos momentos. Era tan genuino…

—También me has querido así —me susurró desde allí abajo, mientras aupaba mis nalgas y me hacía sentir su erección a punto de entrar en mí.

Yo solo pude asentir, porque ese deseo me tenía totalmente conmocionada. Falta de palabras, yo, una guionista de profesión y que, según mi madre, siempre tenía la réplica justa a cada momento, me quedé sin ellas. Y se hundió en mí y un espasmo se extendió por todo mi cuerpo. Sin separarnos, me tumbó boca arriba en el colchón y se movió cada vez más rápido, tan rápido que el orgasmo, al principio algo esquivo, comenzó a estar cada vez cerca, al alcance de mi mano, al alcance de mi lengua que lo lamía desde el cuello hasta la oreja de puro nervio. Lo imaginé como un botón que se rompía, justo en el momento en que también llegó él.

Nos quedamos abrazados mucho rato. Yo sentía su respiración y esperaba que el momento se rompiera, pero no llegaba nunca esa fractura. El reloj marcaba las cinco menos cuarto y me encontraba más despierta que nunca. Quise levantarme para ir al baño, pero no me dejó y obvié la humedad que se extendía por mis muslos reprimiendo un bufido. Él me miró divertido porque se había dado cuenta de lo que pretendía; aun así, se puso de lado y me atrajo, enroscando mi pierna en su cintura.

—Esta vez no tenemos tanto tiempo —se lo dijo a mis labios y yo sonreí.

—Parece que es la historia de nuestra vida.

Me besó fugazmente y me apretó.

—Sabes que no puedo hacer otra cosa.

Al principio, no sabía a qué se refería y permanecí callada, a la expectativa. Tardé unos segundos en caer, pero cuando lo hice, fue como si una cortina se abriera y dejara entrar toda la luz de una mañana soleada.

—Lo sé, no lo dudé ni por un instante.

Su erección empezó a emerger de nuevo entre nosotros y yo me impulsé hacia arriba un poco, buscándola.

—Y sabes que iré a por todas, ¿verdad?

—Lo sé. —No había pena en mi voz ni reproche, solo comprensión. Los dos nos impulsamos para unirnos con una pizca de rabia y otro poco de tristeza.

—Sabes también que estoy comprometido. —Se adentró un poco más y me dejó sin respiración, y volví a asentir sin poder articular palabra—. Así que habrá condiciones.

—Claro, condiciones, eso me suena. —No pude ni sonreír mientras empezamos a movernos al unísono.

—No podremos tener mucho contacto, lo entiendes, ¿verdad?

Cómo no iba a entenderlo, yo había sido más dura en mis condiciones la última vez que nos despedimos.

—Mmm… Lo entiendo.

—Y voy a sentir mucho el dolor que voy a causarte, pero no puedo actuar de otro modo. —Llegados a ese punto, Bruce hablaba entre jadeos y yo lo comprendía tan bien que me fue imposible responderle con la voz, así que lo hice con mi cuerpo.

Una hora y media después, las sábanas revueltas, con olor a sexo y a Bruce, me envolvían como una sensación de plenitud.

4

TENDRÁS NOTICIAS MÍAS

Cuando Bruce se fue poco antes de las ocho de la mañana, me dejó un vacío muy grande en la cama y en mis brazos. Yo no había esperado para nada ese tipo de encuentro. No niego que verlo después de tanto tiempo sí me había conmocionado y había hecho saltar algunos resortes en mi interior que creía oxidados, pero de ahí a imaginar una noche llena de pasión había un trecho tan grande que mi mente sencillamente se había negado a pensar en la posibilidad de recorrerlo.

—Dúchate, no puedes irte oliendo a sexo —le recomendé cuando se levantó y fue a vestirse.

Lo dejé desaparecer en el baño, reprimiendo el deseo de acompañarlo y extender un poco más nuestro segundo *affaire*. Escuchar el agua correr me martilleó en la cabeza y las piernas me hormigueaban, me costó Dios y ayuda no saltar y meterme allí con él.

—Oliendo a gel de baño, la traición es la misma —dijo mientras se acercaba a la cama, con el pelo mojado humedeciendo su camiseta y dejando un rastro de gotas.

—No lo es. Desayuna antes y huele a café entonces. —Me puse de rodillas en el colchón y lo abracé. Él me acarició la espalda y me besó en la coronilla. Luego me cogió la cara y me besó con tal fruición que me descolocó y volvió a nacer un deseo en la parte baja de mi vientre, pero ya me tendría que conformar con mi mano porque no iba a ocurrir nada más, de eso estaba segura. Se separó y retiró mi pelo.

—Tendrás noticias mías. —Y enarcó las cejas, dándome a entender el porqué. Asentí y se fue, y cuando escuché la puerta cerrarse, efectivamente me tumbé boca abajo en la cama y con la nariz pegada en la sábana y la mano en el pubis, recordé el viejo arte de la masturbación.

Qué diferente había sonado ese «Tendrás noticias mías». Si la primera vez que lo escuché me había provocado un miedo atroz, ahora solo me provocaba la seguridad de continuar por la senda que yo sabía que seguiríamos a partir de aquí. Qué tortuoso había sido llegar a este punto, pero por fin lo habíamos alcanzado, los dos. Nadie dijo que fuera a ser fácil, pero me preguntaba por qué no podían salir las cosas como yo las había pensado alguna vez. «Tendrás noticias mías», los problemas se iban a multiplicar, las preocupaciones se cebarían con mi insomnio y barajaba irónicamente la posibilidad de escapar de Madrid y desaparecer del mapa. Si no nos encontraban, no habría peligro de que me quitaran a Alicia. Bien sabía yo que no iba a hacer eso.

—Te has acostado con él, Elena, no me puedo imaginar qué ha podido haber entre estamparle tu móvil en la cara con la foto de Ali y follar como locos durante toda la noche.

—Ana, no seas así, no ha sido toda la noche y follar…

Ana le quitaba toda la magia a lo que había pasado y exponía los hechos crudamente.

—Sí, a eso se le llama follar, y sí, ha sido duranta toda la noche. —Podía imaginarla echándose las manos a la cabeza gracias al suspiro que traspasó la línea telefónica. Yo estaba en la sala del desayuno del hotel, tomando mi tercer café y mi cuarto cruasán.

—Hermana, no tengo tiempo de analizar esto desde ese punto de vista.

—Porque va a ir a por todas.

—Eso es. Pero no me preocupa, ¿sabes? Es lo que esperaba. —Yo sonaba extrañamente calmada.

—Ya, pero esto nos va a traer muchos quebraderos de cabeza, ¿eres consciente?

Le di un bocado al cruasán y asentí con la cabeza.

—Ajá. Pero…

—La maldita lista de los cojones.

—Eso es, la maldita lista de los cojones. —Que, por cierto, la había buscado hasta la saciedad antes de guardar toda la ropa en la mochila y no la había encontrado. Mi querencia por aquel papel había sido casi obsesiva, no me vendría mal que se hubiera extraviado y empezar a tomar distancia.

—Informaré a todas, supongo que ya no tienes mucho tiempo de hablar con Nuria o con Carmen, ¿no?

—No mucho, pero ¿ha pasado algo? —Dejé el último trozo de cruasán a medio camino hacia mi boca.

—Nada, solo que están nerviosas. Básicamente como yo.

—Prefiero hablar con todas cuando vuelva a Madrid, encárgate de decirles que ya he puesto el *check* azul al segundo punto de la lista. —Me lancé satisfecha ese último trozo de cruasán a la boca.

—Lo haré.

—Ahora tengo que irme, quiero llegar con tiempo al aeropuerto.

—Venga, nos vemos en unas horas.

Y Ana colgó dejándome una sensación cercana a la desazón. Un agujero negro se había abierto en mi estómago y estaba absorbiendo toda mi energía. Yo confiaba en Bruce, confiaba tanto en él que, sí, creía a pies juntillas que haría todo lo posible con su corte de abogados de miles de dólares el minuto. ¿Qué podría hacer mi abogado, elegido entre otras cosas porque podía permitirme sus honorarios, contra ellos?

«Venga, Elena, era esto lo que esperabas y lo que querías, no desfallezcas», y me levanté de la silla demasiado rápido, tanto que me dolió la entrepierna. Qué desconcierto esa confrontación de sensaciones.

5

VIAJE DE VUELTA

La conversación con Ana me arrebató la serenidad y la plenitud de la que estaba gozando, y el miedo se había extendido por mi cuerpo adueñándose de cada uno de los centímetros cúbicos de mi sangre, con lo que ese miedo viajaba dentro de mí en un circuito sin fin. Después de hablar con ella, me apresuré a saldar mi deuda con el hotel, ese instante en que mi tarjeta de crédito dejaría tiritando mi cuenta corriente. Ni pensar en esa circunstancia que podía considerarse clave en la vida de cualquier persona me entretuvo de la principal preocupación que tenía desde ya sobre la mesa: Bruce haría todo lo que estuviera en su mano, iba a ir a por todas, sentía el daño que iba a provocarme. Repasé mentalmente esas palabras que me soltó en el nivel más alto de la pasión y las contemplé con la frialdad que te ofrece el tiempo y una conversación-barra-bofetada de realidad con tu hermana.

Seguía entendiendo a Bruce, pero el miedo atroz reapareció en forma de pánico. Más tarde, en el asiento del taxi, miré por la ventanilla trasera, me obsesionaba que me siguieran para impedirme ir a España. ¿Por qué no me había llamado con alguna información sobre lo que quería hacer? A lo mejor ya había dado el pistoletazo de salida a su plan ejemplar y sería en el aeropuerto donde me esperaba la sorpresa. Cuando bajé del taxi, llegué a sorprenderme de que no hubiera nadie con gafas de sol y chaqueta oscura señalándome y corriendo hacia mí. Pasé como una exhalación por todos los controles de seguridad y, una vez dentro, recorrí los amplios pasillos como si fuera una delincuente; si seguía comportándome así, seguramente yo misma me buscaría problemas ajenos a los de Bruce. Entonces me fijé en la portada de una revista que se repetía a lo largo de todo el escaparate de uno de los quioscos del *duty free*: la cara de Bruce y la de la mujer que había salido a su encuentro en la puerta de su apartamento la ocupaban casi en su totalidad. La cogí, pagué por ella y luego me senté abrazando mi mochila como si la misma Alicia estuviera escondida allí dentro. Con la vista fija en la pantalla del aeropuerto, analizaba cada actualización a la espera de que indicaran la puerta de embarque de mi vuelo. Eso no pasó hasta hora y media después, cuando mis nervios ya eran hilos sin vida al viento y la capacidad pulmonar de mi cuerpo había menguado como un sesenta por ciento.

Sería la primera en cruzar la pasarela, la primera en entrar en el avión y, luego, la primera en bajar de él, no fuera a ser que no me dejaran desalojarlo y me llevaran de vuelta a Estados Unidos. ¿Era eso posible? ¿Podrían obligarme a volver? Me dio un escalofrío y temblé. Bruce. Dicho de un modo u otro, al final, sus palabras significaban lo mismo. A quién quería engañar, por mucho que tuviera pensado que aquello podía ocurrir, que realmente quería que ocurriera porque era lo correcto, no estaba preparada para lo que se me venía encima.

Por eso, al sentarme en mi asiento minúsculo del avión, lo sentí como el lugar más acogedor del mundo. Descarté que yo fuera tan importante o que, al fin y al cabo, Bruce fuera tan importante como para montar un número y expulsarme del vuelo. Si llegaba a Madrid, estaría en casa, y en casa yo estaría segura, podría actuar con cabeza. Suspiré, cerré los ojos y aguardé como un milagro que el pájaro se moviera. «Venga, pajarito, ponte en marcha, vamos…», me susurraba a mí misma, despertando la curiosidad de mi compañero de asiento, que lanzaba miradas desconfiadas hacia mi regazo, como si allí fuera a encontrar la respuesta a mi extraño comportamiento.

—Señorita, vamos a despegar, debe dejar la mochila en uno de los compartimentos de arriba —me indicó una azafata, y no fue hasta entonces que me di cuenta de que seguía aferrada a ella como si fuera un chaleco salvavidas. Sonreí y se la pasé, no sin antes sacar los auriculares, esenciales para no entablar conversación con nadie, el *e-book* que no iba a usar, la tableta que no iba a disfrutar y la revista que había comprado en el quiosco del aeropuerto—. Gracias, puede abrocharse el cinturón.

—¿Tiene miedo a volar? —Fue el hombre sentado a mi lado, el que no hacía más que mirarme de soslayo intentando descifrarme, quien me habló con voz sosegada; seguramente sería psicólogo o algo así. Y me hablaba en mi idioma, todo un detalle.

—¿Perdón? —Se me cayeron los auriculares y él me los cogió con una gentileza que me dio mala espina, no sé por qué, no acostumbro a ver acciones de buena voluntad gratuitas en un avión. Pero me tendría que llevar bien con él, estaríamos más de seis horas sentados el uno junto al otro, mejor tener buena relación.

—La veo nerviosa, ¿miedo a volar?

—¡Miedo! No es precisamente miedo. —Miedo a que sí que Bruce fuera tan importante como para detener el despegue; miedo a que a lo mejor ya hubiera salido de Boston y estuviera más cerca de Madrid que yo, dirigiéndose directamente a casa para llevarse a Alicia; miedo a un montón de cosas, pero ¿a volar? No necesariamente.

—Yo hice una terapia para poder viajar en avión. De todo lo que me dijeron, se me quedó la respiración. Respire hondo y verá como todo pasa más rápido y mejor.

Inspiré para contentarlo y no llevarle una contraria que nos hiciera sentir incómodos. Solo cuando el avión comenzó a recorrer la pista; mejor, solo cuando ya estábamos en el cielo, a cientos, miles, ¿millones?, de pies de altura, pude soltar el aire de mis pulmones. Mi nuevo amigo me sonrió.

—Me ha dejado anonadado con la capacidad que tiene de retener el aire.

—Ya, bueno, hago natación.

—Claro.

Sonreí y abrí la bandejita frente a mí. Coloqué todos mis aparatos electrónicos en ella y me quedé solo con la revista en las manos.

«Bruce Campbell y Alexia Becker: compromiso y escándalo en una sola noche».

Bueno, si hubiera leído el titular en el aeropuerto, no habría tenido tanto miedo a que Bruce pudiera hacer algo antes de que me fuera, tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse.

6

BRUCE

Alex miraba a Bruce con la revista en las manos. Su gesto no expresaba gran cosa, más bien si había que buscar un sentimiento, ese sería la resignación.

—Era inevitable. —Y le lanzó la revista, que se deslizó en un movimiento perfecto sobre la encimera de la isla de la cocina.

—Ya, bueno, demasiada gente sabía que yo me había ido la noche de nuestro compromiso. —Bruce había descorchado una de las botellas de vino que la noche anterior se quedaron sin abrir en las cajas almacenadas en un rincón de la cocina—. ¿Te pongo una copa?

—Ponme dos. —Alex inclinó la cabeza y se quitó la gomilla que recogía su pelo en una tirante coleta—. Esta mañana, mis padres me han preguntado si nos vamos a casar.

—Creo que son un poco dramáticos, ¿no?

La mirada que le echó su prometida lo avisó de que mejor se callara.

—No vamos a entrar en que el hecho de que desaparezcas la misma noche de la fiesta de tu compromiso, antes incluso de la escenita con el anillo, puede levantar algunos rumores, ¿no te parece?

—Ya te he dicho…

—Y yo te he dicho que lo entendía, así que vamos a dejarlo ahí. Ahora hay que minimizar los daños. ¿Una nota de prensa? ¿Una entrevista?

—No somos tan importantes, creo que deberíamos dejarlo correr. —Bruce se terminó la copa y volvió a llenarla—. ¿Te pongo o no?

—Por favor. —Y Bruce le alargó su copa, para tomar otra del mueble y acabar la botella en ella.

—No confirman nada sobre el escándalo…

—Es cuestión de tiempo, Bruce, no me vengas con esas, que parece que no vives en este medio. Además, se ha rumoreado ya una posible paternidad por tu parte, ¿cuánto tiempo crees que tardarán en publicarlo? ¿Una semana? El gran soltero de oro del audiovisual norteamericano, padre de un niño de cuatro años. —Alex levantaba las manos y las movía sobre una pizarra imaginaria mientras reía cínica.

—Es una niña.

—Ya lo sé.

El silencio los envolvió a ambos mientras centraban toda su atención en tomarse los vinos; dentro de sus copas pasaban cosas tan interesantes que los tenían totalmente absortos. Bruce no quería seguir la conversación, solo deseaba acostarse en su cama y dormir sin soñar. Desde que

había llegado a su apartamento esa mañana temprano, después de tomarse el café que Elena le había aconsejado, todo habían sido explicaciones y largas conversaciones. Primero con Alex; luego con su madre —a través de una interminable videollamada donde Patricia no pudo esconder una emoción genuina ante la noticia de que era abuela de nuevo y sin saberlo—; con su hermano y su cuñada —esta última solo se puso para repetirle que esperaba que sus sobrinos no se vieran involucrados en la «vorágine mediática», literalmente, en la que se iban a ver inmersas sus vidas—; junto con Alex, llamó a sus suegros para ponerlos al corriente. Por último, volvió a hablar con Alex, hasta que ella recibió un mensaje, salió de forma atropellada del apartamento y volvió media hora después con la revista. No sabía por qué, pero a Bruce no le sorprendió ni un poquito.

—¿Esto cambia nuestra situación? —Fue Alex la que, dejando la copa vacía sobre la encimera y apoyando una mano en ella, espetó la duda que la había corroído desde la noche anterior. Lo soltó con una brusquedad que usaba muy pocas veces, solo cuando estaba insegura. Y ahora no es que estuviera insegura, es que se sentía fuera de control.

—¿Qué?

La mirada de Bruce le dolió. ¿Acaso se creía que ella era tonta? ¿Creía que no había olido el aroma de ese champú en su pelo? Ese champú con olor estándar, vendido al por mayor a los hoteles.

—Lo que has escuchado. —Pero no iba a decirle lo que sabía a ciencia tan cierta que le dolía el pecho solo de pensarlo.

—Claro que no cambia nada nuestra situación.

Alex asintió y reprimió la ira que le supuso reconocer el escozor de sus ojos como unas ganas locas de llorar a moco tendido. Llorar de rabia.

—Entonces, ¿me vas a dar el anillo?

Bruce se levantó de la butaca y sonrió. Se acercó a ella y la abrazó tan fuerte que le dolió la espalda.

—Ven. —Cogió su mano y la guio hasta la habitación.

La dejó en la puerta y buscó en el bolsillo de su chaqueta. Allí seguía la pequeña caja de terciopelo rojo. Cuando se volvió hacia Alex, ella ya no pudo aguantar y dejó escapar unas cuantas lágrimas que se retiró furiosa. Bruce volvió a sonreírle.

—Alexia Becker, ¿quieres casarte conmigo? —Y abrió la cajita, desvelando el anillo que había mantenido escondido durante casi dos meses.

—Es pequeño y brillante.

Bruce asintió.

—Como a ti te gustan las joyas, pequeñas y brillantes. ¿Qué me dices?

Alex lo miró a los ojos con decisión. En su mano estaba acabar con todo aquello, porque sabía que no iba a ser lo que ella había esperado, desde luego. Tenía delante un novio que le había sido infiel aquella misma noche y que no se lo iba a confesar, aunque sabía que tampoco se lo iba a negar si ella le preguntaba; tenía un novio con una hija de cuatro años; tenía un novio que iba a luchar por la custodia de esa niña y sabía que ella lo ayudaría. Mucho, en todo lo que necesitara, se dejaría la piel para que Alicia viviera con su padre. Se dejaría la piel, ¿verdad?

—Sí, Bruce, quiero casarme contigo.

Él le cogió la mano izquierda y le puso el anillo en el dedo anular, luego le posó los labios en la palma de la mano. Se besaron, claro, se besaron con una seguridad infinita, pero ese día no hicieron el amor.

7

EN CASA

Como en casa en ningún sitio, y eso fue a lo que me dediqué los primeros días después de mi regreso. Me zambullí por completo en la rutina de mi hogar: la guardería de Alicia, la universidad de Nuria, las noches de *pizza* con Ana y los cafés con Carmen. Incluso había quedado con alguna amiga de esas que ves de vez en cuando y que, cuando lo haces, es como si nunca os hubierais dejado de ver.

La primera reunión de sabias en casa resultó un drama. Nuria llorando; Alicia berreando sin saber por qué, pero al notar la tensión que se palpaba como una masa informe a su alrededor y ver a su hermana mayor hecha un mar de lágrimas, daba rienda suelta a su desesperación más infantil; Ana maldiciendo, yendo de arriba abajo en el salón, tanto que hubiera podido dejar marcas con sus zapatos en el suelo de terrazo; y Carmen, la pobre mujer, bajando los ojos, sorbiendo por la nariz y haciendo lo que la última vez: coger a Alicia para intentar calmarla y abrazarla como si le quedara poco tiempo para disfrutar de ello.

—Vamos a ver, es lo que esperábamos. —Pero me temblaba la voz, no tenía ninguna autoridad para exigir tranquilidad.

—Pero ¿cómo lo dijo? —Nuria me miraba a través de sus ojos nublados por la humedad. Podría ser una gran actriz porque tenía el llanto fácil; cuando se lo apunté, me fulminó con la mirada. ¿Cómo se podía llorar y mirar así en un mismo gesto? Qué extraordinario. ¿Y cómo podía yo explicarle a mi hija que Bruce me dijo que iría a por todas mientras estábamos haciendo el amor?

—Lo dijo con decisión.

Ana sonrió socarrona y yo la ignoré.

—Con decisión, con decisión… —Se comía las uñas, pero estábamos en una situación en la que no podía negárselo, algo le tenía que ceder para que no se volviera loca, la pobre mía.

—A ver, que no va a venir mañana y se va a llevar a Alicia.

—Shhh. —Carmen levantó la cabeza como un resorte y le tapó los oídos a su nieta pequeña. Había reproche en su cara y yo lo acepté porque tenía toda la razón del mundo.

—Perdón.

—¿Alguien va a venir mañana y me va a llevar? —La vocecilla salió de la axila de Carmen y todas nos quedamos petrificadas.

—No, cariño, hablábamos de la excursión.

—¿Excursión? —Alicia se sentó de inmediato sobre el regazo de su abuela y sonrió. Era la primera sonrisa que mostraba en toda la tarde, así que no pude resistirme.

—Claro, la excursión que vamos a hacer todas mañana domingo al parque de atracciones.

—¿Al parque de atracciones? —Ana y Nuria lo dijeron al unísono y me miraron con los ojos como platos, Carmen negó resignada.

—Sí, al parque de atracciones. Y vamos a ir todas. —Yo hice un giro triunfante acallando las protestas que ya empezaban a emerger de las gargantas de mi hermana y de mi hija.

—Yo voy a tener que anular una cita, y hace más tiempo que tú. —Ana susurró la última parte, pero estoy segura de que Nuria la escuchó perfectamente. Mi hija mayor había aprendido a respetar mi vida y a no preguntar demasiado, menos mal, si no, sería todo mucho más complicado.

—Yo a lo mejor volvía a tener relación sentimental mañana mismo. —Y Nuria se cruzó de brazos, dando por zanjado su propio tema: «Si yo no pregunto, tú tampoco».

—¿Carmen?

—Yo no tenía planes, esa excursión es lo más importante ahora mismo.

—Pues si todas estamos de acuerdo, celebraremos mi vuelta a casa con una gran excursión al parque de atracciones.

El grito de alegría de Alicia tapó cualquier desavenencia que pudiera haber surgido a lo largo de toda la conversación.

8

NOTICIAS

Y el tiempo pasaba y no me llegaban noticias, ningún reportero se había acercado a la salida del colegio de Alicia para preguntar por su padre, no me habían llamado de ninguna televisión o revista norteamericana; me lo tomé como algo positivo. Tampoco Bruce había dado señales de vida. Y si no fuera por la pasión con la que me dijo que iría a por todas, yo ya hubiera estado totalmente confiada, así que solo lo estaba un poquito. Mi abogado me repetía una y otra vez que me mantuviera preparada para lo peor, porque ese hombre tenía recursos para ello.

En cuanto puse un pie en Madrid, lo llamé y me dijo que, después de leer mi correo electrónico, podía ubicarme ya en el escenario más negro que habíamos pintado en nuestras diversas reuniones anteriores al viaje; que él estaría atento y dispuesto para cualquier requerimiento, y que me aconsejaba que toda comunicación la hiciera a través de su oficina. Yo no podía confesarle que después de mandarle ese *email* se había producido otro encuentro mucho más informal con el padre de Alicia, porque seguramente me habría intentado convencer de que aquello no había sido para nada buena idea y que solo podía complicar las cosas; pero que lo hecho hecho estaba y ya no se podía volver atrás en el tiempo, algo que sin duda hubiera sido muy beneficioso, ¿no pensaba yo así? Pero yo habría tenido mi *affaire* con Bruce y a Alicia de todos modos, así que le mentiría como una bellaca y le diría que sí, que toda la razón del mundo, que eso me habría ahorrado muchísimos problemas.

Entonces, ese paso del tiempo no hizo otra cosa que diluir la adrenalina en mi cuerpo y sumergirme en un estado de ingravidez que me mantenía tan cerca de la realidad como me era posible. ¿Y si Bruce había decidido no hacer nada y más adelante intentar conocer a su hija y tener un papel secundario en su vida? Mis fantasías eran imparables, las quería dejar de lado, no hacerles caso, las miraba y les sacaba la lengua, pero de nuevo me abandonaba a ellas porque eran un lugar tan plácido…: él tenía una prometida y una familia que atender, meterse en una dura batalla legal por la custodia de una niña que vivía no solo en otro país, sino al otro lado del Atlántico era poco menos que engorroso. «Bien, Alex, haz tu trabajo y monta tu vida con Bruce lejos de nosotras». Dentro de unos meses, Bruce nos visitaría, yo organizaría algo y habría un reencuentro. Luego, como dinero no le faltaba, viajaría de cuando en cuando y a lo mejor, cuando Alicia fuese mayor de edad, podría ir a visitarlo a Boston. Y sabía que, aunque yo no quisiera hablar de pensión o manutención, él iba a insistir: si lo hacía, abriría una cuenta a nombre de Alicia y solo se usaría ese dinero para asuntos de la niña.

Sin embargo, un mes después de mi regreso a Madrid, una llamada de mi abogado un sábado por la tarde me informó de que mi fantasía era solo eso, una fantasía, y que había saltado por los

aires, cayendo sobre nosotras como confeti, pero menos alegre. Y también fue la tarde en que me encontré con Pablo, el gran amigo de Arturo. Ese sábado recibí dos noticias que cambiarían mi vida. Al menos, una de ellas lo haría. La otra lo que cambiaría sería mi perspectiva del pasado.

Era una tarde soleada, hacía ya frío, pero no el suficiente como para impedir a Alicia salir al parque de al lado de casa; así que me armé de paciencia, cogí el plumífero y nos lanzamos a aprovechar los últimos rayos de sol de la tarde, ella tirándose por los toboganes y yo manteniéndome en vilo cada vez que cruzaba la pasarela de barrotes de hierro. Quien demonios inventara los parques infantiles desde luego no tenía hijos. Justo en el mismo banco donde yo me iba a apostar a vigilar el cuerpecillo frágil y activo de Alicia estaba sentado Pablo, el mejor amigo de Arturo, al que no veía desde el funeral y con el que evité contactar más tarde, cuando intentó hablar conmigo para ver cómo nos iba la vida.

—Hola, Elena.

Yo me volví más molesta por la distracción cuando tenía la misión importante de comprobar que los pies de Alicia se posaban en cada uno de los barrotes de la maldita pasarela que por la sorpresa. Pero la boca se me abrió igualmente cuando me giré y lo vi allí sentado, con lo que parecía un bocadillo de Nocilla a medio comer entre las manos.

—¡Pablo, qué sorpresa!

—Ya, se te nota. —Y se rio quedamente. Me recordó a cuando Arturo me explicaba que Pablo era un experto en leer a las personas y que solo con unas palabras era capaz de saber lo que estaban pensando. Me sentí desnuda de repente, analicé las tres palabras que le había dicho y decidí que no eran para nada sospechosas. ¿Qué podía concluir de ellas? Sorpresa, solo eso. Pero como no le contesté, él continuó—. Marina —como no di señales de reconocimiento, volvió a sonreír y concretó—, mi pareja. —Yo asentí. Qué tonta, habíamos estado en su boda, Arturo había sido testigo en el juzgado y luego había dado un discurso en el banquete, una lejana noche de verano, a la luz de pequeñas bombillas blancas en un jardín repleto de flores y olor a naturaleza. Yo conocí a Marina ese mismo día y no la había vuelto a ver en mi vida; si fue al funeral de Arturo, no lo recuerdo—. Ella tiene la consulta del ginecólogo aquí al lado, ha venido por una urgencia. —¿Debía preguntarle qué urgencia había tenido la pobre mujer para tener que ir un sábado por la tarde a un ginecólogo? Era demasiado íntimo.

—Espero que no sea nada grave.

—No, nada grave, si no, estaríamos en el hospital.

—Claro.

Los dos nos quedamos callados y yo deseé con todas mis fuerzas que Alicia viniera llorando porque se había enfadado con algún niño o que, cualquier dios que estuviera por los cielos me perdonara, se cayese y se hiciera el daño suficiente como para irnos a casa, pero no tanto como para terminar en urgencias, no podía parar de ponderar posibilidades. Como el silencio se extendió más de lo políticamente correcto y él no parecía tener la intención de romperlo ni de sentirse incómodo, me vi en la tesitura de disculparme.

—Pablo, tengo que pedirte perdón.

Él me miró extrañado, pero le duró poco.

—Sí, bueno, no te preocupes. Es normal que no tuvierais ganas de hablar.

Muy amable por su parte incluir a toda la familia, cuando era a mí a quien se dirigía. Qué educación demostró y qué mal me había portado yo. Arturo era su amigo, se conocían desde el instituto. Él también había perdido a alguien importante y yo le había negado el contacto con lo último que quedaba de él.

—Ya, pero luego no te devolví las llamadas. En fin, no tengo excusas, solo que han sido unos meses duros, o, mejor, un último año de locos.

Me miró profundamente y di un respingo imperceptible para el ojo humano, estaba segura de esto último.

—Y ahora, ¿cómo estás?

Me di cuenta del cambio de número en su conjugación, no preguntaba por toda la familia, preguntaba por mí.

—¿A grandes rasgos? Bien. —Y era verdad. A grandes rasgos.

—Entonces, ¿te puedo decir una cosa? Arturo me permitió contártelo si veía la oportunidad, pero me hizo prometer que no lo haría hasta que él no estuviera y, al menos, hasta que no te viera con fuerzas suficientes.

Eso se llevó toda mi atención y pensé que, bueno, los parques infantiles estaban diseñados por profesionales que no pondrían en peligro la vida de los niños, ¿verdad? Podía dejar de vigilar a Alicia un solo segundo.

—Entenderás que después de lo que me acabas de decir, ya puedo ser la persona más débil del mundo, que no te lo iba a confesar.

—Claro. —Y rio otra vez por lo bajo, atendió a su hijo, nacido unos meses más tarde que Alicia, que le dio un mordisco al bocadillo de Nocilla y se fue corriendo de nuevo al columpio. Inspiró hondo y yo creía que los nervios no podían crispárseme más—. Arturo lo sabía.

—¿Cómo? —No entendía nada.

—Sabía que no era su padre. —Y buscó con la mirada a Alicia, que, en ese momento, se lanzaba de cabeza por el tobogán. No reaccioné ni para gritarle a mi hija que no volviera a hacer eso—. Es decir, sabía que no era su padre biológico; en todo lo demás, se consideraba y se sentía su padre. De hecho, yo creo que esa circunstancia lo mantuvo con vida más tiempo.

Mi incapacidad para emitir sonidos me preocupó hasta el extremo de pensar que Pablo se podría ocupar de Alicia mientras una ambulancia del 061 me atendía en el mismo parque infantil.

—No entiendo. —Tanto trabajo y fue para decir esa obviedad.

—Pues no tiene mucho que entender. No me preguntes cómo lo supo porque no me lo dijo; solo quería que, después de su muerte, alguien te pudiera decir que lo hiciste bien, que lo hiciste feliz y que te entendía. —Me miró con una franqueza que me desarmó por completo.

—¿Tienes más detalles? ¿O eso es lo único? —En realidad, dentro de mí, estaba vociferando muchísimas más cosas, me encontraba de pie, alzando las manos como una tarada pidiendo explicaciones, haciéndole recordar hasta el último detalle de esa confesión: qué gesto tenía al decírselo, si cerró los ojos, los entrecerró, los mantuvo abiertos, ¿lloró? ¿Se le quebró la voz? ¿Carraspeó? ¿Le costó hablar o, sin embargo, lo hizo con esa fluidez con la que solía contar historias? A pesar de todo, Pablo solo podía verme sentada, con las piernas muy juntas y las manos enlazadas tan fuertemente que los nudillos se veían blancos.

—Nada más, Elena.

—Bien, pues… Si no te importa, tengo que irme. —Pero tardé en ejecutar la orden que mi cerebro les mandó a mis piernas.

—Claro, lo entiendo.

¿Es que tenía que entenderlo todo? Quería gritarle que dejara de entenderlo todo, ¡joder!

Me levanté como una zombi, buscando a Alicia con la mirada, pero sin ver absolutamente nada. Los niños eran sombras que se movían a mi alrededor y que a veces esquivaba y otras no. Distinguí la melena castaña enmarañada tirándose de cabeza, de nuevo, por el tobogán.

—Alicia, vámonos. —Y estiré la mano, esperando sin discusión que mi hija pequeña me hiciera caso a la primera por una vez en su vida. El tono debió de ser lo suficientemente elocuente, porque me tomó de la mano sin rechistar.

—Yo también quería irme ya, ¿eh? —Y siguió con una retahíla casi ininteligible de los motivos por los cuales ya no tenía ganas de seguir en el parque, alguien olía mal y otro le escupía cuando hablaba, entre ellos.

No me despedí de Pablo; a día de hoy, no lo he vuelto a ver. ¿Se sentiría bien al contármelo? ¿Había cumplido su misión y podía desaparecer de mi vida? ¿Realmente su mujer, perdón, su pareja, tenía una urgencia ginecológica por la zona? ¿Por qué no sabía yo que cerca de mi casa había una consulta de ese tipo? Alicia no se quejó cuando cada zancada mía podía suponer como cinco de ella, y llegamos a nuestro portal en menos de un minuto. Dejé que mi teléfono sonara porque al subirme en el ascensor seguramente se cortaría. Además, no tenía ganas de cogerlo. Pero al salir del ascensor, volvió el tono insistente.

—Mamá, coge el teléfono.

Yo abría la puerta de casa y no atinaba muy bien con la cerradura.

—No lo voy a coger ahora, Alicia.

Por fin abrí la cerradura y nos lancé a ambas adentro, como si nos estuviera salvando de un naufragio. El móvil volvió a zumbar y a romper tímpanos, aunque no los míos, yo podía soportarlo.

—¡Mamá, coge el teléfono! ¡Suena feo! —Y se tapó los oídos mientras corría hacia su habitación.

—¡Diga! —le ladré al móvil sin ver siquiera quién llamaba.

—Elena, soy Javier. —Y con inseguridad, me confirmó—: Tu abogado. Tenemos noticias.

—¿Un sábado por la tarde?

—Así son las cosas. En un plazo no mayor de quince días, debes ir a una clínica para que le tomen unas muestras a Alicia.

—¿Unas muestras? —No era tonta, sabía para qué, lo que estaba era conmocionada, peor que drogada.

—Sí, para las pruebas de ADN. El lunes, si quieres, te vienes por mi oficina y hablamos, pero creía que esto te lo tenía que comunicar cuanto antes.

—Claro, te lo agradezco. —Debía de parecer imbécil, yo me hubiera parecido imbécil.

—Vente a la hora que quieras, ¿vale?

—De acuerdo, gracias, Javier.

—Hasta el lunes.

Así que Arturo lo sabía, las sospechas que ya me había resignado a tener para siempre se habían aclarado. ¿Y cómo me sentía? ¿Agradecida? ¿Culpable, egoísta? Daba lo mismo como me sintiera, eso ya no iba a arreglar nada. ¿Por qué no me lo había dicho a mí? Quizá por la misma razón por la que yo no fui sincera con él: por amor. Por amor, murió Arturo en un matrimonio lleno de mentiras. Esa fue la única vez que dudé en serio de mi lista y de mi forma de actuar, explorando otros caminos que podría haber cogido. Pero yo actué como un dios que todo lo maneja a su antojo. Intenté disipar esos pensamientos que ya no servían para nada con un gran vaso de Coca-Cola, necesitaba su azúcar y su cafeína para despejarme, porque el frente que se me abría era sin duda más real y palpable que el anterior.

9

BRUCE

No fue fácil contener el revuelo informativo que se creó alrededor de Bruce y su familia. Al final, bien aconsejados por sus contactos en el mundillo, Alex y él concedieron una extensa entrevista para una gran revista del corazón en la que ella mostraba su anillo de compromiso y una sonrisa más amplia que la de un niño en su cumpleaños. Incluso su cuñada había permitido que sus hijos aparecieran en una foto de familia, solo si con eso conseguía que la historia no fuera más con ellos. Bruce no se lo podía garantizar, pero sí decirle que lo creía de verdad. Esa estratagema no pararía los rumores sobre lo que realmente sucedió o no la noche de la fiesta de compromiso, pero al menos los retrasaría lo suficiente como para que fueran ellos quienes tuvieran la sartén por el mango. En algún momento, la noticia saldría a la luz, pero para entonces el argumentario estaría planificado y podrían conducir la información por los canales que ellos propusieran. Al menos, esa era la idea.

Y Megan también fue un eficiente cortafuegos para las decenas de llamadas diarias que a partir de aquella noche recibiría en el despacho. «Nunca he tenido tanto trabajo», decía riéndose, cuando Megan quizá era una de las personas con más trabajo que había visto nunca.

Lo que sí tardó más de lo que él hubiera imaginado, y deseado, fue trazar el plan a seguir para pedir la custodia de Alicia. La completa, no se iba a conformar con menos, a pesar de que Alex le había aconsejado que lo mejor era empezar por peticiones pequeñas y, conforme se fueran consiguiendo, ir aumentando las exigencias. Él lo quería todo. Y lo quería ya. Y si era así, Alex le había dicho que tenían que analizar bien toda la situación porque no iba a ser tan fácil que cualquier juzgado arrancase de su familia a una menor de cuatro años para dársela a un desconocido, por muy padre de esa menor que fuese.

—Tendremos que hacerlo todo a través de los abogados.

Le gustaba que Alex se hubiera involucrado tanto en el asunto, tanto como para hacerlo suyo, tanto como decir «tendremos» en lugar de «tendrás».

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Ahí estaba de nuevo la conversación que nunca tendrían, esa en la que él confesaba haberle sido infiel con Elena la noche de su compromiso.

—Sí, lo sé y lo haré. —Y lo haría, claro que lo haría si esa era la forma de conseguir todo lo que se proponía. Y porque le había sido una vez infiel a Alex y esa sería la única. Le estaba prometiendo mucho más que fidelidad con esa declaración de intenciones.

No se quería engañar, Elena aún le despertaba fuertes sentimientos que le hacían querer golpear las paredes con los puños hasta rompérselos porque, aunque aquella noche había

comprendido tantas cosas, le había ocultado a Alicia durante cuatro años. Y cuando se había visto con la libertad de hacerlo, había tardado todo un año más en contárselo. Sí, creía que eso le costaría un mundo asimilarlo, a lo mejor nunca lo lograría y lo separaría de la madre de su hija para siempre. Aunque luego volvía a pensar que Alicia estaba en este mundo en gran parte por los fuertes sentimientos que Elena había tenido hacia él y se ablandaba durante el tiempo suficiente como para detener la úlcera que seguramente se estaba creando en su estómago.

Cuando Alex le comunicó que habían enviado un requerimiento al abogado de Elena, el subidón de adrenalina fue tan fuerte que tuvo que salir a correr en mitad de la jornada laboral para poder liberar toda la energía retenida que por fin podría dejar salir.

—¿Cuándo podré conocerla? —le espetó demasiado ansioso por teléfono.

—Para eso habrá que esperar, al menos, a los resultados de los análisis.

—Yo ya sé que esa niña es mía —repuso enfadado, algo terco.

—Y yo, pero hemos quedado en que haríamos todo esto por los cauces legales, nada de informalidades ni de llamadas a media noche buscando comprensión.

—Sé en lo que hemos quedado, pero todo sería más fácil si me presentara en Madrid y fuera a ver…

—No me hagas temer que vas a hacer eso. —El tono de Alex se aceró de tal forma que a Bruce se le heló un poquito la sangre.

—No te preocupes, no voy a hacer ninguna locura.

—Eso espero, porque lo tenemos todo muy bien planificado para que ahora vengas y lo eches a perder.

—No echaré nada a perder. —Pero era su hija de lo que estaban hablando, parecía que lo olvidaba.

—Cariño, sé que es de Alicia de quien hablamos. —Esa mujer tenía el poder de saber qué pasaba por su cabeza en cada momento, lo que le hacía pensar que había elegido bien a la persona con la que convivir el resto de su vida y, a la vez, tenerle un poco de miedo—. Pero precisamente por eso tienes que hacerme caso.

—Me voy a correr. —Le haría caso, pero que no le pidiera suavidad.

—Es una buena idea.

Pero Bruce no pensaba que fuera solo una buena idea, sino la excusa para no hacer la llamada que no debía hacer. Se dejó el teléfono en la oficina a propósito, allí abandonado, encima de la mesa de su despacho. Porque si seguía con ese aparato entre las manos, sus dedos harían el recorrido aprendido: primero, la carpeta de archivos; luego, la subcarpeta llamada «Alicia»; más tarde, deslizar hasta que hubiera visto las imágenes y los vídeos de su hija como quince veces. Y por último, elevar el pulgar sobre el contacto de Elena en su agenda. Y quien evitaba la ocasión evitaba el peligro. Y daba lo mismo si borraba el número de Elena de su teléfono, se lo había aprendido de memoria, algo que solía hacer sin querer con las cosas que le parecían importantes. Todavía recordaba el número de una pizzería que cerró hacía meses o la dirección de una novia que tuvo en la universidad, donde seguramente ya ni viviría.

Se moría por tener nuevas fotos, esta vez de cuando la niña era más pequeña. Y también, por qué no, imágenes más actuales. Esa personita estaba viviendo por ahí y él no podía conocerla y le hervía la sangre. Antes de irse, también eliminó el borrador de un *email* que tenía listo para enviárselo a Elena, solicitándole lo más formalmente posible nuevos archivos de Alicia. De todos modos, sabía que iba a volver a reescribirlo y dejarlo en borradores a la mañana siguiente.

10

ADN

Decidí no ir a la clínica hasta el último día del plazo. Quería guardarme para mí un poco de ese derecho al pataleo que creía haberme ganado. Consideraba que la forma en que me enteré de todo no había sido la adecuada y me gustaba imaginar la cara de Bruce cuando día a día, y tras la pregunta de si Alicia ya se había hecho la prueba, la respuesta rotunda de un no le hiciera estremecer de ira. Tenía pocas herramientas de las que echar mano, pero esa era una de ellas y la usaría con gusto.

La reunión con mi abogado fue poco menos que desoladora. Me explicó que, contra todo pronóstico, los requerimientos que le habían hecho le hacían pensar que iban a ir desde un principio a por todas. Yo ya me lo olía, pero no le dije nada de mis sospechas; bueno, en realidad no eran sospechas, lo sabía porque el propio Bruce me lo había dejado bien claro, pero confiaba en que, una vez consultara con sus abogados, se diera cuenta de que era mejor ir poco a poco, y eso me daba a mí quizá años de margen para ir recreando la vida más adecuada para Alicia. Y para mí. Y para Nuria, Ana y Carmen. Para todas nosotras.

Pero Bruce se había lanzado a la piscina sin ni siquiera una llamada, un mensaje o un maldito *email* en el que me contara sus pretensiones, detalladas y concretas. Mi abogado me aseguró que eso sería lo que le habrían aconsejado que hiciera, que todo el contacto se mantuviera de manera oficial a través de sus despachos, pero a mí no me valía ese argumento. ¿Desde cuándo Bruce hacía lo que le aconsejaban? Y más tratándose de Alicia, de mí, de nosotros. Tal vez tuviera que empezar a dejar de pensar en un nosotros, no en términos románticos, que desde luego estaba muy lejos de ello, sino en términos de relación; no había un nosotros, había un tú, un yo y un objetivo en común: Alicia. Punto. Nada más. Y a luchar y dejarnos la piel para conseguirlo. Tenía ira corriéndome por todo el cuerpo, estaba enfadada, confusa, con un miedo que, si lo dejaba bregar a sus anchas, me hacía temblar hasta escuchar el repiqueteo de mis dientes.

No lo conté en casa hasta la noche anterior a llevar a Alicia a la clínica. En mi fuero interno, me repetía que todo lo que pudiera ahorrarles de sufrimiento e incertidumbre a mis chicas bueno era, aunque al final el resultado fuese el mismo, aunque el motivo realmente fuese otro. No se lo tomaron muy bien. Nuria me cerró en las narices la puerta de su habitación y yo no pude sino respetar su decisión de no querer hablar conmigo, igual que ella había respetado una por una todas mis decisiones desde el principio. Sabía que con ella algo se había torcido y nuestra relación fluía bien hasta que llegaba a esa parte del circuito en que tenía que salvar curvas demasiado cerradas. Había veces que nos lo tomábamos como una pequeña montaña rusa y sorteábamos las curvas casi con diversión, qué relación madre-hija no tiene una pizca de

controversia. Otras veces, nos quedábamos atoradas ahí, en esas eses del demonio, durante lo que a mí me parecían meses. En realidad, días, hasta que ella, que es la que solía quedarse atascada, decidía continuar el camino. Cuánto duraría en esta ocasión, no lo podía predecir. Aun así, prefería que no entráramos en una conversación más profunda sobre nuestras diferencias, eso podría llevar a que se rompiera el circuito definitivamente. Y no lo soportaría.

Ana se ofreció a acompañarme y me negué, aquello era algo que tenía que hacer yo sola. También se enfadó. Carmen no me dijo nada, pero en su tono percibí decepción. Estaba visto que el hecho de que las quisiera proteger no les había gustado, no lo agradecían y no lo entendían. Tenían razón, claro que tenían razón, como siempre. A lo mejor no lo dije por un motivo más egoísta, es que no quería hablar de eso, como si no expresarlo lo hiciera desaparecer de mi vida hasta que fue real e inminente, como esa noche anterior a la cita con la clínica. La espesura me estaba nublando la seguridad con la que había actuado hasta entonces. La seguridad y mi modo de actuar.

La clínica estaba en el centro de Madrid, unas oficinas en un edificio con solera que solo se usaban para consultas y recogida de muestras. Cogí el autobús y convencí a Alicia de que aquello era otra excursión; cuando la niña fuera mayor, recordaría esta época como en la que más excursiones hizo de pequeña. La ancha escalera que servía de distribuidor para el descansillo, donde no solo estaba la clínica, sino también un centro de estética y una gestoría, era tan espectacular que me sorprendí al odiar que hasta ese detalle de Bruce me sobrepasara. ¿Por qué todo tenía que ser espectacular con él? ¿No podía haber elegido una clínica a las afueras? Fría y aséptica, con sus paredes grises y sus asientos de plástico azules para la sala de espera, infinitamente más cómodos que los de las oficinas de StoryVision. Pero no, estábamos en este edificio del centro de Madrid y, al igual que en el exterior, en el interior de la clínica todo exudaba lujo y buen gusto. Un chico joven, con chinos celestes y camisa blanca, nos acompañó a una salita con sofás mullidos y mesas bajas llenas de revistas. También algún juego infantil, allí los niños no serían algo excepcional. A Alicia no le dio tiempo casi ni a pasar una bola de madera por un alambre de color rojo cuando una mujer en bata blanca salió a nuestro encuentro.

—Buenos días, señora Gavira, la esperábamos antes.

Claro, seguramente hacía quince días.

—Buenos días, no he podido venir hasta hoy.

—Claro. —Ninguna de las dos nos creíamos la una a la otra. ¿Cuántas mujeres con niños pequeños a los que hacerles pruebas de ADN recibiría a lo largo del día? ¿Cuántas demandas por paternidad resolvían ellos con sus análisis y porcentajes? ¿Habrían destapado alguna mentira gorda? ¿Tenían a famosos en su nómina de clientes? Qué gran historia podía salir de ahí dentro —. Acompáñenme, por favor.

La seguimos por un pasillo largo y algo serpenteante, producto de habilitar varios pisos de esa edificación antigua en un solo módulo. Alicia estaba inusualmente callada, parecía saber que aquello era un paso fundamental en su vida, y yo no me quitaba de la cabeza que a lo mejor habría sido mejor idea desobedecer el llamamiento y no acudir a las pruebas de ADN. Aunque mi abogado me había aconsejado que no hiciera eso que sabía que estaba barajando seriamente. Ya iba conociendo mis gestos y mis comportamientos y, sin haberlo dicho, me miró con ternura —toda la ternura que podía transmitir ese hombre—, me cogió de la mano y me dijo: «Elena, no puedes desobedecer el requerimiento, te puedes meter en un lío y perjudicar el procedimiento posterior». «Tampoco nadie me obliga a hacerlo el primer día». «Efectivamente, nadie te obliga a ir mañana mismo a la clínica». Entonces cogió el almanaque que había sobre su mesa, hizo

cuentas y me señaló este día, en el que recorríamos el pasillo largo y algo serpenteante de la clínica.

Entramos en una sala, esta vez sí, aséptica, fría, de paredes blancas y con mobiliario y asientos más propios de un hospital que los de la salita en la que habíamos estado esperando. Una gran vitrina acristalada dejaba ver todo tipo de utensilios y recipientes para fluidos; se me encogió el corazón y se me erizaron los vellos de todo el cuerpo.

—Bien, Alicia, ¿preparada? —La mujer se volvió hacia mi hija y yo tuve que contener el impulso de saltar sobre ella y quitarle ese moño tan perfecto que tenía sobre la cabeza.

—Le agradecería que se dirigiera solo a mí. —Quise hablar entre dientes, pero nunca he sabido y me salió una especie de siseo, pero lo entendió.

—Entonces no sé cómo lo vamos a hacer.

¿Me estaba vacilando?

—Pues muy fácil, me dice a mí lo que tiene que hacer Alicia, yo se lo explico y lo hacemos, no es muy complicado. —Yo también sabía poner tono de inocencia, aunque al mío se le notaba que era falso. Al de ella, no tanto.

—Como quiera. —Carraspeó y sacó un cilindro del largo de mi mano de la vidriera—. Cogeré muestras de la boca de Alicia con este bastoncillo, será solo un momento y no le dolerá.

Yo asentí y me agaché junto a Ali.

—Cariño, esta mujer te va a coger algo de saliva de la boca, en diez minutos estaremos tomando un batido, ¿vale?

La palma de la mano de Alicia estaba mojada, sudaba a mares, y yo odié a Bruce más de lo que he odiado a cualquier persona. ¿No podíamos hacer las cosas de otra forma? Sabía que no, pero me estaba matando ver a mi pequeña con ese miedo.

—No quiero. —Y podía ver como Alicia mantenía a raya las lágrimas, intentaba hacerse la mayor. Últimamente le había dado mucho por eso: se hacía la mayor cuando no le gustaba una comida y aguantaba la respiración antes de cada cucharada, se hacía la mayor cuando discutía con otro niño en el parque y reprimía el impulso de levantar la mano. Y ahora intentaba hacerse la mayor no dejando salir ni una sola lágrima.

—Solo van a ser unas cosquillas en la boca. Verás, me lo voy a hacer yo primero. —Me giré hacia la doctora, la técnica de laboratorio o quienquiera que fuese esa mujer, y le abrí los ojos con elocuencia—. Me da lo mismo pagar por el bastoncillo que vaya a usar conmigo.

—No hará falta.

—Bien. —Le guiñé un ojo a Alicia y abrí la boca para que esa mujer hurgara en ella un rato con el bastoncillo. Fingí reírme y agradecer esa experiencia tan grata—. ¡Ahora tú! Ha sido supergracioso.

Alicia me miró desconfiada, pero en su mirada distinguí la inercia de lo inevitable, ella sabía que no se iría de allí hasta que no le hicieran eso. Y si se lo habían hecho a su madre y se había reído, tampoco sería tan malo.

—Vale.

La subí en la camilla y abrió la boca obediente. La mujer tomó muestras del interior de las mejillas, aunque para mi gusto tardó demasiado en hacerlo.

—Cuidado, no vayas a confundirlo con mi bastoncillo, no vendré aquí de nuevo.

La mujer me miró con desdén.

—No se preocupe. —Se volvió y apuntó algo en el cilindro—. Ya hemos acabado, las acompaño a la salida.

—No hace falta, nos sabemos el camino, ¿verdad, Alicia?

—Es el protocolo.

—Pues nada, cariño, tendremos que estar con esta señora otro poquito más.

Bajé a mi hija de la camilla y esperamos a que la mujer comenzara la marcha.

Ella pareció no escucharme y nos precedió de nuevo por el pasillo, pero salimos al vestíbulo sin pasar por la salita de espera. Yo era consciente de que estaba descargando mi frustración sobre esa mujer porque ella personificaba todo lo que yo no quería hacer en ese momento, pero tendría que aguantarse; con el trabajo que realizaba, le habrían dado clases para llevar comportamientos como el mío e incluso peores.

—Tendrán noticias dentro una semana. —Nos abría la puerta y forzaba una sonrisa.

—Gracias. —Yo no le devolví ni el intento, no tenía ganas, no quería. Me negaba a regalar sonrisas a quien, bajo mi punto de vista, no las merecía.

Alicia se paró frente a mí y me pidió que la cogiera. Hacía eso muy poco, ella sabía que era muy grande ya, que yo no tenía mucha fuerza, pero ese detalle me partió el alma y contribuyó un poquito más a mi encono contra Bruce. La alcé con esfuerzo y la apreté contra mi pecho, ella hundió su cara en mi cuello, y yo me prometí que, pasara lo que pasase, Alicia no se separaría de mí. Sin embargo, un halo de incertidumbre sobrevolaba nuestras cabezas y cayó sobre nosotras cuando escuchamos la puerta cerrarse a nuestras espaldas.

11

GLORIA

La llamada de Estela me pilló por sorpresa. Estaba ya trabajando en un nuevo proyecto, no demasiado de mi gusto, pero era trabajo. «Demasiadas series de adolescentes», le dije mientras planteábamos la historia, pero ella me aseguró que era lo que vendía, que los adolescentes estaban de moda, que era lo que las plataformas buscaban; que el informe de análisis de mercado que les había hecho una consultora con mucho nombre y muy cara había concluido eso: series para adolescentes. Y ahí me encontraba yo, desarrollando tramas inverosímiles, algo macabras y demasiado sexuales para un público como Nuria. Cometí el fallo de preguntarle si eso realmente le interesaba, «¡Pues claro!», me respondió. Me quedé a cuadros y me dispuse a darle una vuelta de tuerca a todo, exprimiendo mi vena sádica: las malas serían tan malas que ni una película de terror podría ofrecer unos personajes tan espeluznantes. El terror está en el instituto; me estaba empezando a gustar.

Por eso la llamada de Estela me sorprendió y me incomodó, ¿ahora que estaba dando rienda suelta a mi maldad me paraba en seco?

—Pero es un proyecto nuevo que te va a volver loca, Elena.

Cuando Estela se ponía misteriosa, me sacaba de quicio, ¿por qué alargar el momento de la espera si iba a acabar diciéndomelo? Me mordí la mejilla por dentro, me hice un poquito de daño y así dirigí mi atención hacia ese punto.

—Venga, no me hagas rabiar más, suéltalo de una vez.

¿Sería un programa diario para televisión? Esos no me entusiasmaban, pero sí reportaban un dinero estable y duradero si tenían éxito, coger una serie de televisión de sobremesa era casi un seguro de vida. Crucé los dedos porque eso era lo que necesitaba en aquellos momentos, cuando los gastos en el abogado se iban a multiplicar exponencialmente.

—Bueno, pues agárrate a tus lápices. —¿De verdad tenía que aguantar esos juegos de palabras? ¿En qué año vivía Estela?—. Bueno, agárrate a tu portátil, mejor. —¿En serio? Puse los ojos en blanco y respiré hondo sin que sonara muy fuerte para que no lo notara a través del hilo telefónico—. Mándame todo lo que tengas de la serie adolescente porque te vas a poner a trabajar enseguida en la historia de Gloria.

Tengo que confesar que me quedé paralizada. Pude percibir cómo mi cerebro no descifraba el mensaje y se quedaba al borde del abismo. A riesgo de parecer tonta, pregunté:

—¿Qué Gloria?

—¡Tu Gloria! Ahora no me vayas a decir que no sabes de quién estoy hablando.

Claro que sabía de quién estaba hablando, pero si era así, los contactos con StoryVision eran

inevitables y eso era lo que no lograba asimilar.

—No lo entiendo, esa historia ya tiene dueño.

Esto sí que era terrorífico: una vez que vendías tus derechos, tus personajes estaban tan cerca de ti como de cualquiera. Solo te quedaba la satisfacción personal de haberlos creado y de su éxito, pero nada más. Luego podían hacer con ellos lo que quisieran. Afortunadamente, con Carmen y compañía no habían causado estragos, tenía noticias de historias que habían acabado muy mal, con el creador yendo casi al psicólogo para superar la catástrofe.

—Sí, pero StoryVision nos ha propuesto el proyecto de la Gloria española. Allí están desarrollando la historia del personaje americano y va por muy buen camino. —Yo ya sabía eso, pero no se lo dije, claro—. Ellos serían dueños de la historia también aquí, pero necesitan una productora española para hacer el trabajo, no tienen sede en España. Por ahora, me temo, porque he visto a Bruce, ¿lo recuerdas? Pues lo he visto con muchas ganas de dar el salto a Europa.

—¿Cómo? —Demasiada información. ¿Que si me acordaba de Bruce? ¿Que lo había visto con ganas de dar el salto? Me estaba aturullando.

—Pues que ellos ponen el dinero, y si ellos ponen el dinero, nosotros encantados. No nos gastamos un euro, y si tiene éxito, que lo tendrá, de eso no tengo duda alguna, nuestro nombre estará ligado a la producción y a StoryVision para bien.

—¿Y si no tiene éxito?

—Esa no es opción, sobre todo teniendo entre nuestros guionistas a una productora ejecutiva que conoce a Gloria tan bien que va a montar una historia digna de un premio en Cannes. Y esa, por si no te habías dado cuenta, eres tú. Tendrás que ceñirte un poco a la historia que han creado allí, pero, por lo que hemos hablado, tendrás bastante libertad en las tramas.

—¿Por lo que habéis hablado? ¿Quieres decir que Bruce me quiere a mí? —Me sorprendía bastante que hubiera pedido mi presencia en el proyecto, no solo mi presencia, mi nombramiento como productora ejecutiva, cuando nos traíamos entre manos un asunto tan peliagudo como la custodia de Alicia.

—Lo ha hecho expresamente, cariño. —Odiaba que me llamase *cariño*—. Debiste de causarle una muy buena impresión cuando trabajaste allí, haciendo ya tanto tiempo.

—Buenísima, sí. —Suspiré y me abandoné en mi silla del despacho. «Nayara le hace una felación al novio de Livia en la cama de su amiga», leí casi con estupor en la pantalla de mi portátil. Era el final de una traición cocida a fuego lento durante casi tres capítulos y que empujaría a las dos protagonistas, antes amigas e inseparables, a comenzar una guerra cruel con el sexo como moneda de cambio. Vivencias que las marcarían de por vida y las haría adultas interesadas y falta de valores. ¿De verdad le gustaba a Nuria ver estas cosas? Guardé el documento y abrí el correo—. De acuerdo, te mando ya todo lo que tengo de las adolescentes en pie de guerra.

—Nos tenemos que reunir, vente por la oficina mañana, bueno, no, que mañana tengo cita con la clínica de fertilidad. —No me gustaba que Estela deslizara sus detalles personales por doquier, pero ya estaba acostumbrada a ello—. Mejor que sea pasado.

—Así lo haré. ¿A primera hora?

—A primerísima hora, quiero tener esto en marcha cuanto antes, no vaya a ser que se echen para atrás.

Bien sabía yo que no se echarían para atrás. No sabía por qué, pero tenía la sensación de ser la destinataria de un dardo envenenado, de que el regalo tenía una trampa de la que sería consciente solo más tarde, demasiado tarde. Pero, por ahora, no podía hacer nada. ¿Por qué no podía

haberme tocado la lotería de una serie diaria de sobremesa? Se multiplicaron por mil las ganas de trabajar en una de ellas; quizá iba siendo el momento de comenzar a buscar alternativas a Estela.

12

CONFIRMADO

La llamada del abogado tendría que haberse producido antes que la de Estela, pero era difícil cuando la información llegaba con retraso a nuestro círculo. A lo mejor fue la respuesta a mi tardanza por realizar las pruebas, pero lo cierto era que mi abogado se enteró bastante tarde de todo, y yo solo pude comenzar a unir piezas varios días después de que Estela y yo nos reuniéramos y trazáramos el plan de trabajo para la serie de Gloria. Un proyecto que, muy a mi pesar, me tenía ilusionada. Maldito Bruce, que incluso en esas circunstancias era responsable de parte de mis ilusiones.

«Los resultados han dado un noventa y nueve por ciento, Bruce Campbell es el padre de Alicia», como si yo no lo supiera sin análisis de por medio. En la voz de mi abogado noté cierta esperanza de que los resultados hubieran dado negativo, más bien fue una vibración fugaz, pero ¿qué se creía? ¿Que me había acostado con medio Boston y que Alicia podía ser de cualquiera? Me tragué las ganas de echárselo en cara porque, realmente, no me había dicho nada al respecto, habían sido mis sensaciones y hacía tiempo que desconfiaba de ellas, y le pregunté qué era lo que seguía a continuación.

Pues después de que el ADN confirmara lo que ya sabíamos, alguien vendría a invadir mi casa, mi hogar, se quedaría a solas con Alicia, le haría preguntas extrañas y ella tendría que responder sobresaltada. Solo de pensarlo, se me salía el corazón por la boca y a duras penas podía escuchar la voz de mi pobre abogado, que intentaba minimizar la magnitud de lo que me estaba contando. Ahora sí que estaba pensando seriamente en salir corriendo de Madrid: coger a Nuria y a Alicia, montarlas en el coche, cambiarnos las identidades y huir quizá a Francia. A algún pueblo del sur, donde se hablara mucho español, que yo no sabía francés, y allí comenzar una nueva vida. No me podría comunicar con Ana, pero le mandaría alguna postal. ¿Y Carmen? Creo que ella estaría dispuesta a venirse con nosotras. Era una solución desesperada, pero la situación también lo era, así que esta vez no solo me dejaba llevar por las fantasías para después cortarlas de raíz, sino que las veía como una realidad bastante probable. Mi abogado seguía con su retahíla legal, de la que yo no entendía absolutamente nada, y me llamó la atención lo último: «Piden, de buena voluntad, que Bruce Campbell —esa manía de llamar a Bruce con su apellido siempre que se refería a él me ponía de los nervios— pueda conocer a Alicia en un plazo no mayor a quince días».

¿Ahora pedían eso? ¿Así, sin más? Ni una llamada, ni un «Perdóname, Elena, de verdad, perdóname», porque la verdad es que necesitaba escuchar de nuevo esa disculpa por todo el dolor y el terror que me estaba haciendo pasar.

«Ya le puedes ir diciendo que un cirujano caro le extirpe esa idea de la cabeza, porque eso no va a pasar». Colgué y cogí una bolsa de papel de Zara para controlar mi respiración. Nuria entró como un torbellino en el despacho, donde ahora pasaban todas esas llamadas extrañas e importantes de mi vida, y me encontró inclinada sobre mí misma, inspirando y espirando hondo dentro de la bolsa.

—¡Mamá! ¿Qué ha pasado? —Se acuclilló frente a mí. Por fin, nuestra relación había superado las malditas curvas cerradas en las que se había atascado hacía un par de semanas y volvíamos a fluir.

—Bruce… —Respiración—. Quiere… —Respiración—. Conocer… —Respiración—. A Alicia. —Respiración, respiración, respiración.

—Pero eso ya lo esperábamos, ¿no? —Me cogió las manos y me retiró la bolsa de la cara—. Mamá, ¿nos vamos?

Levanté la cabeza rápido. Había determinación en su mirada, supe que pasara lo que pasara, tendría a Nuria siempre de mi lado.

—¿Dónde? —pregunté insegura porque no quería creer que por su cabeza había pasado la misma idea de huir de Madrid que por la mía, y que en realidad estuviese refiriéndose a ir a tomar un café.

—A Valencia.

—¿Valencia?

Me incorporé confusa.

—Sí, tengo una compañera de la facultad que nos puede dejar una casa en la sierra.

—¿De qué estás hablando? —No entendía, o no quería entender.

—¡Claro! Nos vamos, desaparecemos del mapa. A tomar por culo Bruce y…

Comencé a reírme de puro nervio, porque estaba viéndome a mí en otra persona y pude comprobar *in situ* lo surrealista de dejarse llevar por esas fantasías que inundaban mi mente continuamente. Tendría que enseñar a Nuria a controlarlas.

—No, Nuria, cariño. —Le cogí la cara con las dos manos y apoyé la frente en la suya—. Voy a llamar ahora a Castillo para decirle que acepte y que haga los trámites necesarios. —Le di un beso en la mejilla y me levanté con trabajo—. Gracias, hija mía, me has abierto los ojos.

—Pero…, pero…

—Y gracias por tu lealtad, es el regalo más grande que me has podido hacer, después de todo lo que hemos vivido.

La abracé hasta que se nos agarrotaron los brazos, y me miró llorando. Ella también era consciente de que lo de desaparecer no era una opción, aunque hubiese disfrutado tanto mientras lo había considerado. Yo conocía bien ese subidón de adrenalina durante el cual cualquier fantasía que se me pasara por la cabeza tenía un cien por cien de posibilidades de hacerse realidad.

Se fue cabizbaja de la habitación y yo me volví a la ventana desde la que podía ver el piso de enfrente. ¿Ese era el vecino haciendo ejercicio? ¿Desde cuándo hacía ejercicio a esas horas? Javier Castillo tardó un par de tonos en contestar: «Javier, comienza el proceso para que Bruce Campbell —me recreé en su apellido, lo dije como una verdadera norteamericana— pueda conocer a su hija».

13

BRUCE

La madre de Bruce quiso acompañarlo, no le pareció bien que fuera solo. «No voy solo, mamá, Alex estará conmigo». Pero Alex no iba a acercarse a la niña, solo iba a ser su apoyo moral durante el viaje. Tenía que reconocer que no había esperado esa respuesta por parte de Elena, que le dejara conocer a Alicia tan pronto teniendo en cuenta la invasión en su vida tan grande y sin mediar palabra que se avecinaba. Se sentía culpable, pero nunca lo iba a confesar, sobre todo delante de Alex, que se había embarcado en esa lucha junto a él desde el principio como si fuera suya propia.

Y ahora estaban sentados, hombro con hombro, en un vuelo de más de seis horas, con las manos enlazadas, a pesar de que ellos nunca habían sido de gestos cariñosos en público. Ella hablándole de lo que podían hacer cuando llegaran a Madrid; del hotel escogido en pleno centro; de la reserva para la cena de esa noche, «a ver si el *jet lag* nos permite disfrutarla»; de que tenía ganas de ir a ver *Las meninas* de Velázquez al Prado, quizá al día siguiente. Él la escuchaba sin decir palabra, solo tenía ganas de espetarle que aquello no eran vacaciones, no era una escapada romántica, aquel viaje tenía un objetivo muy claro: conocer a su hija; y que ya podía ser un hotel de cinco estrellas, el restaurante ser uno de los mejores de Madrid y *Las meninas* uno de los cuadros más famosos del mundo, que todo se podía ir a tomar viento, que a él no le interesaba lo más mínimo. De hecho, pensó, podría estar sentado en la cafetería que serviría de punto de reunión desde el mismo momento en que se bajara del avión, esperando. Pero no dijo eso, sino: «Claro, seguro que mañana podemos escaparnos al Prado un rato». Alex lo miró con devoción, afortunadamente le desasió la mano para manipular su móvil y ponerse unos auriculares y se sumergió en su música, dejándolo a él hundirse en su propia miseria.

Quería que Elena fuera la persona que le llevara a su hija la primera vez que se vieran, pero no habían pactado eso, debían respetar esa ley no escrita de «Prohibido ver a Elena bajo ningún concepto». Así se lo dijo a Elena en la única comunicación que tuvo con ella, en respuesta a un *email* muy extenso que Elena le remitió días antes de la cita acordada. Reparar en ese correo entre la marabunta de correos diarios hubiera sido imposible; fue por Megan, que entró en su despacho sin llamar y retorciéndose las manos, cuando supo de su existencia: «En el buzón de personal». Luego se giró y lo dejó solo mascando la tragedia. Dudó un solo instante de si abrirlo o no. Alex había sido muy clara con él al respecto: nada de contactos furtivos ni mensajes ni llamadas ni nada, todo lo que estuviese fuera de los cauces legales podía entorpecer «nuestros intereses». ¿Nuestros intereses? Le gustaba que se lo tomara tan a pecho, pero aquel interés era suyo, solo suyo. Odiaba cuando Alex lo trataba como a un cliente más; él no era un cliente más,

era su prometido. Además, ¿dudas él? ¿Cuándo había dudado él de nada y cuándo se había dejado guiar sin rechistar?

Abrió el correo y se sorprendió de lo largo que era, lleno de puntos y comas, párrafos interminables. ¿Qué quería Elena con aquello? ¿Contarle su vida? Sí, efectivamente, le contaba su vida, la vida de Alicia, lo feliz que era la niña, lo unida a su familia que estaba; con su hermana era adoración mutua lo que sentían; con su tía era devoción y con Carmen, su abuela, porque, a pesar de todo, «Carmen es su abuela, es un amor tan genuino que a veces hasta yo tengo celos de él». «Todavía podemos hacer esto de otra forma», terminaba diciéndole. Un *email* con una firma escueta: «Elena». Igual de escueto que fue él en su respuesta: «Elena, espero que este sea el último mensaje personal que me envías. Mis abogados insisten en que todo se lleve por el camino más aséptico y legal posible, y así lo haré. Eso incluye que no nos podemos ver. Te repito que siento mucho el daño que te pueda ocasionar, pero no puedo ni quiero actuar de otra forma. Bruce». Cuando le dio a enviar, se le clavó una aguja fina y larga en el corazón. Cerró el portátil de un portazo y salió de nuevo a correr en mitad de la jornada.

Así que ambas partes habían acordado que sería Carmen, la abuela de la niña, bueno, la abuela *no abuela* de la niña, la que se sentaría en la misma mesa que ellos. No podía ser más incómodo, pero las alternativas eran inviables: Nuria era demasiado joven e impulsiva como para guardar la compostura en una situación de ese calibre, y Ana, la hermana de Elena, ¿cómo le dijeron?, era como Nuria pero con cuarenta años. Si Elena quedaba fuera de la ecuación desde el principio, la única capaz de llevar a cabo la empresa era, sin duda, Carmen, que había demostrado tener un carácter sereno, más bien apocado, gobernado por la razón. No lo tenía muy claro, una abuela, y él lo sabía por su propia madre, no se andaba con chiquitas si le tocaban lo que era suyo, y si esa mujer había aceptado que Alicia no fuera biológicamente su nieta y la seguía tratando como tal, el amor por ella debía de ser muy fuerte.

Estuvo todo el viaje dándole vueltas al encuentro que tendría lugar al día siguiente por la tarde, entonces conocería a su hija, y no sabía ni lo que decir. Recreó varias conversaciones, pero ¿qué se lo podía decir a una niña de cuatro años? Si él no sabía hablar ni con sus sobrinos y, para colmo, cuando mejor lo estaban pasando, su cuñada lo miraba con cara de pocos amigos. Pero con Alicia, nadie vendría a reprocharle su comportamiento, nadie.

14

EL DÍA D

«Recuérdame por qué tengo que dejar que Bruce Campbell conozca a mi hija después de la contestación tan despreciable que tuvo conmigo». Mi abogado me repetía por enésima vez que iba a hacer oídos sordos, de nuevo, a ese mensaje que yo le había enviado sin su permiso al padre de Alicia, solamente porque nos podía traer de cabeza más adelante, y me instaba a tener a la niña lista en media hora. Colgué sin despedirme, creo que ya se había acostumbrado a ello, mucho debía necesitar el dinero si seguía soportándome. Con ese hombre, yo me convertía en una hiedra venenosa que escupía su veneno con cada palabra.

La idea de mandarle un *email* extenso y lleno de detalles fue un poco de todas las mujeres de la casa. Tuvimos un cónclave cuando se fijó la fecha del encuentro entre Bruce y Alicia y, delante de unos *noodles* demasiado buenos para tratar un tema tan espantoso, decidimos que no perdíamos nada por probar suerte y gastar la carta del sentimentalismo. Lo hice esa misma noche, cuando Ana y Carmen se habían marchado a casa, Nuria estaba reconciliándose creo que por quinta vez con su novio y Alicia dormía plácida sin saber que era la razón del quebradero de cabeza que asolaba a todas las mujeres de su vida. Tardé como dos horas en encontrar las palabras exactas y me salió casi la presentación de un proyecto para televisión. Si le diera el texto a alguien ajeno, podría montar una serie bastante interesante, que no podría hacer yo por los vínculos que me unían a ella. Le di a enviar y dejé que el ciberespacio hiciera su trabajo. La espera me tuvo en vilo todo el día siguiente y la contestación no pudo ser más demoledora, no solo el contenido del mensaje en sí, sino el tono impersonal que lo impregnaba, ¿qué le habían hecho al Bruce que pasó conmigo la noche hacía tan solo unas semanas? Grité muda contra mi palma abierta y respiré hondo. «Chicas, no ha servido de nada», fue mi mensaje en el WhatsApp familiar, y acto seguido recibí multitud de respuestas en las que los emojis de enfado, de cacas y corazones rotos inundaron el chat.

Y ahora, en menos de media hora, Alicia debía estar lista y, a pesar de todo, no podía negar que tenía cierta expectativa positiva con aquel momento. Por fin Bruce iba a conocer a su hija; yo quería verdaderamente que eso sucediera, no así, pero lo quería e iba a ocurrir. Ese momento quedaría grabado en la mente de su padre y quizá también en la de Alicia, aunque ella fuese demasiado pequeña para recordarlo sin más. Elegí los vaqueros con estrellas fugaces en la pernera que eran el *must* de Alicia para todas sus salidas importantes, es decir, para la mayoría de cumpleaños a los que la invitaban, y un jersey de lana azul marino.

—¿Dónde me va a llevar la abuela? —Su inocencia y su ignorancia mermaban las pocas fuerzas que me quedaban para resistir sin llorar.

—A merendar a una cafetería nueva que me ha dicho que seguro que te gusta un montón. —Le abrochaba el botón del pantalón e intentaba esconder mi cara, para que no pudiera preguntar por qué se me veía tan triste.

—¡Ven tú también, mamá! —Me cogió la cara con las manos y las sentí pegajosas en mis mejillas. En circunstancias normales, habría lanzado un grito, pero en este momento disfrutaba de la sensación.

—No puedo, cariño, tengo trabajo, debo entregarle una cosa mañana mismo a Estela.

—No me cae bien Estela.

—A mí sí. —En realidad, a ratos. Y le sonreí y le di un beso en la nariz—. Y con la abuela Carmen lo vas a pasar en grande. Te dejo que pidas doble de batido de chocolate.

Me miró como diciendo que no le hacía falta mi permiso y que ya tenía pensado pedírselo antes de que yo lo mencionara.

Yo continué remetiendo camisetas en la cinturilla del pantalón, abrochando cinturones y atando cordones de deportivas mientras me preguntaba si podía hacer caso omiso, otra vez, a mi abogado. Él me había quitado de la cabeza la idea de vigilar desde lejos el encuentro incluso antes de que pudiera verbalizarlo. «Por favor, Elena, no hagas tonterías, no me obligues a gastar mi tarde del sábado en tu casa para mantenerte bajo control». Bufé y él se rio. «Vamos, que va a salir todo bien. Por lo que me has contado, ese Bruce Campbell no es ningún demente, ¿no?». No, no era ningún demente, pero me moría por ver su cara, su expresión, ¿qué pensaría de mi niña? No podría pensar otra cosa nada más que era perfecta. La abracé fingiendo naturalidad y llamaron a la puerta.

Carmen llegó con Ana. La primera no se quitó el abrigo y saludó a Alicia como si hiciera semanas que no la veía, cuando lo había hecho hacía apenas un par de días antes. Y Ana era la única que podía pasar la tarde haciendo ingentes cantidades de tila para que mi estado de nervios no fuera causa probable de infarto. Porque Nuria decidió que tenía que pasar el trago en un lugar muy lejos de allí, en la sierra de Madrid, con un grupo de amigos y su novio. No se lo podía reprochar, yo también hubiera preferido estar muy lejos de mi casa.

Cuando vi salir por la puerta a Alicia de la mano de Carmen, tuve que reprimir un gemido que resonó en mi interior y que seguro hizo eco en mi estómago, porque aún hoy lo sigo escuchando a veces.

15

BRUCE

A Bruce no le hizo falta buscar mucho por el salón de la cafetería para dar con Alicia.

Alex se había ofrecido a acompañarlo hasta la puerta, pero él se había negado, no quería interferencias. No se lo dijo con esas palabras, pero le dejó claro que necesitaba que ese momento fuera totalmente suyo. Ella lo entendía, ¿verdad? Bueno, a medias, pero tendría que aceptarlo.

Llegó a las cinco y media, aunque llevaba esperando en una esquina desde hacía veinte minutos, tanto es así que vio llegar a una mujer mayor con una niña de la mano y tuvo la certeza de que eran ellas. Y también tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no abalanzarse sobre las dos. La idea era que Alicia estuviera merendando tranquilamente con su abuela cuando él apareciera y se presentara como un amigo de la familia. Carmen lo invitaría a tomar asiento y él se pediría un café y podría charlar con Alicia sobre lo que fuera que charlaba un amigo de la familia en un caso como este: qué mayor, en qué curso estás, qué asignatura es la que más te gusta, cuántos amigos tienes, cuál es tu película favorita. Algunas respuestas ya las sabía, pero se le agolpaban las preguntas porque lo quería saber todo de ella y escucharlas de su voz. Su voz. Cuando entró en la cafetería le sudaban las manos como nunca lo habían hecho, ni siquiera ante un consejo de administración del que dependiese algún proyecto importante. Hizo un barrido rápido y, efectivamente, no había más niñas pequeñas que su hija, porque aquella era su hija, sentada con una señora mayor que le hablaba muy de cerca y le señalaba la carta de batidos. ¿Que por qué sabía que aquella era la carta de batidos? Porque ya había pasado por el establecimiento esa misma mañana para estudiar el entorno. Se dirigió a ellas con paso decidido y se plantó delante de las dos con una sonrisa tan letal que hasta Carmen pensó que podría caer en sus redes.

—¡Hola! ¿Carmen? —Sabía hacer tan bien su papel que ella estuvo a punto de creerse que se conocían.

—¡Sí! Tú eres Bruce, ¿verdad? —Él asintió con entusiasmo y no podía dejar de mirar a esa niña que no entendía la interrupción y que mostraba en su pequeño ceño fruncido la incomodidad que le había causado su interferencia—. Qué de tiempo, qué sorpresa verte por aquí. —¿Era ironía lo que notaba en la voz de esa mujer?—. Siéntate, por favor.

Alicia miró a su abuela como si estuviera loca y se llevó la carta de batidos con ella cuando se reclinó en su silla, tapándose a medias la cara, para estudiarla más de cerca aislándose de la conversación de mayores que parecía avecinarse. Y nada más lejos de la realidad.

—Tú debes de ser Alicia. —Y la niña levantó los ojos por encima de la carta y los abrió tanto

por la sorpresa de que ese hombre supiera su nombre, que sus puños se cerraron un poco más sobre el cartón. Esa fue la primera mirada que su hija le había dedicado, y Bruce juraría más tarde que la recordaría durante toda su vida porque fue como si lo miraran con sus propios ojos. Alicia solo asintió esperando desconfiada la próxima frase de ese hombre que había interrumpido su merienda—. A mí me gusta mucho el de chocolate, le ponen nata por encima.

—A mí también. —Y miró a su abuela pidiéndolo en silencio.

—De acuerdo. —Carmen levantó una mano y llamó a la camarera—. Una manzanilla para mí, un batido doble de chocolate para Alicia y…

—Yo quiero un café con hielo, por favor. —La camarera tomó nota y se marchó rápidamente —. Estás muy mayor, Alicia.

—Hablas raro.

Bruce se rio de verdad, la voz débil e infantil de Alicia le hacía cosquillas en los oídos y solo quería escucharla una vez más.

—Es que no soy de aquí.

—¿No?

Bruce negó con la cabeza y sacó su móvil.

—Mira. —Buscó un mapa y le indicó Boston.

—¡Ahí ha estado mi mamá! ¿Verdad, abuela?

Carmen asintió comprensiva, pero Bruce no tenía ojos nada más que para su hija. Porque sí, tenía que repetirse mentalmente que aquella era su hija, esa persona pequeña y risueña, a la que le gustaba el chocolate como a él, que lo miraba con unos ojos exactamente iguales que los suyos; aquella era su hija.

—¿Ah, sí? ¿Y le gustó?

Alicia se encogió de hombros y recibió el batido de la camarera con alegría genuina.

Hubo un revuelo general en la mesa cuando se distribuyeron el café y la manzanilla y se pedía más azúcar o sacarina. Luego Bruce lo siguió intentando.

—Bueno, cuéntame, Alicia. —Le gustaba llamarla por su nombre y que ella atendiera cuando lo hacía, saboreaba las letras—. ¿En qué curso estás?

La niña miró a su abuela como pidiendo permiso para hablar con él, al fin y al cabo, era un desconocido. Carmen le asintió y le sonrió.

—En infantil. Mi seño se llama Rosa.

—Rosa… Yo también tenía una profesora que se llamaba Rosa, aunque en Boston le decíamos Rose.

—Eso es rosa en inglés, hemos dado los colores. Morado es *purple*.

—Sí, morado es *purple*, es muy gracioso, ¿no te parece?

Alicia se rio entre dientes y asintió con la cañita en la boca.

La hora estipulada pasó en un suspiro y a Bruce le pareció tan corta que estuvo a punto de pedirle a Carmen que por favor se quedasen un poco más. Por fin había conectado con la niña y le contaba cosas sin que le preguntara directamente, la veía hablar, gesticular, fruncir el ceño para pensar y sonreír como nunca había visto a nadie hacerlo. Pero Alex fue muy clara al respecto: cualquier violación de lo acordado podría ser usado en su contra más adelante, y ahora tenía más claro que nunca que sí, que iría a por todas, porque lo que había sentido por aquella niña fue amor a primera vista, porque si le preguntaran en ese momento, juraría que lo haría todo por ella, incluso morir. Porque volver a Boston y dejar a esa niña allí era una idea espeluznante que su mente no podía asimilar. Porque cuando desaparecieron por la puerta, se le abrió un

agujero tan grande en el estómago que estuvo a punto de vomitar su café allí mismo.

16

SOBREVIVIR

Sobrevivimos a ese primer encuentro, y mi ansiedad pudo encontrar vías de escape adecuadas sin causar demasiados estragos en mi organismo, solo me despellejé algunos dedos de la mano derecha y me comí hasta casi la infección la uña del dedo meñique de la izquierda, nada grave. Alicia apenas comentó que se habían encontrado a un amigo de la abuela que se sabía su nombre, y no quise ahondar más en el tema para que no notara lo importante que era para mí que me contara cada detalle de la conversación que mantuvieron, la sensación que tuvo, si le gustó ese extraño o no. Pero sí me quedé a solas con Carmen en la cocina y le saqué hasta la última migaja de sus impresiones. La conclusión: la cosa parecía haber ido bien. Lo cual significaba, inevitablemente, que las cosas iban a ir muy mal para mí y, en general, para nosotras.

Porque si el encuentro se había desarrollado como me había explicado Carmen, Bruce había quedado embelesado con su hija. «Creo que la ha querido desde el primer momento», me dijo, cuando yo lo que menos necesitaba era escuchar expresiones sentimentales. Estaba contenta de que hubiesen conectado, «han más que conectado, se notaba que había un *feeling* especial entre ellos, nunca he visto a Alicia tan a gusto con un desconocido», me arrepentí de haber pedido tantos detalles, pero era necesario. Tenía que saber contra lo que iba a luchar y ya había gastado la carta del chantaje emocional; escribirle de nuevo sería contraproducente y por una vez iba a hacerle caso a mi abogado, dejaría mis dedos quietos y no abriría por enésima vez un correo con él como destinatario.

Lo que vino a continuación fue un páramo de semanas sin noticias nuevas. Mi abogado estaba sorprendido de que hubiera tal silencio por parte de Bruce Campbell y su megaequipo de abogados todopoderosos. No quería mostrarme que se encontraba inquieto, algo nervioso, para no causarme más estrés, así que me escribía un mensaje cada dos o tres días para informarme de que no había noticias. Pero no hacía falta ser muy lista para adivinar que algo raro ocurría y que no nos estábamos enterando de una pieza fundamental de ese puzle del que formábamos parte. Y vivir en la ignorancia es lo peor que te puede pasar en unas circunstancias como esas.

Yo parecía saber más de Bruce a través del trabajo que precisamente a través de mi abogado. En menos de un mes, debíamos presentar el proyecto de Gloria con las líneas de argumentos y personajes cerradas para comenzar a trabajar en los guiones cuanto antes. Querían empezar a rodar en verano, así que el trabajo que se avecinaba era ingente. Y yo era productora ejecutiva y nunca había estado en ese puesto; siempre me había ocultado detrás de mi portátil, con mis guiones, mis conversaciones virtuales, mis fantasías susceptibles de ser llevadas a cabo ante las cámaras. Ahora tenía incluso que lidiar con temas económicos y de producción. Era fascinante y

agotador. ¿Tanto costaba montar un escenario rural con reminiscencias de los años 50? Los ojos me hacían chiribitas ante los ceros que se acumulaban tras el punto, y la chica encargada de los presupuestos se reía tan fuerte cuando veía mi desconcierto que luego tenía que pedirme disculpas porque, decía, no se estaba riendo de mí.

Lo cierto era que si en un mes tenía que estar todo para una reunión con StoryVision, en un mes puede que supiera algo sobre su director. Mi abogado fue tajante: «No preguntes expresamente por él». No podía prometerle nada, claro, la incertidumbre iba a acabar con mi estabilidad emocional, si es que alguna vez la había tenido. Cuando terminara todo aquello, me vería obligada a ponerme en manos de profesionales, no me cabía duda. No sabía de dónde iba a sacar el dinero, pero o lo hacía o las consecuencias iban a ser fatales. Incluso Estela me aconsejó tomarme unos días si lo necesitaba, tanto se me notaba esa falta de concentración que me impedía juntar dos palabras coherentes en una sola frase sin poner todo mi esfuerzo en ello, cuando antes las letras me fluían a través del teclado como si fueran agua. Ella entendía que lo de Arturo estaba aún muy reciente y que seguramente todavía estábamos adaptándonos y rehaciéndonos. Si supiera que pensaba en Arturo menos de lo que a mí me hubiera gustado… Sobre todo después de tener la certeza de que sabía que Alicia no era su hija biológica. Pero el miedo anulaba cualquier otro sentimiento de culpa, decepción o frustración que pudiese germinar en mi interior.

Un miedo que compartíamos todas en casa y que ninguna verbalizamos por temor a hacerlo realidad. Debido a ese miedo, aunque luego tuviera que correr como una posesa para atender otras responsabilidades, yo misma me encargaba de llevar y recoger a Alicia del colegio. Carmen lo entendía. Ella era la que normalmente lo hacía, así que ahora nos esperaba en casa con el almuerzo preparado y poniéndole de excusa a su nieta que le dolía la cadera para no ir a recogerla como siempre, cosas de mujeres mayores. Nuria acabó por quedarse en casa más noches que antes; no le costaba mucho, había cortado por sexta vez con su novio, así que estaba en un compás de espera hasta la próxima reconciliación y ese tiempo le servía para ponerse al día con las clases de la universidad y con su familia. «Si vienen por la noche, entrarán en casa solo por encima de mi cadáver». Yo le contestaba que no pensaba que las cosas llegaran a ese extremo, pero le agradecía la compañía y el apoyo, las neuras y obsesiones siempre son mejor en compañía que en soledad. Y Ana se acostumbró a venir a cenar cada noche. Comenzó trayendo *pizzas* y hamburguesas, para terminar comprando en el súper de la esquina comida algo más sana o variada: ensaladas, queso blanco, tostas con patés, bocadillos de melva. «Yo me voy a dormir a casa, no creo que vayan a aparecerse de madrugada, el numerito sería espectacular». Y es que el miedo en el que todas coincidíamos se basaba en que vinieran a llevarse a Alicia de repente, un día cualquiera, sin previo aviso, aunque supiéramos que eso era imposible, ¿verdad?

Mientras tanto, Alicia disfrutaba de tanta compañía en casa; nunca se vio tan atendida como entonces y se le olvidó ese hombre al que conoció hacía unas semanas en una cafetería mientras merendaba con su abuela. Siguió con su vida como si a su alrededor no se estuviese gestando una guerra, una tormenta de sentimientos que nos tenía a todas en un suspiro contenido y colocando a Bruce en el centro de una diana para jugar a los dardos, y a mí, haciéndolo protagonista involuntario de algún sueño húmedo por las noches. Ella acudía a fiestas del colegio y cumpleaños, y yo intentaba que no me afectara saber que el verdadero padre de mi hija estuviese montando una estrategia descomunal contra mí, después de haber pasado una de las noches más inolvidables que me habían ofrecido en la vida. Nunca imaginé que cuando me pidió que le perdonara por todo el daño que iba a provocarme, se refiriera a esa nada insalvable entre

nosotros, ese desdén y ese desapego. Cómo una persona que había estado tan cerca y tan dentro de mí podía ahora canalizar todas sus energías en mantenerse separada; y no me valía eso de que los abogados eran los que decidían, yo ya había hecho muchas cosas por las que el mío me miraba de manera reprobadora cada vez que nos veíamos.

17

BRUCE

«Hola, Bruce:

Estoy desafiando todos los consejos que me ha dado mi abogado y te estoy escribiendo este *email* con el corazón en un puño, esperando, solo un poco, que me comprendas.

Cuando me juraste que sentías el dolor que me ibas a causar, no me imaginaba que iba a ser esto, donde la mayor tortura es la incertidumbre de no saber qué es lo que va a pasar a continuación. Yo acepté ese castigo porque precisamente reconocía que te había negado una relación que debías haber tenido la oportunidad de mantener desde el principio, pero las razones que me llevaron a ocultarlo ya las hemos hablado y no vienen al caso de nuevo, no sirve de nada volver a discutirlas o intentar convencerte otra vez de que mis argumentos tenían una base sólida sobre la que sostenerse.

Alicia nació un 10 de septiembre y acaba de cumplir cuatro años. Es una niña feliz, a pesar de haber perdido al que fue su padre hasta hace un año. Arturo, por mucho que te pese, será su padre siempre. Ahora tienes que ser tú el que cree ese vínculo con ella, y creo que debería ser poco a poco, siguiendo su ritmo, metiéndote en su vida de forma natural y no con intrusiones externas que la estresen y pongan en peligro su bienestar. Puedo resultar egoísta, créeme, una parte de mí lo es y apelo a lo emocional para que, como tú dijiste, no vayas a por todas con ella; sin embargo, la razón principal de todo esto es Alicia. No quiero imaginar lo que supondría, primero, hacerla pasar por todo un proceso de lucha por su custodia y luego, si ganas, por ese otro proceso de arrancarla de la única familia que ha conocido en su vida. Con su hermana es adoración mutua lo que sienten; con su tía Ana, es devoción. Y con Carmen, su amor es tan genuino que a veces siento celos. Alicia vino a nuestras vidas y las mejoró exponencialmente. Me rompe pensar el dolor tan inmenso que les podríamos infligir a todas. Y a ella en particular, porque ya de por sí tendrá que ser fuerte para entender ciertas cosas sobre su existencia cuando sea más mayor y de las que me responsabilizo absolutamente.

Tampoco me creerás, además de importarte bien poco, lo mucho que ha cambiado mi relación con mi hija mayor después de confesarle toda la verdad. Asumo que con Alicia será parecido y lo he asimilado, he aprendido que mis actos tienen muchas más consecuencias de las que yo había imaginado. He aprendido que en medio de esa lista que fue mi guía durante tanto tiempo tendría que haber metido más puntos antes que a mí misma.

Vas a conocerla pronto y me muero por ser yo quien os presente, pero ese es otro punto del que he desistido completamente. Así que te cuento un poco. El embarazo de Alicia no fue fácil, yo no era joven y los problemas cuando pasas de treinta y seis se multiplican no te imaginas

cuánto. Luego, le costó llegar al mundo, tanto que, cuando lo hizo, casi me quedo yo por el camino, pero había dado una orden muy clara: si en el momento del parto se daba una situación complicada, la vida que había que salvar era la de Alicia, no quería que hubiera dudas. Y si yo no hubiera sobrevivido a ello, mi hermana sabía lo que tenía que saber para que, llegado el momento, conocieras la existencia de tu hija.

Nació con carácter y sigue teniéndolo; y veo tantas cosas de ti en ella que a veces pienso que voy a ahogarme. No porque no me guste, sino porque deseo por encima de todas las cosas que tú también las veas. Y sé que las vas a ver y me siento feliz por ello. Y ansiosa.

Está en su segundo año de infantil y me han dicho que tiene un potencial increíble. No lo he dudado ni un minuto. Su personaje favorito es la hermana de *Frozen*, no sé por qué, pero no me extraña en absoluto. Le encanta el color morado, todo lo colorea con él, incluso los troncos de los árboles; pero no le preguntes la razón, porque te mira levantando una ceja dándote a entender que es lo más normal del mundo. ¿Verá el mundo en morado? Yo, a veces, lo pienso. El otro día se peleó con su mejor amiga, ¡se tiraron de los pelos! No supo explicarme qué había pasado, pero hoy ya ha venido diciendo que vuelve a ser su mejor amiga de todas y que quiere invitarla a dormir una noche de estas. Se llama Esther. Cuando duerme, lo sigue haciendo con un peluche que le regalaron unos vecinos tras su nacimiento, es un perro con forma de cubo que está muy sucio y ha perdido toda consistencia, pero sin el que no puede vivir. Hay que tener cuidado, podría ser un drama perderlo. Le gusta la limonada, y el chocolate tengo que controlárselo, ya me he dejado un sueldo en su dentista y solo tiene cuatro años. ¿Sabías que también se empastan los dientes de leche? Ya te lo digo yo: se pueden y se deben. Usa ropa una talla por encima de lo que indica la etiqueta, supongo que te gustará saber esto por si decides comprarle algo. He intentado cortarle el pelo en varias ocasiones, y en todas me he ido de vacío de la peluquería: no ha consentido quitarse ni un mechón, así que la mayoría de las veces la verás con el pelo enmarañado y tapándole media cara; espero que cambie, la verdad. La trastada más grande que ha hecho fue con dos años: la perdí de vista durante treinta segundos y cuando la vi de nuevo había abierto todo mi maquillaje y lo había esparcido por su cara, su ropa, su pelo, el suelo, la colcha… La primera vez que pisó la arena de la playa se puso a llorar como una loca, sin embargo, ahora es uno de sus lugares preferidos en el mundo.

Podría estar escribiéndote anécdotas sobre ella toda la tarde y me faltaría espacio. Alicia es una niña muy especial y tiene una gran suerte de haber tenido a Arturo como padre durante los primeros años de su vida, pero sé que es todavía más afortunada de poder tenerte a ti a partir de ahora. Aunque siempre te ha tenido, lo sé.

Me equivoqué en mi lista, de eso ya estoy segura: el tercer punto no debería haber sido yo, sino ella.

Solo te pido que lo pienses. Todavía podemos hacer esto de otra forma.

Elena».

Bruce releyó el *email* por quinta vez esa tarde. La imagen pixelada de una Alex con una cobertura pésima para una videollamada le había comunicado que una psicóloga infantil iba a visitar a Alicia en su casa para hacer un informe. Toda documentación era poca y ellos tenían que basar su caso en documentos e información. No dudaba de que Alicia fuese una niña feliz, pero debían pasar por ahí.

—Y no, no hay otra opción, Bruce, si quieres que Alicia venga contigo; esta es la primera de

otras tantas visitas que va a tener tu hija. —Alex se mostraba fría y calculadora, debía de ser letal en mitad de un juicio.

—Pero…

—Nada de peros, Bruce, no podemos venirnos abajo ni ablandarnos. Con suerte, en año y medio tendrás que preocuparte por decorar una habitación infantil en casa.

Eso lo sobresaltó, nunca habían hablado de plazos.

—¿Tan segura estás? —Su estilográfica ya había hecho un agujero en el papel que tenía delante, le tendría que decir a Megan que volviera a imprimir el contrato.

—Sí, yo siempre estoy segura de mis casos. ¿Te vienes a cenar a casa esta noche? Estarán mis padres, quieren hablar de la boda, no saben qué vino poner. —Ella giró casi imperceptiblemente sus ojos para observar las fotografías que poblaban las estanterías del despacho de Bruce, allí ya había una de Alicia.

—Que pongan todos los vinos que quieran, te los mereces. —Él se reclinó tras su mesa, desanimado.

—Pero ¿vendrás?

—Sí, allí estaré.

Se despidieron con un beso, pero a Bruce se le atragantó. Clicó de nuevo en el mensaje y pudo repetir algunos pasajes. «La primera de muchas visitas». Cerró el correo y llamó a Megan, tenían que organizar la agenda de los próximos siete días.

Era una agenda que no tenía ganas de hacer. Llevaba dos semanas en Boston después del viaje a Madrid y ya sentía que no era allí donde debía estar. Tenía que luchar constantemente para llevar a su cuerpo a todos esos sitios donde antes se movía con tanta naturalidad, a los sitios que antes consideraba su hogar: su apartamento, su despacho, el apartamento de Alex, incluso la casa de sus padres.

«Eso es porque ahora sientes que tu hogar es esa niña», fue la explicación que le había dado su madre. Patricia le había cogido la mano y le había dado su opinión sobre lo que estaba pasando sin que se la pidiera. Sabía a ciencia cierta que su hijo era una persona a la que no había que pedir permiso para expresar opiniones porque, si lo hacías, nunca te lo iba a dar. Así que ahí estaba ella, cogiéndole la mano a su hijo adulto, haciéndole ver que, una vez que conoció a Alicia, la necesidad se había hecho real y que solo sería feliz cerca de ella. Y lo más importante de todo: sin provocar sufrimiento innecesario.

—¿Innecesario? —Miró a su madre sorprendido. ¿Innecesario? Era Elena la que había provocado todo aquel circo.

—Sí, innecesario, las cosas se pueden hacer de otra forma, y sabes bien que, si te traes a esa niña aquí, va a sufrir muchísimo. Y conste que yo, sin conocerla, ya la quiero más que a nada.

Bruce se despidió de sus padres y condujo de vuelta con una posibilidad rondándole la cabeza. La misma que ahora sobrevolaba sus actos.

—Megan. —La asistente personal de Bruce levantó la cabeza de su iPad y dejó de clicar y escribir—. Deja la agenda de la semana que viene y organízame un viaje a Madrid. Con estancia en un hotel, no sé por cuánto tiempo. Habla también con alguna agencia inmobiliaria, que me busque un apartamento cerca de El Retiro, que sea amplio y luminoso.

Megan dejó el iPad y cogió su cuaderno, ocultando su sorpresa bajo capas de profesionalidad.

—¿Alquiler o compra?

—En principio, alquiler, pero quiero tener opciones.

Tamborileó sobre su mesa satisfecho porque estaba empezando a tomar otra vez las riendas de

su vida.

—De acuerdo. —Escribió ella diligente—. ¿Para cuándo?

—Me gustaría para mañana, pero no puedo dejarlo todo así. La semana que viene. —Megan volvió a anotar algunas cosas—. Y acelera lo de la oficina de StoryVision en Madrid, el salto a Europa se adelanta.

—¿Te encargarás tú de ese salto, entonces? —Megan relajó los hombros y lo miró sonriendo.

—Sabes que no era lo previsto, pero las circunstancias mandan.

—¿Alicia?

Bruce asintió no con pena, sino con expectación, era ilusión lo que reflejaban sus ojos. Esa decisión lo había hecho feliz.

18

INCOHERENCIAS

Si tuviera que describir ese período de mi vida, después del viaje a Boston, lo haría como una atracción de feria interminable que no me dio ni un solo respiro. Subida a un vagón oscuro y chirriante, recorrí la peor época de mi vida. Más incluso que cuando Arturo nos dejó; más que cuando descubrí que estaba embarazada y que debía tomar una decisión; más que cuando, estando en Boston, no podía contactar con Bruce y la ansiedad me devoraba mientras lo esperaba a las puertas de su despacho. Nada se podía comparar a la sensación de inseguridad y pérdida con la que conviví día tras día, con todas sus horas, sus minutos y sus segundos. Si no me volví loca entonces, ya no lo haría nunca, eso estaba claro.

Era por la noche cuando, espoleada por haber pasado una jornada más sin noticias, ni buenas ni malas, me permitía pensar en otra cosa que no fuera el eje central de mi vida y abría la puerta a otras debilidades. Arturo era la principal de ellas; me parecía tan extraño no estar con él, no contarnos nuestras preocupaciones… Era inverosímil y absurdo volverme en la cama y no encontrarlo al otro lado; de repente un cable de mi cabeza se desconectaba y me dejaba medio a oscuras y era muy difícil prender la luz de nuevo. A lo mejor, si él no hubiera muerto, me habría confesado que lo sabía todo; a lo mejor, hubiéramos iniciado todo esto juntos. O no, quizá nunca me lo hubiera dicho o quizá nunca hubiéramos dado el paso de involucrar a Bruce en la vida de Alicia, a no ser que fuera necesario. Seguramente si nuestra vida no hubiera sido como era, yo no habría tenido ese *affaire* con Bruce. O sí. Jugaba a desarrollar las alternativas que habría tenido mi vida en función de las diferentes decisiones que hubiera podido tomar llegado el momento. Y siempre siempre acababa agotada, los párpados caían como si fueran placas de plomo, y yo agradecía el cansancio que me sobrevenía porque necesitaba toda la energía para afrontar otro día de incertidumbre, otro día de dar un salto cada vez que sonaba el teléfono, ya fuera por una llamada o un mensaje o un *email*. Otro día esperando ver a Bruce a la vuelta de cualquier esquina acompañado de esos abogados, con una orden en las manos que le permitía llevarse a Alicia lejos de mí en ese preciso instante. Otro día intentando identificar las caricias que todavía sentía por la piel con el sufrimiento extremo que me provocaba una misma persona.

En menos de dos semanas, alguien de StoryVision estaría delante de mí, y deseaba con fervor que fuera Bruce. Me dejaba llevar y suponía que cuando se desea algo con tanta intensidad, irremediablemente debe hacerse realidad. Tenía que hacerse realidad. Era difícil centrarse de esa forma en la rutina del día a día, principalmente porque no había rutina, era una construcción virtual que nosotras nos montábamos para aplacar nuestros temores.

—Lo he dejado definitivamente con Esteban. —Nuria entró como un torbellino. Lo hizo con

tanto ímpetu que hasta Alicia soltó el tenedor del susto.

—¿Y eso? —En realidad, yo me moría por decirle que ya era hora, que nunca había entendido esa relación, que Esteban no era chico para ella. Pero yo ya había entendido hacía tiempo que mi opinión en sus relaciones no es que no fuera bienvenida, es que era recibida con rencor.

—Bah, es gilipollas. —Había tanto en ese espectro… Se podía ser gilipollas por tantos motivos…, ¿cuál sería el de Esteban? Yo tenía mis sospechas, pero no quería desatar las iras de mi hija mayor.

—Bueno…

—¿No me vas a preguntar por qué es gilipollas? —Dejó el bolso y se puso con los brazos en jarra frente a mí. Yo me metí otro trozo de tortilla en la boca, la cena debía ser ligera si no quería pasarme más tiempo del estipulado conmigo misma rebozándome en mis miserias cuando me acostara.

—No me veo capaz de preguntártelo, me has dejado muy claro que no debía meterme en tus asuntos —dije como quien no quiere la cosa, pero barruntaba que algo gordo estaba por venir, como si yo tuviese la culpa de la gilipollez de Esteban.

—Me parece gilipollas porque me ha dicho que comprende a Bruce y que igual haría lo mismo si tuviera los medios para ello. Y le he dicho que por mí ya se podía ir a la mierda.

Yo carraspeé y dejé mi cubierto con mucho cuidado junto al plato, tomé un sorbo de agua y miré que Alicia no hubiera escuchado o, al menos, no lo hubiera hecho con atención. Bendito fuera el momento en que accedí a cenar con *Frozen* de fondo.

—Por favor, ¿puedes no decir palabrotas delante de tu hermana? Luego lo repite todo y nos llaman la atención en el colegio.

—Yo no digo «Vete a la mierda» porque no me gusta la palabra «mierda».

Nuria y yo miramos hacia Alicia y me mordí la lengua con saña; no fue un gesto, fue una acción premeditada, necesitaba hacerme sangre para no darle un bofetón a mi hija mayor. No decir el nombre de Bruce delante de su hermana había sido una de las normas fijadas en el cónclave que tuvo lugar tras volver de mi viaje. Y ahí estaba ella, con todo su desaire, a punto de llorar.

—Yo no tengo la culpa de que hayas roto con Esteban, eso es todo lo que voy a decirte. —Cogí de nuevo mi tenedor y pinché un trozo de tortilla que no tenía ninguna gana de comer porque el estómago se me había cerrado tan de repente como Nuria había terminado de hablar.

—Lo siento.

—Ya.

Cuando se encerró en su cuarto, supuse que no iba a cenar con nosotras. Y yo que creía que aún quedaba mucho para llegar a las eses malditas de nuestro circuito. Aparté la tortilla a medio comer, ya no tenía ganas de nada. En aquella época, hubo una sucesión de no tener ganas de nada bastante preocupante.

19

BRUCE

—Anula la visita del psicólogo.

Alex no se había tomado demasiado bien que eligiera la cena con sus padres para comunicarle el cambio de planes. Tampoco que se lo hubiera dicho como una decisión que no estaba abierta a debate alguno, y eso, en su trabajo, le producía una impotencia difícil de gestionar. Tuvo que hacer de tripas corazón para no tener una salida más alta que otra con sus padres delante.

Esa noche, Bruce se comportó como el hombre perfecto que era; su madre estaba encandilada, su padre lo consideraba más que un yerno, un amigo, y ella lo veía como el hombre del que se había enamorado y por el que se había visto abocada a reconstruir sus planes, porque lo quería y haría cualquier cosa para estar con él. Y ella creía que él la quería también, si no, no estaría allí bromeando con sus padres, accediendo a todas las peticiones que su madre tenía para la boda, desde incluir más variedad de vinos a introducir un nuevo plato en el menú, aunque esto último fuera un desperdicio porque todos sabían que nadie iba a poder con más comida. Y ella se sentía mala persona al considerar que lo que Bruce iba a hacer era un error. Lo consideraba como abogada, aunque como persona y mujer lo entendía perfectamente. Pero ese no era el tema ahora mismo, ¿hasta dónde le afectaba a ella este cambio de rumbo? Tenía un nudo intenso en el estómago y, pese a haber organizado aquella cena con ganas de pasar un rato donde el tema central fuera su boda y solamente su boda, ahora de lo único que tenía ganas era de que sus padres se fueran y quedarse a solas con Bruce para que le explicara con detalle cuáles eran sus planes.

Por fin, después de un par de botellas de vino, unos bistecs de ternera y unos sorbetes de limón con champán que su madre había traído para el postre, Alex y Bruce se miraban en la cocina, entrando ya de lleno en el tema que más los acuciaba.

—Entonces… —Alex tomó un sorbo de su *whisky* solo, el hielo chocó contra sus labios y agradeció el frío que le produjo ese contacto.

—No quiero que la niña sufra. Creo… —Bruce miró a su alrededor, en busca de las palabras más adecuadas—. Creo que no diría mucho de mí como padre, ¿no crees?

—Antes no pensabas así.

—Ya.

—Estás raro desde que la conociste. —Bruce asintió. Alex sabía que había más de lo que enterarse y no encontraba las ganas para saberlo. Nunca le había gustado permanecer ignorante con respecto a cualquier cosa, desde que era pequeña era capaz de insistirle hasta la saciedad a cualquier persona para sonsacarle por cualquier tema, por intrascendente que este fuera. En

cambio, se sorprendió a sí misma valorando la idea de que estaría mejor si no supiera lo que le iban a decir a continuación y, más aún, prefiriéndolo—. Hay más, ¿verdad? —Bruce volvió a asentir.

—La semana que viene viajo a Madrid. —Alex encajó el golpe con maestría, no era una de las mejores abogadas de su bufete sin motivo—. Sabes que abrimos una sede de StoryVision para lanzarnos en Europa…

—Pero a mí me vas a decir la verdadera razón. —Dejó el vaso en la encimera con un golpe seco y exigente.

—Siempre te daré las verdaderas razones de todo, Alex, y lo sabes.

—Entonces, ¿por qué has empezado por ahí? —Que la tomaran por tonta era algo que no soportaba, que Bruce la tomara por tonta lo soportaba aún menos.

—Porque por algo había que empezar, esa será la excusa para mi viaje. La realidad es que yo me voy a encargar del lanzamiento de StoryVision en Europa para poder vivir en Madrid durante una temporada.

—Y estar cerca de Alicia.

—Así es. Quiero estar allí y conocerla, meterme en su vida poco a poco.

—¿Y en la vida de Elena?

—No te pega ser celosa, Alex. —Bruce chasqueó la lengua y a Alex se la llevaron los demonios.

—Yo creo que me pegan muchas cosas que tú no sabes. —Cogió de nuevo el vaso y lo terminó de un solo trago. Se metió un cubito de hielo en la boca, lo masticó y también se lo tragó.

—Me gustaría que se programara un *planning* de visitas. Al principio, supongo que acompañadas, y más adelante, conseguir que Alicia esté a solas conmigo. En ningún momento tendré contacto con Elena, exigiremos que no sea ella la acompañante.

—Gracias por tu consideración. —Alex inspiró fuerte y soltó el aire con lentitud—. ¿Cuándo ha sucedido todo esto?

—¿El qué? —Bruce se cruzó de brazos y, no sabía por qué, se sentía feliz. Era consciente del daño que le podía hacer y, de hecho, le estaba haciendo a su prometida, sin embargo, se sentía pletórico por el futuro próximo que lo esperaba. Estaba convencido de que ese arreglo era algo a lo que Elena no se podría negar, es más, era algo que agradecería enormemente.

—Este cambio de estrategia, ¿cuándo ha pasado? Porque cuando hablé contigo esta tarde estaba todo muy claro. —A Alex no le interesaba la respuesta a esta pregunta, pero la quería saber, igual que quería saber el color de los zapatos que su madre llevaría en la boda.

—Fue después de hablar contigo; surgió así, de repente, mientras Megan y yo nos reunimos para organizar la agenda de la semana que viene. Me di cuenta de que no podía organizar nada, Alex, nada mientras estuviera alejado de Alicia. —Bruce hizo una pausa y miró a Alex a los ojos, tratando de llevársela a su terreno—. ¿Estarás conmigo?

Esa pregunta era mucho más profunda de lo que pudiera parecer. O estaba con él o se acababa todo: la relación, la boda y el futuro juntos.

—Claro, siempre estaré contigo. —Alex se tragó la frustración, la impotencia y el desasosiego porque no tenía otra opción más que esa respuesta si quería seguir adelante con su vida junto a Bruce; y eso era lo único de lo que estaba segura en esos momentos, que quería que esa vida siguiera adelante.

Bruce dio un par de pasos, salvando las distancias, para coger a Alex por la cintura y juntar sus

frentes. Inspiró el aliento con sabor a *whisky* que en esos momentos salía por la boca de su prometida y susurró un «Gracias» que a ella le supo a poco, pero que simbolizaba ese bote salvavidas al que se aferra un náufrago. Era la primera vez que se veía enfrentada a un futuro incierto, más incluso que cuando decidió obviar el desliz de Bruce con Elena hacía solo unas semanas.

20

VISITAS

Tenía el proyecto Gloria totalmente acabado y estaba más que contenta, feliz. Había sido un trabajo arduo, había gastado todas las energías que me quedaban después de gestionar los miedos que asaltaban mi vida en montar una historia creíble, fluida y dinámica. Podría inventarme más conceptos que adornaran la historia, pero no llegarían nunca a describirla como la concebía yo en mi cabeza. Sentía un poquito de culpa porque casi me gustaba más que Carmen y me veía como una traidora a mi personaje fetiche. Pero Estela estuvo de acuerdo. «Esto tiene pinta de seriote», a ella le gustaba usar siempre adjetivos magnificados que resonaran en los oídos, y ahí tenía que seguirla porque, si todo se hacía como yo había pensado, Gloria se convertiría en un *seriote*.

Me puse mis mejores pantalones vaqueros, de talle alto y de aspecto *vintage*; una blusa azul oscuro y mis botines de tacón medio. Y estaba doblemente nerviosa: por el proyecto y por quién pudiera encontrarme en la sala de reuniones. Estela no me había sabido decir qué persona de la cúpula directiva de StoryVision acudiría a hacerse cargo de ese primer borrador del proyecto —que yo ya consideraba casi el definitivo porque yo nunca hacía borradores—. Lo había preguntado en varias ocasiones, pero no estaba claro porque con la producción de esta serie también pondrían en marcha la sede de la productora en Madrid como centro de operaciones para Europa. Así que nos podíamos encontrar a Bruce, a su adjunto Michael, a su hermano, a todos o a ninguno.

«¿Lista?», Estela me apretó el brazo y yo le asentí emocionada, hacía tiempo que la adrenalina por un proyecto nuevo y que me satisficiera totalmente no corría por mis venas de ese modo caudaloso, y descubrí con cierto asombro que mi cabeza tenía espacio para sueños ajenos a lo que la mantenía ocupada el cien por ciento del tiempo; que aprobaran aquel dosier era un sueño.

«¡Adelante!». Esa fue la voz de Bruce. A la llamada de Estela en la puerta de la sala, Bruce contestó «Adelante» y yo lo reconocí enseguida. Se me envaró el cuerpo y contuve la respiración. Finalmente sería él quien se hiciera cargo del proyecto, no tenía que haberlo dudado ni por un segundo. Yo me había preguntado muchas veces por qué pidió mi presencia expresa para el desarrollo de Gloria. Después de mucho pensarlo, y a la vista de lo que estaba sucediendo entre nosotros, reconocí en Bruce al hombre que ya había conocido hacía cinco años: él se metía en un proyecto para tener éxito y para ello se rodeaba de los mejores. No es que yo fuera la mejor en mi ramo, ni mucho menos, pero me unía a la historia un vínculo especial que haría del producto algo diferente, al menos, en su opinión. Para él era solo trabajo, estaba segura, pero para mí no iba a ser tan fácil separar la vida personal de esto: para mí, la vida personal y esta vida profesional se encontraban pegadas con Super Glue. Y por mucho que estirara, no podría

despegarlas, solo me dejaría las manos llenas de mijitas pegajosas e incómodas, difíciles de desprender incluso con agua.

Entramos y Estela, con una sonrisa de oreja a oreja, me susurró que se alegraba de que fuera Bruce el contacto que íbamos a tener con StoryVision; yo lo hice con una mueca, buscando sin querer mostrar mucha ansiedad el lugar exacto de la sala donde se encontraba él. No hizo falta, Bruce se levantó de uno de los asientos del lateral de la larga mesa de trabajo que quizá fuera lo más costoso de las oficinas de la pequeña productora de Estela, para recibirnos con un apretón de manos. Mi jefa se quedó esperando un par de besos, pero si se los daba a ella, sería feo no saludarme a mí de igual modo, y pensé que no querría darme dos besos. Creí que era una tontería, dos besos no nos iban a llevar a su habitación de hotel. ¿O sí? Sonreí por mi picardía interior y pillé a Bruce mirándome intentando descifrar mi mente, pero esta vez no iba a poder, iba a cerrarla con candado, sería enigmática y fría y profesional. Se acabaron los libros abiertos. Tras él, se apresuró con paso brioso Megan. Ella sí me dio un abrazo y dos besos. Nunca habría imaginado tener aprecio por parte de esa mujer, ¿eso era sororidad? A lo mejor. Estela se quedó esperando un poco del mismo trato que me había dispensado Megan a mí y se extrañó de que solo le diera la mano y un par de besos superficiales.

Todos nos distribuimos alrededor de la mesa, y a mí aquella situación me resultó surrealista. Ver de nuevo a Bruce me impactó y por un momento temí que no pudiera mantener la reunión en la que había estado trabajando sin descanso durante tanto tiempo. La última vez que habíamos estado juntos había sido en una habitación de hotel, bajo la luz de la lámpara de una mesita de noche, prometiendo hacerme pasar exactamente por lo que estaba pasando. Si lo veía desde esa perspectiva, había sido sincero. A duras penas reprimía las ganas de pedirle que saliera conmigo de la sala un momento, a duras penas reducía el temblor de mis manos a un mínimo balanceo, a duras penas le podía mantener la mirada sin intentar hablarle con ella. ¿En qué momento había pensado que aquello sería cómodo para alguno de los dos? Porque por muy sereno que se mostrase, debía correrle sangre por las venas. Apelé a la imagen de mi abogado y a sus palabras: «Ni se te ocurra intentar hablar con él de asuntos personales si es Bruce Campbell el que asiste a esa reunión». Ocurrírseme, sí, hacerlo, no, lo había prometido y no haría nada que pudiese perjudicarnos; ya había escrito un *email*, y bien largo que había sido, no podía permitirme más meteduras de pata.

«¿Empezamos?». Bruce lo dijo en ese perfecto castellano que tanto me ponía. Bueno, de él me ponía todo, su perfecto castellano y el imperfecto también, para qué voy a negarlo. Y su altura, su espalda ancha y su amplitud de hombros. También ese pantalón le quedaba especialmente bien, aunque ¿qué prenda de ropa no podía quedarle bien a un hombre como él? Se había cortado el pelo, pero no se había afeitado al menos en un par de días. ¿Y preguntaba que si empezábamos? Podría hacerlo por decirme qué le pareció conocer a su hija y cuáles eran los planes con respecto a ella; podría aclararme si tenía que esperar a que me la quitaran en mitad de la calle o vendrían a casa para hacerlo más discretamente; podría preguntarle si empezábamos ya a ir a los juzgados. «Claro, vamos», respondí entre dientes. Seguro que él sabía que yo estaba pensando en otra cosa y no en Gloria, porque ese fue el único momento donde distinguí una mirada más intensa de lo normal.

A pesar de todo, de mis nervios, de mi espesura, de mi sensación de desapego por estar en la misma habitación de Bruce y hablar de otra cosa que no fuera Alicia, a pesar de todo eso, la reunión fue un éxito. Bruce y Megan no pusieron apenas pegas al proyecto, solo algunos apuntes sin importancia que se podrían haber ahorrado, pero que eran absolutamente necesarios para

dejar claro quién ponía el dinero allí y a quién había que rendir cuentas al final.

Durante las dos horas que estuvimos sumergidos en esa historia ficticia en la que Gloria tiene un hijo imprevisto y su vida se vuelve del revés, quise leer en las miradas de Bruce alguna información del tema que nos atañía solo a los dos, pero era inmutable, su gesto no cambiaba, sonreía cuando debía hacerlo, carraspeaba cuando tocaba y no se quedaba mirándome más de cinco segundos sin un motivo claro. Envidiaba ese autocontrol, porque a mí casi se me cayó el vaso de agua en varias ocasiones de puro nervio. Un nervio que pensaba que iba a solucionar al finalizar la reunión, pero nada más lejos de la realidad.

Estela y yo nos levantamos, pensando en llevar a nuestros invitados a tomar algo como buenas anfitrionas que éramos. La anfitriona en realidad era solo Estela, pero ella me había obligado a acompañarla, especialmente si era Bruce el que estaba en la sala, porque era un hombre que le imponía y yo ya lo conocía y había trabajado con él, seguro que no me resultaba tan amenazador. «Seguro que no, Estela», pensé divertida. ¿Bruce amenazador? No sé de qué Bruce podría estar hablando, ¿de ese que contrata a su *affaire* porque quiere justo el producto que está buscando o de ese otro que mantiene en vilo a la madre de su hija sin decirle qué demonios tiene planeado hacer en los tribunales? Organicé mentalmente retrasarme para charlar con él y desobedecer a mi abogado; a la mierda todo, si había que meter la pata, lo haría a lo grande. Pero Bruce se levantó, nos dio la mano a Estela y a mí y se disculpó con una sonrisa que casi hace que nos cayéramos de espaldas.

—¿No os apetece un aperitivo? —Estela se mostró realmente decepcionada.

—Tenemos mucho trabajo, Estela, el salto a Europa está dando más tarea de la que teníamos pensada. Te queríamos agradecer de nuevo que nos cedas tu espacio —Megan se volvió y abarcó con el brazo la sala de reuniones—, en breve tendremos nuestras propias oficinas.

—¿Tan inminente es? Pensaba que quedaba algo más de tiempo. —Mi sorpresa fue genuina, sabía que la expansión estaba cerca, pero ¿tanto?

—No, nos expandimos ya. —Y Megan me miró y en sus ojos sí pude leer entre líneas. Se me encendieron las alarmas, ahí podía estar alguna de las piezas del puzle que nos faltaban.

Bruce levantó la vista de unos documentos y llamó a Megan, más por evitar que siguiera hablando que porque la necesitara.

—Bien, pues entonces nosotras nos vamos, ¿no, Elena?

—Claro. —No estaba tan claro, la boca me hormigueaba con las palabras que no había dicho; todas ellas harían una piña con aristas que bajaría arañando mi esófago y llegaría a mi estómago, provocándole una úlcera.

Me permití cerrar la puerta con más fuerza de la que hubiera sido necesaria.

21

BRUCE

Se cerró la puerta y un enorme alivio inundó el cuerpo de Bruce. Si hubiera pasado cinco minutos más ya no en la misma sala, sino sentado a la misma mesa que Elena, habría despedido a Estela y Megan y, tras quedarse a solas con ella, le hubiese hablado de Alicia, de lo que sintió al conocerla, de cómo había cambiado todo su plan de vida para residir en Madrid y no alejarse de ella ni un segundo más del necesario. De hecho, después de una semana en la ciudad, ya le estaba costando no haberse puesto en contacto para que pudieran organizar otro encuentro. Pero Alex había sido clara al respecto, tenían que dejar que las cosas siguieran su curso legal y, como no podía ni quería entender por qué Elena tenía que estar vinculada al proyecto de la serie que iban a lanzar para España, a él le tocaría hacer ejercicios de autocontrol. Se lo había prometido a Alex. Y sabía que no era solo una cuestión legal.

En una relación, rara es la ocasión en la que se es capaz de esconder algo. Si ese algo no sale a la luz no será porque la otra persona no lo sepa, sino porque no quiera sacarlo. Y Bruce vio que Alex iba a barrer debajo de la alfombra lo que había pasado aquella noche en el hotel de Elena. En cuanto la miró a los ojos, identificó en ellos tanto el conocimiento de lo ocurrido como el convencimiento de no hablarlo en voz alta. Quizá lo expresara con unas caricias más bruscas de lo normal, una actitud más esquiva durante los primeros días, pero nunca de viva voz. Porque si lo hacía de viva voz, se podían decir cosas que ninguno de los dos quería escuchar. Ni él mismo querría escucharse a sí mismo. Lo más curioso de todo es que él no se sintió culpable o arrepentido, aquello entre Elena y él tenía que pasar, era inevitable. Quizá como hace cinco años también lo fue. ¿Ahora le tocaba a él tener un *affaire*? No iba por turnos, pero parecía que se cerraba el círculo. De todas formas, era más que eso.

Cerró el portátil y miró a Megan con el ceño fruncido. No sabía si había hecho bien en cortar de raíz cualquier conversación que pudiera mantener con Elena, pero no debía enterarse de que estaba viviendo en Madrid de forma temporal hasta que su abogado no se lo dijera. A veces, pensaba que aquello era absurdo, tan absurdo como intentar negar que el cuerpo de Elena lo atraía como un imán. Volver a unirse en un proyecto laboral con ella había despertado ese algo en él que creía ya desterrado. Verla hablar, desarrollar las tramas, desmenuzar pequeños detalles que a todos se les hubiera pasado por alto. Ya se había dado cuenta de que Elena no trabajaba con borradores, todo lo que allí había estaba totalmente fundamentado y nada salía por arte de magia. Tenía que reconocer que si la hubieran tenido de asesora para la serie en Estados Unidos, hubieran ganado bastante, a pesar de estar contento con el resultado final. Cómo iban a prescindir de ella, conocía mejor que nadie su mercado. «No, Alex, no era una opción que Elena

no estuviera dentro del proyecto, es más, que sea productora ejecutiva no es anecdótico». Le faltó decirle que no se metiera en su trabajo, igual que él no se metía en el suyo, pero le pareció que estaba implícito.

—Megan, me voy a casa.

—¿Ya os han dado las llaves? —Megan terminaba de recoger unos documentos y hacía anotaciones en una agenda.

—Sí, Alex las ha recogido esta mañana.

—Bruce… —Megan dejó lo que estaba haciendo y miró a su jefe con intención.

—No, Megan, no me digas nada.

—Pero todo sería más fácil si…

—Todo sería más fácil, pero cuando algo no puede ser…

—Bien, pues dile a tu abogada que lo comunique ya, noto que Elena lo está pasando mal. Dios mío, creía que se te iba a echar al cuello durante la reunión. Yo lo hubiera hecho. —Y le clavó una mirada beligerante—. Eso que estáis haciendo con ella…

—¿Y lo que ha hecho ella conmigo durante cuatro años?

—¿Otra vez, Bruce? Que tu abogada le comunique ya a su abogado vuestros planes porque yo no quiero irme de Madrid sin cenar alguna noche con ella y conocer a esa hija tuya.

Cerró su cuaderno, cuadró los documentos y los metió en una carpeta, manipuló el iPad y lo apagó también. Se levantó con decisión y se despidió:

—Ahora tengo que ir a entrevistar a unas cuantas personas para el puesto de asistente. ¿Alguna petición?

—¿Que seas tú?

—No me pagas lo suficiente para cambiar de país.

Sus tacones resonaron hasta que dejó de escucharlos al final del pasillo. Bruce inspiró fuerte, todavía estaba haciendo cosas que no quería.

22

MEGAN

Megan no quiso quedar a cenar en ningún restaurante, quería venir a mi casa porque deseaba conocer a la hija de Bruce. No sé por qué me sorprendí de su sinceridad, aunque lo que más me contrarió fue tener que cocinar algo medianamente decente.

Para que esta visita se produjera, por lo que supe después, los planes de Bruce debían haberse desvelado y, efectivamente, lo habían hecho un par de días antes. Castillo desayunó conmigo una mañana para informarme de los últimos movimientos, y no me había podido dejar más estupefacta. Bruce había trasladado su residencia a Madrid, vivía en un apartamento cerca de El Retiro y solicitaba un plan de visitas que fueran en progresión hasta que por fin pudiese quedarse solo con Alicia sin que ella lo viera antinatural. Incluso hacer algún viaje con ella y, en un futuro todavía lejano, llevarla de visita a Boston para que conociera al resto de su familia. Pero eso último era hablar demasiado pronto, podría llevar un par de años al menos. Todas en casa respiramos tranquilas, analizamos hasta la saciedad lo que podría haber pasado por la cabeza de un hombre como él para desistir de sus deseos originales y plegarse a esto. Nuria, la más escéptica y la que mayor rencor le tenía a Bruce, estaba convencida de que esa era su estrategia desde el principio. Nos lo quería hacer pasar extremadamente mal porque era un hombre que disfrutaba con el dolor ajeno, vengativo, que necesitaba infligir el mismo daño que él creía que le habían infligido a él. Yo la escuché atónita, ¿de dónde podía sacar una mente tan retorcida? Entendía que Bruce no fuera santo de su devoción, pero de ahí a pensar que era poco menos que un monstruo iba un trecho bastante grande. «No pienso que eso sea así, Nuria, pero no puedo hacer nada para que pienses lo contrario, ¿verdad?». Negó con la cabeza y desistí.

Ana estaba tan feliz que no intentó desmenuzar las razones para ese cambio de actitud. Descansaba totalmente laxa sobre el sofá, con los brazos estirados por encima de la cabeza y sonriendo como una boba. Por el momento, cogía a Alicia y la apretaba contra su pecho y le susurraba palabras ininteligibles para mí al oído, a lo que su sobrina se reía y la abrazaba. A lo mejor esa podría ser la mejor de las reacciones, no preguntarse el porqué, sino disfrutar y nada más. Sin embargo, yo era incapaz y seguía dándole vueltas hasta que Carmen zanjó el asunto: «Yo creo que, al conocer a Alicia, se ha dado cuenta de que no puede hacerle daño. Es el amor por un hijo». Para cuando dijo esto, Alicia dormía como una bendita sobre Ana y habíamos dejado de hacer gestos y hablar en código.

Sí, por el amor a un hijo, yo había dejado de intentar imponer por la fuerza mis puntos de vista a Nuria; por el amor a un hijo, había apalabrado ya una casa en mitad de la nada en el sur de Francia, por si acaso; por el amor a un hijo, estaba intentando que todo aquello ocurriera ahora,

mientras Alicia fuera pequeña y, de ese modo, pudiese crecer en la naturalidad de tener dos padres. Por el amor a un hijo, también hice todo lo que había en mi lista.

—Has mejorado mucho en tu español en estos últimos años. —Sonreí a Megan y nos sentamos en la mesa de la cocina mientras esperábamos a que Carmen llegase con Alicia del parque.

—Sí, Bruce nos obligó a todos a hacer cursos de idiomas. El alemán es lo que más me está costando, *zweifellos*. —Y sonrió ante mi cara de estupor—. «Sin duda alguna». —Y volvió a sonreír.

—Tengo que decirte que me ha sorprendido tu interés por quedar a cenar.

Le daba vueltas a mi vaso de refresco y ella hacía lo propio con el suyo.

—No sé por qué nunca te caí bien, Elena. —Se reclinó en la silla y me pareció que Megan era la perfecta mujer franca y serena de película, pocas cosas debían sacarla de quicio. Tal vez la vi fuera de sus casillas en una ocasión, aquella vez que Bruce dejó plantado al consejo de administración por estar en una reunión de producción en la que no debía estar, solo porque yo asistía a ella.

—Ni yo. —Y sonreí mirándome las manos, estaba un poco avergonzada—. Tal vez porque pensaba que me estabas juzgando.

—¿Por qué? ¿Por haber estado con Bruce? —Se rio con una carcajada que resonó en el eco de la cocina—. Cualquier mujer podría caer en las redes de Bruce, lo que no esperaba es que tardases tanto. Eso me dio alguna pista de cómo eras.

—¿Tanto se notaba? —pregunté verdaderamente curiosa.

—Y si nadie se había dado cuenta, bastó con ver las fotos.

—Ah, claro, las fotos. —Exhalé, recordando la cara de Arturo preguntando quién era Bruce en aquellas imágenes de grupo que se sucedían con cada clic en el ordenador portátil.

—Considero a Bruce más que un jefe, un amigo, y no quería que lo pasara mal. Y lo que tuvierais lo iba a hacer pasar mal.

—Yo tampoco lo pasé bien.

—Ya, me imagino…

La puerta se abrió y Alicia corrió desde la entrada llamándome a gritos, se arrojó a mis brazos y me llenó la cara de besos pegajosos. Carmen apareció tras ella y dejó una bolsa de la compra en la puerta de la cocina.

—Buenas tardes. —Mi suegra se dirigió a Megan en particular y ella la saludó con un asentimiento.

—Esta es mi suegra, Carmen. —Dejé a Alicia en el suelo y me levanté. Le froté el brazo a Carmen y le sonreí buscando algo de su complicidad. La encontré, como siempre.

—Encantada. —Y Megan se levantó para darle dos besos.

—Igualmente. —La voz de Carmen sonó tan bajito que casi no la escuché. Se saludaron y Megan volvió a sentarse con pasmosa tranquilidad, sin apuro ninguno—. Elena, te dejo la compra y me voy.

—Vale, Carmen, muchas gracias. ¿Nos vemos mañana?

—Claro. ¡Adiós!

Escuchamos el portazo, y cuando me di la vuelta, Megan estaba mirando fijamente a Alicia, que le devolvía una mueca divertida, más por la paleta que se le había caído que por otra cosa.

—Cielo santo, es increíble —murmuró Megan con un gesto entre maravillado y satisfecho.

—¿Qué es increíble? —Alicia se había sentado en mi regazo en cuanto tomé de nuevo asiento.

—Nada es increíble, ve a lavarte las manos. —Y la bajé.

—No quiero ensalada —se apresuró a indicar Alicia.

—Claro que no, te he hecho una tortilla.

—¿Otra vez? —Y se cruzó de brazos y me miró ceñuda. Megan no podía apartar la vista de ella.

—Claro, si no quieres otra cosa ni probar algo nuevo, pues tortilla.

—¿Y *pizza*?

—No, ya la comiste ayer.

—Pero…

—Pero nada, ve a lavarte las manos.

Alicia salió como una exhalación de la cocina.

—Perdón por ser tan indiscreta, pero es que nadie podría negar que es hija de Bruce. Esos ojos, ese pelo, hasta la forma de querer imponerse… —Negaba incrédula con la cabeza.

—Me recuerda a Bruce cada día desde el día en que nació. —Y dejé que asimilara lo que acababa de decirle.

Porque Alicia había sido un recordatorio de mi *affaire* desde el mismo momento en que respiró por primera vez fuera de mí. Primero por lo que significaba y después porque su aspecto gritaba alto y claro el nombre de Bruce. Yo nunca iba a olvidar quién era su verdadero padre, pero desde luego ella, sin saberlo, tampoco me dejaba hacerlo.

—¿Cuándo te vas?

Me levanté para terminar de hacer la ensalada que Alicia había visto en el cuenco gigante que ocupaba gran parte de la encimera de la cocina.

—Mañana.

—¿Tan pronto? —Megan asintió terminándose su refresco—. Yo creía…

—No, no. Ya he contratado al nuevo asistente de Bruce aquí en Madrid. Un chico muy simpático que habla cinco idiomas. —Sonrió y señaló la botella que había traído ella—. Ahora el vino, ¿no?

Cogí un par de copas y lo serví.

—Me alegro mucho de que las cosas estén saliendo así, no confiaba en que lo hicieran. Igual fue ese *email* que le mandaste lo que le abrió los ojos. —Dejé de remover la lechuga y luego continué como si no la hubiera escuchado—. Quiero disculparme por no haber hecho nada cuando estuviste en Boston, aunque no te puedo garantizar que no hubiese actuado igual si hubiera sabido todo esto. No podía traicionar la confianza de Bruce.

—Lo entiendo perfectamente, pero si te dolía la cabeza o te pitaban los oídos en aquellos días, no dudes que fue por mis malas vibraciones hacia ti.

Las dos reímos y vimos llegar a una Alicia igual de sucia que se fue, con el pelo pegado a las mejillas. Lo único diferente era que las mangas del jersey estaban empapadas.

—¿Me dices dónde está tu habitación y te ayudo con el pijama? Si a tu madre no le importa, claro. —Megan se levantó y sonrió.

—Claro. Y también te puede ayudar a cepillarte el pelo y a lavarte la cara. ¿Tú quieres, Alicia?

—¡Vale! —Se cogió de la mano de Megan, miró hacia arriba y le dijo—: Tú hablas igual de raro que el hombre de la cafetería.

Pues no, las niñas de cuatro años no olvidaban tan alegremente como yo creía.

23

BRUCE

«Podría acostumbrarme a vivir aquí en Madrid», exclamó Alex desde la cama.

Alex se desperezaba mientras la claridad entraba a borbotones por la ventana. Habían hecho el amor con desesperación, como lo solían hacer últimamente, sobre todo, desde que llegaron a España. Ella estaba estirando su estancia allí con la excusa de dejarlo instalado y tener un hogar al que llegar cada vez que ella viajara, pero lo cierto era que Alex pensaba más en la necesidad que tenía de comprobar con sus propios ojos la evolución en los sentimientos y en la actitud de Bruce. No sabía por qué, pero la sensación de pérdida y distanciamiento aumentaba en lugar de menguar.

Desde el momento en que le comunicó su decisión de ser él el encargado de la expansión de StoryVision por Europa, supo también que su relación se había complicado un trescientos por cien. Se vio obligada a meter los viajes en su ecuación y reajustó toda la estructura de su relación. No le sentó bien que lo hubiera decidido de forma unilateral, sin ni siquiera consultárselo, pero no podía reprochárselo, tal vez había apretado demasiado con respecto al asunto de su hija. Quería enmascarar su letalidad con la máxima de que ella siempre iba a por todas para ganar, pero sabía que en el fondo estaba castigándolo un poco, solo un poco, por no haber actuado de otro modo.

Bruce apareció y se apoyó en el marco de la puerta con una taza de café en la mano. La realidad se tornó muy evidente: era otra persona desde que vivía allí, estaba más feliz, había recuperado la alegría y el tesón. Que él hiciera lo que ella le dijera había sido un espejismo corto.

—Esta tarde tienes tu próximo encuentro, ¿estás preparado? —Bruce asintió sonriendo—. ¿Quieres que te acompañe?

—Preferiría ir solo, me gustaría ganarme primero su confianza y después ya…

—Lo entiendo, claro. —Alex retozó y le sonrió perezosa—. ¿Vienes? —Y le palmeó el colchón, junto a ella.

Bruce sonrió pícaro y se dirigió decidido a la cama, dejó la taza sobre la cómoda y se arrodilló a sus pies. Sacó una pierna de Alex de entre las sábanas y empezó a recorrerla con la lengua desde el tobillo hasta la rodilla. Desde ahí, comenzó su ascenso más lentamente con besos y pequeños mordiscos, hasta llegar al pubis. Como si estuvieran en un baile muy bien ensayado, él se colocó entre sus piernas y Alex las abrió lo justo para darle acceso y poder sentir el pelo de Bruce en los muslos. Quizá no estaba todo perdido y esa sensación de desapego era solo eso, una sensación y no la realidad.

24

ENCUENTROS

—A Bruce Campbell le gustaría pasar la Navidad con Alicia.

Las exigencias de Bruce se habían multiplicado conforme pasaban las semanas, y después de dos encuentros «imprevistos», todo el proceso se me antojó vertiginoso. ¿Que quería pasar la Navidad con Alicia? ¿Qué quería decir con eso?

—Que pide permiso, apelando a la buena voluntad y atendiendo a su nueva actitud, para poder cenar con vosotras en Nochebuena o, en su defecto, comer el día de Navidad. —Notaba que mi abogado quería sonar profesional, pero sabía que para él toda esta situación también era novedosa.

—Me gustaría pensar que esto es una broma, Javier.

—Pero no lo es. Sé que es una petición extraña…

—¿Extraña? O sea, ¿se da cuenta de que no ha hablado conmigo en ningún momento desde que comenzó todo este proceso de locos y ahora se quiere meter en mi casa? —le gritaba al móvil, como si mi abogado tuviera en sus manos la forma de arreglar aquel despropósito.

—Es una petición extraña, pero sobre la que tú y solo tú tienes el poder de decidir.

—¿Qué quieres decir con eso? Háblame claro desde el principio, por Dios, porque siempre me has hablado de lo perjudicial que es si no facilitamos las cosas o si solo ponemos obstáculos, tanto que, no sé por qué, si digo que no, tengo la sensación de que se va a llevar a Alicia a pasar la Navidad a Boston.

Escuché un suspiro.

—Quiero decir que no tienes obligación alguna de acceder a lo que te pide. Bruce Campbell sabe que, si en esta ocasión le dices que no, no podrá utilizarlo en tu contra en un futuro. Es una intromisión en tu hogar, no sería admisible.

—¿Entonces tú me aconsejas que diga que no?

—Yo te aconsejo que lo pienses y que, si es preciso, lo hables con tu familia.

—Porque tú entiendes que sería conveniente.

—Yo no entiendo que sea conveniente, yo entiendo que tienes que llegar a la resolución que más feliz te haga o, al menos, la que te deje más satisfecha.

Me dieron ganas de responderle que no me dejaría satisfecha nada, solo que Arturo estuviera aquí y que no tuviera que estar enfrentándome a esto. Pero me mordí la lengua porque mi abogado no tenía la culpa de nada de lo que estaba pasando y, al fin y al cabo, solo estaba mirando por mis intereses, no se merecía que descargara sobre él mi desconcierto.

—Entonces, ¿puedo pensarlo?

—Sí, me ha dicho que puede esperar una respuesta durante un par de días, lo suficiente para saber si tiene que viajar a Boston o no.

—No, si ahora seré yo la culpable de que se quede celebrando la Navidad solo en Madrid.

—Dime algo en cuanto lo tengas decidido, ¿vale?

—Sí, lo haré.

Colgué y me quedé mirando el móvil con desasosiego. De repente, todo esto iba muy rápido, aunque ¿qué esperaba? El momento en que Bruce conocería a mi familia al completo tenía que llegar tarde o temprano, ¿verdad? Pero la Navidad no era una fecha muy adecuada, ¿o sí? Carmen, contra todo pronóstico, estaba deslumbrada por Bruce. La última vez, incluso se había atrevido a dejar a la niña en la cafetería mientras ella fingía tener que ir a una tienda a recoger un pedido cuando a Alicia todavía le quedaba medio batido de chocolate, por lo que era imposible que le pidiera ir con ella. Volvió en quince minutos y los encontró charlando tranquilamente. De quien menos me fiaba era de Nuria, no ocultaba su animadversión y asistía con un gesto de asco a lo que contaba su abuela, la consideraba una traidora, sobre todo a su propio hijo. Me daba mucha ternura esa lealtad hacia su padre, pero tendría que sopesar empezar a pensar de otro modo. Ana no me preocupaba, ella, como adulta que era, estaría a la altura, o eso quería creer.

«Chicas, Bruce ha pedido celebrar la Navidad con nosotras, que quiere pasar las fiestas con Alicia, dice. No es obligatorio, pero ¿qué pensáis?». Le di a enviar antes de que pudiera verme tentada de borrarlo.

«Es normal, es su hija». Carmen no se hizo esperar.

«Un poco precipitado, ¿no? Pero algún día teníamos que conocerlo». Ana respondió en su línea.

«No». Y Nuria también lo hizo en la suya.

Cogí el bolso y salí al frío con una idea en la cabeza: convencer a Nuria de que lo mejor era acceder a la petición de Bruce, porque todo lo que fuera negarse era alargar algo que tenía que pasar.

Llegué a la puerta de la facultad donde Nuria asistía a sus clases de idiomas justo cuando acababa una de ellas. Solo tuve que esperar diez minutos antes de que empezaran a salir en tromba todos esos medio adolescentes-medio adultos, milagrosamente sin tropezar unos con otros y sin provocar caídas y revolcones por el suelo. Nuria se quedó pasmada al verme en las escaleras, se despidió de sus compañeros y se acercó a mí con recelo.

—¿Qué haces aquí? —Al menos acompañó ese no saludo de un beso en la mejilla. Era nuestra ley no escrita: enfadadas o no, bienvenidas y despedidas siempre con un beso.

—He venido a tomarme un café contigo.

—Y a intentar convencerme, ¿verdad?

Comenzamos a caminar hacia la cafetería.

—Claro, ¿qué esperabas? Con un solo no en el grupo, Bruce se queda en su casa. En esto no hay mayoría, debe haber unanimidad.

—Pero intentas convencerme.

—Pues sí, porque podemos perder una oportunidad única para naturalizar la situación.

—La situación nunca será natural. —Y se sentó en un banco de la avenida. Dije adiós a mi café y me senté junto a ella intentando controlar el rechinar de los dientes debido al frío. Ella no parecía notarlo, no calaba en su cuerpo a pesar de que llevaba mucha menos ropa que yo.

—Pero debemos esforzarnos para que así sea.

—Deseo tanto que papá esté aquí…, lo deseo tanto que a veces me parece que es absurdo que

no esté.

A mí también me lo parecía, había un instante en el que la cabeza no hacía clic y se quedaba en suspenso hasta que por fin encajaba de nuevo la idea de que Arturo ya no existiría nunca más.

—Tu padre lo sabía. —Incluso a mí me sorprendió mi confesión. Lo dije mirando al frente, aferrando mi bolso para darme calor y reclinándome en ese banco de hierro que daba más frío del que debía. Noté la mirada asombrada de Nuria sobre mí—. Me lo dijo Pablo, el amigo de papá. Nos encontramos hace unas semanas en el parque que hay al lado de casa. Papá le pidió que me contara que lo sabía solo después de que él se hubiera ido. —Carraspeé, porque decirlo en alto y que alguien lo escuchara era más difícil que rumiarlo en silencio para una misma.

—Entonces…

—Entonces él también tenía sus secretos. —La miré a los ojos—. No sé si aceptó la situación o no, Pablo me dijo que no entró en detalles, que solo quería que yo lo supiese en un futuro. Lo único que sí podemos saber es que quiso a Alicia como si fuera su hija biológica, porque Alicia era su hija en todas las demás formas.

—Quizá te perdonó.

—Es muy arriesgado por tu parte pensar que yo necesitaba algún perdón. —No quería contrariar a mi hija, pero tampoco entrar en materia de perdones y culpabilidades cuando yo ya había superado esa fase y había llegado a mis propias conclusiones—. Y no me mires así. Te diría que ya lo comprenderás cuando seas mayor, pero no, no se comprende cuando se es mayor, se comprende con la vida. —Carraspeé y me incliné hacia adelante, intentando con el cambio de posición revitalizar mi circulación sanguínea—. Yo nunca he pedido tu perdón, Nuria, porque no creo que tenga que disculparme. No he intentado explicarme nunca contigo porque no he creído que tú quisieras explicaciones, tú te montaste tu idea y ahí se acabó todo.

—Tú traicionaste a papá.

—Y las cosas no son ni blancas ni negras. Lo que tuve con Bruce fue un oasis en medio de un páramo seco y agotador. Puede que suene egoísta, pero no lo fue. Hace cinco años pude sentirme de nuevo mujer durante un solo día y se dieron toda una serie de circunstancias alrededor que confluyeron para que eso pasara. No me arrepiento, Nuria, no lo hago y no voy a pedir perdón por ello. —El silencio se extendía y no podía soportarlo—. Y eso no significa que tu padre no fuera para mí el amor de mi vida y que he sufrido con su pérdida como si me hubieran amputado un miembro, como si estuviera coja o manca; aún me siento así, inútil a veces.

—Y ahora quieres cenar en Nochebuena con el otro.

—Ahora quiero que Bruce pase las fiestas con su hija, y la única forma de que lo haga es pasando las fiestas con todas nosotras.

Al final, Bruce vendría a almorzar el día de Navidad. Y yo me quedé sin saber si la relación con mi hija mayor había suavizado sus curvas o las había acentuado.

25

BRUCE

Bruce intentó no pensar en la tensa conversación que mantuvo con Alex. Su prometida había confiado hasta el último momento en que él cogiera el avión que lo llevara a Boston a tiempo de pasar las fiestas navideñas con ella, a pesar de que le había repetido hasta la saciedad que no iba a viajar de vuelta. Quizá para primeros de año, pero también lo dudaba, su cuerpo no le pedía estar en otra parte nada más que en Madrid; solo pensar coger un avión y alejarse miles de kilómetros de Alicia lo mareaba. No quería separarse de ella nunca. Y gracias a eso, Alex llevaba sin cogerle el teléfono más de veinticuatro horas.

La cena de Nochebuena la hizo solo en su apartamento gigante y con comida de un restaurante cercano. Había mantenido una larga videollamada con su familia y le habían deseado suerte para el día siguiente. La verdad es que no se encontraba nada nervioso, solo a la expectativa. ¿Cómo se tomaría Alicia que ese amigo de la familia que ya había visto varias veces apareciera por su casa para comer? No hacía más que imaginar el momento en que le dijeran que él era su padre, porque ese momento llegaría y entonces él se sentiría pleno. Observó los paquetes que se amontonaban en la entrada y sonrió: seguramente Nuria le tirara su regalo a la cabeza, pero él, perfecto gestor de crisis, no veía ese obstáculo como algo insalvable. Nunca deseó tanto que el tiempo pasara más rápido y le costó tanto dormirse que igual sí, sí que estaba un poquito nervioso por lo que iba a vivir al día siguiente.

Y por fin llegó el día. Llamó al timbre y se sorprendió analizando cada detalle de la puerta del piso de Elena. Hacía cinco años, había imaginado cómo sería su casa, nunca se le había pasado por la cabeza que iba a saberlo y por qué. Tardaron un poco en abrir, pero al hacerlo, los ojos curiosos de Alicia se asomaron por detrás de Elena. Elena, allí estaba ella, seguía teniendo la capacidad de dejarlo sin respiración, de provocarle la necesidad de tocarla, de consolarla, de pedirle perdón para volver a hacer otra vez todo lo que había hecho, porque no le quedaba otra alternativa.

—Hola, Bruce, me alegro de poder hablar contigo sin abogados de por medio. —No se le pasó el tono irónico que gastó, pero le gustó porque ese tono también era Elena.

—Y yo.

Esperó a que le abriera un poco más la puerta y Alicia se coló entre ellos.

—¡Eres tú! —Lo señaló con regocijo.

—Soy yo. —Sonrió y se acuclilló junto a ella—. ¿Me invitas a tu casa?

—¿Eso son regalos? —Esta vez señaló una gran bolsa que descansaba junto a Bruce, que asintió misterioso—. ¿Papá Noel ha estado en tu casa? —Bruce volvió a asentir—. ¡Mamá, Papá

Noel nos ha dejado regalos en su casa!

—No tenías que haberte molestado. —Entonces sí que le franqueó la entrada.

—Era lo mínimo. —Bruce se levantó y pasó a la entradita y de repente ocupó todo el espacio.

—¡Nuria, Papá Noel nos ha traído más regalos! —Alicia los precedió gritando y Bruce entró en el salón, que también llenó de repente.

Ana, Nuria y Carmen se levantaron del sofá y esperaron a las presentaciones. La tensión se podía notar, como si fuera una espesa masa pegajosa que los embadurnaba a todos. Excepto Alicia, todos parecían medir cada una de las palabras que utilizaban.

—Hola, Carmen, me alegro de verla. —Le dio dos besos y puede que le pidiera un poquito en silencio que lo ayudara—. Tú debes de ser Nuria. —Afortunadamente Nuria no le negó ni el saludo ni los dos besos.

—Yo soy Ana. —Una versión de Elena más angulosa y algo más alta se acercó con seguridad impostada a saludar al intruso.

—Encantado de conoceros a todas, gracias por invitarme a almorzar.

Ahora sí que le sudaban de nuevo las manos, había descubierto que solo los temas relacionados con Alicia le hacían sudar las manos, y encajar en aquella reunión era fundamental para el futuro.

—Teníamos poca opción. —Nuria lo dijo entre dientes, pero se la escuchó a la perfección.

—Nuria… —Elena la reprendió y Bruce intentó obviar el comentario, nadie dijo que fuera a ser fácil.

—He traído unos regalos.

Alicia saltaba a su lado alternando palmadas y saltos. Bruce pensó que era maravillosa.

Distribuyó los paquetes. Alicia se sintió orgullosa de que ella tuviera no uno, sino dos. El primero resultó ser el disfraz de la hermana de *Frozen*, lo que provocó una catarata de gritos y preguntas atropelladas. Se lo puso encima de la ropa y almorzó con él. Seguramente también dormiría esa noche con el disfraz e incluso saliera a la calle de esa guisa al día siguiente.

Carmen abrió una bolsa de tela llena de lanas de colores y un vale para canjear por más madejas, «me dijo el otro día que le gustaba tejer». Carmen sonrió cohibida y se sentó en un rincón del sofá para ayudar con el disfraz a Alicia. Ana se encontró con unos pendientes de plata, largos y cuadrados, «Alicia me dijo que te gustaban así». Ana asintió y se lo agradeció con un susurro. Nuria se vio obligada a abrir su regalo delante de todos, cuando lo que quiso hacer desde el principio fue meterse en su habitación y no salir de allí en toda la tarde. Era una mochila de la Universidad de Boston. «Allí la llevan todos los universitarios, le dije a mi madre que me la enviara». Nuria asintió en señal de agradecimiento, «y si esperaba que dijera algo más, podía hacerlo sentado», pensó para sí. Pero también pensó que le había gustado mucho el detalle y que Bruce no parecía el ogro que ella se había imaginado.

—¿No abres el tuyo? —se dirigió a Elena, que esperaba junto a la puerta que daba al pasillo de los dormitorios.

—Sí, claro. —Tardó unos segundos más de la cuenta en romper el papel de regalo porque estaba tan nerviosa que casi no sabía cómo hacerlo. Cuando vio lo que envolvía, sonrió sorprendida y feliz—. Te has acordado.

—Claro. Todas tus ideas las escribes en cuadernos Moleskine, ¿verdad? —Elena asintió—. No te creas, esto es un poco egoísta, espero que esas ideas sean para mi productora.

El hielo se rompió y se sentaron a la mesa con una actitud bien diferente a la que habían tenido al principio. Incluso Nuria tuvo que admitir a regañadientes que aquel hombre, que ya no le

parecía un ogro solo por el detalle del regalo, se lo parecía aún menos tras la comida. Cuando se fuera, tendría mucho que reflexionar sobre las debilidades de su madre. Mucho.

Bruce disfrutó, no podía explicar cómo, pero lo hizo. Se sentía bien sentado a aquella mesa, con aquellas mujeres, con su hija al lado y Elena frente a él. Se vio obligado a reprimir el bienestar, porque un sentimiento de traición hacia Alex nacía en su interior como una semilla bien regada. Pero es que era tan gratificante encontrarse donde creía que debía estar… Tanto era así que cuando Elena lo acompañó a la puerta, le sorprendió comprobar que eran las siete de la tarde.

—La semana que viene, Carmen estará en el pueblo, no sé si Ana o Nuria podrán llevar a Alicia a la cafetería. —Elena estaba tranquila, se lo notó en el rictus. Era una maravilla tratar con una Elena relajada, Bruce se perdía en sus movimientos, en sus suspiros, que, estaba seguro, ella no se daba cuenta de que los daba. Era maravilloso perderse en ella, pensó con cierto sentimiento de culpabilidad. También lo hizo sentirse culpable ese aguijonazo de deseo que lo atravesó durante unas milésimas de segundo.

—Podrías hacerlo tú.

Elena no pudo ocultar su sorpresa ni aunque hubiese querido, y eso lo alegró, porque él notaba cuando quería disfrazar sus emociones, y en ese momento estaba tan arrebatadoramente entregada que no había pensado en hacerlo.

—¿Estás seguro?

Él asintió, consciente de que se estaba metiendo en un lío. Pero un lío que no quería evitar.

—Te llamo. —Fue a darle un beso en la mejilla, pero pensó a tiempo que era mejor no llegar tan lejos.

—Te espero. —Elena también cortó a tiempo cualquier tipo de acercamiento, pero la dejó temblando de arriba abajo.

Y Bruce se fue.

26

RUTINAS

Todo planeamiento de ir metiendo a Bruce en la vida de Alicia poco a poco estalló por los aires. A partir del día de Navidad, cada vez estaba más presente en nuestra rutina. Tanto es así que incluso Nuria se apuntó a la locura de ir al mercado navideño de la Plaza Mayor a dar una vuelta y ver el ambiente con nosotros, cuando desde siempre me había dicho que no quería pisar el centro de Madrid en Navidad ni aunque le pagasen. Igual Bruce la estaba sobornando por detrás, todo era posible. Lo cierto era que la resistencia de mi hija mayor fue menor de lo que esperaba, y si no se la ganó de inmediato ni tampoco tan absolutamente, sí que supo entrar en su existencia con tolerancia, que no era poco. Aun así, tuve que parar algunos comentarios desairados o gestos de mal gusto, que podría jurar que Bruce notaba, pero no sacaba a la luz para mantener la concordia.

Unas rutinas que continuaron después de las fiestas, cuando Bruce propuso ir a recoger a Alicia al colegio un par de días a la semana y Carmen lo vio como la cosa más normal del mundo. Habíamos estado viéndonos durante todas las vacaciones y Alicia lo incluía en su vida de una forma tan natural que me sorprendía. Incluso preguntó por él cuando llegó tarde a cenar en Nochevieja, «¡que se va a perder las uvas!». Pero no se las perdió, Bruce llegó ese día con otra de sus asombrosas sonrisas e incluso acompañó a Nuria dos calles más abajo, donde había quedado con una amiga para ir a una fiesta. Comenzamos a contar con él sin darnos cuenta y se situó en lo más alto de mi lista de contactos recientes también sin saber cómo. Era el primero en el chat de WhatsApp, donde a diario le deseaba los buenos días con una foto de Alicia yendo al cole. A finales de enero, estaba tan involucrado en nuestra familia que me dio miedo que cualquier cosa pudiera trastocar el equilibrio tan increíble que habíamos alcanzado. Y esa cosa tenía nombre, claro: Alex. Yo no me había olvidado de su existencia y no sabía cómo podía afectar ella a nuestra nueva vida y, en especial, a la de Alicia.

—¿Te puedo hacer una pregunta íntima e indiscreta?

Bruce y yo estábamos tomando un café mientras Alicia jugaba en un parque de bolas una tarde de principios de febrero. Bruce me observó, sé que quería adivinar lo que estaba rumiando, pero no sé si lo consiguió.

—Adelante.

—¿Y Alex? Quiero decir, ¿cómo se está tomando esta nueva vida que estás teniendo? No sé cómo me lo tomaría yo, la verdad. No creo que fuese muy comprensiva.

Bruce se tomó su tiempo para contestar e inspiró hondo.

—Alex se fue ayer, ha estado aquí unos días.

Yo abrí los ojos de par en par, ¿cómo era posible que esa mujer hubiese estado en Madrid y no nos hubiésemos enterado de nada? Bruce había recogido a Alicia del colegio la última semana al completo porque Carmen estaba en el pueblo con su hermana; había comido con nosotras en casa y luego se había ido a trabajar. Por la noche, habíamos tenido una videollamada, ¿cómo podíamos haber pasado por alto la presencia de su prometida?

—No habías dicho nada, no sé, podría haber recogido yo a Alicia estos días y tú hubieras tenido más tiempo para estar con ella y…

—No quiero perderme ni un segundo más de mi hija, Elena. —Me miró con reproche y me callé al instante—. Todavía me sorprende lo rápido que ha ido todo y lo bien que se ha tomado Alicia mi presencia en su vida, creo que ni se la cuestiona. Y no quiero perder eso, lo veo todo aún demasiado frágil. —Lo vi dirigir la vista hacia la piscina de bolas y buscar a Alicia. También noté el gesto de confirmación cuando la encontró—. Cualquier injerencia puede echar a perder lo que he ganado con ella, y no quiero irme de Madrid en los próximos meses ya se caiga la empresa en Boston.

Yo me di cuenta, afortunadamente y a mi pesar, de que Bruce se había tomado tan en serio su paternidad que yo sería la primera que, si llegábamos a un buen acuerdo, le daría todas las facilidades del mundo con ella. Si quería a Alicia, tendría que dejarla ir un poquito, y eso me hacía llorar de alegría y de terror. Pero las palabras de Bruce tenían un significado mayor.

—¿Y tu boda?

La boda era en mayo, yo lo había leído en las páginas web de sociedad, donde también habían diseccionado hasta la saciedad el motivo por el que el director general de StoryVision había decidido él mismo encargarse de la expansión de su productora en Europa. Sabía por Bruce que había parado los pies a la prensa en Estados Unidos con respecto a la existencia de Alicia: de momento, no me tendría que preocupar por ese asunto. De momento.

—La hemos anulado.

—¿Cómo? —Solté la taza indignada porque me puse en la piel de Alex y pude sentir la frustración que la habría embargado cuando Bruce la informó de su decisión, porque estaba segura de que fue una decisión unilateral—. Bruce, creo que estás llevando las cosas demasiado lejos, no sé, podemos hablar para que Alicia viaje contigo en mayo. Yo tendría que ir también, claro, pero el día de la boda me quedaría en el hotel, y si le presentamos a tu madre, ella podría hacerse cargo de…

—¿Hablas en serio? —Me miró levantando las cejas y supe que no hablaba en serio, sino que había dado rienda suelta y en alto a otra fantasía de las mías.

—No, tienes razón, no hablo en serio, pero Alex…

—Alex es asunto mío. Todo está bien entre nosotros, si eso es lo que te preocupa. —No iba a entrar en detalles y yo tampoco se los iba a pedir. Bruce parecía enfadado conmigo.

—Sí, bueno, me preocupa, no quiero que tu vida salte por los aires.

—Mi vida saltó por los aires hace cinco meses, Elena; en realidad, hace cinco años, solo que yo no lo supe entonces. —Se levantó tan rápido de la mesa que me dejó con la palabra en la boca —. ¡Alicia, tenemos que irnos!

Y Alicia le hizo el caso que se le hace a un padre, sin rechistar, algo que yo nunca había podido lograr.

27

BRUCE

Elena no sabía que en enero Alex no había estado una vez, sino dos veces en Madrid. Bruce no había cambiado ni una sola de sus costumbres con respecto a ella y a Alicia, e incluso las había incrementado. Vivió como un éxito lograr estar entre los autorizados para recogerla del colegio y no quería recular para no perder ninguno de esos derechos adquiridos.

—Eso puede ser beneficioso al final, de todos modos. —Alex deshacía su pequeña maleta en la luminosa habitación del piso de Bruce. Tenía una ventana que daba a El Retiro y desde allí se podían escuchar las voces de los niños jugar en un parque infantil.

—No voy a utilizar eso para llevarme a Alicia, ya hemos hablado del tema. No voy a llevármela a Boston así como así.

—Pero ¿entonces? —Alex se sentó de mala manera en el colchón y miró a Bruce, que estaba mirando a través de la ventana—. ¿Piensas vivir aquí ya para siempre? —El silencio de Bruce la puso nerviosa—. ¿Bruce?

—No lo sé.

Pero Bruce sí lo sabía, lo sabía desde que viajó a Madrid aquella segunda vez con la excusa de hacerse cargo de la expansión de su productora en Europa. Lo sabía y no quiso reconocerlo para no verse obligado a mostrar sus verdaderos deseos. Al fin y al cabo, que él se hiciese cargo de esa expansión era una tarea que le había caído del cielo, era un proyecto que se estaba cocinando desde hacía años, y solo después de conocer la existencia de Alicia, él había dado el empujón final para que se hiciera realidad. En verdad, Alicia era el motor que hacía funcionar todo aquel engranaje.

—¿No lo sabes?

Alex viajó a Madrid después de Año Nuevo. Lo hizo como una sorpresa, llena de comprensión y buenas intenciones. Ella se dio cuenta entonces de que esas fiestas habían causado un cambio en Bruce que ni él mismo había notado. Lo primero que comprobó fue que Bruce tenía contacto directo con Elena. Él no lo ocultó en ningún momento, y en una de las muchas discusiones que tuvieron en los cuatro días que permaneció ella en Madrid le dio incluso el móvil para que pudiera leer las conversaciones que tenían por WhatsApp. Los dedos le ardieron de las ganas de hacerlo, tuvo ese iPhone en sus manos, desbloqueado y listo para que se sumergiera en ese chat, seguro que salpicado de fotos y emojis. Pero no lo hizo, ella no podía caer tan bajo. Le creyó porque en el fondo sabía que no había nada más lejos entre ellos que una relación entre padres; una relación entre padres tan peculiar como pudiera ser la de ellos, claro, debido a las circunstancias en las que se había creado.

Luego, por las noches, se mostraba tan fogoso como antes, incluso más. Era verdad que desde que había estallado todo el día de su compromiso, no habían llegado a hacer el amor con esa ternura que habían logrado tras años de relación, pero la primera que necesitaba tiempo era ella. Ella, que se acostaba con su prometido sabiendo que hacía poco le había sido infiel con otra mujer. Le dolía más la intimidad compartida entre ellos que el acto sexual en sí, porque era una intimidad que le habían arrebatado y que ansiaba tanto como si fuera un pez fuera del agua anhelando el mar. Así que, hasta que llegaran de nuevo a ese punto de su relación, la cama se había convertido en un campo de batalla.

Y Bruce asistía a esa faceta de su existencia, la que tenía con Alex, como un espectador, como si realmente fuese un invitado, como si su verdadera vida fuera la otra. Y cuando estaba con ella en la cama, no podía dejar de pensar que igual desearía estar en esa cama pero con otra persona. El contacto continuado con Elena, con su trabajo, con sus mensajes tan personales, con su ironía, le había despertado esa fascinación que ya sintiera por ella cuando la conoció. Verla en su día a día y no huyendo, como hace cinco años, no había hecho sino aumentar su atracción por ella. Y estaba perdido. Y se sentía mal por sentirse bien con la muerte de Arturo. Y se sentía mal por sentirse bien cuando era Elena la que le llevaba a Alicia. Y cuando le dejó las llaves de su casa porque ni ella ni Nuria podrían recibirlos a la vuelta del colegio, fue feliz por la confianza. Y cuando aquella noche de un miércoles cualquiera, que habían salido a dar una vuelta por el parque y se les había hecho tarde, sintió que era lo correcto estar tomándose una copa de vino con Elena mientras esperaban comida china para cenar y Alicia dormía en su cama enorme.

Por eso, el segundo viaje de Alex no fue sino el final anunciado de una historia. Ambos lo sabían, de hecho, Alex ya no llevaba el anillo de compromiso en el dedo y ni siquiera se alojó con él en el piso. Solo se quedó una noche, el tiempo necesario para mirarlo a los ojos y decirle que le había hecho daño.

—Toma. —Alex le dio el anillo. No había esperanza en su voz ni en sus movimientos, no creía que Bruce se sorprendiera. Y no lo hizo, cogió el anillo y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. ¿Por qué tenía que estar Bruce tan atractivo? Bruce había sido para ella durante unos años, pero tuvo la certeza de que nunca lo fue del todo—. No te sorprende.

—No.

Hizo un gesto al camarero para que llenara las copas. ¿Había algo más impersonal que romper un compromiso en un restaurante? Pero igual que no se sorprendió del resultado, sí lo hizo que Alex lo llamara desde un hotel a unos metros de su piso, para decirle que lo esperaba en ese restaurante a las nueve de la noche.

—No puedo estar con alguien que no me pone en mi lugar, Bruce. Entiendo que lo que ha pasado ha sido excepcional, pero has dejado toda tu vida atrás y también a mí… ¿Supiste desde el principio que te quedarías a vivir para siempre aquí? —Lo miró curiosa, casi triste.

—En el fondo, sí. —Bruce suspiró y se reclinó en la silla, con la copa de vino en la mano—. Pero no quería creerlo.

—O sea, que sabías que lo nuestro no podía tener mucho futuro porque yo no podía dejar Boston.

Bruce asentía pensativo, considerando ese punto de vista.

—Eso no lo sé, no. Simplemente pensé en el futuro inmediato, lo demás ya iría saliendo.

—Claro, ya iría saliendo. ¡Pero no salió! —Él negó y ella cogió aire—. Bruce, no has sido sincero. Espero que sepas que no te has portado bien conmigo.

Alex había planeado la cita en el restaurante porque si hubiera tenido esa conversación en la

intimidad de una habitación de hotel o del piso de su ya exprometido no hubiese podido controlar su ira y habría gritado y dicho cosas muy fuera de lugar. Para terminar, probablemente, deseando hacerle el amor a ese miserable que la había engañado sin querer engañarla. Que hasta en eso tenía que darle la razón. Y lo peor, podría jurar que Bruce no hubiera accedido a ese último encuentro en la cama, con lo que su frustración habría llegado a Boston antes que ella.

—No he sido sincero y lo siento, pero tampoco era consciente, y no puedo disculparme por tener una hija y querer pasar la vida con ella.

—La vida, claro… Era imposible luchar contra eso, ahora lo veo. No te creas, durante un tiempo, pensé que sería capaz, intenté organizar nuestra relación de modo que encajaran todas las piezas, pero tus exigencias eran cada vez mayores y yo me asfixié. —Alex levantó la vista del mantel y lo miró rotunda—. Y tú no te diste cuenta o no te quisiste dar cuenta.

—Me di cuenta, Alex, pero no podía actuar de otro modo. —Bruce le devolvió una de esas miradas suyas tan comprensivas. Tan atractivas.

—Me merecía estas Navidades, Bruce, lo sabes. —Bruce no estaba de acuerdo, por eso se calló. Como no obtenía ninguna respuesta, Alex continuó—. Le he pasado tu caso a un bufete de abogados de aquí, de Madrid, porque ya supongo que la estrategia es tan diferente a lo que habíamos planteado nosotros que no te harán falta los mejores profesionales de Boston.

Bruce sonrió y miró a Alex con ternura.

—Gracias, Alex. —Y antes de que pudiera continuar, Alex lo cortó en seco.

—No me digas que he sido una mujer importante en tu vida porque te juro que me levanto y monto un espectáculo —Alex lo susurró entre enfadada y divertida.

—Tú nunca serías capaz de hacer una cosa así. —Bruce la pinchó juguetón, la tensión había empezado a disiparse, aunque el dolor no.

—Claro, por eso te he citado en un restaurante, para no caer tan bajo. —Alex no quería enredarse en el influjo de ese hombre al que aún amaba.

—Lo sabía. ¿Pedimos?

—Claro. Y pagas tú.

—Pago yo. Pero tú te vas a tener que encargar de los medios en Boston.

—De eso tenemos que hablar, no te va a salir tan barato. Un par de entrevistas y unas fotos robadas por ese parque tan grande que está al lado de tu apartamento.

—¿Con Alicia? —Sabía que tendría que llegar el momento en que saliera a la luz algo de todo esto.

—No podemos ocultarlo mucho tiempo más. Y ahora que se va a hacer pública nuestra ruptura… —Alex tomó un sorbo de vino y se quedó pensativa—. Te doy un par de meses, máximo tres. Después de eso, no seguiré con el celibato. Y como comprenderás, no voy a quedar como la novia adúltera.

—Déjame hablar con Elena, todo esto precipita un poco los planes, podría llegar algo a los oídos de Alicia.

—Tres meses entonces —concedió Alex—. Ni aun así podré tener mi última noche de sexo desenfrenado contigo, ¿verdad?

Bruce rompió en carcajadas. Había olvidado lo que le había enamorado de su exprometida, pero ahí estaba de nuevo, esa franqueza, ese humor frívolo.

—Sabes que no, pero no tienes que ser célibe una vez que llegues a Boston. —La miró a los ojos y le mantuvo la mirada durante unos segundos.

—No te preocupes, aún me quedan muchas horas de masturbación por delante pensando en ti.

—Y levantó la copa celebrando el final de su relación y preguntándose si no hubiera sido mejor para su estado de ánimo presente y futuro haberle montado un numerito y no comportarse como una adulta comprensiva. Probablemente sí, pero ya era demasiado tarde.

Bruce dejó pasar unos minutos antes de confesarle a su exprometida que la quería y que sentía que ese amor no hubiera sido suficiente. Alex se levantó para ir al baño, pero la urgencia que tenía era por ocultar el llanto que le costaba reprimir desde mucho antes de viajar por última vez a Madrid. Se había querido mostrar graciosa, despreocupada, controladora de la situación, pero la verdad era que esos tres meses se le antojaban poco tiempo para olvidarlo. Sus planes de futuro se habían deshecho como papel mojado y por delante tenía la nada. Nunca había sido sentimental ni había tenido tendencia al sentimentalismo, así que estaba afectada por partida doble, porque no soportaba la compasión, la de ella misma y la de las personas que más tarde o más temprano se enteraran de su historia.

Y es que toda historia de amor, del amor que sea, siempre deja daños colaterales, y Alex había sido uno muy grande. Y Arturo también lo había sido, aunque él había salido mejor parado en ese aspecto: el amor de Elena por él sí había sido suficiente, tanto que nunca perdió el primer puesto de su lista.

28

PAPÁ

¿Puede la vida traer nuevas oportunidades? Nunca aspiré a ser una gurú del bienestar, como esas *influencers* que explotan su optimismo hasta límites insospechados, con la bandera del positivismo ondeando en la terraza de mi piso. Por Dios, no, yo siempre he sido de las que odian esas cosas, déjame tomarme un café antes de que te dirijas a mí por la mañana; déjame decir unas cuantas palabrotas cuando me doy un golpe en el dedo meñique del pie y no agradecer a la vida que me ponga estos obstáculos para aumentar mi tolerancia al dolor; déjame juzgar a Estela mientras la observo con los ojos entornados, sí, juzgarla, sin que nadie se dé cuenta, sabiendo solo yo mi pequeño pecado: soy una juzgadora profesional.

Pero estaba en el piso de Bruce, que era como tres veces el mío, trabajando en los guiones de Gloria en una mesa de despacho tan grande que podía tener todos mis pósits y mis anotaciones ordenadas y a la vista. No me había dado cuenta de que la creatividad es más potente en el contexto correcto.

Estaba aquí por casualidad, por una de esas carambolas de la vida por las que tu hija tiene un cumpleaños imprevisto —sin el preaviso normal y adecuado de una semana mínimo; dos semanas sería lo esperable; un mes me parecería exagerado pero bastante bienvenido—; tú tienes que entregar sin demora trabajo al día siguiente; tu suegra, que es la que te saca de todos los marrones del día a día, no está disponible porque, aunque te cueste aceptarlo, a veces tiene vida, y el único con el que puedes contar es con el padre biológico de tu hija, el que poco a poco ha ido introduciéndose en vuestra existencia como una humedad en los muros de tu casa de campo: constante e insistentemente. Pensándolo bien, podría haberlo llamado desde el principio y que se hubiera hecho cargo, él estaba encantado con ese nuevo papel y Alicia cada vez exigía más su presencia. Creo que sospechaba algo. Pero cuando le planteé la situación, no sé cómo la mejor alternativa para salvar el día fue que me trasladase con mis trastos a su piso y luego ya veríamos cómo seguía saliendo la tarde.

Aunque no era la primera vez que estaba allí, me seguía maravillando con el piso. ¿Piso? Podría llamarlo casa en altura porque era gigantesco. Olía a él y ya podía reconocer su carácter en los pocos objetos de decoración que salpicaban el salón. Recordé cómo era su ático de Boston y sonreí. Al final, la lista no me había dado tan malos resultados, pero podría haber sido desastroso para mí y para todos. Porque, aunque la suma final era la que esperaba, la operación no había contado con los factores deseados: Arturo supo que Alicia no era su hija, Bruce casi provocó una guerra civil en mi casa y luego una guerra mundial entre nosotros, y yo no tenía pensado ocuparme de mí en un corto espacio de tiempo. Demasiado tenía con ir encajando las

piezas que me iban cayendo del cielo como un Tetris.

Seguí tecleando:

«—Nunca he necesitado a nadie y eso no va a empezar ahora.

Gloria le habla a Chema con la cara muy cerca. Los dos en la almohada, sudados y enredados. Chema le responde con un beso profundo, algo guarro».

La puerta principal se abrió y Alicia entró como un huracán en el salón. Qué energía, no sé si era mi edad, pero cada vez tenía más claro que no podía seguirle el ritmo; eso me pasaba por ser una madre vieja.

—¡Papá ha ligado con la madre de Esther! —Y se tiró sobre mí. ¿Le había dado a guardar lo que estaba escribiendo? En realidad, ya me daba lo mismo.

Me daba lo mismo porque mi cabeza tenía que discernir dos cosas: que hubiera hablado de Bruce como *papá* y que la madre de Esther hubiera estado coqueteando con él.

La primera cosa me dejó sin palabras. Un ramalazo de traición me atravesó de arriba abajo, solo podía pensar en Arturo. Luego vinieron las consecuencias más inmediatas, porque la traición a Arturo era algo que solo yo podía sentir y era, digamos, abstracto. ¿Cuándo se había convertido Bruce en el papá de Alicia? ¿Cuándo lo había sabido ella? ¿Dónde estaba ese equipo de psicólogos que yo tenía pensado contratar para que mi hija entendiera su vida lo mejor posible sin causarle traumas? Aún no lo había buscado y no me veía con la capacidad suficiente para gestionar esa circunstancia. Mi cabeza colapsó, mi boca se quedó seca, mis cuerdas vocales se paralizaron y no fueron capaces de emitir ni un solo sonido inteligible.

La segunda cosa me provocó un sentimiento que, mal que me pese, se llamaba «celos». Esa mujer, divorciada, guapa, montada en el dólar porque era una arquitecta de éxito, que vestía con lo que llaman «elegancia silenciosa» y tenía una melena brillante y larga, había estado coqueteando con Bruce. Me miré las piernas y reparé por primera vez y de verdad en esos pantalones de lino anchos que usaba más veces de las que serían aconsejables, las sandalias de correa y la camiseta blanca de manga corta con una mancha limpia en un lateral, donde casi no se veía. Mierda, mierda, mierda.

—¿Papá? —Por fin podía hablar y solo me salió eso. Parecía que mi cabeza había escogido la mejor de las cosas en las que se podía centrar ahora mismo. Y creo que fue la acertada.

—Sí, Esther dice que Bruce es mi papá y a mí me gusta.

Carraspeé sin saber si lo que tenía en la garganta era un nudo imaginario, pero podría haber estado carraspeando durante media hora, que no se desharía tan fácilmente. Miré hacia Bruce, que me sonreía desde allí arriba, con las manos en los bolsillos, y vi en sus ojos satisfacción.

—Tenemos que hablar —me espetó contento. Y se fue hacia la cocina—. ¡Por cierto, he pedido *pizza*, nos quedamos a cenar aquí!

—¡*Pizza*, bien! —Alicia se liberó de mi abrazo y corrió a encontrarse con su «padre» a la cocina.

Y tanto que teníamos que hablar, pero antes debía recomponerme, juntar los trozos de Elena que había pululando por todo ese salón inmenso y montarme de nuevo, aunque lo que resultase no fuera del todo la Elena que yo conocía. ¿*Pizza*? Por Dios, era un miércoles, los miércoles no se come *pizza*, la *pizza* es para el fin de semana, ¿qué ponía yo ahora de cenar el viernes? ¿O el sábado? ¡No se puede comer *pizza* dos días en una misma semana! La vida se me estaba yendo de las manos.

Alicia reapareció con un yogur bebible en la mano, una botellita diminuta que parece tener sabor azucarado, ¿desde cuándo Bruce tenía yogures líquidos en su casa? ¿Desde cuándo le

gustaban a Alicia ese tipo de yogures? ¿Esto era mi vida o estaba durmiendo y viviendo uno de mis guiones? Podía ser una pesadilla. Maldito cumpleaños imprevisto.

Bruce volvió descalzo. Esos pies… Nunca he sido fetichista, no me han atraído cosas extrañas, pero los pies de Bruce son perfectos. Los observé moverse con gracilidad hasta el sofá donde se había sentado Alicia. Cuando levanté la vista, Bruce estaba manipulando el mando a distancia y eligiendo dibujos animados. Si esa gigantesca mesa de despacho no estuviera en el salón, a lo mejor no hubiera tenido que estar presenciando nada de esto: ni los pies de Bruce ni la relación tan especial que parecía haberse creado entre él y Alicia. Pero ahí estaba la maldita mesa de despacho, en la pared del fondo del salón, junto a un ventanal desde donde podía ver todo El Retiro.

—¿Vienes? —Bruce se había dirigido a mí, lo identifiqué así porque me estaba mirando. Yo lo seguí como una penitente por el pasillo. Ahora sí entramos en un despacho, con otra mesa espectacular y un ordenador que para mí lo quisiera yo presidiendo la estancia.

Bruce encajó la puerta. Hasta eso había aprendido, a no cerrar puertas cuando en el salón se queda sola una niña de cuatro años, «casi cinco», me respondí yo con la voz aguda de Alicia.

—¿Papá? —repetí yo cuando estuvimos a solas. Y mi tono sonó tan sorprendido como desconcertado.

—Ha salido llamándome así del cumpleaños. Dice que su amiga Esther le ha dicho que yo no puedo ser otra persona más que su padre, si no, cómo iba a estar recogiéndola del cole, llevándola a fiestas y haciéndole regalos. Que su padre hace esas cosas. Así que yo debo de ser su padre. A grandes rasgos, claro.

—A grandes rasgos, claro. —Volví a respirar. Inspiré tan fuerte que me noté un poco los pulmones. No estaba preparada para esto, de verdad que no—. Y tú no has hecho nada por desmentirlo.

—No. —Y lo vi tan tranquilo.

—Y no lo vas a hacer.

—No.

Di un par de paseos arriba y abajo y me detuve. Si dejaba caer ese ordenador tan caro, ¿se daría cuenta de que había sido aposta? ¿Tendría que pagarlo después? Reprimí mis instintos.

—Habíamos hablado de que eso vendría más tarde, solo han pasado unos meses, no es tiempo suficiente para… —Manoteé un poco intentando buscar las palabras exactas, pero no las encontré.

—Para ella sí lo ha sido y le ha parecido bien. Cualquier psicólogo te diría que dejes que la niña se exprese como quiera.

—Ahora me vas a decir que has estudiado psicología. —Me estaba enfadando. ¡Aún no era el momento de esto!

—Di un par de asignaturas en la universidad, aunque no, no me tengo por psicólogo. Pero, a ver, ¿no crees que sería peor quitarle esa idea para volver a inculcársela luego? Tendrías que dar demasiadas explicaciones. —No se sacaba las manos de los bolsillos, pero a mí me está sacando de quicio con tanta serenidad.

—Porque tú no me ibas a ayudar a hacerlo. —Mi tono era acusador, pero no daba miedo. En general, no doy miedo para nada.

—Eso sería tirar piedras sobre mi propio tejado, ¿se dice así? He estado esperando este momento desde que me dijiste que tenía una hija. No, Elena, no te ayudaría. Y si me preguntara ella, solo podría quedarme callado, jamás le voy a decir que yo no soy su padre. —Bruce era

como una roca en aquellos aspectos que no quería cambiar, y este era uno de ellos—. Y si somos prácticos, puede que en breve salga algún artículo en prensa sobre mi posible paternidad. —El recuerdo de Alex se encendió como un chispazo en mi cabeza. Como aquello estaba en Boston, no lo veía como una realidad cercana. Pero lo era: Bruce y Alicia eran lo más cercano que podía tener en mi vida ahora mismo—. Mi hermano me ha dicho que se ha visto a Alex cenando un par de veces con un compañero de trabajo y que hay fotos circulando.

—Es un compañero de trabajo, ¿no? —A ver si ahora no podíamos salir a cenar con compañeros de trabajo. Yo no, claro, pero sí lo hacía mucha gente, el ochenta por ciento de las personas, el noventa y nueve por ciento de las personas, me atrevería a decir.

—En el reservado de un restaurante y con bombillas a media luz.

—¡Ah!

Alex, otra que había intentado buscar su sitio dentro de esa lista mía tan dictadora. Se había quedado sin espacio y ahora existía fuera de ella. Bueno, pensándolo bien, quizá el comentario de Esther había llegado en el mejor momento posible. De todas formas, había psicólogos, ¿verdad? No para Alicia, para mí.

Me sentí cansada, como si hubiera terminado las pruebas de un triatlón y hubiese resultado vencedora, con mejor marca personal y nacional. Me agaché y me tapé la cara con las manos. Exhalé fuerte.

—Nunca comemos *pizza* entre semana —acerté a decir con un hilo de voz.

—¿Cómo? —Noté a Bruce acuclillarse junto a mí, luego me cogió las manos. Al contacto con su piel, los vellos se me erizaron y cerré los ojos reprimiéndome.

—Que nunca comemos *pizza* entre semana.

Sonrió y me acarició la mejilla. Mis labios se quedaron esperando un beso. Más bien sentían su ausencia, el vacío.

—Entendido, será la última vez que pido *pizza* entre semana. ¿Algo más?

—Tengo miedo. No controlo nada de esto y estoy cansada.

Estoy cansada. Cansada de intentar mantener bajo control todo y a todos. A lo mejor el equipo de psicólogos convendría en que el mejor tratamiento para mí sería mandarme a un balneario de descanso durante, no sé, una semana o tres meses.

—Deja de querer controlarlo todo, ya no hace falta.

Me ayudó a levantarme y nos reunimos con Alicia para esperar la *pizza* que no hubiéramos debido comer entre semana.

29

BRUCE

Cuando Alicia lo llamó papá delante de Esther y de su madre, creyó que el corazón le iba a explotar. Se quedó pasmado mientras notaba los ojos escrutadores de la madre de Esther sobre él. ¿Cómo se llamaba esa mujer? Habían tomado un café junto a otros padres, pero al final habían terminado hablando los dos solos sobre los proyectos que ella tenía entre manos. ¿Que si estaba interesado en una de las casas que estaban proyectando en la sierra de Madrid? Pues a lo mejor, pero no era algo que estuviera considerando. Lo había empalagado su perfume, su cháchara constante y esa intensa necesidad de tocarle el brazo —hasta que dejó la mano sobre él de forma definitiva—; pero lo que lo dejó sin armas para reaccionar fue ese «Vamos, papá» que le soltó Alicia cuando la recogió de la zona infantil.

Esther y Alicia se asintieron con fuerza riendo y él se despidió de la madre de Esther, comprometiéndose a pensar seriamente lo de la casa en la sierra de Madrid. Salió por la puerta del recinto con Alicia de la mano y se puede decir que era la primera vez que lo hacía como padre. Hasta ese momento, había sido el amigo de la familia, ¿quizá un tío, un primo segundo? Pero igual que él, todos escucharon a Alicia llamarlo papá y no lo escucharon a él corregirla.

30

¿AMIGOS?

—Podemos ser amigos.

—¿Amigos? Un amigo no hace esto.

Bruce me tumbó boca arriba en su enorme cama. Yo me dejé hacer perezosa. Tenía el pelo tan enredado que me dolían los nudos que se formaban cerca del cuero cabelludo. Y por lo que estaba a punto de pasar, la situación no iba a mejorar, porque dentro de poco estaría retorciéndome de nuevo contra la almohada y el pelo seguiría enredándose una y otra vez.

Me cogí al cabecero y abrí las piernas con satisfacción; esperaba tanto a Bruce entre ellas, deseaba tanto sentir su barba de tres días en mis muslos, que solo con eso casi llego al orgasmo. Por eso me sorprendió el primer contacto húmedo de su lengua. Bruce me cogió con fuerza las caderas para controlar mis movimientos y yo gemí libre gracias a que estábamos solos y a que no nos encontrábamos en mi casa, por lo que no me cruzaría con ningún vecino después.

Era la segunda vez que habíamos sobrepasado la raya. Y esta segunda me recordaba tantísimo a la primera vez que estuvimos juntos que me daban escalofríos. Como era costumbre, el equipo cenó en su piso una de las últimas noches antes de poner en marcha la grabación. Habíamos pedido comida, las bolsas de plástico y los envases de cartón se distribuían por el salón de Bruce sin orden ni concierto, otra vez. La actriz que haría de Gloria interpretó uno de los momentos más importantes de la historia: cuando le dice a Chema, el padre de su hijo, que pueden seguir siendo amigos. Todos nos reímos y aplaudimos. Teníamos tantas ganas de empezar a grabar que no podíamos ocultarlas, y la lista de cosas imprescindibles que llevaba el asistente de Bruce aumentaba a cada minuto.

Pero la única diferencia con aquella primera vez es que no me quedé dormida ni Bruce me pilló intentando irme de su casa a hurtadillas. A las tres y media de la madrugada se fue el último de los miembros del equipo y Bruce cerró la puerta con un suspiro. Yo lo miraba desde el sofá del salón, y cuando se giró, me apresuré a aclarar las cosas:

—No podemos hacer esto muchas más veces, ahora que Alicia está interiorizando tan bien que eres su padre, no podemos confundirla empezando una relación nosotros. Y Nuria, madre mía, todo serían problemas —dije mientras me quitaba la camiseta y la falda. Anduve en ropa interior hasta su habitación y él me alcanzó justo en la puerta.

—¿Quieres decir que no tenemos una relación?

—Eso mismo. —Y me desabroché el sujetador, dejándolo caer al suelo. Noté la mirada de Bruce sobre mí y me pregunté cómo era capaz de frenar las ganas que tenía de empezar una relación con él—. Podemos ser amigos. —Y sonreí irónica.

—¿Amigos? Un amigo no hace esto.

Noté que se dormía por su respiración pesada. Era la primera vez que dormíamos juntos, que podía escucharlo hacerlo. Su cuerpo se destensaba y una placidez digna de un niño envolvía su gesto. Hubiera dado mi riñón derecho —o el izquierdo— por dormir con la mitad de serenidad con que lo hacía él. Seguramente por eso tenía tanta energía, porque el sueño nunca le había supuesto un problema. Yo había empezado a dormir mal hacía siete u ocho años y aún no me había repuesto. Dudaba que algún día pudiera hacerlo.

Me levanté y cogí mi cuaderno Moleskine, me senté apoyada en el cabecero de la cama y dividí una hoja en dos con una línea vertical. «Pros y contras», escribí.

Pros:

— *Lo quiero*. Quiero a Bruce, es evidente. Lo quiero como hombre, como padre, como amigo, como amante.

— *Él me quiere*. Lo sospecho. Veo señales, gestos, y creo que no estoy paranoica, aunque todo puede ser, porque él no da el paso, no me insiste, no se para a hablar conmigo sobre lo que está pasando entre nosotros. Pero yo tampoco lo hago. *Desarrolla la respuesta.*

— *Podemos*. Nada nos impide estar juntos. ¿Las convenciones sociales? A la mierda las convenciones sociales.

— *La vida*. Se facilitaría tanto, pero tanto…

Contras:

— *Nuria*. No creo que me lo pueda perdonar. Pero ni ahora ni nunca. Ya pueden pasar diez años, que encajaría mejor que saliera con otro hombre que no fuera Bruce. Le gusta Bruce, pero no tanto. *Hablar con Nuria seriamente sobre este asunto. Qué miedo.*

— *¿Él me quiere?* No tengo la seguridad, solo la sospecha.

— *Las malditas convenciones sociales.* Porque en el fondo hay que vivir con ellas.

— *La vida*. Se complicaría tanto, pero tanto…

— *Me lo ha hecho pasar fatal*. En realidad, me las ha hecho pasar tan mal que he pensado que podría morirme de un infarto en cualquier momento, dejando huérfanas a dos niñas y causando un dolor inmenso a mi familia, pequeña y especial, pero familia al fin y al cabo. ¿Puedo perdonarle eso? ¿Puedo perdonarle que haya actuado a sabiendas de que me causaba un dolor sin igual y comenzar una relación con alguien que ha sido capaz de hacerme eso? ¿Él ha podido perdonarme que le haya ocultado una hija durante cuatro años? Creo que con eso me he respondido. Por mi parte, está perdonado.

— *No estoy preparada*. No lo estoy, no lo estoy, no lo estoy. Al final, se trata de eso. Puedo tener momentos, pero algo más… Arturo todavía ocupa un lugar muy grande en mi interior, aunque, pensándolo bien, ¿ocupará siempre el mismo sitio y seré yo la que tenga que ampliar el espacio para los demás? Aumentar el continente para aumentar el contenido, ¿no dicen eso? Mi interior no tiene por qué ser un compartimento estanco.

Cuando miré de nuevo hacia Bruce, él tenía puestos los ojos en mí.

—¿Qué ha ganado?

No sé por qué no me sorprendió que supiera lo que estaba haciendo.

—Creo que los contras, todavía no estoy preparada.

Dejé el papel y el boli sobre la mesita de noche y me encaramé sobre él. Él me tomó por las caderas y me colocó bien.

—Pero esta noche no voy a pensar en ello —dije en un suspiro, casi sin voz.

—Me parece bien.

Quizá iba siendo hora de que reescribiera un poco el guion de mi vida, porque no lo tenía nada claro. Pero no sabía por dónde empezar.

31

¿YO?

El calor era insoportable. Estábamos aguantando temperaturas extremas desde finales de abril, y encontrándonos en julio, los cuerpos estaban totalmente exhaustos. Eso no ayudaba a la vertiginosa actividad que se estaba dando en un pequeño pueblo de la meseta castellana donde habíamos decidido que se rodarían las escenas rurales de Gloria. Yo me traje a toda la familia conmigo, alquilamos una casa de fachada encalada y muros gruesos, un auténtico oasis que me recordaba mucho a la casa del pueblo de Carmen, el personaje cuya historia había hecho que yo me encontrara allí, en ese lugar perdido, en ese momento justo de mi vida.

Alicia se lo estaba pasando en grande yendo por las mañanas a la piscina del pueblo acompañada de su hermana y su abuela, y por las noches, cenando en la plaza o en el patio de la casa, al fresco. Ana prefería estar envuelta en la vorágine de la grabación, incluso había hablado de cambiar de trabajo, y estaba resultando ser una gran ayudante de producción; quizá tendría que planteárselo en serio. Incluso por las noches quedaba con el equipo, su adaptación había sido espectacular.

Y Bruce. Bruce se había insertado en nuestras vidas como si fuera un hilo introduciéndose una y otra vez en una tela de colores. Me había convencido a mí misma de que me conformaba con tenerlo de amigo, aunque por las noches lo echaba tanto de menos que el sueño de subir la cuesta que llevaba a su casa a veces fuese tan real que, en mi duermevela, creía de verdad que lo había hecho. Nadie más que yo era dueña de mis fantasías, no podía ponerles un cepo también a ellas, solo debía tener cuidado con lo que hacía en la vida real, que era bastante. Las cosas habían salido como habían salido, los heridos se amontonaban a ambos lados del camino y no podíamos hacer otra cosa que desear que pudieran sanar sus heridas lo antes posible. Qué difícil, pero nadie dijo que la vida fuera blanca o negra, hay tantos grises en medio que he perdido la cuenta.

Aquel domingo decidimos dar el día libre al equipo, estábamos trabajando tanto que creíamos que íbamos a desfallecer en cualquier momento. Y dar un día libre en un pueblo así tampoco era un gran regalo porque se verían obligados a quedarse en las casas que habíamos alquilado para todos hasta bien entrada la tarde. Era temprano, pero Carmen, Nuria, Ana y Alicia habían cogido los bañadores y se habían marchado a la piscina de nuevo. Yo me quedé, quería disfrutar de un poco de soledad en el patio de una casa que estaba empezando a gustarme tanto que me planteaba comprarla para ir de vacaciones a ese pueblo de forma asidua. Ya sabía yo que no, pero qué bonito era imaginarlo.

Bruce llamó a la puerta, supe que era él por la forma de tocar y porque no podía ser otra persona. Me levanté con parsimonia, fui descalza, sintiendo el frescor de las baldosas de terrazo

en los pies mientras me comía una tostada con mermelada de fresa. Eso era mejor que el bufé de un hotel de lujo.

—Sabía que eras tú —le dije mientras le abría la puerta de la casa y dejándola abierta para que entrara. Me siguió por las estancias inundadas de luz, con las cortinas descorridas y las persianas hasta arriba; llegada la media mañana, yo me encargaría de dejarlo todo en penumbra—. ¿Has desayunado? ¿Quieres un café?

—Con hielo, por favor.

No había conocido a Bruce en modo verano y me gustaba todavía más con pantalón corto y camiseta de algodón. Aunque luego lo volvía a ver en vaqueros y cambiaba de opinión. Cómo envidiaba las miradas de las chicas que se cruzaban con él, eran miradas con expectativas; se lo imaginaban desnudo, seguro. Las envidaba porque yo sí sabía y ellas no podían experimentar ese sentimiento de anhelo.

—Con hielo, por supuesto. —Lo dejé en el patio y me dirigí a la cocina—. ¿Y querrás tostadas?

—¡No, ya me estoy comiendo la tuya! —No lo había dudado ni un momento.

Aun así, metí unas cuantas rebanadas de pan de molde en la tostadora y le hice el café. Volví al cabo de unos minutos con su taza y un plato repleto de pan tostado.

—Podría vivir así para siempre.

Cogí una tostada y comencé a untarla en mantequilla.

—Y yo. —Pero me miró diferente. No le quise prestar atención, normalmente me dejaba llevar demasiado por mi imaginación y no era bueno para mi salud mental, así que lo obvié y hundí el cuchillo en el tarro de mermelada. Hacía un par de semanas desde aquella noche en su piso y no habíamos vuelto a tocar el tema—. ¿Pasaste ya al siguiente punto de tu lista?

—¿Cómo? —Me quedé con el cuchillo levantado, la mermelada caía en grumos sobre el plato. Bruce sacó de su bolsillo trasero mi papel. Ese papel que había buscado yo afanosamente más por lo que significaba para mí que porque pudiera olvidar los únicos tres puntos de los que constaba. Creía que lo había perdido.

—Sí, mira. —Y leyó—: Punto 1: Arturo; punto 2: Bruce; punto 3: yo. —Y lo dejó sobre la mesa, junto a los cafés y las tostadas. Después de tanto tiempo parecía increíble que la tinta del bolígrafo siguiera resistiendo. Aquello iba camino de convertirse en una reliquia, como los pergaminos antiguos.

—Ah, bueno. —Sonreí y le di la vuelta al papel, como si no pudiera leer lo que había escrito estando del revés, como si no me lo supiera de memoria. Lo observé—. Si te fijas bien, ese «yo» está entre interrogaciones, lo que quiere decir que dudaba de si iba a ocuparme alguna vez de mí. Además, en el momento en que confeccioné esa lista, me encontraba tan confusa que no me di cuenta de que en medio de todos esos puntos —e hice círculos con el dedo índice señalando la lista, como si en lugar de haber tres puntos, hubiera muchos más— estaba Alicia. Al final, ella es lo más importante, ¿no crees?

—Desde luego. —Se reclinó—. Pienso que no lo has hecho tan mal.

—¿Ah, no? Gracias. —Y me ruboricé de verdad. Qué demonios, necesitaba una palmadita en la espalda.

—Pero dime, de todas formas, ¿hay algo sobre esto? —Y señaló el tercer punto. Me animé y le seguí el juego. ¿Qué diría la mujer en estos casos? ¿Cómo seguiría el guion?

—¿Sobre mí? —Y Bruce asintió—. Bueno, no sé… El otro día me invitaron a tomar una copa, un compañero del equipo, un guionista. —Hice una mueca de fastidio y sonrió y yo me pregunté

cómo iba a poder salir con nadie si esa sonrisa me perseguiría hasta el mismo día de mi muerte. Porque estaba claro que, esta vez, yo desafiaría a la muerte y moriría antes que la persona a la que quería.

—¿Y qué dijiste?

—Señalé esta casa, porque estábamos volviendo del rodaje, ¿sabes? Y le dije que tenía una hija entrando en la edad adulta, otra hija pequeña y un padre con el que lidiar su custodia. Que no tenía tiempo.

—¿Ese padre con el que lidiar soy yo? —Su mueca de sorpresa y dolor fingido me divirtió.

—¿Quién si no?

—Vale. —Dejó su taza en la mesa y se inclinó sobre la mesa, apoyando los brazos; clavó los ojos en mí y dejó escapar premeditadamente una media sonrisa, ¡ay, esa media sonrisa!—. ¿Y si te invito yo a una copa?

Dejé caer la mano con el cuchillo empapado en mermelada sobre el plato. El anhelo se convirtió en expectativa y la expectativa en realidad. Igual sí, igual existía esa posibilidad, igual no había que estar preparada y había que lanzarse a la piscina. Nadie mejor que yo sabía que la vida no hay que desperdiciarla, solo hay que vivirla.

—Si me invitas tú, diría que sí. —Me embargó una felicidad que hacía mucho que no recorría cada recoveco de mi cuerpo.

—¿Y los contras? —Volvió a reclinarse y cruzó los brazos sobre el pecho, divertido. Y con una seguridad que no pensé que reuniría jamás, lo vi cristalino, como una verdad que se me presentara impetuosa y sin paliativos.

—Creo que ha llegado el momento de enfrentarme a ellos.

Agradecimientos

Cuando imaginar historias y escribirlas no es a lo que te dedicas profesionalmente, al final, debes sacar tiempo para hacerlo del único sitio del que puedes: la familia. Por eso, mi primer agradecimiento va, sin duda, para ellos, mi marido y mis dos hijos: Manolo, Guille y Javi, que han soportado estoicos las desapariciones por casa, la cabeza en otro lado y las ausencias.

Y si el primer agradecimiento se dirigía el principio de todo, mi segundo agradecimiento viaja al final del camino: Elisa Mesa y Harlequin Ibérica-HarperCollins. Gracias a Elisa por creer en mi historia y ver algo en ella, lo suficiente como para confiar y darle un hueco. Gracias a todo el equipo de la editorial que también ha trabajado para que esta historia se convierta en libro, es emocionante formar parte de algo tan grande.

Y entre ese principio y ese final, no me puedo olvidar de Vanesa, mi amiga y lectora cero. Sin sus consejos y correcciones, todo sería más gris. Yo ya se lo he dicho, tiene alma de editora. De momento, la tengo solo para mí, pero quién sabe, igual tengo que compartirla en un futuro.

Gracias a Esther, una de mis madres amigas, que cuando conté que una parte de la historia se desarrollaría en Boston, no dudó en mandarle un mensaje a su cuñada para que me contara detalles de la ciudad. El café con hielo lo he aprovechado bien. Y a Rebeca, otra madre amiga que, aunque se equivocó de ciudad, me hizo un mensaje tan detallado de Chicago cuando fue a visitarla, que estoy convencida de que alguna de mis historias tiene que suceder allí.

Gracias también a mis amigos Emilio, Macarena e Inma. Lo leen todo y me cuentan impresiones que siempre me ayudan para la siguiente historia. Junto con Vargas, son incondicionales, y sé que nunca me quedaré sola en una sala porque estarán ellos.

Gracias a mi padre y a mis hermanos, que se emocionan conmigo con cada historia que sale y, sabiendo desde siempre esto mío de escribir, son conscientes de lo que significa para mí.

Me he dejado en el tintero a mucha gente, pero los agradecimientos no pueden ser eternos. Espero que ellos sepan de verdad que los llevo en mi corazón. Sin embargo, sí que hay un último agradecimiento: a todos esos lectores que han elegido esta historia y han decidido invertir en ella. Yo, como lectora, sé lo que es elegir entre un título y otro y es maravilloso ser la elección de alguien.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com


HQÑ
TAN
INSÓLITO
COMO
NOSOTROS
DOS
Rosi Ortega

Tan insólito como nosotros dos

Ortega, Rosi
9788411806053
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El distanciamiento social puede unir corazones.

El comienzo de la pandemia es también el inicio de la historia de Claudia y Héctor, dos jóvenes que se cruzan por casualidad y que piensan que no pueden ser más incompatibles. Para más inri, las casualidades se empeñan en que no deje de haber encuentros entre ellos, cosa que detestan.

El amor procura colarse por las rendijas de sus reproches. Entre insultos y diferencias asoma la patita para que los dos se vuelvan locos y renieguen de lo que sienten por el otro.

¿Será posible que ese virus sea el culpable de que lo suyo germine?

Un reencuentro inesperado en un escenario inédito será el origen de sus acercamientos.

No te pierdas *Contigo a la Vía Láctea*, la historia donde empezó todo.

Cómo las apariencias y primeras impresiones pueden provocar que tengamos ciertos prejuicios. Fuertes valores: la familia, la lealtad, la confianza y la comprensión. Una historia tierna y entretenida con dos personajes que se complementan a las mil maravillas. En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos. Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, romance… ¡Elige tu historia favorita! ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer


HQN
LORI FOSTER
Camino hacia el amor
HQN™
¡Tiempo de AMOR y PASIÓN!
HQN
JILL SHALVIS
Las hermanas Lemon

E-Pack HQN hombres irresistibles

Foster, Lori
9788411808385
704 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Camino hacía el amor

Lori Foster

Charlotte Parrish siempre quiso conocer a cierto tipo de hombre: alguien responsable, estable, aburrido. Los chicos malos no tenían posibilidades con ella. Sin embargo, cuando el coche la dejó tirada en un lugar apartado y apareció un misterioso desconocido de mirada melancólica, no fue capaz de negar lo atraída que se sentía por él.

Mitch había ido al pueblo a buscar a una familia a la que no conocía. Para él conocer a sus hermanastros después de tantos años era un sueño hecho realidad. Encontrar además el amor ni siquiera se le había pasado por la cabeza, hasta que se cruzó con Charlotte. Era dulce, bondadosa, más sexy de lo que ella pensaba y demasiado buena, en general, para un tipo que había estado en la cárcel, como él. Por eso, cuando el pasado volvió para amenazarlo, y puso en peligro a Charlotte y a toda su familia, Mitch no se conformó con seguir las reglas.

Las hermanas Lemon

Jill Shalvis

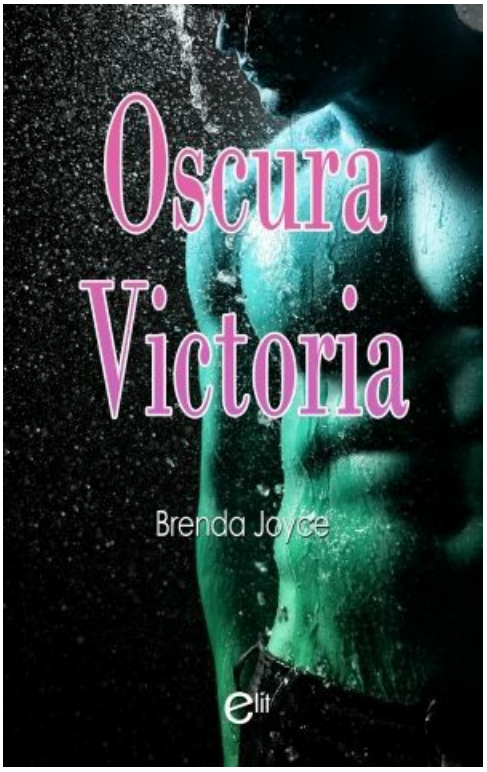
Brooke Lemon siempre ha llevado la vida que quería, con sus aventuras salvajes y sus errores, algo que Mindy, su hermana perfecta, nunca ha entendido. De modo que, cuando Mindy se presenta en su casa en pleno ataque de nervios con sus tres hijos a cuestas, Brooke se queda de piedra.

En su deseo de reconciliarse, accede a llevarse a los niños de vuelta a Wildstone para que Mindy pueda calmarse y recomponer su vida. Lo que Brooke no quiere admitir es

que ella está igual de perdida... Porque ¿cómo regresar a tu pueblo después de siete años lejos de allí? Brooke no tarda en encontrarse cara a cara con un error de su pasado: un hombre alto, moreno y sexy. Pero Garrett ya no está interesado en ella. Aunque sus actos no son coherentes con sus palabras, lo que hace que Brooke empiece a sentir cosas que creía olvidadas.

Ambas hermanas no tardan en comenzar a preguntarse si se habrán equivocado en la vida y en el amor.

Cómpralo y empieza a leer


Oscura
Victoria
Brenda Joyce
elit

Oscura victoria

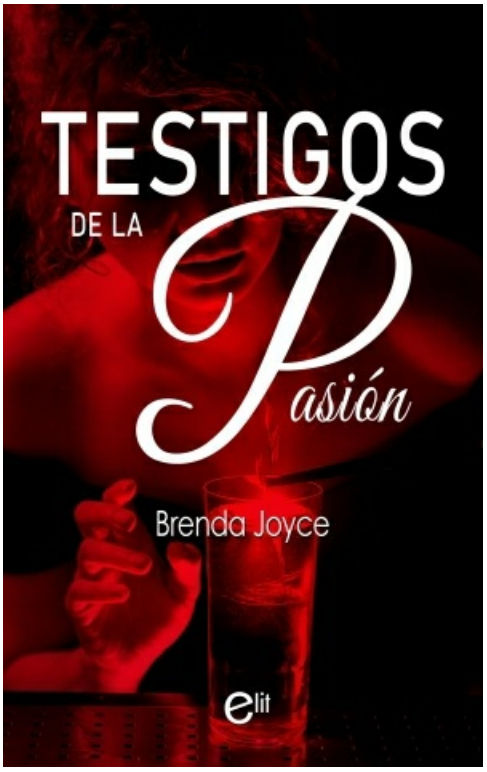
Joyce, Brenda
9788411806886
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Guy Macleod, un highlander misterioso y feroz, había renegado de su Destino y consagrado su vida a vengar el asesinato de su familia. El Destino, sin embargo, era implacable y cuando una mujer de otra época se atrevió a invocar su nombre, Macleod no pudo resistirse a sus poderes... ni a ella.

Maestra de día, Tabitha Rose usaba su magia para proteger al mundo por las noches. Cuando se le apareció la imagen de un highlander ensangrentado y cubierto de quemaduras, Tabby comprendió que estaba destinada a prestarle su ayuda. No esperaba, sin embargo, que Macleod la arrastrara contra su voluntad a su época oscura y violenta. Y cuando el mal comenzó a acosarla, Tabby se dio cuenta de que no sólo debía luchar por el destino del highlander: también debía luchar por su amor.

Cómpralo y empieza a leer


TESTIGOS
DE LA
Pasión
Brenda Joyce
elit

Testigos de la pasión

Hunter, Samantha
9788411806893
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Joanna Wyatt, marshal de los Estados Unidos, tiene que trabajar protegiendo a un testigo sin que este se entere. Se hace pasar por camarera en el bar de carretera que tiene Ben Callahan, antiguo miembro de los SEAL, para estar cerca de él.

Ben ha estado en situaciones complicadas antes, así que no está preocupado. Lo que sí le preocupa es la camarera sexy a la que no puede dejar de tocar. Sabe que no es el momento apropiado para liarse con alguien, pero la pasión entre ellos es irresistible. Y bajar la guardia puede ser muy peligroso.

Cómpralo y empieza a leer


Cuando brilla el sol
Kate Hoffmann
elit

Cuando brilla el sol

Hoffmann, Kate
9788411806879
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El fotógrafo Liam Quinn no podía creer que le fueran a pagar por espiar a una sospechosa de desfalco. No tardó en darse cuenta de que alguien le había tendido una trampa a aquella mujer y estaba seguro de que era completamente inocente...

Las cosas no le podían ir peor a Eleanor Thorpe: no conseguía encontrar empleo, acababan de abandonarla una vez más y ahora parecía que alguien quería verla muerta. Sin embargo, el sol comenzó a brillar con la aparición de Liam Quinn.

Cómpralo y empieza a leer